

Ellos son el uno para el otro.

O tal vez no.



DOS
ALMAS

HOLLY BOURNE

Lectulandia

Ellos son el uno para el otro. O tal vez no.

Las almas gemelas existen, pero no como te lo imaginas.

Cada cierto tiempo nacen dos personas que forman la pareja perfecta. Son almas gemelas.

Pero ¿y si encontrar a tu alma gemela tuviera el potencial para destruir la tierra, literalmente?

Una extraordinaria y épica historia sobre enamorarse.

«Yo nunca había creído en las almas gemelas. Era una expresión hollywoodiense, un concepto inventado para vender literatura romántica y derechos de autor. A mi modo de ver, el amor era una obsesión mundial nacida de la fantasía desesperada. Daba igual que la gente hablara de amor, de romanticismo, del hallazgo de nuestra alma gemela y demás paparruchas. Para mí no era más que una cuestión de hormonas, de química y biología, envuelta en la ilusión de vivir felices para siempre, fruto del miedo a estar solos. Claro que siempre se es una cínica hasta que una misma se enamora. El problema era que Hollywood, Stephenie Meyer, Mills y Boon..., todos ellos tenían razón. Las almas gemelas existen de verdad. Lo que ninguno de ellos entendía es que encontrarla no siempre es algo bueno».

Lectulandia

Holly Bourne

Dos almas

ePub r1.1

sleepwithghosts 28.09.15

Título original: *Soulmates*
Holly Bourne, 2013
Traducción: Carlos Abreu

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres, Larz y Olivia. Por todo

Prólogo

Yo nunca había creído en las almas gemelas. Era una expresión hollywoodiense, un concepto inventado para vender literatura romántica y derechos de autor.

A mi modo de ver, el amor era una obsesión mundial nacida de la fantasía desesperada. Daba igual que la gente hablara de amor, de romanticismo, del hallazgo de nuestra alma gemela y demás paparruchas. Para mí no era más que una cuestión de hormonas, de química y biología, envuelta en la ilusión de vivir felices para siempre, fruto del miedo a estar solos.

Claro que siempre se es una cínica hasta que una misma se enamora.

El problema era que Hollywood, Stephenie Meyer, Mills y Boon..., todos ellos tenían razón. Las almas gemelas existen de verdad.

Lo que ninguno de ellos entendía es que encontrarla no siempre es algo bueno.

El día empezó como cualquier otro, con la salida del sol.

Supongo que cuando le ocurre algo extraordinario a alguien, este siempre ha comenzado el día con el acto rutinario de despertarse en la cama. Ya sea una experiencia cercana a la muerte o el hecho de conocer a la persona con la que uno quiere pasar el resto de su vida, todo empieza con el amanecer, el sonido de los despertadores y el salir de debajo de las mantas. De un modo tan aburrido, tan corriente...

El día que mi vida cambió no fue una excepción.

Estaba acostada en mi cama individual, bajo el edredón, contemplando el rayo de luz que se colaba entre las cortinas e incidía en mis piernas. Mientras, realizaba mis ejercicios de respiración. Mantenía las manos en la parte baja del abdomen, concentrándome en cómo se expandía y se contraía con cada respiración. Permanecí así durante diez minutos.

Era sábado y no tenía un motivo concreto para levantarme. Descorrí las cortinas, dejando que la luz invadiera todos los rincones de mi habitación. Acto seguido, me aupé a la repisa de la ventana, me senté sobre las piernas dobladas y miré al exterior.

Me llamo Poppy Lawson, y no me gusta el sitio donde vivo. Sé que es un tópico manido tener diecisiete años y odiar el lugar donde vives, pero no por eso deja de ser cierto. De hecho, no hay nada en mi vida que no sea típico. Vivo en una ciudad pequeña, a una distancia perfecta de Londres para ir y volver cada día. Los hombres salen todos los días a las seis y media de la mañana y caminan en fila hasta la estación de tren, todos trajeados. Sus esposas se quedan en casa, preparan a los niños para llevarlos a sus escuelas privadas y engullen cuencos de muesli orgánico antes de encaramarse a sus todoterrenos para iniciar la carrera hacia el colegio. Es una ciudad en la que todo el mundo tiene un jardín delantero, un lugar donde todos se conocen y se sobrecarga a los adolescentes de actividades extraescolares como si el éxito de la familia dependiera únicamente de lo bien que jueguen los hijos al *lacrosse*. Todo es un cliché como una casa, y lo odio. Pero supongo que eso también es de lo más previsible.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas por el timbre de mi teléfono móvil. Eché un vistazo a la pantalla y sonreí. Era Lizzie.

—Es muy temprano, so pava. Podría haber estado dormida, ¿sabes? —dije.

—A callar. Son las diez y media pasadas, y tengo una noticia.

—Venga, desembucha. —Desdoblé las piernas y las estiré sobre la repisa de la ventana.

—Es sobre esta noche. Va a ser alucinante.

Lizzie lo convertía todo en un gran acontecimiento. Su sueño era ser periodista, y se pasaba buena parte del día practicando para ello. Intercambiaba cotilleos con grupos de amigos, contaba maravillas de las fiestas al día siguiente, aunque hubieran

sido deprimentes, y, por supuesto, tenía un conocimiento enciclopédico de los asuntos de todos. La experiencia me había enseñado que ella era físicamente incapaz de guardar un secreto, pero la quería de todos modos. Daba un toque de emoción a este sitio; a nuestras vidas. Ponía una nota de color en la monotonía.

Suspiré.

—Lizzie, va a ser otra noche de música en vivo, ¿qué podría pasar? —repuse—. Espera, no me lo digas. ¿Uno de los grupos cutres de nuestros amigos ha firmado un contrato con una discográfica? —Solté un chillido para recalcar el sarcasmo—. No me lo puedo creer. ¡Es un milagro!

Ella se rio.

—No, claro que no —hizo una pausa, adelantándose a mi reacción—, pero esta noche tocará un grupo nuevo que se supone que es la bomba. Se llama Angustia Juvenil. Me han dicho que el guitarrista principal es guapísimo, y por lo visto sí que hay una discográfica interesada en ellos.

Suspiré de nuevo.

—Lo digo en serio.

—Lizzie, ¿cuánto tiempo llevamos yendo a las noches de música en vivo? ¿Dos años? ¿A cuántos chicos conocemos que tocan en grupos que en teoría han captado el interés de alguna discográfica? ¿Cuántos de ellos han triunfado en realidad? Todos han madurado, han ido a la universidad, han estudiado empresariales, se han tomado un año libre fingiendo que no van a darles un puesto en la empresa de papá y luego han entrado a trabajar con un sueldo de treinta y dos mil libras. —Volví a sentarme sobre los pies e hice una breve pausa para respirar—. Luego, cuando alcanzan la mediana edad, entretienen a sus amigos pijos en cenas de gala contándoles anécdotas de su «juventud turbulenta» como «estrellas del rock».

Ahora fue Elizabeth quien suspiró.

—Madre mía, pero qué mala uva tienes.

Me encogí de hombros, como si ella pudiera verme a través del teléfono.

—Solo digo la verdad.

—De acuerdo. Olvidémonos de doña Soy-Mejor-Que-Todo-El-Mundo y de las críticas a los grupos y deja al menos que te hable del guitarrista cañón.

Me reí.

—Eso te lo permito.

Charlamos durante unos minutos más y cuando colgué me sentía más animada. De acuerdo, no iba a ser un hito en mi vida social, pero al menos tenía algo que hacer una noche de sábado que no fuera pedir una pizza, ver un bodrio de película y regodearme en mi absoluta falta de *glamour*. Con un súbito arranque de energía, dejé caer las piernas de la repisa y bajé la escalera para desayunar.

Mi madre estaba preparando té cuando entré en la cocina. De pie y en bata, observaba las puertas del armario con el ceño fruncido. Llevaba casi dos años intentando convencer a mi padre de que reformara la cocina, pero él se negaba a

«tirar el dinero en algo tan soso como las puertas de un armario».

—Buenos días —dijo, apartando sus ojos del mueble—. ¿Te apetece una taza?
Abrí un armario y saqué una caja de cereales.

—Sí, gracias.

Mientras yo me servía muesli, ella se acercó con una taza y me alborotó el cabello.

—¡Mamá!

—Perdona, cielo.

Se sentó junto a mí, calentándose las manos con su té al tiempo que yo empezaba a comer.

—Bueno, ¿qué grandes planes tienes para hoy?

Tragué saliva.

—Nada, iré a la noche de música en vivo. Va a tocar un grupo nuevo que se supone que es bueno. Por lo visto tiene un guitarrista que está cañón.

Esto entusiasmó a mi madre.

—¡Oooh! ¿En serio? Qué emocionante. Vaya, un tipo guapo en Middletown. Debe de ser un milagro.

—Lo sé —dije con cara de exasperación—, pero cosas más raras se han visto.

Mamá se rio. Siempre se metía conmigo por mi indiferencia hacia todos mis posibles pretendientes. Me decía en broma que nunca encontraría a alguien que fuera lo bastante bueno para mí, pero juro que no era exigente. Lo que pasaba era que todos los chicos de diecisiete años daban asco, y los pocos que no, tenían un ego hipertrofiado por ser el centro de atención en todo momento. Mi «teoría» era que los chicos dejaban de ser repulsivos a los diecinueve años, y como en ese entonces yo no era lo bastante bonita para atraer a un chico mayor, tenía que conformarme con esperar dos años hasta que los de mi edad dejaran de provocarme náuseas.

Mi madre, por su parte, no compartía mi opinión sobre el tema y estaba preocupada por mí. De hecho, preocuparse por mí era su afición preferida.

Como si hubiera estado esperando aquel momento, su expresión se tornó seria tras el vapor que emanaba de su té.

—En fin, ¿qué tal tu sesión del otro día con el doctor Ashley? —preguntó en voz baja.

Cielo santo. Así que iba a ser una de esas mañanas.

—Bien —respondí de forma evasiva. Cogí la cuchara y seguí comiendo.

—¿Solo bien? —¿Por qué les encanta esta frase a los padres?—. ¿De qué hablasteis?

—Ya sabes, de lo de siempre.

Ella asintió.

—De acuerdo.

Me concentré en masticar muesli mientras esperaba a que ella volviera a la carga. Tardó menos de medio minuto.

—¿Y qué es lo de siempre?

Tragué en seco.

—Jo, mamá, no sé. Me quejé de los trabajos que tengo que hacer para el instituto, me hizo practicar esa tontería de la respiración otra vez, hablamos de cómo debo enfrentarme a ello cuando ocurre.

Ella adoptó una expresión preocupada y contuve el aliento, esperando a que lo dijera.

—¿O sea que sigue sin saber cuál es la causa?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Maldición. ¿Cuántas veces se puede repetir la misma conversación?

—Mamá —dije despacio, eligiendo las palabras con cuidado—. No es culpa tuya. No la pifiaste con mi educación ni me tiraste de cabeza cuando era un bebé. Educaste a Louise exactamente de la misma manera, y esto no le pasó a ella. Es mala suerte, ni más ni menos. Por favor, créeme.

Levantó la vista hacia mí como una niña.

—¿De verdad? —susurró—. ¿El doctor Ashley no le echa la culpa a nadie?

—Claro que no. Porque no es culpa de nadie, solo de mi organismo, de mis hormonas, o lo que sea. Seguro que es algo que superaré con el tiempo y de lo que nos reiremos en el futuro. ¿Vale?

Ella pareció aliviada. Por el momento. Sin duda volveríamos a mantener esa discusión algún día de la semana siguiente. Y la otra. Y la otra.

—Vale.

Cogió nuestras dos tazas vacías y las llevó al fregadero.

—Si quieres puedes llevarte mi bolso esta noche —dijo, sonriendo.

—¿En serio? Genial. Gracias, mamá.

A continuación, salió de la cocina.

Me explicaré: por más que intento evitarlo, soy un tópico con patas. Tengo problemas de «salud mental». Ya lo sé. Muy original, ¿no? Me detesto por mi falta de creatividad, pero desgraciadamente es algo que escapa a mi control. Es como si, por el hecho de ser de clase media, mi mente, en vez de preocuparse por el dinero y demás, se obsesionara con estas cosas. Hace un año, estaba en el instituto, escuchando al profesor de geografía soltar un rollo sobre el café de comercio justo, cuando me asaltó la certeza de que estaba a punto de morir. Las paredes se me venían encima. Se me nubló la vista y no podía respirar. Un pánico ciego recorrió mi cuerpo como una descarga de adrenalina y comprendí que había llegado mi hora. Recuerdo que, mientras mis pulmones luchaban desesperadamente por llenarse de aire, pensé lo terrible y espantoso que iba a ser morir en clase de geografía. Nunca había nadado con delfines, ni visto el Gran Cañón, ni conducido una moto, ni hecho ninguna de las cosas que se supone que hay que hacer antes de morir. Entonces caí en la cuenta de

que iba a dejar este mundo sin haber sido amada. Aunque todo lo que me rodeaba estaba envuelto en bruma, no podía pensar en otra cosa que en el amor, y en que nunca había sido objeto de él. Jamás conocería la sensación de dormirme sabiendo que otra persona estaba pensando en mí. Jamás sentiría la mano de alguien en mi espalda, guiándome a través de una multitud. Jamás llegaría a aprenderme de memoria todas las líneas del rostro de alguien, sin aburrirme nunca de ellas. Y, mientras me desplomaba en la moqueta gris con marcas de chicle, lo único que me pasó por la mente fue lo triste que era eso.

Me desperté, por supuesto. Estaba rodeada por rostros preocupados y me sangraban las palmas de las manos por haberme clavado las uñas. Me enviaron a casa. Recibí mucha atención durante una semana entera, hasta que todo el mundo se olvidó del asunto.

Mi vida siguió adelante con normalidad hasta que sucedió de nuevo.

Había ido con mi madre a comprar tampones, sin duda los artículos más embarazosos que una puede llevar en la mano durante una experiencia próxima a la muerte. Como en la ocasión anterior, las paredes se cerraron sobre mí y sentí que algo invisible me asfixiaba. Es todo lo que recuerdo. Cuando recobré el conocimiento, estaba en el frío suelo de mármol, gritando, ante la mirada aterrada de decenas de clientes. Mi madre me sujetaba la mano, desesperada, con los ojos desorbitados de espanto.

Las visitas a los médicos se sucedieron. Mi madre discutió con nuestro médico de cabecera, así que contratamos un seguro de salud privado. Tras cientos de análisis de sangre, dos «incidentes» más y decenas de consultas a especialistas, me llevaron a una casa grande y blanca y me obligaron a hablar con un señor sonriente que tenía una dentadura perfecta pero amarillenta. Al final, me explicó qué sufría. Ataques de pánico. Por lo visto, eran muy comunes. Por el estrés de la vida moderna y todo eso.

Y así comenzaron mis sesiones semanales con el doctor Ashley, el Comecocos, el Loquero o como queráis llamarlo. Durante dos años he tenido que soportar todas las mañanas la expresión de culpa en la cara de mi madre, que busca una respuesta, un motivo y no encuentra otro responsable que ella misma, pese a ser inocente.

Soy una chica de diecisiete años que odia el sitio donde vive y padece un «trastorno» mental. Aunque detesto admitirlo, soy de lo más normal. Y me aborrezco por ello.

Puse el bol de cereales bajo el chorro de agua del fregadero y quité el muesli que quedaba para que no se quedara pegado como el cemento. Luego aguardé a que llegara la tarde, con la esperanza de que ocurriera algo original en este asco de ciudad.

Me pasé el día haciendo cosas de chica. Me preparé un baño de burbujas con las sales caras de mi madre y me depilé las piernas. Luego me probé unos seis millones de conjuntos distintos. Después de mucho reflexionar, me decidí por la minifalda tejana oscura y la camiseta desteñida de Smiths que le había suplicado a mi padre que me comprara en una tienda *vintage*. Tras embadurnarme con rímel, delineador de ojos y brillo de labios, miré mi teléfono y caí en la cuenta de que solo faltaban cinco minutos para la hora en que había quedado en verme con todo el mundo. Eché un último vistazo al espejo; no estaba mal. Tampoco era para echar cohetes. Mis ojos marrones me miraban fijamente, ligeramente ocultos tras el pelo castaño desvaído que había intentado peinarme hacia atrás para darme un aspecto de roquera, sin éxito. Me calcé mis gastadas zapatillas tipo bailarina, cogí la chaqueta y salí zumbando de casa.

Todavía había luz mientras me dirigía, medio corriendo, medio andando, al lugar donde debía encontrarme con mis amigas. El sol, que estaba bajo en el cielo, lo teñía todo de luz dorada. Por unos instantes me dejé llevar y me quedé embelesada con lo bonito que estaba todo antes de recordarme que odiaba ese lugar. Elizabeth, Ruth y Amanda ya estaban esperándome en la esquina.

—¡Llegas tarde! —dijo Lizzie—. Te juro que me paso media vida esperándote. —Estaba guapa con sus vaqueros nuevos y un top negro. Se había recogido el cabello en un moño complicado y se había aplicado delineador de ojos en cantidad.

Recorrí a toda prisa el último trecho que me separaba de ellas.

—Lo siento —jadeé—. Crisis de vestuario.

—Sí, sí. Como nos hayamos perdido la actuación del guitarrista cañón, ya te daré yo crisis. —Al oír las palabras «guitarrista cañón», a Ruth se le iluminaron los ojos. La saludé con un abrazo rápido.

—¿Has visto al misterioso bombón? —preguntó.

Ruth siempre estaba interesada en nuevas conquistas. En cuanto ponía la mirada en alguien, era prácticamente imparable e invencible. Además, tenía un busto de copa DD con el que barría toda posible competencia. Era un alivio para mí que nunca me gustara nadie, pues estando cerca de Ruth no tenía mucha oportunidad de ligar.

—Solo he oído hablar de él. Pero esta mañana he visto pasar un cerdo volando por delante de mi ventana, así que estoy casi segura de que un hombre atractivo ha venido a vivir a la ciudad.

—Me entristece mucho oírte hablar así, Poppy —dijo—. Hay montones de hombres atractivos por aquí. Solo tienes que abrir los ojos a las incontables posibilidades.

—Son chicos atractivos —la corregí—. No creo que conozcamos a ningún hombre atractivo.

—Oh, ya me encargo yo de convertirlos en hombres —dijo con un guiño.

Enlacé el brazo con el de Amanda, que aún no había dicho una palabra. Pobrecilla. Llevaba el tiempo suficiente juntándose con Ruth para comprender que no

valía la pena intentarlo.

—¿Cómo te va con Johnno?

Johnno era algo así como el novio de Amanda. Se había superado a sí misma al encontrar a alguien incluso más tímido que ella. Se pasaban casi todo el día pidiéndose disculpas o tomados de la mano, incómodos como niños posando para la foto de una boda. Se puso roja como un tomate.

—Nos va bien —tartamudeó ligeramente—. Ayer conseguimos besarnos sin que toparan nuestras narices.

Se me escapó la risa.

—Bueno, paso a paso, ¿no?

Lizzie nos tomó del brazo a Ruth y a mí, de forma que todas formamos una hilera.

—Muy bien, señoritas —dijo—. Tengo la sensación de que esta noche será increíble.

—Sí, seguro —farfullé.

—A callar. En serio, un ardor en el vientre me dice que algo sucederá esta noche.

—Venden cremas para eso. Me refiero al ardor.

La mirada de Ruth se iluminó.

—Ah, sí, es verdad. Puedo recomendarte una. Te alivia de inmediato.

—Silencio —ordenó Lizzie, y prorrumpimos en carcajadas—. Esta noche ocurrirán cosas. Lo intuía. —Hizo una pausa—. Me lo dice mi sentido de la novedad.

Las demás pusimos cara de exasperación.

—Acabemos con esto de una vez —dije.

Y echamos a andar hacia la discoteca.

La noche de música en vivo no es ni por asomo tan emocionante como da a entender su nombre. En esencia, todo se reduce a que una discoteca desvencijada del centro de la ciudad invita a grupos locales a tocar en ella cada dos semanas. El público está formado por menores de edad, pero el propietario hace la vista gorda, pues de ese modo llena la pista de baile que de no ser por eso estaría vacía. Nosotras asistíamos desde que a Ruth le habían salido tetas y había aprendido a distraer a los seguratas con ellas.

Empezaba a oscurecer cuando llegamos a la puerta de la discoteca.

—Oh, no —dijo Lizzie—. Hay cola. Seguro que ha corrido la voz sobre el guitarrista cañón.

En efecto, había una larga fila de personas que daba la vuelta a la esquina del edificio. Grupos de chicas tiritaban apiñadas entre sí, evaluando en silencio a las demás chicas que las rodeaban. Cuando las cuatro nos acercamos al final de la cola arrastrando los pies, otras chicas clavaron la vista en nosotras y en el vertiginoso escote de Ruth con cara de pocos amigos. Esta esbozó una sonrisita y sacó pecho aún más.

—Creo que deberíamos colarnos —comentó.

—No vale la pena —dijo Amanda—. Esto se mueve bastante rápido.

Ruth dio patadas en el suelo simulando una rabieta.

—Pero todas las que tenemos delante conocerán al guitarrista cañón antes que yo. Sonreí.

—Vamos, seguro que ni siquiera está tan bueno. Apuesto a que es del montón y que las chicas lo encuentran guapo solo porque toca la guitarra en un escenario.

Lizzie exhaló un profundo suspiro.

—¿Os imagináis —preguntó— lo maravilloso que debe de ser salir con un músico?

Las otras dos suspiraron a coro.

—Imagínate que estás en medio de la multitud, mirando cómo todas las personas que te rodean contemplan embelesadas a tu novio, sabiendo que se irá a casa contigo —dijo Ruth.

—O imagínate que saca su guitarra acústica para cantar una balada y tú sabes que la compuso para ti —añadió Lizzie.

—O imagínate que lees las entrevistas que le hacen en revistas satinadas y en las que declara cuánto te adora —terció Amanda.

Arqueé una ceja mientras avanzábamos en la cola.

—O... imagínate que te pones enferma de paranoia cada vez que sale de gira porque no hay duda de que te está engañando. Imagínate que la gente solo te conozca

como la novia de fulano y no por tus propios méritos. O imagínate que tienes que quedarte en casa con los niños mientras él está por ahí, fingiendo que sigue siendo una «estrella del rock» aunque tenga entradas y michelines de viejo. O... — Interrumpí mi perorata al percatarme de que todas me miraban con el ceño fruncido.

Lizzie soltó un silbido bajo.

—Joder, Poppy, ¿por qué nos molestamos en traerte con nosotras?

—Eso, aguafiestas —dijo Ruth—. No tiene nada de malo fantasear un poco.

Avanzamos de nuevo. Nos acercábamos a la puerta.

—No hay nada de malo en las fantasías —repuse a la defensiva—, pero... ¿salir con un músico? Venga, chicas. Es un tópico tan sobado...

Las tres gruñeron a la vez.

—¡Mujer, estás obsesionada!

—No estoy obsesionada. Lo que pasa es que no entiendo por qué os excita tanto la posibilidad de ligaros a un capullo melancólico que escribe canciones sobre su angustia adolescente.

—¿Quién sabe? A lo mejor tiene un talento increíble, pero es reflexivo y se enamora perdidamente de una de nosotras.

—Lizzie. Que no vivimos en una comedia romántica.

—Como si no lo tuviera clarísimo por ser amiga tuya. —Me tomó del brazo y entramos en la discoteca.

El local estaba más lleno que de costumbre, por la gran cantidad de aspirantes a *groupies* que había. La pista de baile de parquet, por lo general medio vacía, estaba atestada de chicas con rímel en las pestañas y los codos hacia fuera. Consulté el reloj: eran las nueve y media pasadas. Faltaba todavía media hora para que el grupo empezara a tocar, pero las chicas ya estaban luchando por los mejores sitios en la primera fila. Su desesperación era tan acusada que casi habría podido embotellarse y venderse como perfume.

El lugar me gustaba bastante, muy a mi pesar. Las paredes estaban pintadas de morado chillón y decoradas con viejas fotos en blanco y negro de músicos famosos. El techo, en otra época blanco, ahora era amarillento, manchado por el humo de cigarrillos al que había estado expuesto durante años. Pero lo que más me gustaba era la barra. El dueño, guiado por un auténtico espíritu rocanrolero, insistía en que el barman utilizara un dosificador para todas las bebidas, aun para el vino. Incluso había mandado fabricar expresamente un dosificador para servir vino rosado en una medida de 250 mililitros. Era todo un poco basto, pero la discoteca tenía personalidad, algo que no abundaba en aquella ciudad tan gris y vulgar.

Las chicas y yo nos abrimos paso entre la muchedumbre hacia la barra. Conseguí llegar hasta allí a fuerza de codazos y me incliné hacia delante para llamar la atención del barman.

—¿Qué quieres? —gritó para hacerse oír por encima del estruendoso heavy metal que salía de los altavoces para caldear el ambiente.

Levanté los dedos.

—Cuatro cubalibres con ron dorado doble y cola dietética, por favor. —Me estaba acalorando, así que empecé a abanicarme la cara con la mano—. Con hielo —añadí.

Mientras esperaba, observé cómo Lizzie «alternaba».

La chica conocía a todo el mundo. Revoloteaba de un grupo a otro como un colibrí adicto a los secretos en vez de al néctar. Supuse que estaba informándose sobre el grupo nuevo y su misterioso guitarrista. A Lizzie le gustaba estar al tanto de todo. Decía que era una manera de prepararse para el futuro.

El barman me entregó las bebidas, y yo le pagué con un billete de diez libras y otro de cinco antes de sujetar cuidadosamente los vasos entre los dedos. Me abrí paso a empellones hacia mis amigas.

—Bueno, ¿qué me he perdido? —grité por encima de la música, pasándole a cada una su bebida.

—Gracias —gritó Lizzie a su vez, cogiendo un vaso—. ¿Sabes qué? Acaban de contarme un cotilleo muy jugoso sobre Noah.

—¿Quién es Noah? —pregunté, y le di un buen trago a mi bebida.

Ella me respondió algo que no alcancé a entender.

—¿Qué? —Me incliné hacia ella.

—QUE NOAH ES EL GUITARRISTA CAÑÓN.

Asentí. Así que se llamaba Noah. Me sorprendió que no tuviera un nombre más pretencioso. Me había imaginado algo como «Hendrix».

Lizzie nos hizo señas para que nos acercáramos.

—Me han contado... —Lizzie intentó susurrar, pero tuvo que alzar mucho la voz para que la oyéramos—. Rachel estaba comentándome que vive solo desde que sus padres lo echaron de casa.

Lizzie movió la cabeza arriba y abajo, muy solemne.

—¿En serio? —preguntó Amanda, con los ojos muy abiertos, como si Lizzie hubiera revelado que el tipo era medio sirena o algo así.

—Al parecer él les hizo la vida imposible, porque el tío está mal de la cabeza. Vino a vivir aquí hace como dos años y le diagnosticaron una depresión —continuó—. Pero él se negó a ir a terapia y por lo visto se aficionó a la bebida y a las mujeres. Da toda la impresión de que está hecho un mujeriego. Un chico malo de cuidado.

Las otras dos adoptaron un aire soñador mientras yo sonreía con cinismo. Qué típico.

—El caso es que, aparentemente, unirse al grupo le ha hecho bien. Parece ser que la música le ayuda con su... enfermedad.

—Vaya —dijo Amanda—. Debe de ser un... alma torturada.

—Lo sé —convino Ruth—. Qué mal lo ha pasado. Seguro que lo único que necesita es una buena novia que le haga sentar la cabeza. Un paño de lágrimas. Alguien de quien pueda fiarse y depender. —Nos quedamos calladas, mientras cada una de las otras tres se imaginaba que era esa chica maravillosa que resolvería todos

los problemas de Noah. Por favor.

Cuando nos terminamos las bebidas, Ruth fue a por otra ronda mientras nosotras guardábamos el sitio. Cada vez había más gente y hacía más calor. Noté que se me empezaba a formar una fina capa de sudor bajo el flequillo. Estupendo. Pese a que habíamos estado muy atrás en la cola de la entrada, habíamos logrado situarnos en un lugar desde donde se veía bien el escenario, justo en el medio, más o menos en la tercera fila. Defendíamos nuestro territorio frente a las personas que se apretujaban alrededor. Ruth regresó con nuestras bebidas y yo eché otra ojeada a mi reloj. Faltaban dos minutos para las diez. El grupo comenzaría a tocar en cualquier momento. Las espectadoras se empujaban unas a otras para tener una vista mejor, y unas idiotas empezaron a lanzar chorros de cerveza sobre la multitud. Una oleada de chillidos recorrió al público conforme las chicas descubrían que sus esmerados peinados se habían deshecho.

Las luces se apagaron y todas prorrumpieron en gritos de entusiasmo. Vi que las siluetas de los músicos salían al escenario, lo que provocó que la muchedumbre que teníamos detrás se abalanzara hacia delante. Me vi levantada por las costillas y arrastrada medio metro al frente. Encogí los dedos del pie para que no se me cayeran las bailarinas, presa de un ligero pánico al comprender que me habían separado de las demás. Al volver la cara, vi a Lizzie a cierta distancia detrás de mí. Sonrió, emocionada, esperando que la música comenzara. Le devolví la sonrisa y de pronto los focos del escenario se encendieron, bañando al grupo en una luz blanca muy intensa. Los primeros acordes estallaron en los altavoces...

Y de repente me quedé sin respiración.

Prácticamente dejé de oír la música atronadora y se me nubló la mente. Traté de inspirar, pero no entró una molécula de oxígeno en mis pulmones. Me fallaron los pies y noté que el gentío me empujaba hacia delante. Apenas me tenía en pie. Confié en que los cuerpos que me rodeaban impidieran que cayera al suelo mientras intentaba poner en práctica las técnicas que había aprendido en la terapia.

—No te estás muriendo —me dije—. Solo sufres un ataque de pánico. No vas a morir.

Pero no me creí. Esto era peor que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Me ardían los pulmones, y la visión periférica se me empañó.

—Auxilio —gemí lastimeramente con la esperanza de que alguien me oyera. Pero el auxilio no llegó. Intenté respirar de nuevo, en vano. El pánico recorrió mi cuerpo como un tsunami. «Tengo que salir de aquí. Voy a morir».

Con las fuerzas que me quedaban, intenté apartarme de la multitud dando traspies, con la vaga conciencia de que unas personas me gritaban. No veía a mis amigas. No veía nada. Se me estaba enturbiando la vista.

«RESPIRA», me ordené. Pero no pude. Solo boqueaba inútilmente. Sentía que mis pulmones estaban a punto de estallar.

«Me ahogo —pensé—. Me estoy ahogando fuera del agua».

Noté que mis pies resbalaban sobre el suelo cubierto de cerveza y que el ardor en mis pulmones empezaba a abrasarme las entrañas. Oía de forma tenue los sonidos de los acordes contundentes que salían de los altavoces. Entonces la negrura me envolvió y todo quedó al fin en silencio.

Dolor.

Ardor.

Aunque aún me envolvía la negrura, ya no imperaba un silencio sereno.

—Está moviendo los ojos —oí que decía una voz. Sonaba como si estuviera varios kilómetros por debajo del agua. La sensación abrasadora volvió a castigarme los pulmones. El dolor era muy intenso. Tenía que eliminarlo. Abrí los ojos, parpadeando. Estaba acostada boca arriba. No era una buena posición. Valiéndome de todas mis fuerzas, me tendí de costado mientras el vómito ascendía por mi esófago. Las arcadas me convulsionaron. El ron con cola regurgitado me quemó la garganta con su sabor ácido antes de acabar en el suelo. Me quedé tumbada durante unos minutos ofreciendo un espectáculo más bien repugnante. Escupía, me enjugaba la boca y luego volvía a vomitar. Me daba igual quién estuviera observándome; tenía que expulsar de mi organismo aquel veneno, fuera lo que fuese. Cuando por fin terminé, volví a colocarme boca arriba y me pasé los dedos por el cabello. Estaba apelmazado por el sudor.

—Vaya, mirad quién se está poniendo sexy de nuevo —comentó alguien con sarcasmo.

Era la voz de Lizzie. Me esforcé por enfocar la vista, hasta que su rostro se tornó nítido junto a mí. Estábamos fuera de la discoteca, en una pequeña extensión de césped sucio, hacia un lado. Lizzie y Amanda parecían preocupadas. Bueno, Lizzie parecía un poco más asqueada que preocupada. Respiré hondo.

—¿Qué demonios ha pasado? —Intenté levantar la cabeza, pero Lizzie la apretó con firmeza contra su regazo.

—No tan deprisa. Vas a quedarte acostadita durante un rato. —Me miró con aire maternal—. Has sufrido uno de tus ataques. Nos has dado a Amanda y a mí un susto de muerte.

Amanda estaba sentada sobre la hierba con las piernas cruzadas, a una distancia respetuosa de mi charco. A juzgar por su aspecto, estaba aterrada. Entonces recordé que nunca antes había presenciado uno de mis ataques de pánico.

—¿Cuánto rato he estado fuera de combate? —Siempre que me ocurría aquello, perdía la noción del tiempo.

—Solo unos minutos. Pero tranquila, no te has perdido nada.

—¿Dónde está Ruth? —pregunté.

Una expresión de irritación cruzó la cara de Lizzie antes de que consiguiera esbozar una sonrisa.

—Guardándonos el sitio. Le he dicho que no valía la pena porque es obvio que te vas a ir directa a tu casa, pero se ha quedado dentro de todos modos.

—¿A casa? No me voy a casa.

—Joder que no. Poppy, nunca había visto algo así. O sea, ya te había visto

desmayarte, pero no de esta manera. Creía que te habías muerto.

Tras su sonrisa forzada, se adivinaba que estaba preocupada de verdad.

—¿Tan mal me he puesto? —pregunté—. Me he sentido peor que en ocasiones anteriores.

—Dabas miedo. Yo intentaba no perderte de vista porque sé que a veces las multitudes hacen que se te crucen los cables. Me parecía que lo llevabas bien, aunque el ambiente ahí dentro es demencial. El flequillo me ha quedado hecho un desastre... —Se interrumpió y volvió a empezar—. El caso es que en cuanto ha salido el grupo, tú has empezado a contorsionarte. He intentado abrirme camino hasta ti, pero el gentío era muy denso. Te tambaleabas como si no te respondieran los pies. Entonces te has desplomado. He conseguido llegar a tu lado. Estabas inconsciente, pero temblabas como si te estuvieran dando descargas eléctricas. Daba bastante yuyu. Si no hubiera sabido que te pasan estas cosas, habría creído que era un ataque epiléptico o algo así.

Me quedé callada por un momento, asimilando todo lo que me había contado.

—Así que he quedado como una idiota rematada, ¿no?

Lizzie silbó por lo bajo.

—Caray. ¿Cómo puede preocuparte eso, Poppy? Estás bien, y eso es lo único que importa.

Sin hacerle caso, alcé la vista hacia Amanda.

—Amanda —dije.

Parecía nerviosa, seguramente porque Lizzie estaba lanzándole una de sus miradas asesinas.

—Apenas se ha dado cuenta nadie —me aseguró Amanda—. Todo el mundo estaba muy pendiente del grupo. En realidad, son sorprendentemente buenos.

Me incorporé. La sensación de la brisa veraniega de la tarde en mi cara empapada en sudor resultaba agradable.

—Bueno, en ese caso —dije, poniéndome de pie—, lo mejor será que entremos a verlos.

Esto horrorizó a Lizzie.

—¡Poppy, no! Vamos, tenemos que llevarte a casa.

—Estoy bien. Por favor, déjame que actúe como una persona normal.

—Pero podría darte otro ataque.

—No hay peligro. Ya se me ha pasado. Venga, vamos a buscar a Ruth.

Lizzie miró a Amanda, desesperada.

—No podemos dejar que vuelva a entrar.

Amanda se encogió de hombros.

—¿De verdad quieres intentar impedirselo?

—Ja, ja. Victoria. —Levanté el puño en señal de triunfo y al instante me mareé y perdí el equilibrio. Lizzie me sujetó justo a tiempo y clavó sus ojos iracundos en mí.

—De acuerdo —suspiré—. Me quedaré al fondo de la sala, como una pringada,

por si vuelve a ocurrir. Aunque no ocurrirá.

Caminamos despacio hasta la entrada de la discoteca y al pasar mostramos a los porteros el sello que teníamos en la mano. Se fijaron en que Lizzie y Amanda sostenían buena parte de mi peso corporal, y uno de ellos arqueó una ceja.

—¿Se encuentra bien vuestra colega? —preguntó, observándome con suspicacia.

—Estupendamente —respondió Lizzie, antes de volverse hacia mí—. ¿A que sí, Poppy?

—¿Yo? Estoy borracha de alegría.

Se rieron mientras entrábamos en la discoteca y la música estruendosa inundaba nuestros oídos. Nos quedamos de pie en la parte más alejada del escenario y, al cabo de diez segundos, decidí que el grupo me gustaba. Eran increíbles. Mi corazón latía desenfrenado al ritmo de la música y me llevé las manos al pecho para calmarme. Del público se elevaban grandes nubes de vapor.

—SON ALUCINANTES —grité a Lizzie y a Amanda, que me sonrieron.

—TE LO HE DICHO, ¿NO? —chilló Lizzie—. Y NO TE PIERDAS AL GUITARRISTA.

Mis ojos siguieron la dirección que señalaba el dedo de Lizzie a través de la sala atiborrada hasta Noah.

Nunca me he dado de narices contra un muro de ladrillo, pero me imagino que la sensación debe de ser parecida a la que me invadió entonces. El tiempo se ralentizó, como en una película cursi. Contuve la respiración mientras lo contemplaba. Lizzie estaba en lo cierto: era guapísimo.

Estaba en el lado izquierdo del escenario, con la guitarra descuidadamente apoyada en la parte baja de la cadera. Su cara reflejaba concentración mientras desgranaba los acordes. El cabello negro sudoroso le caía sobre los ojos del mismo color y enmarcaba su rostro perfectamente anguloso. La camiseta verde se adhería a su torso delgado pero musculoso, y llevaba los vaqueros por debajo de la cintura. Examiné rápidamente sus piernas y exhalé un suspiro de alivio: sus tejanos no eran tipo pitillo. ¡Era un milagro! Me relamí de forma involuntaria. Me entraron ganas de volverme para comentar su buena forma con todo detalle, pero no podía despegar los ojos de su cara.

Maldición, ¿qué me estaba pasando? Me obligué a apartar la mirada de él. Lizzie sonreía.

—¿Está bueno o no? —preguntó.

—Muy bueno. —Asentí enérgicamente—. Tenías razón.

Nos abrazó por los hombros a Amanda y a mí y nos atrajo hacia sí.

—Algún día, mis pequeñas mocosas, comprenderéis que siempre tengo razón. Entonces, ¿quieres ligártelo?

Esto me dejó de piedra.

—¿Qué? —balbucí—. ¡No!

Lizzie me dio un codazo suave en las costillas.

—Tranquila, solo estaba tomándote el pelo. De todos modos... —señaló a la

multitud—, parece que tendrías muchas rivales, y yo al menos no querría competir con Ruth.

Seguí otra vez la dirección de su dedo. Mis ojos se posaron en Ruth, que de algún modo había conseguido abrirse paso entre contoneos hasta la primera fila. Estaba justo debajo de Noah, mirándolo fijamente con expresión decidida. Se me hizo un nudo en el estómago e intenté entender por qué. Aquello no era más que una muestra del comportamiento típico de Ruth, pero esa noche me molestó.

—¿A qué juega? —le espeté a Lizzie—. Actúa como si estuviera desesperada.

—Nunca ha ido despacio con nadie.

En eso llevaba razón.

Me volví de nuevo hacia Ruth y observé su técnica. Estaba justo debajo de la línea de visión de Noah, haciéndole ojitos como si le fuera la vida en ello. Por algún motivo inexplicable, el calor no le había estropeado el peinado como a todas las demás, y yo habría jurado que se había desabrochado otro botón de la blusa. Todo parecía increíblemente poco sutil, pero, como decía Lizzie, el encanto y la determinación de Ruth nunca le habían fallado antes.

El único consuelo que mitigaba mi rabia inexplicable era que Noah no parecía haber reparado en su presencia. Tenía la vista fija en su guitarra y en sus dedos, que se movían a toda velocidad. De hecho, apenas miraba al público.

Más tarde, el grupo estaba tocando una canción animada y todo el mundo bailaba y salpicaba de sudor a los demás. El cantante —un mozo de complexión robusta, atractivo, aunque no como Noah— estaba visiblemente entusiasmado con la reacción de la gente. Daba palmas por encima de la cabeza, intentando animar al público a corear la letra.

Cuando el tema llegó a su clímax, Noah por fin apartó los ojos de la guitarra y contempló la masa ingente de personas que tenía rendidas a sus pies. Sus facciones se torcieron en una sonrisa arrebatadora y alzó la mano en alto. La muchedumbre enloqueció y todas las chicas rompieron a chillar. Casi pude distinguir el grito de Ruth por encima de los de las demás. Al escrutar el rostro de Noah, de pronto caí en la cuenta de que se había fijado en mí. Se me empezó a nublar la vista y la sensación de debilidad que conocía demasiado bien se apoderó de mí. Mierda. Otra vez no.

Ocurrió durante menos de un segundo. Por un breve instante, nos miramos, el estómago me dio un vuelco y se me aceleró el pulso. Luego, tan rápidamente como había llegado, el momento pasó.

La música había cesado de golpe. Se había interrumpido en seco. La canción alegre dio paso a un silencio cargado de confusión mientras la multitud buscaba alguna explicación. La encontraron en el humo que salía del amplificador de guitarra de Noah y que estaba envolviendo el escenario en una niebla apestosa. Corrió hacia el ampli como una madre que se lanza ante un coche para salvar a su hijo. Los otros integrantes del grupo atravesaron el escenario a toda prisa y se abrieron paso entre la humareda para intentar ayudar. Me volví hacia Lizzie y Amanda con expresión

inquisitiva. Ellas se encogieron de hombros.

—¿Una copa? —pregunté.

Las dos asintieron.

Eché un vistazo rápido hacia atrás mientras caminaba hacia la barra. El amplificador seguía humeando. Intuí que la actuación había terminado.

—Dos cubalibres con ron dorado y cola sin azúcar, y un vaso grande de agua del grifo —pedí, inclinándome sobre la barra. Sabía que beber alcohol tras haber sufrido un ataque de pánico no habría sido muy inteligente por mi parte.

Mientras esperaba, el cantante bajo y fornido se acercó al micro.

—Esto... Hola a todos —le dijo al público. Había perdido su chulería escénica y parecía un poco nervioso—. Creo que tendremos que dejar aquí la actuación. El ampli ha quedado totalmente cascado.

La multitud prorrumpió en gruñidos y gritos de protesta.

—Lo siento, peña, pero no podemos hacer nada. Gracias por venir. Volveremos el mes que viene. Mientras tanto, visitad nuestra web.

La mayor parte del público estaba saliendo del local, y me supo mal por él. Noah estaba en un lado del escenario, dejándose consolar por una nutrida horda de chicas. Ruth se encontraba al frente, tocándole el brazo y susurrándole al oído. Otra vez presa de la rabia, le hice una seña al barman para que se acercara.

—Que sean tres cubalibres.

Le arrebaté las bebidas con brusquedad y tomé un buen trago de la mía con lo que esperaba que fuera un ademán melodramático. Aunque sabía que los celos eran una emoción destructiva y sin sentido, no podía evitar estar verde de envidia por la facilidad de Ruth para hablar con los chicos. Era como un hada mágica del deseo, capaz de hechizar a la humanidad entera con un guiño coqueto o una indirecta sutil. Los hombres quedaban reducidos a alcornos balbuceantes. Ni siquiera los más inteligentes podían resistirse a sus encantos. Por lo general, esto no me molestaba, aunque por otra parte nadie había despertado mi interés antes. Miré las dos bebidas que quedaban, preguntándome si beberme la de Lizzie o la de Amanda. Decidí no beberme ninguna, y me volví hacia Ruth y Noah, que estaban enfrascados en una conversación. Vi que ella le decía algo muy cerca de la oreja antes de echar la cabeza hacia atrás, riendo. Durante un segundo, juro que los pillé mirando hacia mí. Solo era paranoia, Poppy, solo eso.

Ahora que la sala estaba más vacía, me resultó más fácil regresar a donde estaban mis amigas. Tanto Lizzie como Amanda mantenían también la mirada clavada en Ruth.

—Zorra suertuda —dijo Lizzie, cogiendo su vaso y apurándolo con un movimiento igual de melodramático. Arqueé una ceja. Saltaba a la vista que yo no era la única que padecía episodios ocasionales de envidia hacia Ruth.

Amanda asintió.

—Tiene una especie de don, ¿verdad? Nunca entenderé cómo...

—Fijaos —la interrumpió Lizzie—. Vienen hacia aquí.

Ruth guiaba a Noah de la mano entre las pocas personas que quedaban. Una enorme sonrisa de suficiencia le surcaba el rostro. Las tres fingimos no darnos cuenta de que se aproximaban. Restregué la punta de mi bailarina por el suelo y eché una ojeada desde detrás de mi flequillo, aún sudoroso. No estaba segura de si fueron imaginaciones mías, pero me pareció que a Noah no le hacía mucha ilusión ir de la mano con Ruth. Conforme se acercaban, noté que el corazón me golpeaba las costillas como un mazo. ¿Era esto lo que se sentía cuando te gustaba alguien? Me ruboricé solo de pensarlo. Cuando los dos llegaron junto a nosotras, decidí que lo mejor era mantener los ojos fijos en el suelo.

—Noah —dijo Ruth con una voz chillona y molesta—. Estas son mis mejores amigas del mundo mundial. —Nos señaló a las tres por turnos—. Te presento a Lizzie, Amanda y Poppy. —Asentí con la cabeza instintivamente cuando ella pronunció mi nombre. Seguía sin despegar los ojos de las tablas del suelo. Asentir es un gesto lo bastante cordial, ¿no?

—Encantada de conocerte —dijo Lizzie—. La actuación ha sido genial. Bueno, hasta que ha explotado el amplificador.

Oí que él se reía. Era una risa áspera y agradable. El mazo me aporreó las costillas con más fuerza. Me puse a jugar con el pie, esperando de verdad que nadie reparara en mi pequeña crisis nerviosa.

—Sí, ha sido un poco raro. —Tenía una voz profunda, ligeramente ronca. Intenté controlar la extraña reacción de mi cuerpo al oírla—. Me gustaría creer que lo ha destruido mi impresionante virtuosismo, ya sabes, como si el ampli se hubiera visto desbordado por mis flipantes solos de guitarra. —Hizo una pausa para crear suspense—. Pero al parecer no ha sido más que un fallo técnico.

Las demás se rieron ante su egolatría irónica. Bueno, creo que era irónica. Yo, mientras tanto, permanecía rígida como una idiota antisocial.

—Pues a mí me ha encantado el concierto —comentó Ruth con una sonrisa bobalicona—, pero creo que no me ha producido una reacción física tan fuerte... como a Poppy.

Ante esta mención de mi nombre, erguí la cabeza de golpe y posé la vista en ella, descolocada.

—Poppy es la chica de la que te hablaba —prosiguió sin abandonar su tono zalamero—. Le ha gustado tanto tu pequeña actuación que se ha desmayado. —Eché la melena hacia atrás con una carcajada y me quedé mirándola con incredulidad.

Una mezcla súbita de vergüenza, desconcierto, resentimiento y rabia me recorrió. Me eché a temblar con las mejillas encendidas, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

—¿Es eso cierto, Poppy? —preguntó Noah con voz contenida, como si estuviera aguantándose la risa—. ¿Te has desmayado? ¿Tan bien he estado? ¿Tan guapo soy?

Respiré hondo, contando tal como me habían enseñado, y me obligué a mirarlo

despacio.

Al parecer, esto fue un error. El tipo estaba... como un queso. Era uno de esos chicos que solo se ven por la tele. Su mirada ardiente se posó en mis ojos, y me fallaron los pulmones. Al notar de nuevo que las paredes se me venían encima, hice un esfuerzo por respirar. Intenté tomar una bocanada de aire mientras él me observaba con curiosidad. Yo sabía que él esperaba una respuesta, pero no podía hablar. Empezaba a verlo todo borroso otra vez. Mi corazón seguía latiendo a toda velocidad, y una nueva capa de sudor me recubrió el cuerpo. No era capaz de apartar la vista de él. Oh, Dios mío: iba a pensar que yo era un bicho raro. ¿Por qué me hacía esto Ruth? ¿Acaso estaba mal de la cabeza? Entonces la rabia apareció, como un invitado impuntual, y empujó a un lado las otras emociones que sentía.

Abrí la boca para hablar.

—En realidad —espeté, dejándome llevar por la exaltación del momento—, no me he desmayado. —Fijé los ojos en él—. Supongo que estás acostumbrado a que las chicas pierdan el conocimiento cada vez que las miras, y por eso crees que eres el causante de mi pequeño... episodio. Pero te equivocas. Además, para serte sincera, me parece de una chulería increíble que te imagines siquiera que has tenido algo que ver con eso.

Entonces me volví hacia Ruth, que me contemplaba atónita.

—De hecho, sufro ataques de pánico. Se trata de un problema fisiológico habitual que no controlo en absoluto, que guardo en secreto y que, francamente, no incumbe a nadie más. No es algo que quiera compartir con el mundo..., solo con mis amigas más queridas —añadí, imitando el tono empalagoso de Ruth—. Ella, claro está, sabe que tengo este problema. Y cuando yo he sufrido un colapso al fondo de esta sala, ella ha aprovechado la oportunidad para ocupar mi sitio, más cerca de la primera fila, y tirarte los tejos. Y, mientras mis amigas de verdad me sujetaban el cabello para que no lo manchara de pota —dije, señalando a una Lizzie y una Amanda no menos sorprendidas—, ella se abría paso hacia ti a codazos. —Respiré otra vez, decidida a no amilanarme hasta que hubiera terminado—. En fin, estoy segura de que todo esto os resulta de lo más divertido a los dos. ¿Por qué no os largáis a pasarlo bomba pensando lo desternillante que es que la amiga estúpida de Ruth haya sufrido un ataque de pánico? —Estaba bastante segura de que había dejado claro que estaba enfadada, pero la ira hacía que las palabras continuaran brotando de mi boca como vómito—. Bueno, dicho esto, me voy a casa. Ruth, de ahora en adelante, ¿podrías abstenerte de utilizar mi enfermedad como una táctica para ligar?

Giré sobre los talones y me encaminé hacia la puerta, conteniéndome para no arrancar a correr. En un último momento de valor o locura —como preferirais llamarlo—, miré hacia atrás y examiné sus expresiones de pasmo.

—Ah, y ten cuidado —agregué—. Ella ha contraído la clamidia dos veces.

Volví la cara al frente con gesto decidido y salí a la oscuridad de la noche.

La doctora Anita Beaumont escuchaba el repiqueteo de sus tacones sobre el pulido suelo del pasillo. Estaba de mal humor, de un humor de perros. Había decidido desquitarse con sus ayudantes. ¿Cómo osaban llamarla al busca en sábado? ¿Es que no sabían que era una persona importante? Les había dado a esos idiotas el número de su buscaperonas solo para emergencias. ¿Qué emergencia podía surgir una tarde de sábado, mientras estaba haciéndose la manicura?

El sonido de sus tacones resonaba con fuerza al rebotar en las paredes blancas y asépticas. Los fines de semana solo mantenían una plantilla mínima, por lo que casi todos los edificios estaban vacíos. Acercó su tarjeta con banda magnética a una pared, y una puerta apareció de la nada. Ella dobló a la izquierda y la atravesó, mirando sus uñas a medio hacer y maldiciéndose por haber contratado a aquel ayudante nuevo. Parecía demasiado ansioso por impresionar, demasiado serio. Recién salido de la universidad, estaba entusiasmado por trabajar en un lugar tan secreto e importante que hacía realidad sus fantasías infantiles de llegar a ser un superhéroe. Pronto descubriría lo duro que era ese trabajo. Seguramente solo la había avisado porque quería presumir de algún éxito menor para que ella le diera unas palmaditas en la cabeza y lo felicitara como a un colegial. ¿Cómo se llamaba? Era un nombre ridículo. ¿River? No, no era eso. ¿Storm? No, tampoco. «Ah, sí —recordó con una sonrisa maliciosa— Rain». El nombre del pobre tipo quería decir «lluvia». Por lo visto sus padres habían sido hippies.

Al llegar al final del pasillo, la doctora Beaumont se encontró frente a otra puerta de seguridad. Alzó de nuevo su tarjeta, y un teclado de ordenador salió de otro compartimento oculto. Introdujo rápidamente la contraseña, sonriéndose mientras pulsaba las teclas con las letras. A... L... M... A... G... E... M... E... L... A.

Un láser azul le realizó un escáner de retina antes de que la puerta de seguridad se abriera, deslizándose a un lado. Entró en el laboratorio con paso enérgico.

—Espero que esto no sea una pérdida de tiempo total —gritó—. ¿Y ahora quién diablos va a traerme un café?

Rain y otra ayudante se presentaron ante ella.

—Hola, Anita —saludó Rain con una voz que apenas disimulaba su entusiasmo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Doctora Beaumont, para ti. ¿Dónde está el café?

La otra ayudante corrió hacia la cocina mientras Anita, seguida por Rain, se acercaba a una mesa con varios ordenadores.

—Bueno, ¿para qué me habéis hecho venir? —Se inclinó sobre el terminal más grande y tecleó otra contraseña, echando otro vistazo rápido a su manicura incompleta con una ligera mueca de irritación—. Más vale que haya una buena

razón.

Rain agarró un taburete y se sentó junto a Anita, invadiendo su espacio personal más de lo que ella habría querido.

—Oh, ya lo creo que la hay. —Sus labios se arquearon en una sonrisa de oreja a oreja—. Hemos recibido la lectura hace menos de una hora.

La otra ayudante llegó con el café. Anita se lo arrebató de las manos antes de indicarle con gestos que se marchara.

—¿Qué lectura? ¿De qué máquina?

—De la Emparejadora, ¿de cuál si no? —A Rain le encantaba llamarla así, pero no era el momento ideal para apreciar un buen juego de palabras.

Anita se quedó boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que se ha establecido una...?

—Una conexión entre dos afines —asintió Rain—. Y bastante grande.

La doctora se olvidó al instante de su manicura.

—Enséñamelo.

Rain comenzó a introducir coordenadas en el teclado y abrió un gráfico en el monitor. A un inexperto en la materia le habría parecido el registro de mediciones de un terremoto: una línea verde surcaba la pantalla de forma bastante estable antes de torcerse en una apretada sucesión de picos ascendentes y descendentes que recordaba el garabato de un niño pequeño.

Anita sintió una leve punzada de culpabilidad por haber dudado de la aptitud de Rain. Él había hecho bien en avisarla.

—Vaya. —Contempló la pantalla—. Es enorme.

Rain parecía encantado con su reacción.

—¿Has logrado localizar la ubicación exacta?

—No del todo. Por las coordenadas, no me cabe duda de que está en Europa. A ojo, diría que en Francia, o tal vez en Alemania o en el Reino Unido.

Anita deslizó el dedo por encima de la línea verde.

—Empieza y acaba de forma muy brusca. Fueran quienes fuesen, es evidente que no han permanecido en el mismo lugar durante mucho tiempo..., gracias a Dios —añadió, como si esta posibilidad se le acabara de ocurrir.

—Yo he pensado lo mismo. Dudo de que se hayan conocido. Quizá solo hayan viajado en el mismo autobús o algo así.

Anita reflexionó sobre ello.

—Qué... romántico. —Sus labios se curvaron ligeramente.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Ella se puso de pie y apuró su taza de café.

—Llamarme al busca. Creo que nos hemos salvado por los pelos de una posible catástrofe. Pero lo importante es que nos hemos salvado. Estoy convencida de que no ha sido más que un suceso puntual. Una broma del destino.

Rain asintió.

—Eso he pensado yo.

Empezaba a irritarla de nuevo. Memo engréido.

—Tú mantén vigiladas las ubicaciones posibles durante cosa de una semana. Si recibes otra lectura, avísame. Pero dudo de que eso suceda. —Intentó hacer caso omiso del escalofrío instintivo que le recorrió la espalda—. Bueno, esperemos que no.

Acto seguido, dio media vuelta y salió del laboratorio.

Las lágrimas no tardaron en aflorar. Mientras me dirigía a toda prisa hacia mi casa, noté que me resbalaban por las mejillas. No estaba segura de si eran lágrimas de rabia o de humillación. ¿Qué mosca me había picado? La gente normal no se deja llevar por arrebatos emocionales como el que había sufrido yo. No estaba viviendo en una película cuyos personajes se marcaban monólogos dramáticos que movían a los malos a reconocer sus maldades. Esto era la vida real. La realidad. Las personas crueles nunca se preocupan ni tienen dudas, y por lo general triunfan, mientras que las personas como yo mantienen la boca cerrada, aguantan los abusos y se les va la vida esperando a que el karma se manifieste, hasta que comprenden, pesarosos, que no existe.

Vaya noche. Empecé a tiritar, ignorando las miradas que me dirigía la gente en la calle. Supongo que una adolescente sollozante que corre sola en la oscuridad no es algo que se vea muy a menudo. Mi teléfono pitaba como loco en mi bolso, pero decidí no hacerle caso. Ya me enfrentaría a las consecuencias de lo ocurrido al día siguiente, cuando tuviera fuerzas para ello. No conseguía desterrar de mi mente la expresión de Ruth cuando mencioné lo de su clamidia. Le había prometido solemnemente que nunca se lo contaría a nadie. Ups.

A medida que me acercaba a mi casa, las calles se volvían poco a poco más silenciosas y oscuras. Las casas estaban cada vez más separadas entre sí, y al final todas contaban con su propio foso de césped perfectamente cuidado. Las lágrimas empezaban a remitir, y el llanto me había aplacado.

—No puedes cambiar el pasado —me dije. Otra pequeña lección que había aprendido en la terapia—. Así que no tiene sentido obsesionarse con él.

Intenté no pensar en Noah, pero me resultó difícil. Nunca había reaccionado de ese modo ante un chico. Me abracé a mí misma con más fuerza, y me vino a la memoria el momento en que nuestros ojos se encontraron por primera vez. Quizás eran imaginaciones mías, pero estaba segura de que su mirada se había fijado en mí entre la multitud. Como si hubiera estado buscándome. De acuerdo, eran imaginaciones mías de todas todas, pero fue la sensación que tuve. Mi corazón comenzó a latir con la contundencia de un ritmo de discoteca solo de pensar en ello. O sea que sí, estaba loca por él. Lo cual no me gustaba nada, sobre todo porque el tipo había tardado menos de cinco minutos en demostrar que era un completo gilipollas. Mira que mofarse de la enfermedad mental de alguien, y más aún teniendo en cuenta la depresión que había padecido, según Lizzie...

Reconocí de inmediato la esquina de mi calle, la doblé y rebusqué mis llaves en el bolso. Mientras recorría el camino de acceso, me prohibí a mí misma pensar en nada de aquello hasta que estuviera un poco más sobria, menos sudorosa y más serena.

Papá me esperaba en su puesto habitual. Dejé caer mi bolso sobre la mesa de centro de la sala y él me miró a través de sus gafas de leer, bajando el periódico.

—¿Cómo ha ido la noche, reina?

—Ha estado... —hice una breve pausa—... más o menos.

Él tosió y dobló cuidadosamente el periódico, antes de dar unas palmaditas en el brazo de su sillón, invitándome a sentarme.

—Así que fatal, ¿no? Vamos, cuéntame.

Lancé un par de pataditas al aire para quitarme las bailarinas apestosas y me acurruqué junto a él.

—Bueno —empecé—, me ha dado otro ataque de pánico.

Él arqueó las cejas pero no dijo nada. Si mi declaración lo había disgustado, no lo demostró.

—Luego Ruth le ha dicho a un tío que me había desmayado porque me parecía muy guapo. Creo que se burlaba de mí para intentar impresionarlo.

El rostro de papá no reflejó sorpresa.

—Típico de Ruth.

—Sí, así es ella.

Cogió el periódico de nuevo. Miré la página por la que lo abrió, achicando los ojos.

—Bueno, ¿qué hay de nuevo en el mundo? —pregunté, más por costumbre que por curiosidad.

Papá agitó las hojas.

—Ya sabes, lo de siempre. El mundo se acaba, etcétera.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Entonces, ¿ha sido un día común y corriente, plagado de desgracias?

—En efecto —sonrió.

Lo observé mientras leía, bien abrigado con el jersey lanudo que mi madre se empeñaba en regalar a la tienda benéfica, pero que él volvía a comprar una y otra vez porque al parecer Paul McCartney se había puesto uno igual en alguna ocasión. ¿Sueno raro si digo que me encantaba el olor de mi padre? Me resultaba de lo más reconfortante. Muy familiar. Lo cierto es que soy una auténtica niña de papá. Su princesita. Yo había sido un «accidente afortunado», como solía expresarlo mi madre con cariño. Después de que naciera mi hermana Louise, no planeaban tener otro bebé, y menos aún con tantos años de diferencia. Y cuando ella se casó y se marchó de casa, creo que esto les afectó mucho, en especial a mi padre. Por eso me prodigaban toda clase de atenciones. A veces habría deseado que no lo hicieran, pues sabía que nunca conocería a alguien que me tratara tan bien como mi padre.

Aunque tenía sueño, permanecí allí, hecha un ovillo.

—Le he gritado a Ruth —dije—. Le he echado en cara que utilice mis ataques de pánico como excusa para ligar. —Guardé silencio por unos instantes, no muy segura de si debía continuar—. Luego le he dicho al tipo que quería camelarse que ella había tenido una enfermedad de transmisión sexual.

Esto lo dejó visiblemente atónito. Bajó el periódico de nuevo y se quedó

mirándome.

—Ha sido un desastre —proseguí—. No sé qué me ha pasado. Estaba muy enfadada. Ella no volverá a dirigirme la palabra. Y ahora ese desconocido lo sabe todo sobre mí. Es tan humillante...

Me interrumpí y esperé su respuesta, una perla de sabiduría que me hiciera sentir mejor.

—Entonces... —dijo—, ¿ha sido un día común y corriente, plagado de desgracias?

No pude evitar reírme.

Decidí dar con mis maltrechos huesos en la cama y me pasé un rato largo cepillándome los dientes para librarme del regusto a cubalibre vomitado. Luego me puse mi pijama de cuadros favorito y me acurruqué con mi libro. Estaba relejendo *El día de los trífidos* por millonésima vez. La literatura para chicas adolescentes no era lo mío. Me gustaban los libros sobre personas solitarias o con historias apocalípticas. A Amanda le encantaban las novelas rosas baratas como *El gran error de Donna* o *El secreto de Candy*. Lizzie devoraba biografías y memorias, se empapaba de los consejos de los ricos y famosos, instruyéndose para conquistar el mundo de la prensa. Aunque me duele decirlo, a Ruth la lectura «no le va». Yo no la entendía. ¿Cómo podía haber alguien a quien no le gustara leer? Era la única forma de evadirse del color sepia y monótono de la vida real y experimentar algo de emoción. Tumbada en la cama, sacudí la cabeza; aún no estaba preparada para pensar en Ruth.

Intenté concentrarme en el relato. Iba por el principio, cuando el protagonista acaba de despertar en un hospital y empieza a comprender que el mundo que conocía ya no existe. Sin embargo, por más que me esforzaba, no conseguía abstraerme en la trama que tan bien conocía. Llegué a la parte en que él conoce a Josella y supe que estaban a punto de iniciar una relación romántica. Puaj. ¿Por qué todas las narraciones que valen la pena tienen que incluir una historia de amor? La gente estaba obsesionada con ese rollo de las almas gemelas, la pasión prohibida, las despedidas lacrimógenas o el «vivieron felices y comieron perdices». A mí simplemente me aburría. En mi opinión, lo habitual era que dos personas se conocieran por casualidad, activaran las hormonas el uno del otro y encontraran suficientes intereses en común para seguir juntos cuando se extinguiera el deseo, más que nada por miedo a estar solos. ¿Un punto de vista cínico? Tal vez, pero nadie me había demostrado lo contrario. La idea de que para cada persona hay otra, única en todo el universo, que está hecha específicamente para ella me parecía ridícula. Louise conoció a su esposo en la universidad y, sí, son felices, pero estoy segura de que si no hubiera sacado las notas que necesitaba para entrar, simplemente habría conocido a otro y habría sido igual de feliz, o tal vez más.

Sabía que intentaba distraer mi mente de lo que había sucedido, y por el momento

la táctica estaba dando resultado. Había leído el libro a medias —saltándome las partes románticas— durante veinte minutos más antes de apagar la lámpara de mi mesita de noche.

En cuanto la habitación quedó a oscuras, una imagen del rostro de Noah me vino a la mente. Agité la cabeza para intentar expulsarlo, pero mi cerebro se las había arreglado para memorizar hasta el último detalle a la perfección y de forma milagrosa. Qué mal. No podía estar enamorada de un gilipollas. Me puse a hacer mis ejercicios de respiración, contando despacio mientras inspiraba y espiraba, obligando a mi mente a centrarse únicamente en la expansión y contracción de mi caja torácica. Al final me sumí en un sueño intranquilo, y el corazón me latía con fuerza cada vez que mis pensamientos se desviaban hacia él.

Se supone que despertar el domingo por la mañana es una experiencia agradable. Y, durante los primeros cinco minutos, lo fue. La luz entraba a raudales a través de las cortinas, y saboreé la placentera sensación de estar calentita y a gusto en la cama. Luego, claro está, me acordé de lo ocurrido. Me levanté de golpe y me abalancé hacia el teléfono móvil, que había dejado sepultado bajo la pila de ropa que me había quitado la noche anterior. Cuando lo abrí, vi que tenía nueve llamadas perdidas; cuatro de Amanda, y una de un número desconocido.

No debería haberme marchado precipitadamente. En aquel momento me había parecido una salida dramática y descarada, pero ahora me percaté de que había sido un acto egoísta e infantil. Sin duda se habían quedado preocupadas. Deslicé los dedos por mi cabellera, que olía a humo, e intuí que me esperaba un día de disculpas. Sonó el timbre, y oí que mi madre abría la puerta. Seguramente era una vecina que había venido a pedir prestado un poco de leche; vivíamos en una calle así. Establecíamos turnos de vigilancia comunitaria y celebrábamos fiestas de barrio.

Me sorprendió ver a Lizzie irrumpir en mi habitación, con el rostro lívido.

—Vaya —dijo—. Así que estás viva.

Recogí del suelo una sudadera con capucha y me la puse rápidamente.

—Lizzie, lo siento mu...

—Si vas a pedir perdón por el arrebato histérico de anoche —me interrumpió—, déjalo correr.

Noté aliviada que el estómago se me relajaba.

—Es lo más gracioso que he visto en mi vida. La cara que se le quedó a Ruth... y a Noah... no tiene precio. Vale, te pasaste un poco con el dramatismo, pero tenías todo el derecho del mundo. Eso sí, creo que estás como una auténtica cabra. ¿Meterte con Ruth? Eres más valiente de lo que había imaginado.

—¿O sea que Ruth está...?

—Que echa chispas, por supuesto. Es comprensible, ¿no crees?

—Sí —respondí con un hilillo de voz—. ¿Y tú?

—Dejémoslo en que esta mañana no eres una de mis personas preferidas. ¿Por qué diablos te fuiste pitando? ¿Por qué no te has molestado siquiera en responder a las llamadas? No sabíamos si un psicópata te había atizado en la cabeza con un martillo y te había violado.

—Lo siento, Lizzie.

Ella sonrió.

—Ya, bueno. Como a medianoche no habíamos recibido una llamada desesperada de tu madre neurótica, supuse que habías llegado a casa sana y salva.

Di unas palmaditas en la cama junto a mí y ella se sentó.

Bien. Me había perdonado.

—¿Y qué pasó después de mi espectacular marcha?

Lizzie se echó hacia atrás hasta apoyar la espalda en la pared.

—Oh, fue una pasada. Amanda y yo tratábamos de aguantarnos la risa mientras Ruth se ponía como una moto. Tuvimos que asentir enérgicamente cuando nos dijo que eras una zorra manipuladora, claro.

—Genial, gracias.

—Ja, ja. Ya se le pasará..., tarde o temprano.

—¿Crees que esto creará mal rollo..., ya sabes, en el grupo?

Ella agitó la mano.

—Qué va, todo irá bien. Me parece que estáis en paz. Lo que ella hizo fue bastante ruin, y tú la superaste. Creo que hasta ella misma es consciente de que llevó demasiado lejos su técnica de seducción. Pobre Noah.

Mi cuerpo sufrió un espasmo al oír su nombre, pero por suerte Lizzie no se dio cuenta.

—¿Con qué impresión se quedó? —pregunté, intentando fingir indiferencia.

Ella guardó silencio por unos instantes.

—Daba pena —dijo—. Fue como si le hubiesen arreado una bofetada. No creas que el pobre tío está acostumbrado a que le hablen así. Pero, Dios, ¿a que está bueno? ¿No te lo dije?

Asentí, frustrada ante ese cambio de tema.

—Sí, es muy guapo. Bien hecho, pitonisa. Bueno..., ¿y qué hizo después?

—Huuuy —gorjeó—. Te veo muy interesada.

Me sonrojé.

—Calla.

—Ja, ja. Poppy está coladita por un tío —dijo, dándome un codazo suave en el costado.

—Sí, ya, muy graciosa. De acuerdo, hay un hombre en Middletown que no parece un engendro del infierno. Eso no significa que esté enamorada de él.

No lo estaba, ¿o sí? No podía estarlo, ¿verdad? ¡Dejadme en paz, pensamientos!

—Te creo, pero muchos no te creerían. En realidad, es un buen tipo.

Me quedé boquiabierta.

—¡Lizzie! ¿Cómo puedes decir eso, después del modo en que se burló de mí y de mis ataques de pánico?

—No se burló. Lo que pasa es que creía que te habías desmayado. Cuando se enteró de lo que había pasado en realidad, se quedó muy compungido y no paraba de pedirme tu número de teléfono para disculparse.

Juro que mi corazón dejó de latir.

—¿En serio?

—Sí. Me insistió y me insistió hasta que se lo di.

El número desconocido en la pantalla de mi móvil. Sin duda había sido él. Me ruboricé de nuevo, pero crucé los brazos en un gesto de obstinación.

—Sí, ya, pero no iba a responder, ¿verdad? —dije en tono malhumorado.

—Me cago en la mar, Poppy. Estás loca, en serio. Dios, si me llamara a mí, lamería el teléfono. —Se recostó contra la pared y se abanicó la cara con las manos.

—¿Y ahora me llamas loca? Tú eres la que quieres babear sobre un aparato.

—Pues creo que quiere compensarte por lo que dijo.

Estas palabras me provocaron una sensación cálida y melosa, así que hice un esfuerzo por activar el lado racional de mi cerebro. Él no estaba interesado en mí, simplemente quería hacer las paces. Supongo que podía avenirme a ello. Pero ¿y si era verdad que estaba interesado? Contemplé esa posibilidad por un momento. Me estremecí solo de pensarlo. Su mano en la parte baja de mi espalda, aquellos ojos negros clavados en los míos, el roce de sus labios contra los míos...

Lizzie se levantó, interrumpiendo mi fantasía.

—¿Adónde vas?

—A Middletown Lakes —dijo, colgándose el bolso del hombro.

—Esto... ¿por qué?

—Me han dicho que el Ayuntamiento se ha pasado al desecar una de las lagunas y han muerto algunos peces. Mi madre lo ha visto esta mañana, cuando paseaba al perro. He pensado en acercarme a tomar unas fotos y recoger algunas declaraciones para intentar venderle el artículo al *Middletown Observer*.

Su ambición nunca dejaba de asombrarme.

—Es domingo, Lizzie. El día de descanso.

—Las noticias nunca descansan, querida —repuso, dándome unas palmaditas en la cabeza como a una niña—. Ya lo sabes.

—Se te va la olla —grité mientras ella salía de la habitación con aire decidido.

—Apesta —contestó su voz.

Mientras oía sus pasos bajar por la escalera, me recliné sobre las almohadas. Cerré los ojos, y el rostro de Noah volvió a aparecer al instante. No podía seguir así. Me estaba obsesionando, y empezaba a darme miedo.

—Una cosa más.

Me sobresalté y abrí los ojos de golpe. Lizzie había asomado la cabeza por la puerta.

—Llama a Ruth y reconcílate con ella, ¿vale? —dijo, y desapareció sin darme la oportunidad de protestar.

Al final me levanté, me duché y me quedé ganduleando en casa; la rutina dominical habitual cuando tenía resaca leve. De vez en cuando echaba un vistazo al teléfono, pero la pantalla permanecía en blanco. No estaba segura de si quería que Ruth o Noah me llamaran. O que me llamaran ambos. O ninguno.

Tras sacarme de quicio a mí misma durante unas tres horas, decidí salir y cogí las zapatillas deportivas. Me examiné rápidamente en el espejo antes de irme. Puf. Mal. Esperaba no toparme con nadie así, sin maquillar. Mi padre, pobre hombre, siempre me machacaba con que yo era una «belleza natural», pero lo que esto significa en esencia es que yo era sosa, pero no fea como un pecado. El delineador de ojos podía transformarme en un ser vagamente atractivo, pero jamás me convertiría en una de esas chicas que hacen que los tíos vuelvan la cabeza para mirarlas. Al menos me quedaba mi personalidad. Ja, ja.

En cuanto puse un pie fuera, supe que había tomado la decisión correcta. Pese a que el sitio donde vivía me descorazonaba, era innegable que sus exuberantes jardines y zonas verdes eran hermosos. El teléfono ya no me pesaba tanto en el bolsillo mientras caminaba hacia el descampado. Pasé frente a varios vecinos de mediana edad agachados en sus patios delanteros, que, culo en pompa, cuidaban con diligencia de sus arriates immaculados o sus setos recortados. Unos niños montados en bicicletas jugaban en la calzada, que en fin de semana siempre estaba libre de tráfico. Unos coches enormes hibernaban en las plazas dobles de los caminos de entrada, descansando antes de la peligrosa carrera hacia el cole del lunes por la mañana.

Hice un giro brusco a la izquierda para enfilar un callejón cubierto de maleza y bordeado de árboles por ambos lados. Había pasado por allí tantas veces que sabía exactamente dónde debía alzar las piernas para evitar las ortigas. El terreno era cada vez más inclinado, así que me quité el jersey y me lo até a la cintura, deseando con toda el alma que no hubiera testigos de este crimen contra la moda. Al cabo de un rato, salí a la deslumbrante luz del día. Había llegado a mi lugar favorito.

Para el resto de la gente, no era nada especial, solo un claro al que los dueños de perros de raza llevaban a sus mascotas para que hicieran ejercicio y un punto de reunión de críos de catorce años que acudían allí a beberse botellas de sidra y restregarse unos contra otros. Pero a mí me encantaba, por varias razones. En primer lugar, por la vista. Desde el descampado se abarcaba con la mirada la ciudad entera, que parecía un pueblo diminuto, de juguete. Todos los problemas absurdos que fabricaba mi cerebro me dejaban tranquila en cuanto me sentaba en el banco solitario y contemplaba el paisaje. A lo lejos veía la pista de aterrizaje del aeropuerto local, y los aviones minúsculos que despegaban o tomaban tierra con la panza repleta de pasajeros.

También me gustaba que fuera un sitio desconocido para la mayoría. En

Middletown había muchos parques y zonas verdes, remodelados con fondos de la lotería que no necesitábamos o merecíamos. En cuanto asomaba un rayo de sol, una estampida de madres con cochecitos, padres con pelotas de fútbol y adolescentes con barbacoas desechables descendía hacia esos espacios. En cambio, el claro, allí en lo alto, casi siempre estaba desierto. Tenía la sensación de que era de mi propiedad, pues solo lo compartía con algún que otro excursionista o paseador de perros. Era mi rinconcito privado, donde podía sentarme a meditar, lejos de mi madre y mi habitación desordenada, para intentar pensar con claridad sobre el problema que me preocupara en aquel momento.

Hoy eran dos problemas. Ruth y Noah. Allí arriba, me sentía con fuerzas para reflexionar sobre lo que había ocurrido la noche anterior. Resolver la crisis con Ruth resultaría bastante fácil. Tendría que suplicarle que me perdonara y hacerle la pelota durante un par de días. Estaba convencida de que ella no me ofrecería sus disculpas a cambio, pero así funcionaba el mundo, ¿no? Mi amistad con Ruth iba bastante bien mientras yo no albergara la esperanza de que ella llegara a tener una conciencia algún día.

Suspiré, abrí mi teléfono móvil y marqué su número. Ella lo dejó sonar varias veces antes de contestar.

—No pienso hablar contigo.

Contemplé el panorama que se extendía a mis pies. Podía afrontar esa situación. Al menos allí arriba.

—Vamos, Ruth, lo siento.

—Solo faltaría. Nunca me había sentido tan humillada.

¿Que ella nunca se había sentido tan humillada? ¿ELLA? Las mejillas me ardían de rabia pero no subí el tono. No conseguiría nada enfadándome.

—He dicho que lo siento, y lo digo en serio.

Se quedó callada por un momento, pensando.

—Ya, bueno, supongo que estabas algo celosa. Había tan buena química entre Noah y yo... —dijo al fin.

Tragué saliva.

—Tal vez... Sí. Seguro que fue por eso. —Intenté que el sarcasmo no se me notara en la voz y prácticamente lo conseguí.

Se agarró a mi declaración como un abogado defensor.

—¿O sea que reconoces que te gusta?

Dios santo. ¿Por qué la había llamado?

—No estoy diciendo eso —alegué—. A ver, es guapo y tal, pero casi no llegué a conocerlo.

—Pues no creo que sea tu tipo.

La mano con que sostenía el teléfono me temblaba.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —pregunté por lo bajo.

—Bueno, dudo de que le vaya tu rollo entre amargado y sarcástico. Me parece

que a los tíos como Noah les gustan las chicas con un poco más de chispa.

Sí, claro.

—Las chicas como tú, ¿no, Ruth?

—Sí, bueno, seguramente —espetó—. Pero ahora es imposible que se interese por mí, ¿verdad? Como le has dicho que soy una zorra cargada de enfermedades venéreas...

Me cambié el teléfono de oreja.

—Ruth, te repito que lo siento mucho. Es que estaba tan celosa por tu facilidad para relacionarte con los chicos que monté un número. Espero que podamos volver a ser amigas.

Otro silencio elocuente.

—Vale, de acuerdo, pero no vuelvas a hacerlo, so guarra.

Alivio.

—De todos modos —prosiguió—, el tal Noah no me convence. Se hace demasiado el interesante.

Reprimí una carcajada. De verdad, si me inventara un personaje como Ruth, nadie se lo creería. Su fe en sí misma era extraordinaria.

—Es verdad. Se hace mucho el interesante. En fin, ¿a qué hora entras a clase mañana?

Charlamos durante unos minutos, devolviendo las aguas a su cauce, antes de que yo colgara. Eché la cabeza hacia atrás, más tranquila, respirando el aire fresco del verano. Me había imaginado que ella me haría sufrir mucho más. Tal vez había una parte minúscula de ella que se sentía culpable. Entonces me reí con ganas de mi propia ingenuidad, con lo que asusté a una persona que paseaba a su perro.

Una vez arreglado el conflicto con Ruth, dejé vagar mi pensamiento hacia Noah. Las imágenes de él se agolparon en mi memoria: la curvatura de su mandíbula, la mirada intensa de sus ojos cuando los clavó en los míos. Aparté todo eso de mi mente con firmeza, decidida a compartimentar esos sentimientos, fueran los que fuesen, y ocuparme de ellos de forma práctica.

Supongo que tarde o temprano tenía que ocurrir. Tenía que haber en el mundo al menos un chico que se volviera atractivo antes de cumplir los diecinueve. Pero la fuerza de la atracción que sentía por él me preocupaba. Solo lo había visto una vez, y no podía sacármelo de la cabeza. A mi entender, solo había dos resultados posibles. Opción uno —la más realista, con diferencia—: que él apenas se acordara de mí, por no hablar siquiera de que yo le gustara, y que me hiciera sentir fatal y rechazada. Opción dos: que se enamorara de mí, se diera cuenta enseguida de que estoy muy por debajo de su nivel y me dejara por una chica preciosa, haciéndome sentir fatal y rechazada. Así que solo había una solución: desterrarlo por completo de mi cerebro. Yo no tenía la fortaleza mental suficiente para superar un desengaño amoroso, y

menos aún en aquellos momentos. Mis loqueros ya estaban demasiado ocupados intentando evitar que me desmayara.

O sea que no. No me enamoraría de él. Ni de nadie. No estaba preparada.

Después de tomar esta decisión, me sentí más aliviada. Contemplé otro avión hasta que desapareció tras la capa de nubes. El sol empezaba a ponerse, así que eché a andar despacio a través del claro, disfrutando del paisaje hasta el último momento. Luego, tras asegurarme de que nadie me veía, me alejé dando saltitos por el callejón en dirección a mi casa.

Claro que, incluso entonces, sabía que estaba engañándome a mí misma.

Cuando desperté a la mañana siguiente, solté un gruñido. Era lunes.

Pulsé el botón que apagaba temporalmente el despertador y me puse la almohada encima de la cabeza para bloquear la luz que entraba optimista por la ventana. Tumbada con la frente contra el colchón, realicé de nuevo mis ejercicios de respiración. Inspiraba y espiraba lentamente, pero me costaba permanecer despierta. Por un momento, me quedé dormida de nuevo, y mis pensamientos vagaron hacia otro lado.

Los ojos de Noah aparecieron ante mí en cuanto yo cerré los míos. En aquel duermevela brumoso, no pude evitar imaginar que él me estrechaba entre sus brazos, esos brazos fuertes con que le había visto tocar la guitarra...

Los pitidos frenéticos del despertador me despertaron del todo. Me tomé mi tiempo al prepararme para irme al instituto, pues los lunes tenía la primera hora libre. Me había lavado el pelo la noche anterior y lo había recogido en cuatro trenzas. Las deshice poco a poco de manera que el cabello me quedara ondulado, me di unos toques de maquillaje, me puse unos vaqueros azul claro y una camiseta blanca, y enrollé mi largo collar de turquesas en torno a mi cuello. Después de desayunar, lavarme los dientes y asegurarme de que llevaba los libros que tocaban, me puse en camino. Hacía un día estupendo, uno de aquellos que son muy poco habituales en Inglaterra. Me pregunté si alguien se tomaría la molestia de ir a clase en vez de quedarse sentado en una terraza con una cerveza. Me puse los auriculares del iPod y subí el volumen de la música. Era indudablemente una mañana ideal para los Beatles, así que elegí *Here Comes the Sun*. Según mi padre, era la única canción que captaba la esencia del verano británico, y tenía razón. Todo me parecía precioso. Las calles estaban tranquilas, los árboles, cubiertos de hojas verdes, los pájaros cantaban con entusiasmo, como aspirantes a participar en programas de telerrealidad, y todo el mundo lucía ropa de verano y una gran sonrisa en los labios.

Me puse a jugar mi juego favorito para cuando caminaba sola, que consistía en representar mentalmente el papel de una estrella de videoclip. Imaginarme cantando frente a un ventilador industrial y ensayando mi mejor cara de cantante apasionada hizo que el trayecto me pareciera más corto, y al poco rato llegué al camino del instituto. Estaba pasándolo tan bien que apenas me percaté de que alguien me daba unos golpecitos en el hombro. Estaba cantando por lo bajo, ajena a todo lo que me rodeaba, cuando los noté de nuevo.

Me volví, con el estruendo de la música en los oídos, y allí estaba él. Justo delante de mí. Noah, con unos tejanos arremangados y una camiseta azul. Estaba perfecto. Mi corazón empezó a latir a toda prisa y me faltaba el aliento. Me quedé mirándolo como una idiota. A causa de la música, no oía una palabra de lo que decía. Estaba demasiado concentrada intentando permanecer de pie. Absolutamente perfecto. Sus ojos, de un color castaño tan oscuro que casi parecían negros, me contemplaban muy

abiertos y con expresión inquisitiva. Yo respiraba cada vez más deprisa, aterrada, jadeante. Noah me hacía gestos, pero yo no hacía más que contemplarlo como una tonta. Entonces extendió la mano hacia mí. Se me aceleraba el pulso conforme me acercaba su brazo, el mismo brazo con el que había fantaseado esa misma mañana. Iba a tocarme el rostro. ¿Esto estaba sucediendo de verdad? ¿Iba a sujetar mi cara entre sus manos? ¿Había sido la fantasía de aquella mañana una premonición?

Las reconfortantes voces de los Beatles cesaron en ese momento, y caí en la cuenta de que solo pretendía quitarme los auriculares.

—Lo siento, no quería asustarte. ¿Puedes oírme ahora? Te llamas Poppy, ¿verdad? —Me sonrió, pero de manera forzada. Creo que estaba nervioso. Seguramente tenía miedo de que le gritara o me desmayara de nuevo.

Tragué en seco y asentí estúpidamente.

Los recuerdos de la otra noche me vinieron de golpe a la mente. La humillación, la amargura. Noté que me ponía roja como un tomate.

—Oye —continuó—, intenté llamarte el sábado por la noche, pero no cogiste el teléfono. —Yo no sabía cómo debía reaccionar, así que permanecí callada. Los latidos de mi corazón sonaban tan fuertes que me impedían pensar una respuesta coherente. Eran como tamborazos de advertencia, y se me erizó el vello de los brazos como cuando estaba sola en casa y oía algún ruido inexplicable. Me dominaba un temor primario, instintivo, aunque él no era más que un chico. No suponía una amenaza auténtica—. Me siento fatal por lo ocurrido —su sonrisa se había desvanecido. Era evidente que mi silencio lo turbaba—. No entendía muy bien qué estaba pasando. Tu amiga Ruth me arrastró hacia allí. Solo me reí porque estaba nervioso.

Su discurso parecía estudiado, como si lo hubiera ensayado a solas, lo que me hizo sentir mejor. Había estado pensando en mí.

—Tranquilo, no te preocupes. —Conseguí controlarme lo suficiente para pronunciar estas cuatro palabras. Pero si me quedaba con él durante mucho rato, acabaría por delatarme—. Bueno, hasta otra —tartamudeé antes de dar media vuelta y alejarme.

—Espera —dijo.

La mano me ardía, como si estuviera en llamas. Noah la estaba sujetando. Su tacto me abrasaba la piel. Alcé la vista, confundida, y sus ojos se encontraron con los míos. Parecían atormentados, con una mirada intensa y encendida que me derritió las entrañas. No me soltó la mano, y las llamas me subieron por el brazo. Nos miramos durante unos segundos, los dos en silencio. Mi respiración se tornó más rápida hasta igualar el ritmo de mi corazón presa del pánico, y me invadió la sensación de náuseas que tan bien conocía. Mal, mal, mal. Algo iba mal. Tenía el brazo entero entumecido. Cuando estaba a punto de retirar la mano, él apartó la suya y sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas.

—Lo siento —dijo de nuevo.

—No pasa nada. —Mi corazón empezó a latir a una velocidad más regular en cuanto el contacto físico se interrumpió. Bajé los ojos hacia mi brazo, que había recuperado su sensibilidad normal, como si nada hubiera pasado. ¿O es que no había sucedido nada?

Bajó la vista a sus zapatos y se rascó la cabeza, como avergonzado.

Me aclaré la garganta e intenté aligerar el ambiente.

—Esto... No sabía que estudiaras en el instituto Middletown.

Fijó sus ojos en los míos, y el corazón se me desbocó de nuevo. Sin embargo, como si fuera consciente del efecto que producía en mí, bajó la mirada rápidamente.

—No estudio aquí.

—Ah. Entonces, ¿qué haces aquí? —Era una pregunta directa, y la había planteado con demasiada brusquedad. Me sentí culpable.

—Pues... —titubeó—, de hecho, he venido con la esperanza de verte.

No me esperaba esa respuesta. Me ruboricé e intenté taparme la cara con el pelo.

—Ah —fue la única contestación que se me ocurrió.

—Oye —dijo, dándome otra vez la sensación de que lo había ensayado—, no dejo de pensar en ti ni en lo que pasó. Nadie me había hablado así antes. Nunca había conocido a alguien que dijera lo que piensa con tanta franqueza.

Mantuve la cabeza gacha, sin atreverme a mirarlo.

—Fue una estupidez —murmuré—. Siento haber sido tan desconsiderada. Perdí los papeles.

Noté un ardor en el mentón; él volvía a tocarme. Me empujaba el rostro hacia arriba, obligándome a mirar sus ojos oscuros.

—No lo entiendes —repuso, con sus pupilas clavadas en las mías—. Me gustó.

No pude hacer otra cosa que devolverle la mirada. Su mano seguía en contacto conmigo. Sentí como si mil vatios me recorrieran el cuerpo, como cuando tocaba esa máquina electrostática en las clases de ciencias de primaria. Las náuseas me invadieron otra vez.

Habló de nuevo.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo esta noche?

Mi mente estaba confusa. Me moría de ganas de decir que sí, pero algo me lo impedía: el acuerdo al que había llegado conmigo misma el día anterior, en el descampado, sin que la presencia de Noah me distrajera. Analicé sus palabras. Le había gustado que fuera brusca con él. La adrenalina empezó a ceder el paso al escepticismo. Me había convertido en un reto para él. Como no me había caído la baba por él como a las demás, se había quedado intrigado. Mis superpoderes de supervivencia se activaron. En cuanto Noah me hubiera «conquistado», perdería todo interés por mí y me plantaría. Sería un caso de libro. Bueno, más bien de la revista *Cosmopolitan*.

Sin hacer caso de todos los instintos físicos que lo deseaban, abrí la boca para responder.

—Creo que no sería buena idea. —Era mentira, pero sabía que tenía que rechazarlo. De lo contrario, acabaría por aburrirse de mí, y mi autoestima no resistiría un golpe así. Además, por mucho que me atrajera, una parte más grande de mí me impulsaba a marcharme. A largarme cuanto antes.

Noah parecía horrorizado.

Más que horrorizado. Sus cejas se elevaron en su frente en señal de incredulidad. Seguramente era la primera vez que alguien lo rechazaba.

—¿Que no sería buena idea? —Intentó sonreír—. ¿Por qué no? No voy a drogarte ni nada parecido. Solo quiero que salgamos a tomar algo.

Me obligué a mirarlo directamente a los ojos y a ignorar los sentimientos que esto me producía.

—Mi clase está a punto de empezar.

Le temblaba el rostro de furia, pero se contuvo y logró esbozar otra sonrisa forzada.

Apartó su mano de mi cara y la agitó, como si con este movimiento se sacudiera la vergüenza que sentía por haberme tocado. Yo notaba un cosquilleo en la piel allí donde habían estado sus dedos.

—Ya, claro. Perdona —masculló—. Te dejo que te vayas.

Lo rodeé y me encaminé hacia el instituto. Alrededor de mí había varios grupos de estudiantes, matando el tiempo antes de que sonara el timbre. Cuando había avanzado unos tres metros, él me llamó.

—Eh, Poppy...

Me odié a mí misma por sonreír cuando lo oí pronunciar mi nombre. Junté apresuradamente los labios en una expresión más neutra antes de girar sobre los talones.

—¿Qué pasa, Noah? —pregunté, intentando emplear un tono indiferente.

Se acercó trotando.

—Oye —dijo, pasándose las manos por el cabello—, tal vez he sido demasiado... atrevido. Lo siento, es que no estoy acostumbrado a que me digan que no.

Fruncí el ceño, gesto que no le pasó inadvertido.

—Vale, eso me ha quedado muy presuntuoso, ¿verdad?

Solté una risita.

—Solo un poco. Vale, mucho. El hecho de que toques en un grupo no te convierte en un adonis irresistible, ¿sabes? —Pensé en Ruth y sonreí, arrugando la nariz—. Bueno, no para todo el mundo.

Estaba marcándome un farol, por supuesto. Lo cierto es que era un adonis irresistible. Resultaba evidente para cualquiera que tuviera ojos en la cara.

Pero por lo visto el farol dio resultado. Noah no parecía muy contento.

—Sí, bueno, ya me doy cuenta. —Me quedé callada, esperando su siguiente reacción. Acababa de sonar el timbre, y los demás estudiantes habían desaparecido, pero no me parecía importante—. En fin, si la idea de salir conmigo te repugna tanto,

¿qué te parece si tomamos una copa entre amigos? —Intentó sonreír de nuevo.

Me pasé el bolso de un hombro al otro.

—No entiendo.

—Después de clase —explicó—, me reuniré con el resto del grupo en el Lock and Key para tomar unas copas. ¿Quieres ir también y llevar a algunas de tus amigas?

Pensé en ello. Las chicas me matarían si dijera que no, pero estaba nerviosa. Seguir viendo a Noah no me ayudaría precisamente a superar mi encaprichamiento.

—No entiendo por qué —repliqué.

—Yo que sé, ¿para pasar el rato juntos? —espetó. Sacudió la cabeza—. Lo siento, esto no va bien. No debería haberte abordado así. En mi cabeza parecía una idea más acertada. Solo me sentía culpable por lo que sucedió y quería compensarte por ello y llegar a conocerte mejor... —advirtió que yo arqueaba las cejas—, a ti y a tus amigas. Hace muy buen día, seguro que la tarde seguirá igual. Los chicos son muy enrollados y será divertido.

Me puse a asentir de forma casi inconsciente.

—¿Eso es un sí?

—Pues..., sí, de acuerdo.

—Genial. Nos vemos en el Lock and Key hacia las cinco.

Entonces me dedicó una sonrisa amplia y sincera antes de dar media vuelta y marcharse a toda prisa, dejándome allí de pie, con la boca abierta como un pez.

Llegué tarde a mi clase de literatura inglesa. Cuando irrumpí en el aula, unas cuantas miradas frías y llenas de desaprobación se posaron en mí. Pedí disculpas a la profesora, que me indicó con un gesto que me sentara y continuó con su explicación.

Frank me había guardado un sitio junto a él, así que me acerqué con pasos cortos y rápidos.

—¿Qué me he perdido? —susurré mientras sacaba mi libreta tamaño A4 y un boli.

Me pasó el ejemplar de un libro. Al ver la portada, hice una mueca. Puaj. *Romeo y Julieta*.

—Es nuestra obra de Shakespeare para este curso —dijo—. ¿No se supone que deberías derretirte y babear por lo romántica que es?

Por toda respuesta, enarqué las cejas irónicamente. Frank alzó a su vez una de las suyas y los dos nos reímos. Él sabía que yo no era una chica así.

Frank Dayton era uno de esos amigos que uno hace por conveniencia cuando no conoce a nadie de la clase. Ninguna de mis amistades cursaba esa asignatura, pero por fortuna en el primer día me senté junto a Frank, que tampoco conocía a nadie. Pronto descubrimos que compartíamos la afición por el sarcasmo, el poner verde a todo el mundo y las novelas de ciencia ficción con protagonistas solitarios. A ratos intentaba dilucidar si él me gustaba. En sentido estricto, era guapo. Tenía el cabello rubio, ojos verdes, cuerpo de gimnasio, todas las cualidades típicas. Pero simplemente no era mi tipo. Además, jugaba al rugby. Puaj. Era uno de los temas sobre los que discutíamos, pues, por lo general, yo no soportaba a los jugadores de rugby, con sus egos inflados. Cuando estaba muy aburrida, me preguntaba si yo le gustaba a él, pero estaba casi segura de que solo nos utilizábamos el uno al otro para aprobar el último curso de literatura inglesa. Fuera de clase apenas nos hablábamos, y él nunca iba a oír tocar a los grupos. Le iba más la música *trance*. Doble puaj. Solía meterme con él por sus gustos musicales. ¿Qué sentido tenía que le gustara la música de discoteca viviendo en Middletown? ¿Dónde iba a bailarla? ¿En su Renault Clio?

Mientras tanto, la profesora, la señorita Gretching (es muy importante acordarse del «señorita», o de lo contrario se pone furiosa), hablaba sin parar y con voz monótona sobre cómo *Romeo y Julieta* estaban hechos el uno para el otro, pero el amor verdadero siempre acaba por destruirse a sí mismo. Intuí que esta reflexión no figuraba en el programa académico, sino que más bien estaba relacionada con la franja de piel blanca que tenía en el dedo allí donde antes llevaba su alianza.

Solté un gruñido y apoyé la cabeza en el pupitre.

—¿Tanto odias *Romeo y Julieta*? —preguntó Frank, divertido ante mi abatimiento.

—Sí —respondí con un susurro—. Es una historia ridícula sobre dos adolescentes melodramáticos y embriagados de dopamina que arruinan su vida solo por un

enamoramiento juvenil. Preferiría mil veces que estudiáramos *Macbeth*.

Frank me miró por un instante.

—Siempre me olvido de que no eres como las otras tías, ¿verdad?

Dirigí la vista hacia la fila de chicas que teníamos sentadas delante. Eran cuatro rubias idénticas. Frank y yo acostumbábamos a burlarnos de ellas porque era evidente que dedicaban unas dos horas a arreglarse para ir al instituto: se maquillaban toda la cara, se planchaban el cabello y se ponían pestañas postizas A DIARIO. Escuchaban muy atentas a la señorita Gretching, sonriendo como tontas cada vez que pronunciaba las palabras «almas gemelas» o «amor verdadero». Las señalé con un gesto.

—Menos mal —contesté.

Se nos indicó que empezáramos a leer la primera escena. Frank y yo abrimos nuestros libros y leímos durante unos minutos.

—A todo esto, ¿por qué has llegado tarde? —preguntó él mientras volvía la hoja. Me molestó ver que iba dos páginas por delante de mí—. Parecías un poco aturullada al entrar.

Me vino a la mente un recuerdo fugaz de mi encuentro con Noah y se me aceleró la respiración.

—No es asunto tuyo —dije—, pero un chico me ha pedido salir.

Escuté el rostro de Frank en busca de una reacción. No me dio la impresión de estar disgustado. O sea que yo no le gustaba. Oh, vaya, supongo que era de esperar.

—¿Quién querría salir con una pirada del *grunge* como tú?

—¿Una pirada del *grunge*? Por favor, Frank. No estamos en los noventa. El hecho de que me guste escuchar a personas de verdad tocar música de verdad en vez de los pitidos repetitivos de un ordenador no me convierte en Kurt Cobain.

Su comentario me había ofendido un poco. Sabía que lo había dicho en broma, pero había reavivado una de mis peores inseguridades. ¿Por qué iba alguien a querer salir conmigo?

Al percatarse de que había elegido un tema de conversación sobre el que yo no estaba dispuesta a mostrarme sarcástica, Frank agitó las manos en señal de rendición.

—Tranquila, fiera. No lo decía en serio. Estoy seguro de que eres una persona muy agradable con la que salir.

—Soy encantadora.

—Desde luego.

—El sueño de todo hombre.

—Sin duda. Lo que pasa es que estoy celoso —añadió con un brillo de picardía en los ojos—. Verás, me muero de ganas de salir contigo. Te llevaré a una fantástica noche *trance*. Alucinarás. Ya sería hora de que empezaras a escuchar música decente... Aaay.

Yo le había propinado un codazo en las costillas.

La señorita Gretching oyó el grito de dolor y nos miró con cara de pocos amigos.

—Bien —dijo—. Es obvio que Poppy y Frank han terminado la primera escena. Ya que ambos estáis tan entusiasmados, ¿por qué no leéis en voz alta los papeles de Romeo y Julieta en la escena siguiente?

Los dos refunfuñamos.

—La culpa es toda tuya —musité mientras me ponía en pie de mala gana para leer las frases de la sosa y estúpida Julieta.

Las clases de literatura inglesa eran dobles, así que cuando terminé de fingir que me lanzaba por un balcón era la hora del almuerzo.

—Has estado estupenda como Julieta —comentó Frank mientras yo echaba mi silla hacia atrás—. Muy convincente.

—Tú te callas —dije, tirándole el bolígrafo. Él lo atrapó en el aire, para mi irritación—. Además, me he fijado en que hacías un montón de pausas dramáticas en el monólogo de Romeo. ¿Quién te crees que eres, Leonardo DiCaprio o algo así?

Frank me arrojó el bolígrafo y me abalancé para cogerlo, pero lo golpeé con la mano y se alejó rodando bajo el pupitre.

—Lo que pasa es que me tienes envidia.

Me agaché para recoger el boli, consciente de que le estaba enseñando el trasero.

—¿A ti? Anda ya —repuse. Encontré el bolígrafo, lo agarré, y salí arrastrándome de debajo del pupitre—. En fin, aunque ha sido todo un placer, tengo que irme.

—Hasta luego..., Julieta.

—A callar.

Mis amigas ya estaban en el comedor, en torno a la mesa de siempre. Lizzie, sentada con las piernas cruzadas, escribía algo en la puñetera libreta que llevaba a todas partes. Ruth, curiosamente, admiraba su imagen en un espejo compacto, fiel al estereotipo. Y Amanda estaba con Johnno. Aunque estaban tomados de la mano, los dos parecían estreñidos de miedo.

—¡Poppy! —chilló Lizzie cuando me vio—. No te lo vas a creer. El periódico está interesado en mi artículo sobre peces muertos.

—Fantástico —dije, dejando caer mi mochila sobre la mesa y arrastrando una silla hacia atrás. Amanda y Johnno me saludaron con una sonrisa, mientras que Ruth se limitó a inclinar la cabeza.

Con que esas teníamos, ¿no?

—Soy una superestrella —afirmó Lizzie con una sonrisa radiante.

—Lizzie, se supone que no debes decir esas cosas sobre ti misma.

—Me la suda. Si no me echo flores yo, ¿quién lo hará? El mundo del periodismo es implacable, ¿sabes? Una tiene que creer en sí misma.

Con cara de exasperación, saqué mi sándwich de mantequilla de cacahuete. La

determinación de Lizzie me desconcertaba. A mis diecisiete años, no tenía la menor idea de qué hacer en la vida. Ninguna de las asignaturas que llevaba me fascinaba extraordinariamente, y ninguna de ellas se me daba especialmente bien. Me gustaba leer libros, pero solo como actividad de ocio. Detestaba estudiar técnica narrativa y todos esos rollos en clase de literatura. Tomé un bocado de mi sándwich y desconecté del parloteo eufórico de Lizzie mientras meditaba sobre aquella tarde. Si bien no quería reconocerlo para mis adentros, me sentía halagada porque Noah me hubiese elegido a mí, aunque no fuera más que una fuente de problemas. Los ligones como él siempre iban a la caza de una nueva presa, y probablemente este era el motivo por el que no estaba interesado en Ruth. A ella no le gustaba dejarse cortejar por los hombres. Ella era la depredadora.

—Bueno, ¿qué hacemos esta noche? —preguntó Lizzie cuando por fin dejó de chacharear sobre periódicos—. No pienso quedarme en casa en lunes, es demasiado deprimente. Además, hace un día superchulo. Tenemos que aprovecharlo al máximo.

Me aclaré la garganta de un modo algo teatral e intenté hablar en un tono indiferente.

—De hecho —dije, estrujando el papel de aluminio en el que venía envuelto mi sándwich—, esta mañana, camino del instituto, me he topado con el tal Noah, que nos ha invitado a reunirnos en el Lock and Key con su grupo.

Los ojos de todos se posaron en mí.

—¿Qué? ¿Cuándo lo has visto? —inquirió Ruth, con aire suspicaz.

—Nos hemos encontrado por casualidad y me ha preguntado si queríamos quedar con ellos. —Pensé que sería mejor no explicarle que él quería quedar conmigo.

Lizzie parecía a punto de estallar de emoción.

—Cuéntamelo todo —dijo—. Hasta el último detalle.

Me encogí de hombros, intentando ignorar la mirada sombría de Ruth.

—No hay más detalles. Irán todos los músicos del grupo. Me imagino que será divertido. Además, si llegamos a conocerlos mejor, tal vez nos regalen entradas para la noche de música en vivo. —Abrí mi botellín de agua y bebí un trago largo, que buena falta me hacía—. Bueno, qué: ¿os apuntáis?

Escudriñé sus rostros. Ruth seguía con el ceño fruncido. Lizzie se removía en su asiento como una niña hiperactiva de cinco años en la mañana del día de Navidad, y Amanda simplemente parecía abrumada. Sujetaba con fuerza la mano de Johnno, que, totalmente ajeno a la situación, miraba distraído por la ventana al patio, donde sus colegas jugaban al fútbol.

—Claro que nos apuntamos —dijo Lizzie—. Seguro que será la bomba.

Me volví hacia Ruth, que me fulminó con la mirada y luego suavizó la expresión.

—Sí, me apunto. El bajista me hacía tilín, de todos modos. Tal vez lo convierta en mi nueva conquista. —Hinchió el pecho de forma efectista y nos hizo reír a las demás. Yo me puse nerviosa al recordar que, hasta el día anterior, a quien pretendía conquistar era a Noah. Todas dirigimos la vista a Amanda y esperamos a que nos

diera su inevitable excusa.

—¿Esta noche? —dijo, parpadeando desesperada—. Creo que tengo cena con la familia.

Soltamos un quejido. Nadie mentía peor que Amanda. No habría sido capaz de dársela con queso ni a un ratón.

—Vamos —insistí, dándole un ligero codazo en las costillas, algo que sabía que no le gustaba nada—. Será divertido. Gente nueva, conversaciones nuevas...

—Chatis nuevas... —terció Ruth, dedicándome una sonrisa auténtica.

O sea que nos habíamos reconciliado. Menos mal.

Amanda miró a Johnno como pidiéndole apoyo, pero él seguía concentrado en el fútbol.

—Les... les he dicho que cenaría con ellos...

Lizzie tomó las riendas.

—Por Dios santo, Amanda —dijo—. Hasta una monja mentiría mejor que tú. ¿Verdad, Johnno?

Johnno nos devolvió su atención y contempló a Amanda con adoración.

—Sí —le respondió—. Eres la persona más sincera que conozco. Por eso me gustas tanto.

Amanda se puso del color de una remolacha radiactiva, lo que ocasionó que Johnno adquiriera a su vez un tono malva. Se soltaron las manos y ambos bajaron la vista al suelo. Lizzie, Ruth y yo esbozamos una sonrisita de complicidad.

Johnno se levantó con torpeza y se colgó la mochila de ambos hombros.

—En fin..., será mejor que vaya fuera con los chicos para... esto... jugar lo que queda del partido.

Amanda, que apenas se atrevía a mirarlo, se encogió de hombros con lo que esperaba que fuera un gesto despreocupado y vago.

—Claro —dijo, con el rostro aún encendido—. Nos vemos luego.

Johnno permaneció allí, incómodo, durante un rato más, como si intentara armarse de valor para decir algo, pero al final se acobardó y salió casi corriendo del comedor. En cuanto se marchó, las demás prorrumpimos en carcajadas histéricas.

—Ay, Dios —dijo Lizzie con lágrimas en los ojos—. Vosotros dos sois la monda.

Amanda la miró, afligida.

—Ya lo creo que lo sois —añadió Ruth—. Sois las dos personas más tímidas que he conocido en mis diecisiete años de vida. El hecho de que os hayáis juntado es un milagro de la ciencia.

Amanda parecía al borde del llanto. Saltaba a la vista que le venían a la mente réplicas furiosas que jamás saldrían de sus labios. Entonces sacudió la cabeza y desplegó una gran sonrisa.

—Cállate —dijo—. De acuerdo, sé que los dos somos un poco... reprimidos... —Su forma de expresarlo nos provocó otro ataque de hilaridad—. Pero ya lo superaremos. De todos modos... —le costó reunir la entereza suficiente para

continuar—, yo al menos tengo novio.

Ruth, Lizzie y yo intercambiamos miradas, sin dejar de reír, y arqueamos las cejas.

—Pues eso es verdad —dije, ocupando el asiento de Johnno y rodeando el hombro de Amanda con el brazo—. No deberíamos burlarnos de ti. Después de todo, eres la única que ha encontrado a alguien.

—Yo encuentro a alguien una vez por semana —comentó Ruth, y las risotadas se reanudaron.

Los chicos que estaban sentados en la mesa de al lado nos observaban como si estuviéramos locas, lo que nos hizo reír con más ganas.

Cuando por fin recuperamos el autocontrol, me volví de nuevo hacia Amanda.

—Bueno, ¿vendrás con nosotras?

Aunque tragó en seco, supe que acabaría por ceder.

—De acuerdo —dijo—. Iré al *pub* de las narices.

—Genial. —Me levanté y dirigí la vista hacia el reloj. Faltaban menos de cinco minutos para la clase siguiente, y para llegar tenía que cruzar todo el instituto—. Nos vemos frente a la verja después de clase.

Las demás asintieron, y me encaminé hacia el aula.

El resto de la tarde transcurrió bastante deprisa.

Fingí que me concentraba durante psicología, y la clase doble de fotografía me llevó hasta el final de la jornada. Refugiada en el cuarto oscuro, con su sedante luz roja, revelé algunas fotos estilo David Bailey que le había tomado a Ruth. Llevaba puestos los auriculares de mi iPod, y la mezcla de música y penumbra me relajaba mientras las imágenes cobraban vida en el líquido de revelado. Pero mi tranquilidad se evaporó en cuanto el timbre anunció el final de la clase. Corrí al baño de las chicas, vacié mi bolsa de maquillaje sobre el lavabo y puse manos a la obra para conseguir un aspecto mínimamente presentable. Cinco minutos más tarde estaba... un poco mejor. Al menos por fuera. Por dentro aún me sentía como si estuviera hecha de gelatina sin cuajar.

Planeé mi estrategia mientras me dirigía hacia la verja. Se reducía a tres palabras: «Mantén la calma». En teoría resultaba fácil, ahora que no tenía a Noah delante, distrayéndome. Ruth, Amanda y Lizzie ya estaban esperándome en la entrada. Todas parecían un poco más maquilladas que a la hora del almuerzo, así que obviamente yo no era la única que había hecho una visita de último momento al servicio de señoras.

—¿Lista? —pregunté, enlazando el brazo con el de Lizzie.

—Claro, claro —respondió.

Tomé también el brazo de Amanda, que sujetaba a su vez el de Ruth, y me pregunté si las chicas acababan por abandonar la costumbre de ir del brazo. Esperaba que eso no nos ocurriera a nosotras.

—Estoy deseando ponerle las manos encima a ese bajista —aseguró Ruth—. He decidido seducirlo mientras me aburría en la clase de viajes y turismo.

—Por Dios, mujer. Eres una auténtica pervertida —dijo Lizzie, fingiéndose escandalizada.

Ruth se encogió de hombros.

—Solo trato a los hombres como ellos nos han tratado desde el principio de los tiempos. Se llama inversión de papeles. Potenciación de la mujer. Feminismo.

Me reí.

—Son argumentos muy válidos, Ruth, pero estoy con Lizzie. No eres más que una pervertida que repite consignas prefabricadas sobre la igualdad para justificar sus malos hábitos.

—Tal vez —contestó Ruth, con aire orgulloso.

Caminamos a paso tranquilo hacia el *pub* bajo el sol que aún brillaba alto en el cielo, y cuando llegamos los del grupo todavía no estaban allí. Entramos, algo nerviosas, escudándonos tras la seguridad que irradiaba Ruth. El Lock and Key era un *pub* de lo más popular, muy típico de Middletown. Tenía una iluminación morada supuestamente moderna y taburetes altos con asientos de terciopelo rojo. El local atraía a profesionales jóvenes y engreídos, de esos que se remangan la camisa y ríen a

carcajadas sujetando botellas de cerveza de cuatro libras con etiquetas llamativas. Por lo general evitábamos ir allí. La encargada tenía la fea costumbre de pedir el carné de identidad a chicas más atractivas que ella, pero por fortuna aquel día no estaba allí. Empujamos a Ruth hasta la barra, y ella pidió sin vacilar cuatro botellas de Corona con una rodaja de limón. El barman, un tipo delgado con un peinado que debió de llevarle al menos media hora, cogió el dinero sin hacer preguntas y destapó las botellas. Ruth las repartió con mano experta antes de guiarnos hacia la terraza.

Bajé la vista hacia mi bebida, desconcertada, mientras salíamos tras ella.

—¿Desde cuándo bebemos cerveza? —le susurré a Lizzie.

—Desde que los miembros de un grupo guay nos han invitado a salir. —Tomó un sorbo—. Humm, no está del todo mal —agregó, limpiándose la boca con la mano.

Lo único que salvaba el Lock and Key era su terraza, sobre todo en días como aquel. Los propietarios habían pagado enormes cantidades de dinero a un arquitecto paisajista que había convertido el patio en un sitio casi mágico. Las mesas estaban en rincones ocultos tras setos y árboles, y, al anochecer, unos radiadores eléctricos lo bañaban todo en un brillo de cuento de hadas. En esos momentos, sin embargo, aún hacía un calor abrasador y muchas mesas ya estaban ocupadas por grupos de ejecutivos ligeramente sudorosos que iban por ahí descalzos y con las perneras enrolladas para intentar demostrar que eran tíos informales y desenvueltos.

Ruth nos condujo hacia la última mesa grande que quedaba libre y se acomodó en el asiento central, que era el que ofrecía la mejor vista de las puertas. Sacó unas gafas de sol gigantescas y rojas, se tapó media cara con ellas y bebió un buen trago de cerveza.

—Aaah —dijo—. Esto es vida.

Miré mi bebida, indecisa, y tomé un pequeño sorbo. No estaba mal, en realidad. Tomé otro, más largo, e intenté olvidar que Noah estaba a punto de llegar.

Nos pasamos un rato fingiendo que nos interesaba la conversación de las demás, pero se respiraba tensión en el ambiente. Todas estábamos intranquilas. Bueno, al menos Amanda y yo. Ruth volvía rápidamente los ojos hacia la puerta cada vez que se abría, inspeccionaba a todos los que entraban y miraba con recelo a cualquier chica que se atreviera a invadir nuestro territorio. Mientras tanto, yo repetía una y otra vez en mi mente las palabras «actúa como si nada, actúa como si nada, actúa como si nada».

Intuí su presencia antes de verlo.

Se me cerró la garganta, mi ataque al corazón comenzó y la debilidad se apoderó de mí. Eché varios tragos de cerveza para intentar calmarme. Grave error. El líquido se me fue por el otro lado. Me atraganté con los ojos desorbitados. Luego noté un ardor repentino en la espalda. Alguien estaba propinándome palmadas. Aunque no alcanzaba a ver quién era, temí lo peor. Cada vez que la mano de Noah entraba en contacto con mi espalda, me quemaba la piel a través de la fina tela de mi camiseta. Tras cuatro porrazos brutales, pude respirar de nuevo. Me resbalaban lágrimas por las

mejillas mientras aspiraba el precioso aire a grandes bocanadas e intentaba recuperar la compostura.

Volví la cabeza lentamente para evaluar la magnitud de la tragedia.

Muchos rostros atónitos me contemplaban. Vi al cantante del grupo y a otros dos chicos que debían de ser el bajista y el batería. Lizzie y Amanda me miraban con expresión de «¿qué diablos...?». Ruth estaba aguantándose la risa, claramente encantada de que yo hubiera hecho el ridículo otra vez. Y allí estaba Noah, acuclillado frente a mí, con una sonrisa enorme.

—Caray, Poppy —dijo con sequedad—. Tú sí que sabes cómo excitar a un tío, ¿eh? —Se llevó la mano al bolsillo y extrajo un pañuelo—. Toma. —Me lo tendió—. Se te ha corrido el rímel.

Ruborizada, le arrebaté el pañuelo y me sequé los ojos con él.

—Gracias —dije—. Pero, por favor, Noah, ¿qué clase de chico lleva pañuelo hoy en día? ¿Qué eres, un personaje de un libro de Enid Blyton o algo así?

Todos se rieron menos él.

—Estás estropeándolo aún más —señaló—. Te estás embadurnando toda la cara. Venga ya, ¿te has pintarrajeado solo por mí?

—Qué más quisieras —repuse con el ceño fruncido.

Por unos instantes pareció ofendido, pero entonces se irguió y extendió el brazo hacia sus compañeros de grupo.

—Chicos, esta preciosidad que se está asfixiando se llama Poppy Lawson. —Saludé con la mano, todavía muerta de vergüenza—. Y estas son Ruth, Lizzie y Amanda —añadió.

Lizzie agitó la mano como una loca, Amanda dijo «hola» con un hilillo de voz y Ruth meneó los dedos en un gesto frío y despreocupado. Dios, qué injusta es la vida. Luego todos nos sentamos.

Acabé apretujada junto al cantante, que me dijo que se llamaba Ryan.

—Así que tú cantas, ¿no? —le pregunté antes de tomar un pequeño trago de cerveza, esta vez sin atragantarme—. ¿Qué pasa? ¿No sabes tocar ningún instrumento?

—Jo —protestó, pero se rio—. Mi instrumento es la voz.

Arrugué el entrecejo.

—Eso ha sonado muy pretencioso, ¿no crees? —Sus ojos azules me escudriñaron el rostro con preocupación sincera. El bueno de Ryan parecía ser tímido e inseguro en la vida real, un problema sorprendentemente común entre los cantantes que son líderes de su grupo.

—Solo intento disimular el hecho de que soy una disléxica musical —dije, esperando que mi actitud autocrítica aliviara su ansiedad.

—Entonces ¿no sabes tocar nada?

—Solo el radiocasete cuando era pequeña. Bueno, ¿y qué grupos han influido más en vosotros?

Escuché su parloteo entusiasta como quien oye llover, asintiendo cada vez que él pronunciaba los conceptos clave The Smiths, The Libertines y The Clash.

Mientras sonreía y movía la cabeza arriba y abajo, me fijaba en todo lo que ocurría en torno a mí. Ruth, como era de esperar, estaba encajonada entre Noah y el bajista. Volvía a desplegar todas sus armas de seducción, haciéndole ojitos al bajista, que creo que se llamaba Will. Estaba dándole la espalda deliberadamente a Noah para restregarle en las narices lo que se estaba perdiendo y a la vez lo poco interesada que estaba en él. Lizzie charlaba con Jack, el batería, sobre alguna biografía política que los dos habían leído. Lo acribillaba a preguntas y le discutía todas sus respuestas, pero parecían estar haciendo buenas migas. Amanda escuchaba con atención las bromas coquetas de Ruth y representaba el papel de «gran amiga», partiéndose de risa cada vez que esta hacía un comentario mínimamente ingenioso. En cuanto a Noah, bueno, yo había resistido la tentación de mirarlo. Hasta ahora...

Me arrepentí de inmediato.

En cuanto le lancé una mirada furtiva, sus ojos se clavaron instintivamente en los míos y noté una opresión en el pecho. Me contempló con fijeza, escrutando mi rostro, y un asomo de sonrisa se dibujó en sus labios. Sin permitirme el lujo de respirar, me dejó llevar por lo que fuera que estuviera sucediendo entre nosotros. Todo mi ser lo deseaba con una intensidad que nunca antes había experimentado. Me entraron ganas de saltar por encima de la mesa, sujetarle la cara y probar su boca. Como un animal. Era una sensación tan avasalladora que me asustaba, y advertí que él sentía lo mismo. Aferraba con fuerza la madera seca de la mesa. Parecía... casi hambriento. Comprendí que las autoras de las novelitas eróticas que siempre había despreciado no empleaban un lenguaje excesivamente florido porque fueran perezosas. Aquellos tópicos eran reales. Yo ansiaba devorarlo, arrancarle la ropa, abrasarlo en el fuego que me consumía, hacerle todas esas cosas melodramáticas que solía leer en voz alta para reírme. Una parte minúscula de mi cerebro me insistía en que me controlara, pero la chispa de lógica era del todo impotente contra la sobrecarga sensorial de mi cuerpo.

—Poppy —oí decir a alguien. ¿Era él? No. Tenía la vista baja. El momento había pasado—. ¿Poppy?

—¿Eh? —Volví a la realidad de golpe. La voz era de Ryan. Había terminado de hablar, y obviamente yo no me había percatado de ello. Volvía a parecer ofendido, como si supiera que no era lo bastante interesante para retener mi atención, y me sentí culpable.

—Solo me preguntaba... —explicó, agarrándose y soltándose las manos—... cuál es tu grupo favorito.

—Ah —dije, rebuscando una respuesta apropiada en mi cerebro, pero le faltaba oxígeno. Me costaba encontrar las palabras—. Los Beatles —me oí decir. Una respuesta estándar. Nadie puede negar que los Beatles sean buenos.

—¿En serio? —dijo Ryan—. Ya, bueno, supongo que nadie puede negar que los

Beatles sean buenos.

Exacto.

Al notar que Noah aún tenía su atención puesta en mí, me invadió cierto malestar. Necesitaba alejarme de él. Era como la kriptonita o algo así. La situación resultaba insoportable.

Me levanté y sentí que las rodillas se me doblaban ligeramente.

—¿Me disculpas un momento? —le pregunté a Ryan, tomándole de la mano para mantener el equilibrio, sin importarme cómo interpretaría él el contacto físico.

—Claro.

—Solo necesito... eh... ir a por otra bebida.

Entonces todo se volvió negro.

Recuperé el conocimiento antes de abrir los ojos.

—¿Se encuentra bien? —oí que preguntaba una voz preocupada, tal vez la del batería.

—No le pasa nada —aseguró la voz de Lizzie—. Me imagino que le habrá dado un golpe de calor.

Cobré conciencia de lo que había sucedido. La humillación me tiñó las mejillas de rojo.

—Aún no ha despertado. ¿Llamamos a urgencias o algo?

Mantuve los párpados cerrados. De este modo podía fingir que aquello no estaba ocurriendo.

—Hagámosle cosquillas —oí que proponía Noah.

No sería capaz... ¿o sí?

—Noah, ¿de verdad vas a hacerle cosquillas?

—Sí.

Sabía que si me tocaba de nuevo no lo soportaría, así que, maldiciéndolo para mis adentros, abrí los ojos de mala gana y esperé a que se me aclarara la vista.

—¿Lo veis? Está despierta.

Yacía boca arriba. Con los párpados entornados a causa del sol, vislumbré las expresiones de todos. Ryan, Will y Jack parecían aterrorizados aunque intentaban disimularlo, como si fuera lo más normal del mundo que las chicas se desmayasen en las terrazas de los bares. Mis amigas, entre ellas Ruth, tenían un aspecto adecuadamente preocupado. El único que se reía era Noah. Le lancé una mirada asesina.

—Buenos días —dijo—. Es todo un detalle que vuelvas a estar entre nosotros.

Intenté incorporarme. Craso error. La vista se me nubló otra vez y luché por mantenerme despierta.

—Con cuidado —dijo Lizzie, arrodillándose para dejar que apoyara mi peso en ella—. Vayamos al servicio a ponerte presentable.

Tenía la cara encendida. Odiaba mi estúpido cuerpo y sus malos hábitos.

—Lo siento —dije, poniéndome en pie con dificultad—. Creo que me he acalorado demasiado. No había bebido suficiente agua...

Me recliné en Lizzie para no perder el equilibrio y ella me guio hacia el baño como toda una experta. Ruth y Amanda nos siguieron.

—Si queréis, id pidiendo otra ronda —dijo Lizzie, volviendo la mirada hacia los chicos—. No tardaremos.

Entré en los lavabos tambaleándome y Ruth bajó la tapa de un retrete para que me sentara. Me dejé caer sobre él y me tapé la cara con las manos, desesperada por despertar de aquella pesadilla. Ya solo me faltaba imaginar que estaba desnuda.

Me puse a hacer mis ejercicios de respiración, contando mientras inspiraba y espiraba, y noté que recobraba las fuerzas. La decoración del servicio era exageradamente moderna y ostentosa. En vez de una pila con encimera, había un lavabo independiente del que salía un chorrito de agua, como en una fuente. Las paredes estaban pintadas de color morado y adornadas con espejos gigantescos de marco dorado. Veía alrededor al menos seis imágenes reflejadas de mí.

Estaba hecha un asco.

Cuando recuperé el aliento, alcé la vista hacia mis amigas.

—¿Se puede saber a qué diablos ha venido eso? —inquirió Lizzie.

Bajé los ojos hacia mis sandalias.

—Lo siento —dije—. Es la segunda vez que me pasa esta semana.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ruth con delicadeza. Me pareció vagamente divertido que ella hubiera adoptado el papel de amiga considerada. Era evidente que quería impresionar a Will con su (falsa) generosidad.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

—¿Has sufrido otro ataque de pánico? —dijo Amanda—. No ha sido como en el concierto. Simplemente te has desmayado como una persona normal.

Me estremecí al oír la palabra «normal».

—No —contesté—. No creo que haya sido otro ataque de pánico.

—Entonces, ¿qué ha sido?

Tenía cierta idea de cuál era el motivo, pero me parecía ridículo. Aun así, hice el esfuerzo de expresarlo.

—No sé... Se trata de Noah... Es como si fuera alérgica a él, o algo así. Siempre que estoy cerca de él, tengo la sensación de que corro peligro... No, eso es absurdo... No lo sé.

Mis amigas parecían desconcertadas.

—¿Eres alérgica a Noah? —preguntó Lizzie en tono escéptico.

—No —dije, dibujando media sonrisa—. Me estoy comportando como una tonta.

—Pues eso te ha pasado las dos veces que lo has visto —señaló Amanda—. ¿Será por su *aftershave*? ¿Te ha dicho tu médico si padeces alergias que tengan efectos de este tipo?

Sacudí la cabeza.

—No. Solo ha sido una casualidad. Olvídalo.

No tenía la sensación de que hubiera sido una casualidad. Pero sabía que estaba quedando como una loca. No me gustaba que estuvieran todas mirándome. Solo quería que todo volviera a la normalidad.

—Estoy bien —aseguré—. Volved con ellos. Yo me adecento un poco y os veo dentro de cinco minutos.

Lizzie posó la mano sobre mi hombro.

—¿Estás segura de que te has repuesto?

—Segurísima.

—Pues si no sales dentro de cinco minutos, vendré a echar un vistazo.

—Estoy bien. Solo necesito estar unos momentos..., ya sabes..., a solas.

Las chicas salieron del servicio en fila, dejándome sola en aquel retrete recargado.

Me levanté y me acerqué despacio a un espejo. Puse mala cara cuando vi mi reflejo. Mi aspecto no era para echar cohetes. Tenía borrones de rímel debajo de los ojos y la frente empapada en sudor.

Me eché el cabello hacia atrás y lo recogí en un moño descuidado. Me limpié cuidadosamente la mancha negruzca de debajo de los ojos con un poco de papel higiénico, y me apliqué de nuevo bálsamo labial.

Examiné mi imagen otra vez. Aceptable. Un poco mejor que antes. Regresar ahí fuera iba a resultar vergonzoso. Como mínimo, había quedado fatal con Noah. Era imposible que yo siguiera gustándole después del número que había montado. De todos modos, seguro que era mejor así. En eso consistía el plan, ¿no? En no enamorarme de él ni dejar que me rompiera el corazón... Esa era la razón lógica, al menos. Había otra un poco más irracional: la intuición de que él acabaría por hacerme daño de alguna manera.

Respiré hondo y abrí la puerta del servicio, repasando en mi cabeza la historia sobre la deshidratación.

Noah estaba esperando fuera. Pegué un brinco cuando lo vi.

—Perdona —dijo—. No quería asustarte.

Estaba para comérselo allí apoyado en la pared, con una mirada intranquila en los ojos y los labios curvados hacia abajo. Aunque iba a resultar difícil, sabía lo que tenía que hacer. Ya estaba perdiendo la chaveta, y solo hacía unos días que lo conocía.

—Tranquilo —dije, jugueteando con unos mechones de mi pelo.

—Estaba preocupado por ti.

No lo miré a la cara. Temía perder el sentido de nuevo.

—No tienes por qué. Estoy bien.

—Poppy, ¿podemos hablar? —Me tomó de la mano, entrelazando los dedos con los míos. Su contacto me quemaba, pero no conseguí reunir el valor suficiente para apartar la mano.

—¿Sobre qué? —Me encogí de hombros, intentando mostrarme impasible.

—Es obvio, ¿no crees? —dijo en tono airado—. ¿Podemos hablar sobre nosotros? Murmuré algo.

—¿Qué?

—He dicho que no hay un «nosotros». Acabamos de conocernos.

Me agarró la mano con más fuerza.

—No seas tonta. Tienes que notar que hay algo entre tú y yo. Me está volviendo tarumba. No dejo de pensar en ti, aunque ni siquiera te conozco. Es de locos. Hace un rato, cuando me has mirado allí fuera, me ha parecido que iba a estallar. Sé que tú has sentido lo mismo. —Escudriñó mi rostro en busca de una reacción—. Por eso te has desmayado, ¿a que sí? No podías soportarlo.

Rumié sus palabras, intentando analizar de forma lógica lo que acababa de decirme. Estaba temblando. Me sentía tan contenta que tenía ganas de salir corriendo a la calle, chillando. ¡Yo le gustaba! ¡No dejaba de pensar en mí! ¿En mí? No era más que una chica normalita y escéptica. Pero la parte racional de mi cerebro me gritaba que no hiciera caso de esos sentimientos. «Te hará daño. Se aburrirá de ti. Y, lo que es más importante..., hay algo en todo esto que no está bien. Este tío te pone enferma».

Luchando contra todos los instintos de hasta el último hueso de mi cuerpo, le respondí con frialdad.

—Bonita frase para ligar —comenté—. Seguro que se lo dices a todas.

Sus facciones se crisparon en lo que solo podría describir como un gesto de dolor.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—¿De verdad me crees tan idiota como para tragarme eso? —Endurecí aún más mi tono—. No soy una de tus *groupies*, ¿sabes?

El dolor en su bello rostro cedió el paso a la rabia.

—Claro que lo sé —dijo, casi con un gruñido—. Y tú sabes que no es una frase para ligar. Sé que sientes lo mismo que yo. Lo que pasa es que estás asustada por lo que está ocurriendo, sea lo que sea.

Solté una carcajada cruel, y el sonido de mi voz me horrorizó.

—Por Dios santo, ¿tú te has oído? Hablas como un personaje de las novelas románticas que lee mi madre.

Ahora fue a él a quien le tocó sufrir una humillación. La amargura le tiñó de rojo toda la cara. Me sentí fatal. Vacía. Pero algo me decía que había hecho lo correcto. Tenía que protegerme de aquello —de él—, fuera lo que fuese.

—Veo que te he sobrevalorado por completo —dijo—. No te pareces en nada a la persona que yo imaginaba. —Eso me sentó como una puñalada. Retiró su mano, dejando la mía helada sin su contacto.

La rapidez con que su expresión pasó de la admiración al odio fue un duro golpe para mí. Empecé a echarlo de menos de inmediato. Anhelaba su cariño.

—Oye —dije con voz casi suplicante, deseando poder desdecirme de mi comentario—. Sé que me estoy portando como una hija de puta, y lo siento.

Me fulminó con la mirada.

—Lo que pasa es que... creo que no haríamos buena pareja. Acabamos de conocernos y ya estamos discutiendo.

—Te estás engañando a ti misma.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Y lo sabes.

Tenía que acabar con eso. Aunque todo lo que él decía era verdad, no podía preñarme de él. Acabaría sufriendo. Estaba segura de ello. Mi cuerpo se debatía entre impulsos contradictorios: el deseo y la autoprotección. No estaba en condiciones de afrontar un desengaño; no valía la pena correr ese riesgo.

—Noah —dije, de nuevo con aspereza—. Deberías hacerte a la idea de que NO ME ATRAES —grité para dar más énfasis a mis palabras—. Sé que seguramente es algo que nunca te había pasado antes, pero tienes que superarlo.

Retrocedió un paso con expresión indignada.

—Tienes razón —dijo—. Eres una hija de puta. —Acto seguido se escabulló por el pasillo hacia la salida, dejándome allí de pie, con mi mundo hecho añicos.

La doctora Beaumont contemplaba la pantalla del ordenador sin atreverse a pestañear. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba allí sentada. ¿Seis horas? ¿Siete, tal vez? Junto al teclado había abandonada una taza de café frío, al lado de varias bolsitas vacías de galletas saladas. No era una buena semana para preocuparse por la dieta.

Aunque reinaba una actividad frenética en el laboratorio, ella estaba demasiado concentrada para reparar en el ajetreo de las personas que la rodeaban. Si hubiera sido capaz de arrancar los ojos de la pantalla, quizá se habría percatado de que la mayoría la miraba fijamente con semblante preocupado.

La voz del estúpido del ayudante rompió su concentración.

—¿Todo bien, Anita? —preguntó Rain en un tono curiosamente animado dadas las circunstancias. Y el muy idiota había vuelto a llamarla «Anita». Dejó una taza de café recién hecho sobre su mesa—. He pensado que te vendría bien repostar.

Ella alzó la vista hacia él, irritada por la distracción pero agradecida por la bebida.

—Gracias, Rain —respondió, cortante, antes de volverse hacia el monitor.

La pantalla estaba llena de código verde. Un galimatías sin sentido para el profano, pero que para la doctora Beaumont resultaba más fácil de leer que un best-seller.

Rain acercó una silla y se sentó en ella con una pierna a cada lado. Ella se vio obligada a apartar de nuevo la mirada del monitor.

—¿Sí?

Por una vez, Rain parecía nervioso.

—Nos preguntábamos si...

Esto colmó la paciencia de Anita.

—¿Os preguntabais si qué?

—Pues... esto... A la gente, es decir, a los demás y a mí, nos interesaría saber..., en fin, si se ha registrado otra lectura.

Anita suspiró. Claro que querían saberlo. Todos querían. El secretario de Defensa quería un informe de veinte páginas antes de medianoche.

Se reclinó en su asiento y se soltó el cabello, que tenía recogido en un moño tirante. Fue una sensación agradable. Se pasó los dedos por el pelo y volvió a suspirar.

—Desde anoche, no.

Rain arrimó más su silla.

—¿Y anoche? —preguntó en un susurro, con un brillo de temor en los ojos—. Era una lectura... muy elevada.

Anita asintió.

—Es una afinidad perfecta. El peor de los casos posibles. La putada máxima

sobre la que redactabas trabajos cuando estabas en período de formación.

—¿Y crees que han establecido...?

—¿Contacto físico? —Anita terminó la frase por él—. Sin duda. Los encuentros fortuitos no generan lecturas así. —Pulsó una tecla, y un gráfico emergió silenciosamente de la impresora. Cuando la doctora Beaumont se lo pasó a Rain, cayó en la cuenta de que aún tenía las uñas a medio hacer desde que habían interrumpido su manicura del otro día—. Ten, echa un vistazo tú mismo.

Rain sujetó el papel con los brazos extendidos y entornó los ojos para intentar interpretar la pauta. Parpadeó varias veces y alejó más el papel de su cara. Entonces lo comprendió.

—Cielo santo.

Anita le quitó el gráfico.

—Lo sé. —Tomó un sorbo de café y se volvió de nuevo hacia el monitor.

—Pero ¿no han llegado nuevas lecturas desde anoche?

—Llevo observando esto desde Dios sabe cuándo y no he detectado nada.

—Puedo echarte una mano, si quieres...

Ella reflexionó por un momento. La verdad es que no le vendría mal un poco de compañía.

—De acuerdo.

Rain acercó aún más la silla y estudió el código. Estaba muy sorprendido de que ella hubiera accedido. Los demás no darían crédito. «Bien. Ahora, concentración. Hay que salvar el mundo, ¿recuerdas?» Se concentró en la pantalla y desenfocó ligeramente la vista, como le habían enseñado.

Anita permanecía sentada a su lado, casi sin respirar.

Rain no sabía cuánto rato llevaba allí, cuando, de pronto, apareció un destello breve en la pantalla. Miró a Anita, que tenía los ojos desorbitados.

—¿Has visto...?

—Sí.

Anita se levantó de un salto y pulsó un botón grande y rojo situado en un extremo de su mesa. A continuación, comenzó a introducir datos indescifrables en el ordenador, con los dedos borrosos a causa de la velocidad con que tecleaban.

—Intenta conseguir coordenadas —indicó sin dejar de escribir.

Rain arrastró su silla hacia el ordenador de al lado, entró en el sistema lo más rápidamente posible y se puso a aporrear también el teclado con energía.

—Es demasiado tarde para calcular la posición exacta.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que los hemos perdido por tercera vez?

—Lo siento. No hemos sido lo bastante rápidos.

La doctora Beaumont lanzó una serie de instrucciones por encima del hombro.

—Consulta las noticias. Quiero enterarme de todo lo que ha ocurrido en el norte de Europa en las últimas doce horas. Quiero que me informes sobre cada inundación, cada incendio, cada muerte en circunstancias extrañas, aunque no

parezca guardar ninguna relación con el asunto, YA MISMO.

Rain se conectó al servicio de noticias y comenzó a escribir a toda velocidad palabras clave para luego pulsar intro. Los titulares aparecían en la pantalla y él devoraba cada uno antes de pasar al siguiente.

—No ha ocurrido nada destacable.

—Eso es imposible.

—Te lo aseguro: ni un solo desastre..., al menos por el momento.

Anita dejó de teclear. Apoyó la frente en la mesa, de pronto vulnerable al verse libre de la tensión.

—Hemos tenido suerte —susurró, contando cada vez que respiraba.

La última lectura salió deslizándose de la impresora. Rain la cogió e identificó la pauta de inmediato.

—Ya lo creo que hemos tenido suerte.

Cuando llegué a casa lloré como nunca había llorado antes. Me tumbé boca abajo en la cama con el cuerpo sacudido por sollozos ahogados y lastimeros. Cerré los ojos para intentar contener las lágrimas, pero cada vez que lo hacía, veía la cara de indignación de Noah y sufría un nuevo arrebato de histeria.

En cierto momento tomé conciencia vagamente de que mi madre me observaba boquiabierta, paralizada de ansiedad ante aquel episodio nuevo de mi creciente desequilibrio mental. Incapaz de mirarla, me volví hacia la pared sin dejar de lloriquear y jadear. Y todo por un chico. Mamá no se lo creería de todos modos. La semana anterior, no me interesaba en absoluto ningún hombre en treinta kilómetros a la redonda, y sin embargo ahora estaba hecha una Magdalena por un estúpido guitarrista al que ni siquiera había besado. Era imposible que ella lo entendiera. Ni siquiera yo lo entendía.

Sin embargo, siempre llega un momento en el que resulta físicamente imposible seguir llorando, los sollozos remiten poco a poco y ceden el paso al hipo. Me abracé las rodillas y realicé ejercicios de respiración hasta que me serené lo suficiente para acercarme al tocador. Me senté y me desafié a mí misma a mirarme en el espejo.

El tocador siempre había sido uno de mis objetos favoritos. Era estilo años setenta, con un enorme espejo con un marco hortera dorado a la hoja. Ese día, encorvada en el pequeño taburete, habría preferido no tenerlo. Mi reflejo me horrorizó. La cara se me había hinchado como si hubiera participado en un combate de boxeo, y mis ojos apenas eran visibles a causa de la hinchazón. Las lágrimas me habían pegado el cabello a la cabeza, y mi cutis en general parecía un dibujo emborronado por un niño al que le gustara mucho el color rojo.

—Tienes buen aspecto, Poppy —murmuré.

Me contemplé durante un buen rato, agotada, repasando en mi mente los acontecimientos de los últimos días e intentando entender qué demonios había pasado. Con razón cuando alguien se enamora se dice que pierde el seso. Estaba deshecha. Había dejado a un lado mi cuidadosamente cultivada aversión a los hombres solo porque había conocido a un tipo con melena. No, era algo más que eso. Noah tenía razón. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? Intenté convencerme de que esos sentimientos se me pasarían. Sin molestarme en lavarme los dientes o la cara, me eché sobre mi cama individual y me sumí en un sueño intranquilo.

Me pasé casi todo el martes en el instituto, medio escondida para no toparme con nadie. Cuando sonó el timbre que señalaba el final de las clases, salí a toda prisa al aparcamiento, donde había quedado en verme con mi madre. Tras la espectacular llorera del día anterior, ella me había pedido una cita de urgencia con el doctor Ashley, y como yo aún lloraba a moco tendido no había podido protestar.

La divisé en su coche de tres puertas, lanzando miradas intranquilas desde detrás del volante. Me invadió una repentina oleada de afecto hacia ella, seguida por una inevitable punzada de culpabilidad. Detestaba haberle causado aún más preocupación. Otra razón por la que la decisión de plantar a Noah había sido acertada, me dije.

Me acomodé en el asiento del acompañante con una sonrisa tensa en los labios.

—Hola, Poppy, cielo. ¿Has tenido un buen día en el instituto?

Ensanché mi sonrisa.

—Oh, sí. Un día estupendo, gracias.

Mi respuesta solo provocó un suspiro de consternación. Ella sabía que yo mentía. Las facultades psíquicas de los padres no dejaban de sorprenderme.

—Sí, bueno, ¿has aprendido algo? Supongo que eso es lo más importante.

Asentí con entusiasmo.

—Sí, un montón de cosas —dije—. En psicología nos han hablado de un tipo que mostraba vídeos violentos a los niños y luego les daba un muñeco para ver si le zurraban.

Mamá arqueó las cejas.

—Entiendo.

Subí el volumen de la radio para evitar que continuara con el interrogatorio y las dos contemplamos el parabrisas en silencio, fingiendo que disfrutábamos con el tema chabacano de música disco que martilleaba incansable los altavoces. Tenía un título ridículo, algo así como *Poca capacidad de concentración*, y lo tocaba un «grupo» (nótense las comillas irónicas) llamado ADHD. No es broma. Frank llevaba semanas tratando de convencerme de que los escuchara.

Cuando llegamos frente a la consulta del psiquiatra, o para ser más exactos, al manicomio, abrí la puerta del coche.

—Espera —dijo mamá, tirándome del hombro.

—¿Qué pasa?

Hurgó en su bolso y sacó el cheque para el doctor Ashley. Cuando vi la cantidad escrita con la cuidada letra cursiva de mi madre, el sentimiento de culpa me invadió de nuevo. No solo la estaba haciendo sentir fatal, sino que la estaba arruinando. Tal vez debía prestar más atención a las recomendaciones del doctor Ashley en vez de intentar pasarme de lista con él.

—Gracias —dije, avergonzada.

—Te recogeré luego.

—Adiós.

Se inclinó y me dio un beso suave en la frente antes de meter la primera marcha. Bajé del coche con torpeza y me encaminé hacia las intimidatorias puertas de la consulta.

La clínica hacía lo posible por parecer «normal», si es que esta palabra significa algo de verdad. La recepcionista siempre me recibía muy alegre mientras yo trataba

de hacer la vista gorda ante el control de alta seguridad que tenía que pasar al entrar. Como aún no se me había ido la olla por completo, solo asistía a sesiones diurnas, pero había bastantes pacientes ingresados en el lugar. Las paredes estaban pintadas de color amarillo chillón, y había flores frescas por todas partes para disimular el característico olor a hospital. En la sala de espera incluso había revistas actuales. Y algunas de ellas buenas, como *Vogue*, en vez de los gastados ejemplares de 2003 de *Zest*, tan habituales en los centros de la Seguridad Social. Ventajas de pasarse a la medicina privada, supongo. De alguna manera tenían que justificar las cantidades exorbitantes que cobraban. Siempre se respiraba allí una actitud muy falsa y muy británica de «finjamos que esto no es un hospital psiquiátrico». Los pacientes podían sonreírse entre sí y dedicarse una inclinación de cabeza en la sala de espera, intentando no fijarse en las vendas de las muñecas o los arañazos en la cara. Se saludaban cortésmente antes de aparentar que leían sus revistas, mientras pensaban para sus adentros: «¿Qué problema mental tendrán?»

Al cabo de unos cinco minutos, oí que me llamaban y golpeé tímidamente la puerta de la consulta del doctor Ashley, aunque sabía que me esperaba. Otra norma social extraña y totalmente innecesaria para ir al médico.

—Adelante —oí que decía, y abrí la puerta.

Estaba sentado en su silla de siempre, una antigualla de aquellas por las que se pagan fortunas en *Antiques Roadshow*, el programa de telerrealidad de la BBC. Por lo demás, el despacho tenía una decoración austera. Unos pocos cuadros anodinos colgaban en las paredes de color magnolia, y en una esquina de su escritorio había un ordenador. Una pequeña mesa cuadrada de vidrio se interponía entre el doctor Ashley y «mi» silla. La elocuente caja de pañuelos de papel estaba bien visible en el centro. Me estremecí al recordar cuántos había utilizado en sesiones pasadas.

—Buenas tardes, Poppy. —Permanecí sentada durante medio minuto largo, incómoda, antes de que él me planteara la pregunta inevitable—. ¿Cómo te encuentras hoy?

Le di la respuesta de cajón.

—Bien.

Otro silencio.

—Pero ¿cómo te encuentras, sinceramente?

Suspiré. Todo era de lo más previsible, forzado. Aunque no había un diván de piel en la consulta, me imaginé a mí misma tumbada en uno, con la mano en la cabeza, hablando de algún terrible recuerdo de la infancia.

Cuando me vino a la memoria el cuantioso cheque que llevaba en el bolsillo de los vaqueros, hice un esfuerzo por seguirle el juego.

—Pues he sufrido dos desmayos en la última semana.

El doctor Ashley no se esperaba eso. Su pluma comenzó a deslizarse a toda velocidad sobre el papel de su bloc. Lo normal era que me sucediera una vez al mes.

—Entiendo —dijo sin dejar de garabatear—. Y eso no es... habitual, ¿verdad?

—No.

Terminó de escribir y me observó por encima de su bloc. Me entraron ganas de leerlo.

—¿Y a qué crees que se debe esto?

Por favor. Tal vez debería estudiar la carrera de psicología. Basta con formular preguntas en un tono sereno y agradable para cobrar cincuenta libras la hora. Me encogí de hombros, representando mi papel de adolescente despreocupada.

—No sé.

Esto desencadenó otra oleada de garabatos, y me revolví en mi asiento mientras esperaba a que terminara. Crucé las piernas y las descrucé de nuevo.

—Tu madre —dijo, tomando al fin la iniciativa—, cuando me ha llamado esta mañana, me ha comentado que sufriste el primero de los ataques durante un concierto. ¿Es así?

¿Cómo se había enterado mi madre de eso? Sin duda papá se lo había contado. Lo maldije para mis adentros.

—Así es —dije—. Fue espantoso. Me hizo potar y todo.

No me gustó el sonido de la palabra «potar». Era muy basto. Sin embargo, ocasionó que el doctor Ashley se estremeciera, lo que me alegró, aunque no supe muy bien por qué.

—¿Devolviste? —inquirió, mientras su mano escribía de nuevo a toda prisa sobre su bloc secreto—. Humm, eso no había ocurrido antes, ¿verdad?

—No.

—¿Y los otros ataques cómo eran?

—No me hacían potar. Lo normal. Pensaba que me iba a morir. Una sensación terrible. Y luego no me moría.

El doctor Ashley se abismó en sus pensamientos, mordisqueando el capuchón de la pluma. Saltaba a la vista que esto no entraba en sus planes. Yo había estado mejorando. Era un «éxito» para él.

—Y cuando te sobrevienen los ataques de pánico..., ¿recurre a las técnicas que te he enseñado?

Asentí.

—¿Y has practicado la respiración consciente?

Asentí de nuevo.

—Todas las mañanas.

Parecía perplejo. Tal vez la medicina privada no valía tanto la pena, después de todo.

Nos quedamos callados otra vez. Me puse a mover el pie de un lado a otro mientras dejaba que él reflexionara. Por lo general, era muy... lúcido. Solía tener todas las respuestas.

—¿Ha cambiado algo en la última semana? ¿Has hecho algo distinto que haya podido causar esto?

Mi pensamiento se desvió de inmediato hacia Noah, y me vinieron ganas de llorar de nuevo. Pero era una estupidez. Noah no podía ser el causante. No tenía sentido. De todos modos, aunque lo fuera, no podía hablarle al doctor Ashley de un chico. Resultaría demasiado embarazoso.

Sin embargo, él había captado mi cambio de expresión. Mierda. Necesitaría idear una maniobra evasiva.

—Poppy, sabes que puedes contármelo todo, ¿verdad? Estamos en un entorno seguro. Mi función no es juzgarte.

Yo sabía que él tenía razón. Quería decírselo, para no tirar a la basura el dinero de mi madre. Pero ¿cómo? ¿De verdad podía decirle «creo que estoy perdiendo el juicio porque me gusta un chico»? Era ridículo. Una idiotez.

Así que respiré hondo y solté la mentira sin el menor esfuerzo.

—Bueno... —titubeé, pensando en Noah y dejando fluir las lágrimas—. Es por mi madre... Estoy muy preocupada por ella. Creo que mantenemos una relación de abuso emocional...

Me tendió la caja de pañuelos desechables y la sesión prosiguió con normalidad.

Los días se sucedieron como es su costumbre. Las semanas transcurrieron sin novedades destacables. El verano cedió el paso al otoño. Empezó a hacer frío. Solo las personas con más ganas de llamar la atención (Ruth) seguían paseándose con una falda que dejaba al descubierto sus piernas amoratadas. Terminamos la lectura de *Romeo y Julieta* en la clase de literatura inglesa y pasamos a estudiar la poesía de la Primera Guerra mundial. Mis ataques de pánico cesaron. Nunca supe si estaban o no relacionados con Noah. En líneas generales, volví a la vida normal. Fuera lo que fuese.

Seguía pensando en él, mucho más de lo que era conveniente. Durante el día estaba bastante bien, llenaba las horas viendo a mis amigas, haciendo trabajos de clase, ayudando a mamá a preparar la cena..., las aburridas actividades habituales de una adolescente. Por la noche, sin embargo, lo añoraba tanto que me dolía físicamente. Me metía en la cama, totalmente decidida a no pensar en Noah, pero en cuanto apagaba la luz, él aparecía. Revivía cada momento que había pasado con él, analizaba cada una de sus palabras. Temblaba de humillación cuando recordaba cómo me había portado.

Sabía que solo era un antojo y que se me acabaría pasando. Al menos, esperaba que solo fuera un encaprichamiento. Y que al final se me pasara.

Un día que por lo demás no tenía nada de especial, Ruth soltó la bomba.

Las cuatro estábamos en el comedor, sentadas en torno a nuestra mesa favorita. Estaba junto a las ventanas y los radiadores, lo que nos permitía mantenernos calentitas mientras nos comíamos con los ojos a los chicos que jugaban al fútbol fuera. Ganado estudiantil de primera. Hacía un día deprimente, el tiempo de mierda típico de Inglaterra. Caía una llovizna incesante mezclada con el tipo de viento que te pega enseguida el pelo al brillo de labios. Yo llevaba mi sudadera con capucha preferida y estábamos echando una partida de mentiroso. Era un juego de cartas al que jugábamos obsesivamente desde la primaria. El objetivo es en esencia quedarse sin naipes antes que los demás. Para ello, uno coloca unas cartas boca abajo sobre la mesa y miente sobre cuáles son con la esperanza de que los otros jugadores no perciban que es un farol.

No me estaba yendo mal, y solo me quedaban cinco cartas, cuando Ruth habló.

—Angustia Juvenil tocan esta noche en la discoteca —me dijo, depositando dos naipes sobre la mesa—. Dos seises —añadió.

Me quedé demasiado aturdida para ver su apuesta.

—¿Qué? —balbucí.

Las otras dos alzaron la vista, vagamente interesadas.

—Empiezan a las nueve. —Ruth se alborotó el cabello con las manos—. Will dice que estaría bien que fuerais todas.

Ruth y Will habían estado «saliendo» desde aquella infausta noche en el Lock and

Key. Dios sabe qué significaba eso para Ruth, pero se había acostado con él varias veces y luego nos había aburrido contándonoslo con todo lujo de detalles repugnantes. Al parecer, no era consciente de:

a) lo poco que nos interesaba su vida sexual, y

b) cuánto nos intimidaba oírle hablar de ello, ya que ninguna de nosotras se había acostado con nadie.

Yo había intentado aprovechar su relación en ciernes para obtener información de segunda mano sobre Noah, pero por lo visto Ruth pasó casi todo el rato «a solas» con Will en vez de juntarse con todo el grupo.

—Yo voto por ir —dijo Amanda, sorprendiéndonos a todas. La miramos, atónitas—. Bueno, Johnno va a ir —murmuró antes de refugiarse tras sus cartas.

Me volví hacia Lizzie, boquiabierta. Yo no quería ir. Seguro que ella tampoco querría..., ¿o sí?

Vale, por supuesto que querría ir.

—Me apunto —dijo Lizzie, confirmando mis temores, y bajó una carta, algo avergonzada—. Un seis.

Eché una ojeada a mi mano y vi que tenía dos seises, lo que significaba que o Ruth o Lizzie mentían. Pero estaba demasiado traumatizada para levantar sus cartas. No podía ir a la noche de música en vivo. No podía ver a Noah.

—Pues yo iré —dijo Ruth—. Will siempre está de lo más cachondo cuando termina una actuación. Es increíble. —No había el menor asomo de ironía en su voz, y yo me pregunté por millonésima vez cómo podíamos ser amigas.

Todas las miradas se fijaron en mí, así que posé de nuevo los ojos en mi mano.

—¿Poppy? —preguntó Lizzie.

—¿Humm? —Elegí dos naipes al azar y los tiré sobre la mesa—. Dos sietes. Amanda, te toca.

—Poppy, ¿vendrás?

«Deprisa, cerebro. Invéntate una excusa. Lo que sea».

—No puedo, chicas —respondí—. Esta noche tengo que preparar una tarta de cerezas y no tengo la base hecha ni nada.

¿Qué narices...? Era la peor mentira que había oído jamás.

—¿Tienes que qué? —Ruth parecía ligeramente divertida. Se inclinó hacia delante por encima de la mesa—. No sabía que tú cocinaras, Poppy.

Asentí enérgicamente. Ya que había soltado la mentira, más valía que la mantuviera hasta el final. Cualquier cosa con tal de librarme de ir.

—Sí, me encanta cocinar, ya lo sabes. Me hace mucha ilusión probar una nueva receta que he encontrado en un suplemento del periódico.

—Estás mintiendo —declaró Lizzie.

Pasé de asentir enérgicamente a sacudir la cabeza con frenesí.

—No, lo digo en serio —afirmé con los ojos desorbitados—. Me gusta mucho cocinar. Vosotras no lo sabéis todo sobre mí. Hay un montón de cosas sobre las que

no tenéis idea. —Pensé en Noah y en todos los sentimientos que me había cuidado de ocultar a mis amigas. No estaba mintiendo. No del todo.

—Poppy, te he visto quemar una pizza congelada —señaló Lizzie—. ¡Odias cocinar! ¿Por qué no quieres ir a ver la actuación? Siempre tienes muchas ganas de ir. Necesitaba más mentiras.

—No me apetece, eso es todo.

—Pero si es viernes. La noche de música en vivo. Es lo único medianamente decente que se puede hacer en esta ciudad de mala muerte.

—Sí, pero...

Me quedé en blanco.

Ruth seguía observándome con mirada crítica.

—¿Seguro que no es porque te da miedo encontrarte con cierta persona? —preguntó, acomodándose de una en una las cartas en la mano.

Noté que me sonrojaba.

—¿Qué? —dije, fingiendo ignorancia—. ¿De qué me hablas?

—De Noah —contestó Ruth—. Es obvio que te hacía tilín hace un tiempo.

Dios, cuánto la odiaba.

—¿Eh?

—No quieres ir porque tú no le gustabas y te rompió el corazón.

Eché la silla hacia atrás con el fin de disponer de espacio personal suficiente para cantarle las cuarenta.

—¿Qué coño te has creído? —exclamé—. Nunca me ha gustado el dichoso Noah. Es un gilipollas integral, y si no me crees, iré a ver la puñetera actuación. Estás TOTALMENTE equivocada si crees que él me gustaba...

—MENTIROSA —gritó Lizzie con aire triunfal.

¿En serio? No había manera de engañar a esa chica.

—No te miento, Lizzie. No me gusta Noah.

Ella negó con la cabeza.

—No, me refiero al juego —dijo ella, señalando las cartas—. No tienes dos sietes. —Dio la vuelta a mi pareja fraudulenta—. Ja, ja. Ahora tienes que quedarte con todo el montón.

Con un suspiro, recogí los naipes.

Esa tarde arreglarme me costó Dios y ayuda. Me ponía un conjunto tras otro y los descartaba uno tras otro. En realidad no tenía ganas de ir y lamentaba que no se me hubiera ocurrido una excusa convincente. Tras una hora de sufrimientos, me decidí finalmente por unos vaqueros ajustados color azul oscuro, una blusa negra de tirantes y bisutería de plata a mogollón. Me pasé otra media hora intentando hacerme un peinado exótico, pero me di por vencida y decidí llevarlo suelto sobre los hombros.

Cuando salí de mi habitación, vi a mi padre al pie de la escalera.

—Estás muy guapa, cielo —dijo con el periódico en la mano—. ¿Vas a algún sitio especial?

Me encogí de hombros.

—No, a la noche de música en vivo..., otra vez.

—Pues vas hecha un pincel. ¿Quieres impresionar a alguien? —Me miró, sinceramente intrigado.

—Pujaj —mascullé, bajando la escalera—. De eso, nada. Ya sabes que todos los chicos de por aquí son unos perdedores rematados. O son unos pijos de colegio privado aficionados al rugby o unos idiotas inmaduros y quejicas con la cara llena de granos.

—Claro, ya me lo has explicado todo antes, doña exigente. —Se dirigió hacia la sala de estar arrastrando los pies para repantigarse en su sillón favorito—. En fin, estás preciosa.

Mordisqueé un mechón de mi cabello.

—Gracias, papá.

—Vuelve antes de las doce, o tu madre se preocupará.

—Ya, ya.

Cogí mi bolso y crucé la puerta.

Me arrebujé en mi chaqueta de cuero mientras caminaba para encontrarme con Lizzie en la esquina. Atardecía y soplaban un viento frío. No había duda de que el verano había llegado a su fin. Era aquel momento del crepúsculo en que la penumbra permite ver el interior de las casas de la gente, que aún no ha corrido las cortinas. Siempre quedaba con Lizzie en Park Drive, una calle residencial privada que solo estaba al alcance de los más ricos. Yo avanzaba con paso tranquilo, entreteniéndome ante las casas especialmente grandes para intentar echar un vistazo a las personas que vivían en ellas.

Lizzie me esperaba impaciente, dando golpecitos en el suelo con el pie. Esa noche haríamos el recorrido ella y yo solas. Ruth iba a «ir con el grupo», según había estado presumiendo toda la tarde. Y Amanda nos había sorprendido a todas al anunciar que Johnno y ella irían caminando juntos.

—Llegas tarde, compañera solterona —me gritó Lizzie, con los brazos apretados sobre el pecho para combatir el frío.

Troté hacia ella.

—Creo que con diecisiete años somos demasiado jóvenes para considerarnos solteras. —La saludé con un abrazo rápido—. Perdona el retraso. He estado espiando de nuevo a los ricos.

Lizzie sacudió la cabeza.

—Joder. ¿Otra vez? Necesitamos encontrar un nuevo punto de reunión para que llegues puntual por una vez en tu vida. —Enlacé su brazo con el mío. Estaba deslumbrante. Se había rizado la cabellera rubia y se había aplicado delineador de ojos azul eléctrico, de esos que a mí me quedarían fatal, por mucho que me esforzara.

—Estás que rompes.

—Gracias, encanto. Le he mangado el delineador a mi hermana mayor.

Mientras caminábamos, pensé sobre el hecho de que Lizzie nos había llamado solteras. Ella nunca se había mostrado demasiado interesada en los chicos, aunque no le faltaban admiradores.

Me pregunté por qué.

—Lizzie.

Nos detuvimos para cruzar una calle.

—¿Qué pasa, cielo?

—¿Cómo es que no tienes novio?

No estaba segura de por qué se lo había preguntado. No solíamos mantener conversaciones en profundidad sobre los tíos. Sé que es extraño, pero Lizzie parecía tan exigente como yo, por lo que ninguna de las dos había tenido un novio de verdad. Los chicos eran un tema que nos tomábamos a risa. Discutíamos quién estaba bueno y quién no, pero nunca hablábamos a fondo de nuestra condición compartida de solteras.

Lizzie contempló la calzada, que estaba atestada de coches. Parecía un poco descolocada por lo directa que había sido, y me arrepentí de habérselo preguntado.

—Menuda pregunta —comentó, mirando a derecha e izquierda.

—Era solo por curiosidad. En fin, nunca parece hacer mucho caso a los chicos, aunque tú les gustas a ellos. Y de pronto me he dado cuenta de que nunca has hecho nada al respecto.

El sol estaba a punto de ponerse. Los coches habían encendido los faros, que proyectaban dos haces borrosos de luz roja y blanca que se desdibujaban al pasar. Había demasiado tráfico para cruzar, por lo que tendríamos que ir por el paso de peatones. Sin embargo, esperé primero a que Lizzie respondiera. Cambió su peso de una pierna a otra, meditando su respuesta.

—No lo sé —dijo al fin—. No es que no quiera tener novio. Lo que pasa es que... y no te atrevas a burlarte... nunca he sentido eso...

Me quedé estupefacta. ¿Lizzie, una romántica?

—¿A qué te refieres exactamente con «eso»? —inquirí.

Parecía agobiada.

—No sé... No soy una cursi a la que le gustan las comedias románticas cursis, pero creo en... eso..., ¿me entiendes? En la persona ideal. Y estoy convencida de que un día estaré haciendo mis cosas del día a día, hecha un adefesio, y entonces conoceré a ese tío, por pura casualidad. Sabré de inmediato que él es esa persona, y viviremos felices, comeremos perdices y llegaremos a ser unos viejecitos arrugados juntos.

Abrí la boca, atónita.

—Tal vez te parezca ridículo —continuó—, pero para mí no tiene sentido salir con alguien si no siento eso por él. Y sé que solo tenemos diecisiete años y que se supone que deberíamos ir besando sapos hasta que aparezca el príncipe y todas esas chorradas, pero mantener una relación con un chico es tan... trabajoso que creo que no vale la pena a menos que sea la persona ideal, ¿sabes?

Sus palabras me dejaron muda. Desde luego, sabía utilizarlas. Al acordarme de la noche en que conocí a Noah, no pude evitar estar de acuerdo con ella.

Los coches pasaban frente a nosotras a toda velocidad, saltándose inconscientemente el límite de cincuenta kilómetros por hora. Decidí que el humor sería el mejor medio para salir de aquella situación.

—¿Quién iba a pensarlo? —dije, dándole un codazo leve en las costillas—. Tú, una aspirante a periodista cínica y dura... ¿tienes un lado romántico?

Me pegó.

—Cállate. Sé que tú también llevas atrapada en tu interior a una princesita estúpida que se muere de ganas de ser rescatada por un tipo cachas con melena que te diga que quiere casarse contigo.

En efecto, me callé. Ella no era consciente de lo cerca que yo estaba de volverme tan sensiblera.

Como llegamos tarde, no tuvimos que hacer cola y los porteros desengancharon de inmediato el cordón rojo para dejarnos pasar. En cuanto abrimos las puertas dobles, nos envolvió el vapor que emanaba de la abarrotada pista de baile. El sitio era un hervidero de gente. Era evidente que se había corrido la voz de que Angustia Juvenil eran buenos..., pese a tener uno de los peores nombres en la historia de los grupos adolescentes.

Lizzie y yo escudriñamos la multitud con la vista en busca de rostros conocidos. La mayoría del público ya se arremolinaba en torno al escenario, pugnando por ocupar un buen sitio en primera fila.

Como aún tenía muy fresco en la memoria el último ataque de pánico, me incliné hacia Lizzie.

—¿Te parece bien que nos quedemos en la zona de atrás? —le grité al oído.

—¿Estás de coña? ¡Claro! No quiero que vuelvas a dar un espectáculo con uno de tus desmayos.

Entonces comprendí que Lizzie era la mejor amiga que tenía en el mundo.

—Gracias.

Ante la incapacidad de encontrar a nadie conocido, Lizzie y yo nos dimos por vencidas y nos abrimos paso hacia la barra.

Mientras ella pedía las bebidas, yo intenté mentalizarme para ver a Noah de nuevo. En el fondo no quería verlo, pero a la vez deseaba que el tiempo transcurriera más deprisa para poder mirar su rostro perfecto una vez más.

Lizzie me pasó un cubalibre y bebimos mientras buscábamos a nuestras amigas. Algunos de los góticos del instituto bailaban al compás de la música de fondo, adoptando formas interesantes con sus cuerpos elaboradamente adornados. Un tipo los señalaba y se mofaba de ellos. Sujetaba dos cervezas y llevaba un polo con el cuello vuelto hacia arriba a propósito, lo que parecía totalmente fuera de lugar en la noche de música en vivo. A continuación se puso a imitar el baile de los góticos mientras simulaba que se cortaba las venas. Los amigos que estaban con él se tronchaban.

—Menudo gilipollas —comentó Lizzie, que también los observaba.

—Lo sé —asentí—. O sea, ¿para qué se molestan en venir si no les va este rollo?

Por fortuna, el burlón principal había pasado inadvertido al grupo de góticos, que más que nada bailaban con los ojos cerrados y agitando los brazos en el aire. De acuerdo, tenían una pinta un poco ridícula, pero eran góticos: ¡de eso se trataba! El tipo se volvió, imitando a alguien que giraba sin parar al ritmo de Megadeth.

Me quedé boquiabierta. Agarré a Lizzie de la mano.

—¡Oh, Dios mío, es Frank!

Lizzie lo miró, confundida.

—¿Quién diantres es Frank?

—Mi amigo de la clase de literatura.

Ella lo examinó y arrugó la nariz.

—¿De verdad eres amiga de ese?

En ese momento, Frank me vio. Alcé la mano en un saludo tímido. Él levantó su botella y susurró algo a sus amigos. Los tres echaron a andar en nuestra dirección.

—Oh, genial —se quejó Lizzie—. Vienen hacia aquí.

—Lo siento.

—Más te vale.

Frank fue el primero en llegar junto a nosotras, trotando con una sonrisa en los labios.

—Poppy Lawson. ¿Así que este es tu mundo? —Arqueó una ceja con desaprobación.

—¿Qué narices haces aquí, Frank?

Hizo un gesto hacia el grupo de góticos con la mano en la que sujetaba la cerveza.

—Solo he venido a echar una ojeada a... los artistas locales. En serio, este sitio es mejor que una parada de monstruos en un circo.

Era innegable que a veces se ponía un poco gilipollas.

Sus amigos llegaron y abrazaron a Frank por los hombros con esa actitud de «todos somos colegas» que yo odiaba.

—¿Qué tal, tío? Preséntanos, ¿no?

Nos dieron un repaso visual rápido a las dos. Lizzie se estremeció.

—Ella es Poppy. Voy a clase de literatura con ella. —No les tendí la mano para que me la estrecharan—. Y ella es... —Gesticuló en dirección a Lizzie.

—Mi amiga Elizabeth —terminé su frase.

Ella tampoco les ofreció la mano.

Los chicos se limitaron a asentir. Frank tomó un sorbo de su cerveza.

—Estos son Simon y Jedd —dijo, dándoles sendas palmadas en la espalda.

—Deja que adivine —dije con sequedad—. ¿Jugáis en el mismo equipo de rugby?

Esto pareció sorprender a Frank.

—¿Cómo lo sabes?

—En serio. ¿A qué has venido?

Simon y Jedd ya nos habían dado la espalda. Saltaba a la vista que ni Lizzie ni yo llevábamos un escote lo bastante pronunciado para superar el examen de cuerpo entero.

—Bueno —dijo Frank—, como siempre insistes en que aprenda a apreciar la «música de verdad», he decidido venir para comprobar en persona lo mala que es en realidad.

Crucé los brazos.

—¿De verdad no tenías nada mejor que hacer?

—Me lo tomo como una experiencia educativa. ¿Quién sabe? A lo mejor acaba por gustarme.

Sacudí la cabeza.

—En fin —prosiguió—. Del mismo modo que yo he hecho un esfuerzo, tú deberías educarte también. Acompáñame a la fiesta *rave* que monta Jedd en su casa. Será brutal. Sus padres están forrados, y vamos a instalar tarimas en el jardín.

Le propiné un empujón amistoso, ocasionando que derramara un poco de cerveza.

—Frank, mentiría si no te dijera que prefiero morir a ir a una fiesta *rave*.

—No sabes lo que te pierdes.

—Ni falta que hace.

—Eres testaruda.

—Y tú un idiota.

—Chss —nos interrumpió Lizzie, pues de pronto la discoteca había quedado sumida en la oscuridad—. El grupo está a punto de salir.

El escenario quedó bañado en una luz blanca radiante mientras el grupo avanzaba sobre él. El público prorrumpió en gritos de entusiasmo, y de inmediato el estómago me dio un vuelco y se me emborrónó la vista.

«Aquí no. Otra vez no. Por favor».

Di un pequeño traspié y choqué con Frank.

—Caray, Poppy, ¿te encuentras bien? —preguntó, posándome las manos sobre los hombros para estabilizarme. Avergonzada, me agarré a su camisa en un intento de mantener el equilibrio.

—Sí. Solo me he mareado un poco.

Noté que alguien me asía el hombro con más firmeza. Lizzie intentaba hacerme girar de cara a ella.

—No le pasa nada —le bramó a Frank. Se volvió hacia mí y me asestó una bofetada sutil pero contundente.

»Reacciona.

Conmocionada, traté de respirar otra vez. Para mi alivio, percibí que el oxígeno inundaba mis pulmones. Me había recuperado. Tomé otra bocanada de aire para asegurarme. Todo bien. Gracias a Dios. Tras evitar el desastre por los pelos, devolvimos nuestra atención al grupo. Ryan, el cantante principal, con el que había hablado en el Lock and Key, gritaba por el micrófono para caldear el ambiente mientras los otros miembros afinaban. No quedaba el menor rastro de la timidez que mostraba fuera del escenario. Respiré hondo de nuevo y me atreví a dirigir la mirada hacia Noah. Allí estaba, tan ridículamente apuesto como yo lo recordaba. Haciendo caso omiso de los aullidos de la multitud, estaba concentrado en afinar su guitarra eléctrica. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa de cuadros verde claro remangada. Sí, vale, estaba espectacular.

Lizzie interrumpió mis pensamientos ilícitos.

—No veo a las demás por ninguna parte.

—Creo que tendremos que esperar a que termine el concierto para buscarlas —respondí, sin despegar los ojos de Noah.

—Bueno, al menos no estamos solas. Lo tenemos a él. —Señaló a Frank, que estaba con nosotras y no con sus amigos musculitos. Su actitud había cambiado. Tenía los ojos verdes entornados. Observaba a Noah y a las hordas de chicas chillonas que se abalanzaban sobre el escenario, desesperadas por captar su interés. Frank hinchó el pecho inconscientemente y vi que tensaba sus voluminosos bíceps de jugador de rugby. Se me escapó una risita. Era evidente que Frank no estaba acostumbrado a tener semejante competencia.

Sin más preámbulos, el grupo atacó las notas de su primer tema, y el lugar se vino abajo. La muchedumbre comenzó a saltar y a corear la letra a gritos. Estaban tocando aún mejor que en la actuación anterior, con un sonido más pulido y compacto. Y el ritmo era de lo más pegadizo. Por lo general, soy una de esas chicas que se niegan a bailar. Prefiero mil veces quedarme a un lado, cabeceando al compás, intentando parecer tranquila e indiferente. Sin embargo, esta noche mi pie daba golpecitos en el suelo, y mi cuerpo se movía de un lado a otro de forma involuntaria. Miré a Lizzie. A ella le ocurría lo mismo.

Al final conseguí avistar a Ruth. Estaba en primera fila, frente a Will, bailando

con contoneos seductores, demasiado lentos para la música. Era prácticamente un *striptease*. Se agachaba hasta el suelo sacudiéndose, haciendo girar la entrepierna hacia arriba y dejando casi toda la piel al aire. Will, con los ojos desorbitados, intentaba centrarse en tocar el bajo. Di un codazo suave a Lizzie y señalé el espectáculo. Desplazó la mirada de Ruth a Will y se rio a carcajadas.

Mientras el grupo pasaba directamente a la segunda canción, me volví hacia Frank y comprobé sorprendida que también estaba meneando el esqueleto.

—¿Me engañan mis ojos? —le pregunté, acercando mi cara para que me oyera—. ¿O de verdad lo estás pasando bien?

—No tocan mal —contestó en voz muy alta—, aunque ese guitarrista parece un auténtico capullo. ¿Has visto qué chulería?

Ambos contemplamos a Noah. Había un grupo de chicas que le gritaban histéricas, como fans de los Beatles, pero él permanecía impassible. Sin embargo, una rubia de aspecto decidido no chillaba. Se encontraba de pie debajo de él, aferrada al escenario con las dos manos. Era una de aquellas tías tan desconcertantemente despampanantes que te dan náuseas. Alzó la vista hacia Noah a través de mechones de su cabellera color mantequilla, inclinando su preciosa cabeza al ritmo de la música, con el aspecto que yo siempre había intentado tener, sin éxito. Por un breve instante, Noah la miró y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, dejando al descubierto su hermosa y blanca dentadura. Mi estómago pegó un brinco y desvié la mirada, pues no quería seguir siendo testigo de aquello.

—¿Lo ves? Es un idiota —añadió Frank—. ¿A qué viene eso de entrecerrar los párpados así? ¿Quién se cree que es? No tocas con Kasabian, tío.

Para mi sorpresa, me reí.

—Lo que te pasa es que estás celoso porque no tienes *groupies*.

Frank sacó pecho de nuevo.

—¿De qué vas? Claro que las tengo. Tendrías que ver a las chicas que me miran cuando juego al rugby.

—No, gracias.

—Hay mogollón de ellas. Todas me animan desde un lado del campo.

—Deja que lo adivine —dije con una mueca—. ¿Ninguna de ellas lleva abrigo aunque haga un frío que pela, van todas pintarrajeadas aunque solo sea para ir a un campo de rugby y después te acorralan en el *pub* con camisetas de rugby extragrandes a manera de minivestido e intentan impresionarte con sus conocimientos sobre el juego?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Frank, perplejo.

Puse cara de impaciencia.

—¿Qué te ha pasado, Frank? Creía que nos unía el odio hacia personas así.

—Eh, que ya sé que son tontas, Poppy. En el fondo no me gustan.

—¿Ah, no?

—No, pero entiéndeme. Me levantan la moral, aunque el cociente intelectual de

todas juntas sea de menos doscientos ocho.

—Eso está mejor.

Apuré su cerveza y tiró el vaso de plástico al suelo antes de tomarme de las manos.

—Venga, bailemos.

Yo no solía bailar en público, pero con Frank no me daba vergüenza. Me hacía girar y me colocaba cabeza abajo. Incluso Lizzie empezó a verlo con mejores ojos. En cierto momento, él la agarró y se puso a darle vueltas como un padre que intentara marear a su hija en el parque. Pese a los gritos de mi amiga, saltaba a la vista que le encantaba. Luego, Frank comenzó a practicar bailes de salón conmigo al fondo de la sala.

—¿Sabes qué? No quiero oír «ya te lo dije», pero creo que en realidad esta música me gusta —comentó, haciéndome girar bajo su brazo.

—Ya te lo dije.

—Cállate. Tal vez solo sea por la cerveza.

Me inclinó hacia el suelo y yo eché la cabeza hacia atrás, riéndome.

—La gente va a tomarnos por locos —protesté—. Debemos de parecer un par de pirados.

—De eso nada. —Negó con un gesto—. Solo se nota que lo pasamos bien.

Tenía razón. No pude evitar reparar en las miradas de envidia que me lanzaban varias chicas. Frank. Su buena planta y su encanto descarado le permitían realizar las actividades más vergonzosas, incluso la de bailar a la antigua, sin quedar en ridículo. Ejecutó otra vuelta y me inclinó de nuevo. Al volverme hacia atrás, vi el escenario al revés. Y vislumbré la cara de Noah. Cruzamos la mirada al instante, y él se equivocó con una nota en la guitarra. Parecía furioso. Frank me enderezó y yo estiré el cuello para contemplar una vez más a Noah. Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y yo percibí el odio que ardía en los suyos. Aunque continuó tocando, me dedicó una expresión de indignación absoluta antes de devolver la atención a sus *groupies*.

Dejé de divertirme en el acto.

—No quiero bailar más. Me siento como una tonta —le dije a Frank.

Él se encogió de hombros.

—Por mí, bien. De todas formas, debería ir a buscar a mis colegas.

Abochornada, volví junto a Lizzie.

—Tu amigo Frank es bastante gracioso.

—Es buena gente.

—Me parece que le gustas.

Sacudí la cabeza.

—Qué va. Nuestra relación no es así.

Y escuchamos el resto de la actuación en silencio.

Amanda nos localizó justo cuando el grupo estaba a punto de terminar. Emocionada, se abrió camino entre la multitud, guiando a Johnno de la mano.

—Por fin os encontramos —chilló, con el cabello negro empapado en sudor—. Llevamos horas buscándoos.

Las dos la abrazamos y saludamos a Johnno con una inclinación de la cabeza.

—La culpa es de Poppy —me acusó Lizzie—. Ha hecho que lleguemos tarde.

—¿Otra vez?

—Eh, no siempre llego tarde.

Amanda se echó hacia atrás el pelo que le caía sobre la frente y se volvió hacia el grupo, que estaba cosechando aplausos.

—¿A que han estado increíbles? Apuesto a que llegarán lejos.

Lizzie y yo asentimos a la vez.

—Son muy buenos —convine.

—Ruth anda por aquí. Hemos charlado con ella antes de que empezara el concierto.

Nos volvimos y divisamos a Ruth, que seguía en el mismo sitio, delante de todo. Will se encontraba en un costado del escenario, sujetándola entre las piernas. Estaban besándose y magreándose a base de bien.

Lizzie arrugó la nariz.

—Puaj.

Yo hice un gesto afirmativo.

—Doble puaj.

Mientras el gentío continuaba aclamando al grupo, observé a Noah. Sonreía de nuevo, contemplando el público, satisfecho. Se me aceleró el pulso, pero respiré hondo y conseguí recuperar el control.

Luego, por un instante tan breve que podría haberme pasado inadvertido, vi que me miraba. Hizo una ligera mueca. Luego advertí que le tendía la mano a la rubia espectacular de la primera fila.

El tiempo se ralentizó cuando Noah la izó de entre la multitud. Ante las miradas de todos, ella le tomó de la mano y se encaramó con un movimiento elegante al escenario, junto a él. Se me cayó el alma a los pies cuando Noah la abrazó por la cintura, la atrajo hacia él con delicadeza y la besó.

Aunque me escocían los ojos, no aparté la vista. La muchedumbre, enardecida de nuevo por este gesto triunfal, prorrumpió en gritos de emoción y el beso se prolongó unos treinta segundos. Entonces Noah le cogió la mano y la levantó en alto con entusiasmo. Todos aullaron y aplaudieron.

Sentí náuseas.

—¿Quién es la chica que está con Noah? —preguntó Lizzie, con su mirada ávida de noticias fija en la nueva pareja.

—Se llama Portia —dijo Amanda—. Los del grupo nos la han presentado antes. Creo que lleva saliendo con Noah una semana, más o menos.

La gente empezaba a marcharse. Había un goteo constante de personas que chocaban con nosotros cada pocos segundos antes de salir al frío de la noche.

Noah y Portia, sentados en el escenario junto a Ruth y Will, comenzaron a besarse de nuevo. El ardor de mis ojos se intensificó, así que me concentré en el pegajoso suelo de madera.

—¿Es simpática? —quiso saber Lizzie.

—Fue compañera mía en primaria —respondió Johnno—. No es mala gente. Eso sí, su familia está forrada. Vive en Park Drive y estudia en la privada. Me parece que su padre inventó el colutorio Listerine o algo por el estilo.

¿Park Drive? Tal vez había estado curioseando frente a su casa hacía un rato. Me sentí fatal.

—¿Listerine? Caray. Yo lo uso —comentó Lizzie.

Mientras escuchaba a mis amigas discutir en qué se gastarían el dinero si fueran herederas de un imperio de enjuagues bucales, me centré en respirar y en contener el llanto. Cuando se pusieron de acuerdo en que la primera compra sería una piscina, la discoteca estaba casi vacía.

Haciendo un esfuerzo, alcé la vista otra vez y vi que Ruth y Will habían conseguido despegarse el uno del otro y se acercaban a nosotros.

—Habéis venido —observó ella, inclinando la cabeza en dirección a Lizzie y a mí—. Creíamos que habíais pasado de todo.

—Solo hemos llegado tarde —dijo Lizzie—. No os hemos encontrado antes de que empezara la actuación. —Se volvió hacia Will—. Por cierto, ha sido genial.

Will sonreía como si hubiera ganado la lotería. Tenía a Ruth abrazada por el talle, orgulloso, como si ella fuera el premio principal de una rifa.

—Gracias —dijo—. Bueno, yo tenía a Ruth, que me daba ánimos.

Al recordar los bailoteos de *stripper* de Ruth, me puse de mejor humor. Procuré no sonreír. Era evidente que Lizzie estaba pensando en lo mismo.

—Ya lo creo.

—En fin, ¿qué planes tenéis? —preguntó Ruth—. Creo que los del grupo quieren ir a un bar. ¿Os apuntáis? —Dirigió la vista hacia Noah y Portia, que SEGUÍAN besándose—. Bueno, si conseguimos separar a esos dos.

Ryan se acercó dando saltos para unirse a la conversación.

—¿Qué tal? —dijo—. ¿Qué os ha parecido?

Tragué saliva para intentar deshacer el enorme nudo que tenía en la garganta y actuar con normalidad.

—Habéis estado bien —dije—. Muy bien.

Se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad?

Asentí.

—Vaya. Gracias.

—¿Adónde iréis ahora? —inquirí, suponiendo que solo sería capaz de sobrellevar los diez minutos siguientes si me distraía de la nueva conquista de Noah. Ryan pareció alegrarse aún más al oír mi pregunta. «Oh, no. Se creerá que me importa...»

—A celebrarlo con unas birras. ¿Os venís con nosotros?

Sacudí la cabeza.

—Quiero irme a casa —mentí.

Puso la cara larga.

—Qué lástima. Muchos de nosotros vamos a ir cuando acabemos de guardar los instrumentos.

—¿Quiénes? —preguntó Lizzie.

—Pues... solo los del grupo. Creo que Noah traerá a esa tal Portia con la que sale. Entonces quedaba del todo descartado que yo fuera también, ¿no?

Lizzie me miró.

—Suena divertido. ¿Te apuntas?

Fingí bostezar.

—Lo siento, estoy hecha polvo. Pero Ruth irá, ¿verdad?

Lizzie quería quedarse con los demás, pero Amanda y Johnno preferían irse a casa, así que decidí acompañarlos. Cualquier excusa era buena para salir de allí. Nos despedimos y echamos a andar hacia la salida. Por alguna razón estúpida, volví la mirada hacia el escenario y vi que Noah y Portia habían dejado de besarse. Ella estaba inclinada hacia él, susurrándole al oído, sin duda algo sugerente. Pero él tenía la vista al frente, clavada en mí. Captó mi mirada y advertí que esbozaba una sonrisita de irritante autosatisfacción. Aquello fue demasiado para mí. Las lágrimas que había estado conteniendo empezaron a rodar por mis mejillas. Lloré en silencio durante el camino a casa sin que Amanda y Johnno lo notaran, pues por fortuna la oscuridad ocultaba la humillación que me embargaba.

Al día siguiente me sentí de otro modo.

Tal vez era gracias al poder sanador del sueño inducido por el llanto. Tal vez la parte lógica de mi cerebro empezaba a prevalecer. O tal vez me había hartado y solo quería volver a ser la Poppy de siempre. Comoquiera que fuese, al despertar solo tenía un pensamiento en la cabeza.

Supéralo.

Había llorado demasiado por Noah. De pronto lo vi claro. Había derramado lágrimas y sufrido horas de ansiedad, ¿y todo por qué? Por un chico. Yo no era así. Recordé aquel día en el descampado en el que me había prometido a mí misma que no me enamoraría de él, y estaba molesta por mi poca fuerza de voluntad. No lo había expulsado de mi vida. Y ahora, tal como había previsto, me sentía fatal. En el fondo me lo merecía.

Cuando me vino a la mente la imagen de él besándose con Portia, mi organismo reaccionó negativamente al recuerdo. Noté una opresión en el pecho y se me humedecieron los ojos. Pero respiré hondo, exhalé y dejé que la emoción remitiera.

—Nunca más dejaré que ese chico me haga sentir como una mierda —aseguré en voz alta. Y lo creí. Por fin, después de varias semanas, veía las cosas con cierta perspectiva y estaba llena de determinación. Sabía que si volvía a verlo mi cuerpo no experimentaría los mismos efectos que antes. Solo me había costado meses de tormento y llorera constante. Casi nada. Pero al final había llegado a esa decisión.

Sintiéndome mejor que en mucho tiempo, bajé la escalera a saltos para desayunar con mis padres. Mamá estaba removiendo algo en los fogones, y mi padre ya estaba sumido en la lectura del periódico dominical.

—Humm, algo huele bien aquí —dije para anunciar mi llegada.

—Los huevos estarán listos dentro de cinco minutos —contestó mi madre.

—Qué bueno. Gracias.

Saqué el zumo de naranja caro que solo nos permitimos beber en fin de semana y me serví un vaso generoso antes de sentarme junto a mi padre.

—Bueno, ¿qué hay de nuevo en el mundo? —pregunté y tomé un buen trago.

—Ya sabes. Lo de siempre. Desgracias sin cuento. —Su respuesta habitual.

—¿Guerras y bombas?

—No, hoy no. Más políticos que lo estropean todo.

—Lo normal, vamos.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Pasó una página del periódico.

Reflexioné sobre ello.

—Quizá salga a dar un paseo. Hace bastante buen tiempo. Luego tengo que escribir un trabajo para la clase de psicología —expliqué con una mueca.

—¿Estás aprendiendo algo atrayente?

—No mucho. La psicología parece mucho más interesante de lo que es en

realidad.

Papá me contempló por encima del diario.

—Me temo que es lo que suele ocurrir con casi todo en la vida.

Mamá se acercó haciendo equilibrios con unos platos cargados de huevos revueltos amarillos y apetitosos.

—Ya está bien —dijo, poniéndole un plato delante a mi padre—. Es demasiado temprano para ser tan pesimistas.

—¡Pero si es verdad! —repuse, dándole un mordisco a una tostada.

—No es excusa. Se supone que deberíais aprender de nuestros errores.

—Las cosas no funcionan así. Reproducimos vuestros errores e intentamos asegurarnos de que nuestros hijos no caigan en lo mismo, pero acaban como nosotros.

Mamá se volvió hacia papá, boquiabierta.

—Es culpa tuya que sea tan cínica —espetó—. ¿De quién lo ha sacado sino?

Tomó un bocado de huevo y se abismó de nuevo en el periódico.

Fue un desayuno agradable, no solo por la comida, sino por el ambiente. Me sentía bien después de mi iluminación sobre Noah, y al parecer mi madre intuía que yo había superado la «fase» que estaba atravesando, fuera cual fuese. Ni siquiera mencionó al doctor Ashley y, por una vez, las cosas marchaban como debían. Después de ayudar a recoger la mesa, corrí escaleras arriba para vestirme a toda prisa. Luego alcé la voz para avisar a mis padres que iba a salir.

El otoño se respiraba en el aire. Sentada en mi banco favorito, en lo alto del descampado, la brisa fresca me provocaba escalofríos. Volvía a tener el sitio entero para mí sola. Me tumbé boca arriba, cerré los ojos y dejé que la serenidad se apoderara de mí. El sol calentaba justo lo suficiente, y escuché el canto de los pájaros con los párpados cerrados. Mi cuerpo se sumió en un estado de letargo. No estoy segura de cuánto tiempo llevaba ahí acostada cuando sentí frío en la cara. De pronto había quedado en sombra. Abrí los ojos para ver quién estaba tapándome el sol. Por poco me caigo del banco por la sorpresa.

Era Noah.

—¿Poppy?

Me incorporé precipitadamente, intentando imaginar qué demonios hacía él allí. Me contempló, divertido, sin rastro de la mala uva de la noche anterior en su rostro.

—¿Cómo es que cuando me encuentro contigo nunca estás en posición vertical?

Analicé las reacciones de mi organismo a su presencia mientras me sentaba como una persona común. El corazón me latía ligeramente más deprisa, pero eso era porque me había sobresaltado. Por lo demás, examiné mi pecho... No, todo parecía normal. Buena señal. Era evidente que mi iluminación había dado resultado.

—¿Qué narices haces aquí? —No había olvidado su sonrisita malévola del día anterior, así que no estaba preparada para estar simpática con él.

—Iba a hacerte exactamente la misma pregunta. —Señaló el hueco que había a mi lado—. ¿Te importa si me siento?

Sacudí la cabeza y él se sentó, aunque no demasiado cerca. De hecho, si se hubiera sentado más lejos habría caído de culo sobre el suelo embarrado.

—Siempre vengo aquí —respondí, todavía descolocada por su repentina aparición—. Es mi sitio preferido en el mundo.

Me volví hacia él, conteniendo el aliento para asegurarme de que mi cuerpo se comportara. Él clavó los ojos en mí.

—Qué curioso —comentó—. Yo vengo muy a menudo también.

Los dos meditamos en silencio sobre la casualidad.

—¿Dónde vives? —pregunté.

—En Green Acre Drive.

—Eso está a la vuelta de la esquina, ¿no?

—¿Y tú?

—En Ash Road. —Pensé en ello—. Supongo que el descampado es uno de esos lugares que solo conocemos los que vivimos cerca.

Noah asintió. Me atreví a lanzarle otra mirada fugaz, confiando en mi renovada fuerza. Seguía siendo guapísimo, aunque por su atuendo saltaba a la vista que no esperaba topar con nadie conocido. Llevaba unos vaqueros demasiado anchos con un agujero en la rodilla, un jersey lanudo gris y el pelo despeinado y de punta. Cualquiera otro habría estado impresentable con un aspecto tan desaliñado, pero a él no le sentaba del todo mal. De pronto caí en la cuenta de que yo tampoco esperaba encontrarme con alguien, y me entró el pánico. No me había aplicado ni un toque de maquillaje, no me había lavado el cabello y llevaba una sudadera gigantesca con el logotipo de un grupo que idolatraba cuando tenía trece años pero del que ahora me avergonzaba. Intenté atusarme el pelo con los dedos, y los dos nos quedamos callados. Ya habíamos hablado bastante. Era una situación incómoda. Terriblemente incómoda.

Al final, Noah rompió el silencio.

—No puedo creer que estés aquí —dijo, mirándome—. Esto es muy raro.

Me pareció increíble que me dirigiera la palabra después de lo que le había dicho la última vez. Supongo que ahora que estaba con Portia se le había pasado el enfado. Pensar esto me provocó unas ligeras náuseas. Las palabras brotaron de mi boca antes de que supiera que iba a pronunciarlas:

—Noah, lo siento mucho.

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué?

El torrente de palabras continuó fluyendo.

—Me porté como una hija de puta. Normalmente no soy así. Nunca. Vale, a veces sí. El caso es que no dejo de pensar en lo que pasó y me siento fatal por ello. No te he pedido disculpas, pero siento lo ocurrido, así que... pues eso: lo siento.

Aguanté la respiración mientras aguardaba su respuesta.

Tendió la vista hacia el paisaje y me sentí como una idiota, además de ser muy consciente de lo grasiento que tenía el pelo.

—Esto es realmente muy raro —declaró, concentrado en la vista.

—¿Por qué?

Cuando se volvió de nuevo hacia mí, la fuerza de sus ojos oscuros me impactó de lleno. Me observó con detenimiento y me eché el cabello sobre la cara para intentar tapármela. Le sostuve la mirada. El pulso se me aceleró un poco, pero no tuve el menor amago de desmayo.

—Es raro porque vengo aquí cada vez que necesito pensar. Y durante las últimas semanas no hago más que pensar en ti. —Tragué en seco, sin acabar de creer que mi inocente paseo había reintroducido a aquel chico en mi vida. Con tanta fuerza. Tan deprisa—. De hecho, he venido a despejar mi mente después de lo de anoche. Casi estaba consiguiendo dejar de pensar en ti, hasta que te vi ayer. Y ahora, topar contigo aquí me resulta muy extraño. —Seguí sin decir nada—. Por cierto, ¿por qué estabas tumbada en el banco? —preguntó—. No es una cama, ¿sabes?

Sonreí.

—Estaba cómoda.

—Ya lo veo.

—No esperaba encontrarme con nadie. Por eso estoy hecha un espantajo, por cierto.

Se quedó mirándome otra vez y luego, muy despacio, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No estás hecha un espantajo.

Me sonrojé.

Incapaz de soportar la vergüenza, dirigí la vista hacia el paisaje, intentando poner en orden mis pensamientos. Se impuso otro silencio. La situación seguía siendo incómoda.

—Así que el tío ese con el que bailabas anoche... —dijo con un deje de rabia— ... ¿es tu novio?

Estallé en carcajadas.

—¿Qué pasa?

Por un momento, la risa me impidió responder.

—¿Hablas en serio?

Noah parecía desconcertado.

—Pues... sí. ¿Por qué? ¿Qué te hace tanta gracia?

—No era mi novio. —Sacudí la cabeza, intentando recuperar la compostura—. Era Frank. Te aseguro que si lo conocieras sabrías de inmediato que no es mi novio.

La expresión de Noah seguía siendo de confusión.

—¿Por qué?

Eché la cabeza hacia atrás.

—¡Dios santo! Frank no es para nada mi tipo. Solo lo conozco de la clase de literatura, y nuestra relación se basa exclusivamente en torturarnos el uno al otro.

Esto no pareció convencerlo.

—Anoche no me dio la impresión de que os torturaseis —comentó con los dientes ligeramente apretados.

Recordé el bailoteo y que Noah nos había visto. Supongo que a alguien que no supiera que estábamos haciendo el payaso le habría parecido sospechoso. Me encogí de hombros.

—Solo bailábamos. En realidad, él odia ese estilo de música. Y deberías tomártelo como un cumplido... —Entonces me acordé de Portia y me indigné—. De todos modos, ¿a ti qué más te da con quién bailo? Si tú estabas demasiado ocupado comiéndole los morros a esa zorra pija para fijarte. Por cierto, las demostraciones públicas de afecto no molan. —La ira en el semblante de Noah había cedido el paso a su sonrisa traviesa e irresistible. Yo, sin embargo, seguía enfadada—. ¿Qué me miras?

—¿Estás celosa, Poppy?

Me había calado.

—Cállate. No estoy celosa. Lo que pasa es que no me gusta que la gente se dé el filete en público. Es asqueroso. —Lo fulminé con la mirada—. Tú eres asqueroso.

En vez de disgustarse, se me acercó en el banco, y vi cómo menguaba el espacio vacío entre nosotros.

—Creo que estás celosa.

—Y yo creo que tú eres un hombre puta.

Esta vez fue él quien soltó una risotada.

—¿Qué diablos es un hombre puta?

—Es lo que se comenta sobre ti —expliqué, no muy segura de por qué estaba contándole esto—. Dicen que eres más aficionado a las mujeres que un incontinente al papel higiénico. —¿Por qué tenía que sacar a colación la incontinencia? Supongo que me había dejado llevar. Noah no parecía en absoluto enfadado por el rapapolvo que le estaba echando. De hecho, aún sonreía de un modo que me sacaba de mis casillas—. ¿Portia es tu última conquista, entonces?

Esperé su respuesta conteniendo el aliento.

Noah se inclinó hacia mí hasta que nuestras caras casi se tocaban. Estuve a punto de derretirme.

—¿Te molestaría que lo fuera? —susurró.

Claro que me molestaría, no te jode.

No me aparté de él, pero bajé la vista.

—Me da igual lo que hagas —mentí—. Es asunto tuyo.

Noah se reclinó en el banco, contemplando el paisaje de nuevo.

—Entonces, ¿no te afectaría que te dijera que solo la utilizaba para ponerte celosa? —preguntó despreocupadamente.

Yo respondí con la misma despreocupación.

—Qué va —volví a mentir—. Aunque cualquier feminista te cantaría las cuarenta por ser tan capullo. Pobre chica. —Otra mentira.

Noah puso cara de exasperación.

—Huy, sí, pobre chica. Ella me está utilizando también. Mi forma de ser le importa un comino. Solo le gusta que la gente la vea del brazo de un dios del rock.

—Noah, detesto ser quien te lo diga, pero no eres un dios del rock. No eres más que el guitarrista del grupo con el peor nombre que he oído en la vida.

Al oír esto, me agarró de la mano y la sujetó con fuerza. Bajé la mirada a nuestros dedos entrelazados y me recorrió una oleada de energía brutal. Casi me dolió, pero fue increíble. Miré sus ojos oscuros y me quedé embelesada.

—Poppy —musitó sin soltarme la mano—. Aquí está pasando algo y te agradecería mucho que dejaras de fingir que no es así.

Se me entrecortó la respiración.

—No digo que tengas que casarte conmigo —prosiguió—, ni siquiera que salgamos juntos. Pero ¿podríamos al menos ir a tomar un puto café para intentar entender qué diantres está pasando?

Me quedé callada por un instante y suspiré.

—De acuerdo. —Me dedicó otra sonrisa radiante, y empezaron a nadarme delfines en el estómago—. Creo que no podría evitar decir que sí aunque lo intentara.

Se levantó y me tendió la mano. La cogí y sentí otra descarga de energía entre nosotros.

—Menos mal —dijo.

Echamos a andar por el sendero cubierto de ortigas, tomados de la mano.

Insistí en que pasáramos por mi casa para adecentarme un poco.

—Pero si estás bien así —se quejó Noah.

—Es la forma amable de decir que estoy hecha un desastre —repliqué, preguntándome si le molestaría aguardar mientras me lavaba el pelo.

—Mira que sois raras las chicas.

—Es lo que nos hace misteriosas.

—Por decirlo suavemente.

Cuando llegamos a mi casa, vacilé y le solté la mano.

—Esto... ¿te importaría esperar aquí fuera? —pregunté, con los ojos fijos en el suelo.

Noah examinó mi pequeña casa no adosada y sonrió.

—¿Así que aquí es donde vives?

—No te dedicarás a acosarme, ¿verdad?

—Te encantaría que lo hiciera.

—Dudo de que a nadie le guste que lo acosen. No es algo que figure en la lista de cosas estupendas que pueden ocurrirte.

Otra sonrisa que me provocó un vuelco en el estómago.

—Ya, bueno, eso es porque no han sido acosadas por mí. Soy estupendo. Muy educado. ¿Por qué no quieres que entre?

Intenté encontrar las palabras adecuadas.

—Es que... si entraras conocerías a mi madre..., y no es una buena idea.

Arqueó una ceja en un gesto inquisitivo.

—Se preocupa por mí, ¿sabes? Y, bueno, si te ve, tendré que explicarle quién eres, y no estoy segura de que pueda, así que será más fácil que te quedes fuera.

Él asintió.

—Está bien.

—Tardaré cinco minutos.

En el fondo tenía claro que serían más bien diez minutos, pero entré a toda prisa. Me sentía levemente culpable por dejarlo en la calle, pero si mamá lo veía se pondría INSOPORTABLE. Como si supiera que estaba pensando en ella, apareció en las escaleras cuando yo estaba a punto de subirlas corriendo.

—Hola, cielo —saludó, cargada con un montón de ropa sucia—. ¿Ha sido agradable tu paseo?

Pasé apretujándome contra ella para acortar al máximo el interrogatorio.

—Sí, gracias.

—¿Adónde vas?

—A la ciudad.

—¿A qué parte de la ciudad?

—A tomar un café.

—¿Con quién?

El MI5 debería haberla contratado como interrogadora. Cerré los ojos y mentí de nuevo.

—He quedado con Lizzie para repasar los trabajos de clase.

Pareció satisfecha con la explicación. Dejé a un lado el sentimiento de culpa. Tenía asuntos más urgentes de los que ocuparme. Como el hecho de que Noah estuviera delante de casa. De MI casa. E íbamos a tomar un café. Juntos. Menos de seis horas después de prometerme a mí misma que no lo admitiría en mi vida. Pero las promesas están para romperlas, ¿no? ¿O eran las reglas? Fuera como fuese, estaba contenta. Hecha unas pascuas. Más contenta de lo que había estado jamás. Además, pese a que reconocía para mis adentros lo terrible que era atribuir esa alegría a un chico, estaba harta de luchar contra lo que sentía por él. Bueno, ¿dónde había dejado el rímel?

Los cinco minutos se transformaron en un cuarto de hora mientras me ponía a punto la cara, el cabello y la ropa hasta parecer una persona digna de ir con un hombre tan atractivo.

Cuando salí de nuevo a la calle, me encontré a Noah apoyado en un árbol.

Me miró de arriba abajo y tuve que obligar a mi corazón a comportarse. Noah soltó un silbido.

—Vaya, estaba a punto de protestar por haberme quedado solo tanto rato, pero estás tan bonita que no me queda otro remedio que perdonarte.

Noté que me ruborizaba.

—Lo siento. Mi madre me ha pillado por banda. Estaba muy interesada en saber adónde iba.

Nos encaminamos hacia el centro.

—¿Y qué le has dicho?

Me planteé la posibilidad de mentir otra vez, pero decidí no hacerlo. Quería que él volviera a tomarme de la mano, y esta necesidad me hizo sentir un poco patética.

—Le he dicho que iba a ver a Lizzie.

—Poppy, no me gusta nada ser quien te diga esto, pero no soy Lizzie. Me llamo Noah, ¿recuerdas? El chico que toca en ese grupo tan cojonudo.

Seguíamos caminando sin agarrarnos de la mano. Arrugué la nariz.

—Lo de la autoestima baja no se te da muy bien, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Menos mal, teniendo en cuenta que te avergüenzas tanto de mí que mientes a tus padres.

Respiré hondo y me volví hacia él, esperando no tropezar en la acera.

—Oye —dije—. No te conozco, ni tú a mí. Pero, como ya sabes porque Ruth se fue de la lengua, hay... ciertos rollos en mi vida. Todo es muy aburrido y tópico, pero mi madre forma parte de ello, y si te juntas conmigo durante el tiempo suficiente,

quizá te lo cuente, pero ahora mismo no tengo ganas, ¿vale?

Una sensación de calor repentina me subió por el brazo. Noah me había tomado de la mano. Fijó la vista en mí.

—Tengo la intención de juntarme contigo durante el tiempo suficiente.

Entonces me dirigió una sonrisa tan encantadora que me extraña no haberme caído redonda en medio de la calle.

El centro de Middletown no era un sitio atractivo. Vale: yo no lo llamaría feo. Era demasiado pretencioso para eso. Pero carecía de carácter. La zona peatonal estaba atestada de tiendas insulsas que pertenecían a grandes cadenas; de categoría, eso sí. Yo no iba a menudo al centro. Cuando necesitaba ropa, prefería coger un tren a Londres para recorrer las tiendas *vintage*.

Sin embargo, a pesar de la falta de alternativas, me sorprendió que Noah me condujera a un Caffè Nero.

Me detuve ante la puerta, vacilante.

—¿Qué te pasa?

—¿Quieres llevarme a un Caffè Nero?

—Sí —dijo, desconcertado—. ¿Y?

No pude resistir la tentación de tomarle el pelo.

—¿No es un poco «comercial» para un roquero antisistema como tú?

Dejó caer mi mano y rebuscó en su bolsillo.

—Pero tengo una tarjeta de cliente —protestó—. He reunido sellos suficientes para invitarte al primer café.

Aquello era de lo más divertido.

—¿O sea que no solo eres un vendido, sino también un tacaño?

Aunque parecía un poco cabreado, sonrió.

—¿Alguna vez eres amable con alguien? —Me abrió la puerta para que entrara.

—Solo con quienes lo merecen.

—No puedo creer que no te guste el café. Siento como si estuviera pasando el día con mi sobrina de cinco años.

Habíamos encontrado un sofá mullido en el que apalancarnos, y Noah estaba vengándose de mí por haberme metido con él antes.

Tomé un buen trago de mi batido de plátano sin avergonzarme en absoluto.

—Pero qué dices —repuse—. Esta es una bebida muy sofisticada para adultos.

—Pedir bebidas sofisticadas para adultos no resulta tan humillante. ¿Te has fijado en la cara del dependiente cuando he pedido el batido de plátano? —Noah sacudió la cabeza.

Me negué a ofenderme.

—En el fondo a nadie le gusta el café. La gente solo finge que le gusta porque beber café les hace sentir como adultos de verdad.

—¿De veras, Einstein?

El local estaba abarrotado. Habíamos tenido suerte de encontrar un sofá libre. Nos rodeaban grupos y parejas dispersos que bebían a sorbos y cotilleaban, disfrutando del sábado.

Noah y yo estábamos casi tocándonos. Él se había arrellanado sobre el brazo del sofá, mientras que yo permanecía sentada rígida y con la espalda muy recta, demasiado nerviosa para relajarme. Me parecía extraño estar allí. Notaba la energía que se acumulaba entre nuestros cuerpos, pero de nuevo fui capaz de reprimir la reacción que él solía provocar en mí.

Asentí.

—Todos los que piden un café desean en el fondo un batido de plátano. La única diferencia es que yo tengo el valor de pedir lo que quiero en realidad. —Le tendí mi cañita—. Vamos, prueba.

Apartó mi vaso con la mano.

—No quiero probar tu batido de plátano.

Se lo acerqué otra vez.

—Anda, solo un traguito.

—No.

—Te da miedo.

—¿El batido de plátano?

—Sí. No te sientes lo bastante seguro de tu masculinidad para probarlo.

Se lo puse delante de las narices y él lo apartó de nuevo de un manotazo, derramando unas gotas sobre mí. Solté un chillido y me levanté del sofá para limpiarme, pero Noah me asió de la cintura y me atrajo hacia sí. Chillé de nuevo y mi cuerpo se acurrucó automáticamente contra su hombro mientras él apoyaba el rostro en el mío. Se me aceleró la respiración y empecé a acalorarme.

Nos quedamos así un rato, intentando ignorar los dos el inconfundible olor a plátano que desprendía mi camiseta.

—No eres exactamente como me había imaginado —dijo Noah de improviso.

Se me cayó el alma a los pies. El temor se adueñó de mí rápidamente. Me sentía tan a gusto a su lado que había bajado la guardia casi de inmediato.

—¿Eso es malo? —gemí.

Me estrechó contra sí, lo que me tranquilizó. Al menos un poco.

—No, es bueno —respondió—. No eres como las otras chicas con las que he estado..., es decir..., que conozco.

Alcé la vista hacia él, cosa que no fue fácil puesto que su cabeza estaba justo encima de la mía.

—¿Fingen que les gusta el café?

—Sí —rio—. Eso hacen.

Sacudí la cabeza, odiándolas al instante. ¿Qué quería decir con eso de que había «estado» con ellas? Bueno, ya sabía a qué se refería. Maldije mi virginidad para mis

adentro e hice un gran esfuerzo por pensar algo que añadir.

—Se engañan a sí mismas, y tú también.

—Poppy, me gusta el café. No me engaño a mí mismo.

—Apuesto a que no te gustó la primera vez que lo probaste.

Meditó sobre ello.

—No, supongo que no.

Me volví para mirarlo directamente.

—Entonces, ¿por qué seguiste bebiéndolo?

—No lo sé.

Le di un golpecito en el pecho.

—Fue porque te gustaba todo aquello que implicaba ser un bebedor de café. La «imagen» que eso te da. Te obligaste a aficionarte a él porque querías parecer un adulto como Dios manda, cuando lo que querías en realidad era un batido de plátano.

—Le tendí el vaso de nuevo—. Y ahora, bebe.

Con una expresión divertida, inclinó la cabeza hacia delante y sorbió durante un buen rato.

Tragó.

—¿Y bien?

—Sí, está bueno.

Lancé un puñetazo al aire, triunfal.

—Te lo dije.

Agarró mi brazo levantado y me atrajo otra vez hacia sí. Me acomodé contra su esbelto cuerpo, orgullosa de mí misma por haber ganado la discusión.

—Estás un pelín loca, ¿verdad? —me susurró al oído, poniéndome la carne de gallina en cada centímetro de mi cuerpo.

—Todas las chicas estamos un pelín locas. Lo que pasa es que algunas lo disimulan mejor que otras.

—Supongo que tienes razón. Me gusta que tú no intentes disimularlo.

Me reí.

—¡Sí que lo intento! Pero no se me da muy bien. Soy incapaz de mantener la boca cerrada.

—Me gustas mucho, Poppy Lawson.

Asimilé estas palabras, y una gran sonrisa se dibujó en mi cara.

—Sí, bueno... Tú me pareces aceptable —respondí. Luego solté otro chillido cuando él me hizo cosquillas en un costado en señal de protesta.

El tiempo transcurrió a velocidad vertiginosa mientras nos conocíamos mejor. Nos habíamos convertido en una de esas parejas increíblemente irritantes que se parten de risa el uno del otro. Cuando Noah regresó de la barra con dos vasos de batido de plátano, yo estallé en carcajadas, suscitando miradas de desaprobación entre

los clientes. Hablábamos de todo y de nada. Las horas se sucedían sin que ninguno de los dos tocara un tema serio. Teníamos grandes incógnitas pendientes, incógnitas que en teoría habíamos ido allí a aclarar. ¿Qué iba a hacer Noah respecto a Portia? ¿Qué era aquello tan extraño que había entre nosotros? ¿Acabaríamos juntos? En caso afirmativo, ¿qué implicaba eso? Me moría de ganas de interrogarlo sobre su pasado y los rumores que había oído. Estaba segura de que él tenía curiosidad por saber más acerca de mí: por qué lo había hecho esperar en la calle para que no conociera a mi madre; a qué se debían mis ataques de pánico.

Pero era mucho más fácil charlar sobre frivolidades. Hablamos de las películas, los grupos, los libros que más nos gustaban y cosas por el estilo, aunque no retuve gran cosa. Para ser sincera, mientras él hablaba, me costaba concentrarme. Asentía con aire convincente cuando en realidad estaba examinando sus hermosos pómulos, contemplando sus ojos negros o luchando contra el impulso de deslizar los dedos por su pelo. Sospecho que él sentía lo mismo, pues en algunos momentos, mientras yo le explicaba por qué le aseguraba a todo el mundo que mi grupo favorito eran los Beatles cuando lo cierto es que no tenía idea de cuál era mi grupo favorito y solo repetía lo que decían mis padres, él de pronto me sujetaba el rostro entre sus manos. Cuando dirigimos la vista hacia la ventana, fue una sorpresa para ambos comprobar que había anochecido. Bebí un último sorbo de mi bebida y tomé la mano tendida de Noah.

Echamos a andar hacia casa con paso tranquilo, intentando alargar el trayecto lo máximo posible. Mientras caminábamos junto a jardines idénticos y bien cuidados, me enteré de que Noah leía los periódicos de forma obsesiva.

—¿En serio? Pero si son deprimentes.

—No deberías cerrar los ojos a lo que ocurre en el mundo solo porque es deprimente.

—Ahora sí que hablas como toda una estrella del rock anticapitalista.

—Anda ya.

—Bueno, ¿y cuántos lees?

—Todos, incluida la prensa local.

Me quedé de piedra. Daba por sentado que él no estudiaba, y no había mencionado que tuviera un trabajo. Me imaginé que por eso tendría tiempo de sobra para leer todos los periódicos.

—¿No es una costumbre cara?

Se encogió de hombros.

—Pagan mis padres.

Silencio. Tampoco habíamos hablado de sus padres. Me pregunté si los chismes que contaba Lizzie eran ciertos. ¿De verdad vivía solo, con diecisiete años? Supuse que ya habría ocasión de averiguarlo.

—Bueno, ¿y qué ocurre en el mundo, entonces? —pregunté.

—Muchas cosas. De hecho, han ocurrido unas cuantas en Middletown

últimamente.

Me paré en seco.

—Sí, claro —comenté con sarcasmo.

Él asintió.

—Lo digo en serio. ¿Tus padres no reciben el periódico local? La semana pasada traía una noticia sobre la asociación meteorológica de la ciudad. Dicen que ha habido unas fluctuaciones de temperatura extrañas. ¿No te has fijado en que hemos tenido días calurosos sueltos fuera de temporada?

—Seguro que es por el calentamiento global, ¿no?

—Pues no. Los patrones meteorológicos están como locos.

Esto no me convenció. De todos modos, ¿qué clase de persona pertenecía a una asociación meteorológica? ¡Qué aburrido!

—¿Qué más ha pasado?

—Ha habido unos apagones muy raros. Totalmente inexplicables. En el *Gazette* había un artículo sobre personas a las que de pronto les han explotado aparatos en casa. ¿Y te acuerdas de nuestra primera actuación en la noche de música en vivo?

Me sonrojé al recordar aquella noche. La noche en que lo conocí.

—Sí, ¿qué hay con ella?

—El amplificador estalló sin ningún motivo, ¿no?

—Humm. Sí, supongo.

Seguimos caminando.

—¿Así que no sabías nada de esto? —preguntó Noah.

—No. —Sacudí la cabeza.

—¿O sea que no lees los diarios?

—Por el momento, no. Tengo que leer demasiadas chorradas para mis exámenes —gruñí al pensar en el trabajo para la clase de psicología que había dejado a medias.

—¿Qué chorradas?

—Bueno, acabamos de leer *Romeo y Julieta* en la clase de literatura. Puaj. ¡Menos mal que hemos terminado!

Noah hizo que nos detuviéramos de nuevo y se volvió hacia mí.

—¿No te gusta *Romeo y Julieta*?

—No. ¿Por qué se extraña todo el mundo de eso?

—Porque eres una chica. Se supone que a las chicas os encanta todo ese rollo del amor prohibido.

—Pues a mí no.

—¿O sea que no eres una fanática de *Crepúsculo*, obsesionada con Edward Cullen?

Hice una mueca.

—Ni de coña.

—¿No lloras con las novelas de Nicholas Sparks?

—Amanda me obligó a ver *El diario de Noa* un día, pero me dormí.

Sonrió.

—Simplemente no creo en esas cosas —añadí.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes. El amor verdadero, las almas gemelas y demás pamplinas.

Noah se quedó callado por un momento.

—Qué raro.

Supuse que lo era. Pero me pregunté cómo encajaba mi cinismo respecto al amor con mis sentimientos hacia él.

Fue como si me hubiera leído la mente.

—Entonces, ¿cómo explicas lo que sientes por mí? —preguntó, casi con nerviosismo.

—¿Qué te hace pensar que siento algo por ti?

—Sé que es así.

—Te lo tienes muy creído.

—Poppy, por favor. No volvamos a empezar.

Reflexioné sobre su pregunta y suspiré.

—De acuerdo. Es posible que me gustes un poquito.

—Gracias.

—Pero no creo que estemos hechos el uno para el otro ni nada parecido. Eso es una cursilada fomentada por las postales, las novelitas románticas baratas y la industria de la floricultura. No forma parte de la vida real.

Noah parecía a punto de caer enfermo.

—Es lo más triste que he oído jamás.

Arqueé una ceja.

—Oh, no. Shakespeare. No me digas que eres un romántico chapado a la antigua.

—Nunca lo había sido.

Habíamos llegado frente a mi casa y yo no quería que el día terminara. La luna, que se había elevado en el cielo, bañaba mi hogar en un brillo blanco que lo hacía parecer pequeño. Como la luz de la cocina seguía encendida, guie a Noah hacia el seto.

—Voy a conseguir que cambies de opinión —afirmó él, tomándome de la mano.

—¿Que cambie de opinión sobre qué?

—Sobre el amor.

Puse cara de exasperación.

—Lo digo en serio —insistió.

—¿Y cómo piensas conseguirlo exactamente? No me digas que aparecerás bajo mi ventana con una rosa entre los dientes, cantando *I Don't Wanna Miss A Thing...*, porque entonces llamaré a la policía... ¿Qué haces?

Noah acercó su rostro al mío y clavó una mirada intensa en mis ojos que me desarmó por completo. Mi corazón comenzó a golpearme con fuerza en el pecho. Se me cortó la respiración. Con la mano en mi barbilla, se aproximó aún más hasta que

sus labios estaban a solo unos centímetros de los míos. Noté su aliento en la cara, y estuvieron a punto de fallarme las rodillas. Cada átomo de mi cuerpo ansiaba que nuestras bocas se unieran. Aguardé. Percibía su aroma. Era un olor a manzanas, casi demasiado dulce. Sin darme cuenta, le había rodeado la cintura con los brazos, intentando estrecharlo contra mí lo máximo posible. Noah acercó aún más el rostro, de manera que solo unos milímetros separaban nuestros labios. Cerré los ojos y esperé ese primer y placentero contacto...

De pronto, advertí que apartaba la cara. Mis párpados se abrieron bruscamente. Él me miraba de nuevo con una sonrisa juguetona y la cabeza ladeada.

—Te haré cambiar de opinión, ya lo verás.

Acto seguido, dio media vuelta y se alejó hacia la oscuridad, dejándome sola y temblorosa.

Aquella noche me resultaba imposible no sonreír. Me refiero a una sonrisa de verdad, que nace de lo más hondo y penetra en todas las fibras de tu cuerpo. Me tapé con el edredón y me tumbé de espaldas, aunque sabía que tardaría en dormirme. Y me alegraba de ello. Así tendría más tiempo para pensar en Noah.

Luchaba por aferrarme a mis creencias. Ya sentía que había caído presa del amor, o del deseo; no sé qué palabra lo describía mejor. Era como si mi cinismo fuera la capa exterior de un caramelo de limón y yo llevara tanto tiempo chupando la parte ácida que por fin el dulce del interior había inundado mi boca. Me volví boca abajo y abracé la almohada debajo de mí. Estaba orgullosa de cómo me había conducido. Había sido yo misma, y eso le había gustado a Noah. También había conseguido controlar mi cuerpo rebelde durante todo el día, lo que había sido una especie de milagro. En esos momentos, la posibilidad de sufrir un ataque de pánico me parecía muy remota.

Finalmente me ganó el sueño, como de costumbre, cuando dejé de preocuparme de ello. Solo soñé con Noah: su rostro, su sonrisa, su tacto.

Cuando desperté, seguía sonriendo.

La realidad siempre acaba por imponerse, naturalmente, y mi madre tenía un talento especial para sacar a colación temas desagradables durante el desayuno.

Cuando yo estaba sentada delante de un bol de gachas humeantes, me arrancó de mi somnolencia inducida por las dopaminas.

—Tienes que hacer tu trabajo de psicología.

Me atraganté. ¡El trabajo! Mi buen humor se evaporó de inmediato.

—Creía que pensabas hacerlo ayer —añadió.

—Así es —asentí—, pero me lie con otra cosa. —Apuré mi zumo de naranja para desobstruirme la garganta.

—Nada es más importante que tu educación.

—Lo sé, lo sé.

—Y no olvides que mañana tienes hora con el doctor Ashley.

Esto erradicó por completo todo rastro de buen humor.

—¿Ah, sí?

—Sí, te pedí otra cita de urgencia. El viernes te oí llorar en tu habitación.

Me sentí fatal. Seguro que creía que era por algo que había hecho ella.

Con la precisión de un reloj, se sentó junto a mí y me tomó de la mano.

—No me había atrevido a preguntártelo, pero ¿va todo bien, Poppy? ¿He hecho algo malo? —De no haberme sentido tan desgarradoramente culpable, me habría fastidiado tener que vivir de nuevo esa situación.

—Mamá —dije entre dientes—. Estoy bien.

—A mí me parece obvio que no. ¿He hecho algo que no debía?

Decidí contarle la verdad. De acuerdo, esto le proporcionaría un motivo más para obsesionarse, pero sería mejor que dejar que continuara achacándose la culpa.

—Ya que insistes, te diré que he estado disgustada por causa de un chico.

Esto era algo que no se esperaba. Se retrepó en su silla con una expresión sorprendentemente alegre.

Disgustos por un chico. Eso era un problema normal para una joven de diecisiete años. No tenía nada que ver con su aptitud para criar a una hija. El alivio se reflejó en su rostro.

—¿Un chico?

Hice un gesto afirmativo y me estremecí.

—Creía que todos los chicos de Middletown eran repulsivos —comentó.

—Sí, bueno, todos menos uno. —Examiné mi vaso de zumo vacío como si fuera el objeto más interesante que hubiera visto nunca.

Mamá guardó silencio por unos instantes.

—¿Por qué te ha hecho llorar ese chico?

No cabía duda de que estaba contenta. Por fin podía ejercer de madre, encargarse de un problema normal para alguien con una hija adolescente, en vez de tener que levantarla del suelo porque se ha quedado inconsciente sin motivo mientras compraba compresas.

Intenté pensar una respuesta.

—Estaba dolida porque creía que no le gustaba. Pero ahora me parece que le gusto..., tal vez. —Me apresuré a aprovechar la oportunidad—. Así que puedes anular mi cita de mañana con el doctor Ashley, ahora que sabes que no estoy volviéndome más loca ni nada por el estilo.

Me miró con severidad.

—Buen intento, pero vas a ir, chico o no chico.

—¿Qué? ¡Pero si te he explicado qué es lo que me pasa!

—Aun así necesitas ir a la sesión. Además, no lo puedes anular en el último momento, te cobran de todos modos.

Se me cayó el alma a los pies. Así que de eso servía decir la verdad.

Mamá se inclinó hacia delante en su silla, emocionada.

—Bueno, háblame de ese chico.

—No.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque eres mi madre y me da corte.

—Ah, no estoy lo bastante en la onda, ¿verdad? ¿No soy lo bastante guay para hablar de chicos? —Acto seguido, para mi horror, comenzó a menear las manos en el aire imitando los gestos de un rapero.

—Mamá, me voy de la cocina.

—Oh, vamos. Solo estaba de broma.

—Adiós. —Llevé mi bol vacío al fregadero y me alejé a toda prisa.

—Pues tienes que terminar tu trabajo de psicología antes de ir a hacer arrumacos con ese chico —me gritó.

—Ya nadie usa la palabra «arrumacos», mamá.

—Me da igual. Primero el trabajo, luego los arrumacos.

—Que sí, que sí —gruñí.

Intentar realizar cualquier tipo de actividad académica resulta aparentemente imposible cuando una está pensando en un chico. Me quedé contemplando el libro de texto durante lo que pareció una eternidad, intentando obligar a mi cerebro a entender aquel galimatías. Sin embargo, mi cerebro solo estaba interesado en una cosa. Noah. En cierto momento incluso cerré los ojos e imaginé que Noah me leía el libro en voz alta, lo que, según comprobé horrorizada, me ayudó a concentrarme. Conseguí escribir poco más de una página antes de caer en la cuenta de que él no me había telefoneado aún. Consulté el reloj de mi móvil: eran las dos del mediodía. ¿Por qué no había llamado? ¿Había perdido ya el interés por mí? Sacudí la cabeza. No. Yo no era una de esas chicas. No iba a obsesionarme por el hecho de que un chico no me hubiera llamado. Apagué el teléfono y me sentí un poco mejor.

Al final, logré acabar el borrador. Al releerlo, me sorprendió descubrir que no era una basura absoluta. Genial. Podría llevarlo al instituto al día siguiente y dejar pasmado a la profe de psicología. Posé la vista en el móvil apagado. Estaba encima de la mesa, tentándome, incitándome a encenderlo y ver si tenía mensajes. Lo dejé apagado y bajé las escaleras con él.

—¿Queréis un té? —grité.

—Sí, gracias, cielo —dijo la voz de mi padre, procedente del salón.

—¿Y mamá? —pregunté sin dirigirme a nadie en particular.

—Se ha ido a la clase de Pilates.

Encendí la tetera, saqué dos tazas y puse una bolsita de té en cada una. Tamborileé sobre la encimera con los dedos mientras aguardaba a que el agua hirviera, echando un vistazo al teléfono cada pocos segundos. A pesar de todo, no lo encendí. Tras lo que se me antojó una vida entera, el agua rompió a hervir, llené ambas tazas y las llevé al salón. Papá se asomó por encima del periódico.

—Gracias, tesoro —dijo, cogiendo una de las tazas.

Me acomodé en el sofá y tomé un pequeño sorbo de mi bebida.

—¿Qué está ocurriendo en el mundo?

Él agitó el diario.

—En realidad, lo más importante está ocurriendo en Middletown.

—Ja, ja. Qué gracioso.

—Hablo en serio.

—No me lo digas: ¿un párroco de la localidad se ha fugado con un ama de casa

solitaria?

—Por favor, Poppy... No vivimos en una telecomedia costumbrista.

—Da la sensación de que sí.

—Ya que insistes en saberlo, se han producido más fenómenos meteorológicos extraños. De hecho, anoche hubo una tormenta eléctrica. Cayó un rayo en la casa de una pobre señora. Le dañó el tejado.

Me quedé desconcertada.

—Pasé casi toda la noche en vela porque no podía dormir. No hubo ninguna tormenta. La habría oído.

—Cayó sobre la parte alta de la ciudad.

—¿De veras? No he oído truenos.

Papá probó su té.

—Humm. Está bueno. El periódico dice que no hubo truenos ni lluvia. Eso es lo que resulta tan extraño. Solo un rayo suelto que impactó en la casa de la señora.

Esto no me convenció. Supuse que debía de tratarse de un fraude a una aseguradora. ¿Los daños causados por las tormentas no se consideraban actos de Dios o algo así?

—Ah.

—Según el *Gazette*, el tiempo ha estado muy raro últimamente.

—Sí, eso me dijo Noah.

Mi padre bajó el periódico.

—¿Quién es Noah?

Oh, no.

—Nadie. Solo un tío.

—¿Un tío?

—Venga, papá. Déjalo correr. Ya he soportado el interrogatorio de mamá.

—Me ha comentado algo de un tío. Estaba tan entusiasmada que por poco se desmaya. Pero no sabía que se llamara Noah.

Me removí en mi asiento, incómoda.

—No insistiré, reina —dijo—. No te preocupes. Lo único que me importa es que te trate bien.

—Ya, ya.

—En serio.

Me bebí lo que quedaba del té lo más deprisa posible y me quemé la boca. Cuando la taza estaba casi vacía, me levanté.

—Bueno, me voy arriba.

Papá no respondió. Estaba demasiado enfrascado en la lectura del diario.

Lo había dejado suficiente rato apagado. Me había demostrado a mí misma que no me obsesionaba tanto. Encendí mi móvil en cuanto salí del salón, y esperé con

impaciencia a que se activara.

—Venga, venga —murmuré.

Emitió un pitido. Me sentí un poco mareada.

Tenía un mensaje nuevo en el buzón de voz.

Marqué el número del buzón y me acerqué el teléfono a la oreja.

«Tiene un mensaje nuevo», me informó una voz electrónica.

Que sí, que ya lo sé.

—Para escuchar el mensaje, pulse uno..., para guardar el mensaje, pulse dos..., para borrar el mensaje...

Apreté con fuerza una de las teclas superiores del móvil y respiré hondo.

La voz emocionada de Lizzie vibró con un sonido metálico en mi oído.

—Ya te vale, Poppy. ¿Qué haces con el móvil apagado? De todas formas, no tengo mucho saldo, así que solo quería decirte que ME PEGUES UN TOQUE. Tengo un cotilleo muy jugoso. Y también necesito saber si has hecho el trabajo para la clase. Sí que lo has hecho, ¿a que sí, empollona? Siempre los entregas a tiempo. ¿Me dejarás leer lo que has escrito? Llámame o muere.

Pitido.

La voz electrónica empezó a hacerme más preguntas, pero colgué.

¿Por qué no me había telefoneado él? Marqué el número de Lizzie.

Respondió al segundo timbrazo.

—Hola, tú.

—Hola. ¿Qué hay?

—Este trabajo es de lo más aburriiiiido. ¿De qué me sirve saber estas cosas? ¿Me serán útiles para convertirme en el siguiente Hunter S. Thomson?

—¿El siguiente quién?

—Por Dios, lo tuyo no tiene remedio.

—¡Oye!

—Lo has terminado, ¿verdad?

Me preparé para su agresión verbal.

—Solo un borrador —reconocí.

—Lo sabía. Es que lo sabía.

—Lizzie, no es delito entregar los trabajos a tiempo.

—Sí que lo es.

—¿Quieres que te eche una mano?

Se quedó callada por un momento.

—Vale. Te perdono. ¿Puedo leer el tuyo mañana, después de la segunda clase?

—Claro.

—Te quiero un montón. Lo sabes, ¿verdad?

—Que sí, mujer. —Hice una pausa—. Bueno, ¿qué cotilleo querías contarme?

—Oooh, sí. No saliste por ahí después del concierto, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—No.

—Fue divertido. Me estaba empezando a gustar Jack, el batería, pero luego me dijo que lee prensa sensacionalista. Puaj. Ya no puede gustarme. El caso es que Noah y Portia también fueron. De hecho, menos mal que no estabas. La tal Portia es de esas personas que tú odias y juzgas de inmediato. No dejaba de fardar de su colección de bolsos de diseño y del piso que su papi le comprará en Londres cuando se gradúe. Menuda pava. Una idiota integral. Mira que hay que ser maleducado para jactarte sin parar sobre lo rico que eres, ¿no? —Esta descripción que Lizzie hizo de ella me tranquilizó—. En fin... ¿Te fijaste en que Noah y Portia no se quitaban las manos de encima durante el concierto?

Se me revolvió el estómago al recordarlo. Asentí en silencio.

Lizzie debió de decidir que el que calla otorga.

—Pues fue muy raro, porque en cuanto salimos de la discoteca, Noah se desinteresó de ella por completo. Le soltó la mano y apenas le dirigía la palabra. Yo me habría enfadado con él por ser tan desconsiderado si Portia no hubiera sido una tonta del culo. Pero resultó bastante gracioso. Era obvio que ella no estaba acostumbrada a que pasaran de ella, así que no se lo tomó nada bien. Se pegó a él como una auténtica lapa, intentando besarle en toda la boca cuando él estaba contándonos una anécdota, y él simplemente la apartaba como si fuera una polilla o algo parecido. Como eso no dio resultado, ella se puso a frotarle la rodilla y a meterle mano entre las piernas, y además sin cortarse un pelo. No te lo pierdas, Poppy: estábamos todos mirándola, pero por lo visto a ella eso le resbalaba. —Al imaginarlo, empezó a salirme humo de las orejas por los celos—. Pero Noah seguía sin querer saber nada. Le dio una palmada en la mano como a una niña traviesa, y ella se puso de color rojo fosforescente. ¿Sabes a qué color me refiero? Ya me entiendes. Se sonrojó como un tomate y luego, para disimular, fingió que todo aquel asunto sórdido no había ocurrido y soltó un rollo demencial sobre una agencia de modelos que la había querido contratar cuando ni siquiera llevaba maquillaje.

Dejé que Lizzie recuperara el aliento. Estaba tan entusiasmada que casi necesitaba sales aromáticas.

—Entonces, ¿ese era el cotilleo? —inquirí, aunque no estaba muy segura de querer conocer más detalles.

Oí que Lizzie inspiraba ruidosamente.

—No. Hay... más —jadeó.

—Pues continúa —suspiré.

—Ruth me ha llamado esta tarde y me lo ha contado. Por la mañana había acompañado a Will a un ensayo del grupo. Al parecer Portia se presentó vestida como para ir de marcha, aunque era domingo por la mañana. Eso ha dicho Ruth, aunque apuesto a que su atuendo era igual de inapropiado. Según Ruth, cuando Portia apareció, Noah flipó de verla allí y le dijo, delante de todos, que no recordaba haberla invitado. Luego, y aquí es cuando la cosa empieza a ponerse interesante, se llevó a

Portia a un rincón y se puso a hablar con ella en voz baja. Al parecer a la chica se le fue la olla y rompió a gritar. Cogió uno de los timbales de la batería de Jack y lo mandó a la otra punta de la habitación de una patada, haciéndole un agujero enorme. Llamó cabrón a Noah y se marchó corriendo y chillando.

Yo no daba crédito a mis oídos.

—Entonces Ruth salió detrás de Portia —prosiguió—. No porque estuviera preocupada por ella, sino para fingir que lo estaba y enterarse mejor del chisme. Fue una jugada astuta, de hecho. La he instruido bien. Portia le explicó que Noah la había dejado y le había dicho que lo sentía mucho pero que estaba ENAMORADO de otra persona.

Asimilé lentamente estas palabras y su significado.

—¿Te lo puedes creer? —me preguntó Lizzie.

—No.

—¿No es el mejor cotilleo de la historia? Me pregunto quién será la otra tía. Va a ser la persona más odiada por las chicas de todo Middletown.

Tragué en seco.

—Jugosa noticia, Lizzie. Lo has hecho muy bien.

—¿No tienes curiosidad por averiguar quién es la mujer misteriosa?

—No mucha. ¿Por qué te importa tanto, a todo esto? —espeté en un tono más áspero de lo que pretendía. No quería acabar atrapada en una especie de episodio patético de *Gente de barrio*.

—Me parece interesante, eso es todo. —Hizo una pausa—. ¿Crees que puede gustarme alguien aunque lea prensa sensacionalista?

—Bueno, también lee libros, ¿no? —dije, aliviada por el cambio de tema.

—Ah, sí. Tienes razón. Tal vez no esté tan mal, después de todo.

Charlamos durante unos minutos más. Después de colgar, me encaramé a la repisa de la ventana para digerir las novedades.

Bueno, ahora entendía por qué él no me había llamado. Pero ahora sabía cosas que me daban más miedo. No quería que una zorra pija me odiara. Y él había dicho que estaba «enamorado» de otra persona. ¿Significaba eso que estaba enamorado de mí? Qué absurdo. Apenas nos conocíamos.

Me quedé sentada, abismada en mis pensamientos, contemplando cómo la tarde daba paso al anochecer.

Al día siguiente amanecí de mal humor.

No había recibido llamadas, ni un mísero mensaje de texto. Me levanté de golpe, sin antes hacer mis ejercicios de respiración, y desahogué mi rabia con todo lo que me rodeaba. Me lavé los dientes con furia, me serví zumo de naranja tan agresivamente como una puede servirse zumo de naranja y cerré la puerta de mi habitación de una patada.

Me vestí de una forma que reflejaba mi ira. Pese a que volvía a hacer más calor de lo razonable, me puse la camiseta de Motorhead y la conjunté con una minifalda raída. Me embadurné con tanto delineador de ojos como permitían las normas del instituto y me peiné hacia atrás. Al observar mi reflejo, me sorprendió advertir que en realidad me favorecía bastante. Pero ir de negro no mitigaba mi enfado, y cuando salí de casa con paso furioso, aún rezumaba veneno anti Noah.

—Odio a los hombres —farfullé—. Mira que eres estúpida. ¿De verdad creías que tú eras distinta?

Pero mis reflexiones coléricas luego cedían el paso a pensamientos como «pero le dijo a Portia que estaba enamorado de otra. Enamorado. Podría estarse refiriendo a ti...».

Era como tener a un ángel y a un demonio sobre los hombros. Tan ensimismada estaba discutiendo con mis dos yos imaginarios que no vi a Noah salir de detrás de un árbol.

—Hola, Poppy.

Estaba tan guapo que casi merecía que lo encerraran. Llevaba una camiseta negra —oh, cielos, ya empezábamos a vestir a juego—, y gafas de sol puestas informalmente sobre aquella hermosa cabeza suya.

—Sabía que empezarías a acosarme si te decía dónde vivo. —Se suponía que era una broma, pero mi tono destilaba la ira que había acumulado en mi interior durante toda la mañana.

Noah no pareció sorprenderse.

—Siento no haberte llamado ayer.

Me quedé callada.

—Tenía que ocuparme de... un asunto.

Me encogí de hombros.

—Tranquilo. Ni siquiera me había dado cuenta. Yo también tenía cosas que hacer.

Me tomó de la mano y yo noté, irritada, que me derretía.

—De verdad, siento no haber llamado —repitió, intentando hacer que yo lo mirara a los ojos—. Al contrario de lo que crees, no soy uno de esos tipos que no llaman a las chicas y les toman el pelo.

¿Cómo es que ya me conocía tan bien?

Me encogí de hombros de nuevo. En realidad se trata de un recurso comunicativo

muy útil cuando el corazón te late mil veces por segundo.

Noah hizo un puchero y supe que ya no estaba enfadada con él. Al menos por el momento.

—¿Me perdonas? —preguntó con una voz infantil que encajaba con su expresión. Me estremecí.

—Solo si me prometes no volver a poner esa cara o a hablar así.

Noah se rio y me abrazó por la cintura. Echamos a andar.

—Bueno, ¿y qué haces aquí? —quise saber.

—¿Es un pecado querer acompañar a mi preciosa novia al instituto?

Vaya. Intenté mantenerme en pie mientras dentro de mí estallaba una especie de bomba atómica de la alegría.

«¿Soy preciosa? ¿Soy su novia?»

—¿Así que ahora soy tu novia? —inquirí, orgullosa de mi habilidad para aparentar indiferencia. Noah siguió caminando sin inmutarse.

—Sí. Lo siento, pero no tienes voz ni voto en este asunto.

—Pues no me parece demasiado justo.

—¿Quieres ser mi novia? —preguntó con aparente despreocupación. Menudo chulo estaba hecho.

—¿Y qué pasa con Portia? ¿No es ella tu novia?

Se puso rígido y yo empecé a disfrutar con la situación.

—¿Tenemos que hablar de eso?

—¿Por qué no? —dije con absoluta inocencia—. ¿Qué ha ocurrido?

—El asunto está solucionado. No le des más vueltas.

—¿Cómo está el timbal de Jack?

—¿Cómo diablos te has enterado de eso? —Rio Noah.

—Mi mejor amiga es la Sherlock Holmes de Middletown.

—Lizzie —dijo, sacudiendo la cabeza.

—¿Fue muy terrible? —Ahora avanzábamos por callejuelas, y el sonido del tráfico sonaba más lejano que antes.

—No fue divertido —respondió Noah, visiblemente afectado—. Me sentí como un capullo integral.

Se había comportado como tal. Continué andando, con su brazo todavía en torno a mi cintura, y alcé la vista hacia los árboles. Los huecos entre las ramas proyectaban charcos de luz sobre nosotros.

—Me gustaría animarte, pero lo que hiciste fue bastante propio de un capullo.

—Lo sé.

Se impuso un silencio ligeramente incómodo. Detestaba que las cosas entre nosotros solo pudieran ser maravillosas o tensas. Intuía que estábamos a punto de embarcarnos en algo irreversible, y no era capaz de determinar si se trataba de algo bueno o malo. Pero cuando miré a Noah, con partes de su cincelado rostro bañadas por la luz, el estómago me dio un vuelco y decidí que era algo bueno. Al menos por

lo pronto.

El momento de incomodidad pasó, y me resultó agradable tener su cuerpo tan cerca. El trayecto se me hizo muy corto, y pronto estábamos a solo cinco minutos del instituto y de mi clase de literatura. Noah apartó delicadamente su brazo de mí.

—Lo siento —dijo—. Ha sido un paseo un poco más lúgubre de lo que esperaba. Intenté sonreír.

—Lo que pasa —prosiguió— es que, en fin, me siento culpable por lo de Portia. No puedo creer que haya utilizado a alguien de esa manera. Estaba desesperado por que te dieras cuenta de lo que sentías.

Pensé en lo que me había contado Lizzie.

—Bueno, si te sirve de consuelo, no es que te hayas orinado en la madre Teresa o algo así. Por lo que oído, Portia no es la persona más simpática del mundo.

Noah asintió, pero luego sacudió la cabeza.

—Aun así, no estuvo bien.

—Pero ella rompió el timbal. Ahora estáis en paz, ¿no?

Soltó una risotada.

—Joder si rompió el timbal. Fue una locura.

También me reí al imaginarlo.

—¿Estás libre después de clase?

Se me cayó el alma al suelo. El doctor Ashley. Negué con la cabeza.

—No. Al menos, justo después de clase, no. Tengo que ir a un sitio.

—Suená siniestro.

—Es difícil de explicar —dije sin mirarlo.

Saqué mi teléfono móvil para consultar la hora. Iba a llegar tarde. Otra vez. Noah vio que ponía cara larga.

—¿Tienes que irte a clase?

—Por desgracia.

—Bueno, ¿qué haces después de ir a ese «sitio»?

—Nada, ¿por qué?

Noah me quitó una pelusilla de la camiseta y la tiró.

—Me preguntaba si querrías venir a mi casa para, ya sabes, pasar el rato.

Tragué saliva al acordarme de su reputación. ¿A qué se refería exactamente con «pasar el rato»? ¿Qué quería de mí? ¿Qué esperaba?

Asentí despacio, intentando respirar con normalidad.

Necesitaba que alguien me aconsejara.

Oh, no. Tendría que contárselo a Lizzie, pero se pondría insoportable.

—¿Eso es un sí? —Me observó con curiosidad.

Asentí de nuevo.

—De acuerdo. Bueno, ¿me paso por tu casa hacia las cinco para recogerte?

Me tomó la mano y le dio un apretón. Antes de que me diera cuenta, él había girado sobre los talones y se había marchado.

Me dirigí con paso inseguro a la clase de literatura, temblando al pensar en qué ocurriría esa tarde. Una parte de mí deseaba que volviera a ser sábado por la mañana. Había desterrado a Noah de mi mente y seguía adelante con mi vida poco interesante pero a fin de cuentas libre de estrés. Luego, en solo un fin de semana, había roto una pareja, me había echado novio y ahora me preguntaba si se suponía que debía acostarme ya con él.

Me abrí paso entre los pupitres dando traspiés y me senté sin responder siquiera al saludo de Frank. Apoyé la cabeza en los brazos y me concentré en normalizar la respiración. Pero no dejaba de jadear agitadamente.

—Poppy, ¿te encuentras bien? —preguntó Frank. No podía contestar. Me faltaba el aliento. «Otra vez no. Aquí no».

—Contrólate —me dije. Cerré los ojos con fuerza y me puse a razonar para tranquilizarme. «No tienes que acostarte con él. Acabáis de empezar a salir. Si te lo pide, solo tienes que decir “no”. Si te monta un pollo por ello, lo matas».

Dio bastante buen resultado. Noté que mi respiración se relajaba. Comencé a oír la exposición de la señorita Gretching al frente de la clase. Su voz sonaba cada vez más alta y clara.

«No tienes por qué acostarte con él todavía», repetí para mis adentros. Poco a poco, recobré las fuerzas suficientes para erguir la cabeza y alzar la vista hacia los ojos preocupados de Frank.

—¿Poppy?

—Hola, Frank. ¿Qué hay?

—¿Estás bien? Me ha parecido que estabas pasando por un momento especial.

Solté una carcajada que esperaba que fuera creíble.

—Lo siento. Anoche no dormí bien y tenía que mentalizarme para una apasionante hora de literatura.

Frank no parecía muy convencido, pero lo dejó estar.

—Mira que eres rara.

—Le dijo la sartén al cazo.

Con la aburrida disertación de la señorita Gretching como sonido de fondo, medité de nuevo sobre el problema. Necesitaba que alguien me orientara. Lizzie.

No me costó mucho encontrarla a la hora del almuerzo, encorvada sobre su condenada libreta.

Me dejé caer junto a ella, preparándome mentalmente para los chillidos que se avecinaban.

—¿Dónde están Ruth y Amanda?

Lizzie levantó la mirada de sus garabateos.

—Ruth va atrasada en su trabajo para la clase de viajes y turismo, y ha arrastrado a Amanda a la biblioteca para que le dé apoyo moral.

Eché un vistazo alrededor. El comedor no estaba tan abarrotado como de costumbre. El inminente plazo de entrega de los trabajos sin duda había desatado el

pánico, y la biblioteca se había convertido en el epicentro social del instituto. Hice una mueca.

—Pobre Amanda.

—Olvídate de la pobre Amanda. ¡Pobre de mí! Necesito tu trabajo de psicología AHORA.

Con un suspiro, metí la mano en mi mochila y se lo pasé. Lizzie lo agarró con una avidez que me recordó un poco a Gollum, de *El señor de los anillos*. Me recliné en mi silla mientras ella le echaba una ojeada.

—No puedo creer que ya lo hayas terminado.

—Solo es un borrador, Lizzie. ¿Y tú por qué no lo has hecho?

Pasó una página.

—He estado aprendiendo taquigrafía por mi cuenta en mi tiempo libre.

—Menuda sorpresa...

Comenzó a tomar notas y advertí que estaba copiando literalmente párrafos enteros de mi trabajo. Había llegado el momento de pedirle consejo, aunque solo fuera para poner fin a su plagio descarado.

—Lizzie —dije.

—¿Sí?

—¿Puedo contarte un secreto?

Olvidió al instante el trabajo de psicología. Se inclinó hacia delante con los ojos centelleantes.

—Cuenta, cuenta —exigió.

Tal vez aquello no había sido una buena idea.

—Espera un segundo. Antes de nada, quiero que me prometas muy seriamente que no se lo dirás a nadie.

Torció el gesto y noté que se debatía en la duda.

—¿Tendré que pronunciar las palabras «*off the record*»? —pregunté.

—No —se rio Lizzie—. De acuerdo, te lo prometo. ¿De qué se trata?

Paseé la vista por el comedor medio vacío para comprobar si alguien nos escuchaba. Como cabía esperar, no. Ni Lizzie ni yo le importábamos demasiado a nadie.

—Bueno, te lo cuento porque necesito que me aconsejes. En serio. Estoy acojonada.

Lizzie asintió con solemnidad.

—Has acudido a la persona indicada.

—Bueno, el caso es que estoy medio saliendo con Noah Roberts.

No me esperaba que ella reaccionara de un modo tan escandaloso. Todas las miradas se posaron en Lizzie cuando emitió un grito agudo, antes de abrir los ojos como platos y taparse la boca con la mano.

—Gracias por tu discreción —comenté con sarcasmo.

—Madre del amor hermoso. ¿Hablas en serio?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Madre mía, esto es un cotilleo de primera.

Le pegué una palmada en la mano.

—¡Ni de coña! Es *off the record*, ¿recuerdas?

—Venga, tía...

—Lizzie, lo has prometido.

—Vale, vale, vale. —Se le iluminó el rostro, evidenciando que se le había ocurrido algo—. ¡Tú eres la chica que Portia quiere matar! —Parecía indignantemente complacida por este descubrimiento. La hice callar lo mejor que pude.

Justo cuando yo estaba a punto de asesinarla, recuperó el dominio de sí misma.

—De acuerdo, me portaré bien —dijo, despeinada a causa de mi agresión—. Bueno, cuéntamelo todo. ¿Cómo sucedió?

Se lo expliqué todo. La primera noche que lo oí tocar, lo que él me había dicho en el Lock and Key, lo que sentí cuando lo vi con Portia. Luego la puse al corriente sobre lo que había pasado desde que nos habíamos encontrado en el descampado. Lizzie resultaba bastante graciosa cuando escuchaba. Era incapaz de controlar las reacciones de su cuerpo durante las partes más jugosas. Cuando le describí el momento en que Noah acercó su boca a la mía, por ejemplo, ella suspiró y lanzó exclamaciones de embeleso, como si estuviera contemplando un espectáculo de fuegos artificiales.

Cuando terminé por fin, le expuse mi dilema.

—O sea que se supone que más tarde iré a su casa. Pero ¿y si espera que me acueste con él? Lizzie, estoy aterrorizada.

Ella reflexionó, sosteniendo una bolsa de patatas en el aire.

—Humm.

Esto me irritó.

—¿«Humm»? —repetí—. ¿Te revelo mi secreto más íntimo y lo único que se te ocurre es «humm»?

Tiró la bolsa de patatas.

—Bueno, ¿y qué esperabas que se me ocurriera? No soy precisamente doña Experiencia.

—Pero ¿qué crees que es lo que quiere él?

—Pues... no lo sé.

Dejé caer la cabeza sobre la mesa y me obligué a respirar. Lizzie por fin reaccionó.

—Lo siento —dijo—, pero me has sorprendido tanto que no me has dado tiempo de preparar una buena respuesta de amiga. —Hizo una pausa y meditó sobre ello de nuevo—. A juzgar por lo que me cuentas, es evidente que está colado por ti. No te acostarás con él, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Ni hablar. Por ahora.

—Pues tendrá que aceptarlo, y si de verdad le gustas, no se lo tomará a mal.

Tenía razón, pero yo seguía aterrorizada.

—No sé, Lizzie. Tengo la corazonada de que esto está destinado al fracaso. Hay muchas cosas en él que disparan todas mis alarmas. Por ejemplo, no sé por qué vive solo, al parecer sufre de depresión, es un mujeriego, toca en un puto grupo rodeado de chicas como Portia que le tiran los tejos continuamente.

Ella asintió.

—Ya, pero da toda la impresión de que le gustas un montón.

—¿Tú crees?

—Sí. —Me miró de arriba abajo—. Aunque Dios sabe por qué.

—No me obligues a sentarme otra vez sobre tu cabeza.

Entablamos otro forcejeo en broma, para disfrute de algunos de los chicos del comedor, que nos gritaron: «¡Pelea en el barro!» Al final nos rendimos y nos desplomamos en nuestras sillas respectivas, riendo.

—Odio recordártelo —declaró Lizzie—. Bueno, en realidad me encanta recordártelo, pero te lo dije. —Abrió de nuevo mi trabajo de psicología y continuó copiando la introducción.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, yo predije esta unión perfecta. Te dije que el guitarrista cañón te gustaría porque va contra todos tus principios. Yo puse en marcha la maquinaria.

Horrorizada, caí en la cuenta de que estaba en lo cierto.

—Oh, no —dije—. Soy un... un... —No era capaz de completar la frase.

—Así es —dijo Lizzie—. Eres un tópico con patas.

Al parecer el tiempo no sabe comportarse cuando se espera algo con impaciencia. Aunque necesitaba aprovechar el día para calmarme, los minutos se me escurrían entre las manos como agua. El almuerzo terminó en un pispás, la clase de fotografía pasó volando y, en un abrir y cerrar de ojos, la clase de psicología había terminado. Cuando me di cuenta, estaba sentada frente al doctor Ashley con la consabida caja de pañuelos desechables entre nosotros.

—Bien, ¿qué ha habido de nuevo esta semana? —me preguntó, con el bloc apoyado en la rodilla, listo para ponerse a escribir a toda velocidad.

Noah Noah Noah Noah Noah Noah Noah.

—Poca cosa.

Me pregunté por qué el tiempo había vuelto a ralentizarse. Ahora transcurría a paso de tortuga. El minuterero del reloj sin personalidad de la pared casi se movía hacia atrás.

—Algo habrás hecho.

Necesitaba rellenar el silencio de alguna manera. Había agotado el tema «mamá y

mi relación con ella» en la sesión anterior, me quedaba poca cosa que decir sobre mi padre y dudaba de que mi inquietud por el trabajo de clase justificara una cita en una clínica privada.

—Fui a otra actuación —tanteé.

—Entiendo. ¿Y qué tal?

Asentí.

—Bien. No sufrí otro ataque de pánico.

Se embarcó en una frenética toma de notas, y me pregunté si algún día me permitiría leerlas.

—Eso es bueno. Eso es bueno —murmuró el doctor Ashley, casi para sí—. ¿Hiciste tus ejercicios de respiración esta vez?

—También los hice durante el primer concierto.

—Entiendo. Bueno, ¿y te vinieron bien?

—Supongo.

—Eso es bueno. Eso es bueno.

Interrumpí su siguiente arrebato de escritura.

—¿Me dejará leer eso algún día? —pregunté, señalando su bloc. El doctor Ashley alzó la vista y sujetó los papeles contra sí con actitud protectora.

—¿A qué te refieres?

—Es que cada vez que digo algo, incluso si es de lo más aburrido, usted escribe sobre ello, y no sé por qué.

Apoyó el bloc boca abajo sobre su rodilla.

—Solo son notas, Poppy.

—Sí, ya lo sé, pero ¿puedo leerlas?

—¿Por qué quieres leerlas?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Imagino que por curiosidad. Hasta donde yo sé, usted podría estar haciendo garabatos sin prestar atención a lo que digo. O jugando al ahorcado consigo mismo, o lo que sea.

No sabía muy bien por qué insistía en este asunto, pero al menos implicaba no hablar de Noah. Eso era una ventaja.

—Te aseguro que no estoy jugando al ahorcado, Poppy. Y ahora... ¿qué tal si retomamos el hilo? —Levantó el bloc de nuevo—. ¿Ha sucedido algo más esta semana? ¿Has...?

—Doctor Ashley —lo corté—, ¿va usted a terapia?

Esto lo descolocó. Se sobresaltó visiblemente y tardó unos cuantos segundos en serenarse.

—No te corresponde a ti hacer preguntas, Poppy.

—Solo me interesaba saberlo.

—Pues no viene al caso, ¿o sí?

—Usted siempre me dice que no es algo de lo que haya que avergonzarse.

Empezaba a divertirme. Dejé a un lado el sentimiento de culpa por el cheque de mamá y decidí pasarlo bien. El doctor Ashley se removía nerviosamente en su silla, que era el modo en que solía comportarme yo.

—Es que no hay por qué avergonzarse.

—¿Significa eso que sí que va a terapia?

—No he dicho eso.

—Cierto, pero tampoco lo ha negado. Qué raro, ¿no? Es decir, ¿no evalúa la profesionalidad del terapeuta? ¿No es como cuando un peluquero va con otro peluquero para que le corte el pelo?

—Creo que nos estamos desviando del tema.

—¿Es eso lo que le impulsó a convertirse en terapeuta? ¿Qué le ocurrió? ¿Fue algo que le inspiró? Confíe en mí, doctor Ashley, puede contármelo. Estamos en un entorno seguro.

Sabía que me estaba portando como una auténtica malnacida. Otra vez. Pero aquello era la monda. Se sonrojó levemente. Pero la diversión llegó bruscamente a su fin.

—Me resulta interesante que aún no hayas mencionado a Noah.

Conmoción.

Conmoción total.

Abrí la boca, pero él aclaró mi duda antes de que yo llegara a expresarla.

—Me lo ha dicho tu madre.

Parecía complacido consigo mismo. El muy imbécil. Su rostro empezaba a descongestionarse, mientras que el mío enrojecía.

—No quiero hablar de ello —declaré, enfurruñada.

—Si ese chico te turba tanto, tal vez lo mejor sea hablar de ello —repuso, ufano por haber recobrado su poder—. ¿No fue la noche en que lo conociste, la de la actuación, cuando te sobrevino el ataque de pánico?

Me quedé boquiabierta. ¿Cómo se había enterado? Dudaba incluso de que mis padres lo supieran. Sin duda yo se lo había contado y luego lo había olvidado.

Ya no me estaba divirtiendo en absoluto.

Permanecí sentada en muda rebeldía, negándome a responder a sus preguntas, hasta que el reloj anodino marcó por fin el final de la sesión.

El doctor Ashley sonreía, tomando notas en su bloc. Saltaba a la vista que estaba contento con el silencio.

Cuando Noah pasó a recogerme, yo estaba hecha un manojo de nervios. Todavía alterada por el altercado con el doctor Ashley, me había cambiado de ropa por lo menos ocho millones de veces, me había aplicado pintalabios cada treinta segundos y temblaba de miedo. Después de decidir por fin que un conjunto era el apropiado (curiosamente, el primero que me había probado: camiseta y vestido-peto), monté guardia frente a la ventana de mi habitación, inquieta y expectante.

Tras lo que me parecieron horas, lo vi llegar a pie. Dejé que se acercara hasta la puerta principal, pues mis padres seguían en sus respectivos trabajos. Los dos eran funcionarios —fuera lo que fuese eso—, lo que significaba que salían y llegaban a casa con la puntualidad de un reloj. Naturalmente, estaba arrebatador. Llevaba una camisa roja de cuadros y unos vaqueros, e iba silbando. Corrí a recibirlo a la puerta, alisando arrugas imaginarias en mi ropa. Al hacerlo, palpé el contorno de la lencería que llevaba debajo. No era algo muy espectacular, solo un regalo de Navidad extrañamente inapropiado por parte de mi tía. Un sujetador rosa de encaje y unas braguitas de encaje a juego. Era algo que nunca me había puesto antes y que no planeaba mostrar a Noah aún, pero, ya se sabe, una chica debe ir siempre preparada.

Vi su silueta a través del cristal traslúcido de nuestra puerta delantera. La abrí, al borde del pánico.

La sonrisa con que me saludó convirtió mis rodillas en gelatina.

—Hola, guapa. ¿Lista para conocer mi humilde morada?

No pude hacer otra cosa que asentir. Me ofreció su brazo y echamos a andar por el camino de entrada de mi casa. Era una tarde preciosa. No había una sola nube en el cielo, y hacía una temperatura templada y agradable que volvía a ser impropia de aquella época del año. El tacto de Noah seguía electrizándome y respirar me costaba un gran esfuerzo de concentración. Avanzamos en silencio por la calle y torcimos por otra. Menos de cinco minutos después, llegamos ante una pequeña manzana de pisos. Eran bastante elegantes y desde fuera parecían muy modernos.

—Hogar, dulce hogar —comentó.

No pude evitar preguntarme dónde diablos estaban sus padres.

Forcejeó con la llave, abrió el portal y me invitó a pasar. El suelo estaba recubierto de una moqueta mullida y roja, y las paredes eran de un color crema liso. Entramos en el ascensor y él pulsó el botón del último piso. El corazón me latía con fuerza. Me percaté de que estábamos solos. Totalmente solos. Eso me producía terror y emoción a partes iguales. Apenas hablamos mientras subíamos en el ascensor, y de nuevo me pregunté qué esperaba él de mí.

Las puertas se abrieron, y vi que solo había dos apartamentos para elegir. Los del ático debían de ser más grandes que los de los pisos inferiores. Noah me guio hacia la derecha, introdujo su llave en la cerradura y pasó al interior.

—Adelante —gritó desde dentro.

Respiré hondo y lo seguí.

Su casa era impresionante, alucinante incluso. La sala de estar, enorme y diáfana, tenía suelos de parquet decapado, estaba pintada de un color azul muy claro, y un gran sofá de piel dominaba el espacio. La personalidad de Noah impregnaba la habitación. Su toque inconfundible estaba presente en todas partes, desde las pilas de libros gastados hasta los montones de periódicos amarillentos. Su guitarra ocupaba un lugar de honor en el centro, y sus discos de vinilo favoritos estaban clavados a las paredes con chinchetas, como pósteres. Me llamó la atención que brillaran por su ausencia las fotografías de familiares, y otra vez me entró la curiosidad sobre por qué vivía solo y cómo se las apañaba para ello.

Me guio en un recorrido rápido por el piso y yo pugué por disimular mi asombro. La cocina habría sido el sueño de un auténtico chef, con su nevera de aluminio y sus encimeras de pizarra. El baño, más espacioso que mi habitación, estaba equipado con una bañera descomunal y cabina de hidromasaje. Abrió por unos instantes la puerta de su dormitorio y alcancé a ver una cama doble gigante. Intenté no pensar en cuántas chicas habrían pasado ya por ahí. Fracasé estrepitosamente.

Noah me llevó de vuelta a la sala de estar y me preguntó qué me apetecía beber.

—Agua —dije con un hilillo de voz, nerviosa, como si fuéramos dos extraños.

Fue a su cocina perfecta a buscarme un vaso y le echó cubitos de hielo de su colosal nevera. Tras entregármelo, se tumbó en el sofá de piel, despatarrado. Intenté no pensar en cuántas chicas se habrían sentado allí antes. Volví a fracasar estrepitosamente.

Me quedé de pie, con los brazos cruzados. Aferré con fuerza mi vaso de agua mientras intentaba determinar cuán fuera de lugar me sentía.

Aparentemente ajeno a mi conflicto interno, Noah sonrió.

—Bueno, apuesto a que estás preguntándote por qué te he traído aquí.

«¿Para seducirme? ¿Para aprovecharte de mí? ¿Para ponerme los pelos de punta con tu apartamento demencialmente perfecto?»

Tomé un sorbo de agua para aplacar la sequedad atroz de mi boca.

—Tengo curiosidad, sí.

¿Esperaba que yo empezara a quitarme la ropa? Me vinieron ganas de echar a correr.

Noah me tomó de la mano y me sentó con suavidad en el sofá. Me alzó la barbilla para que lo mirara. Yo centraba todas mis energías en no desmayarme.

—Poppy —dijo.

Tragué en seco.

—Lo pasé genial contigo el otro día —añadió—, pero en realidad no hicimos lo que se suponía que debíamos hacer, ¿verdad?

¿Se suponía que debíamos acostarnos en la cafetería?

Sacudí la cabeza. El encaje de mis braguitas me producía picor en la parte alta del muslo.

—Te he traído para que podamos... hablar de todas aquellas cuestiones tan serias que tan hábilmente eludimos el otro día.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Hablar? —repetí como una tonta.

—Sí. —Noah parecía sorprendido—. ¿Para qué si no iba a traerte aquí?

El temor y la incomodidad se evaporaron. Dios, qué estúpida era. ¡Hablar! Por supuesto. Hablar. Es lo que hace la gente. ¿Por qué me había comido tanto el tarro?

Ahora que toda la tensión se había disipado, me acurruqué bajo el brazo de Noah y levanté la vista hacia él.

—No sé. Claro. Sí. ¿De qué quieres hablar?

Aunque parecía confundido por mi radical cambio de humor, no se desalentó.

—Bueno, hay muchas cosas que quiero contarte sobre lo que siento..., sobre mí —titubeó—. Creo que deberías... en fin... conocer ciertos detalles sobre mí antes de encariñarte demasiado.

Conmovida por este arranque de nerviosismo, me arrimé más a él, encantada con la sensación de tener sus brazos en torno a mí.

—¿Tiene que ver con el hecho de que seas el hombre puta de Babilonia?

Su desconcierto aumentó.

—¿Qué?

—Tranquilo. Ya me he atormentado pensando en todas las chicas que seguramente has traído aquí. —No estaba segura de por qué le confesaba todo esto—. Así que, adelante: tortúrame un poco más jactándote del semental que eres.

Esto no le hizo mucha gracia.

—¿Crees que he traído a otras chicas aquí?

—Noah, este piso es como un imán para churris. Me sorprende que no hayas instalado una puerta giratoria.

De pronto él dejó de abrazarme. Se levantó, mirándome con tristeza en los ojos y con rabia en el rostro.

Oh, no.

—Nunca he traído a nadie, Poppy —aseveró, clavando la vista en mí.

Este contacto visual me aceleró el pulso de nuevo, e incluso noté que la adrenalina empezaba a correr por mi cuerpo. De algún modo había conseguido meter la pata hasta el fondo.

—¿En... en serio?

—Sí. Este es el único lugar en el que puedo... No sé. Eres la primera chica que traigo aquí. Soy tan idiota que había pensado que esto sería algo especial. Pero ahora insinúas que soy un farsante que está jugando contigo.

Medité a fondo sobre estas palabras.

—No es del todo cierto —repliqué en voz baja—. Pero venga ya, Noah. He oído los rumores que circulan sobre ti y tus costumbres... esto... promiscuas. —Esbozó una sonrisa, y la angustia acumulada en mi estómago empezó a ceder el paso al alivio

—. Ni siquiera los has desmentido. Todo esto me ha provocado un conflicto interior tremendo, y entonces me traes aquí, y me encuentro con un sofá de piel, por Dios santo. ¿Qué se supone que debo pensar? No creo necesariamente que estés jugando conmigo..., bueno espero de verdad que no sea así, porque mi instinto me dice que no.

—No estoy jugando contigo —me interrumpió—. Te aseguro que no.

Se sentó de nuevo y nos quedamos mirándonos. Otra vez algo saltó entre nosotros, quizás una chispa de electricidad, si esto fuera posible. Cuando la situación se tornó demasiado tensa, puse los ojos bizcos e hice una mueca. Noah se rio.

—Supongo que puedo disipar tus dudas si te lo explico todo.

—Estoy segura de ello.

Desvió la vista.

—Pero tengo miedo...

No me esperaba esto. Noah no parecía tenerle miedo a nada.

—¿Miedo de qué? —Le toqué el antebrazo con suavidad.

—Miedo de dejar de gustarte.

Casi se me escapó una carcajada por la estupidez que acababa de decir. Que alguien como él pensara que podía «dejar de gustarle» a alguien como yo era de locos.

—Noah, ya sé que eres el equivalente masculino de la puta de Babilonia, y aun así sigo aquí —dije, desesperada por distender el ambiente.

Él se limitó a sonreír con tristeza.

—Si soy como soy, es por una razón.

—Soy toda oídos.

—Creo que deberías saberlo..., en fin, antes de que te enamores de mí o algo por el estilo.

—No creo en el amor. —Las palabras brotaron de mis labios antes de que me diera cuenta. Era mi respuesta estándar.

Y aunque no era mi intención, esto rompió la tensión, y Noah rio de nuevo antes de hacerme caer sobre el sofá de un empujón.

—Caray, usted perdone. Había olvidado que eras doña Mujer Fuerte e Independiente.

Me esforcé por incorporarme, con el pelo cayéndome sobre la cara.

—Señorita Fuerte e Independiente, para ti.

Me empujó de nuevo, y yo grité y contraataqué, tratando de derribarlo poniéndole la zancadilla, pero él me agarró el pie y comenzó a hacerme cosquillas.

—Basta, basta —chillé, pugnando por zafarme. Conseguí liberar mi pie con una coz y colocarme boca arriba, con el fin de usar los brazos para desequilibrarlo.

Para mi disgusto, los agarró también y me tumbó hacia atrás. Aunque me resistí con todas mis fuerzas, él me inmovilizó enseguida contra el sofá. Noah yacía prácticamente encima de mí, sujetándome las manos detrás de la cabeza con toda

facilidad. Mi corazón dio otro brinco mientras me acomodaba para soportar mejor el peso de su cuerpo. No corría el aire entre nosotros, y yo percibía su aroma. Resultaba embriagador. Noah contempló mi rostro, escrutando cada centímetro de él con sus ojos negros. Yo le devolví la mirada. Retándolo a que me besara. Con su otra mano, me colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Esto no es hablar —susurró. Al notar su aliento cálido en la cara, me estremecí de gusto.

Me levanté ligeramente hacia él, no de un modo muy evidente, sino solo lo suficiente para acercar mi boca a la suya. El deseo se había apoderado de mi cuerpo como un parásito decidido a destruir las partes sanas que quedaran en mi cerebro.

—Pues entonces habla —musité.

Me escudriñó el rostro y tuve la impresión de que nunca volvería a sentir algo tan agradable como en ese momento en que Noah me miraba así.

—Dame un momento. —Me estiré hacia delante, pero Noah no me besó. En cambio, se incorporó hasta quedar sentado en posición normal—. Vamos, Poppy. Es hora de ponernos serios.

Fruncí el ceño, frustrada, y me enderecé también.

—Vale. Desembucha, pues. ¿Cuál es ese secreto tan terrible que guardas?

Noah abrió la boca para responder, pero se contuvo. Se pasó los dedos por su espeso cabello y bajó la vista.

—¿Te encuentras bien?

Se volvió de nuevo hacia mí. Y el estómago se me derritió. Otra vez.

Noah sacudió la cabeza.

—¿Podemos tomar un té antes?

Suspiré.

—Tú mismo.

Unos minutos después, nos arrellanamos de nuevo en el sofá, con grandes tazas de té humeante en las manos. Sentada sobre mis piernas dobladas, observé a Noah debatirse en la duda. Era divertido verlo tan inquieto, pues era como si hubiéramos intercambiado los papeles. Tomé un sorbo con cautela y esperé a que él empezara a hablar.

Mantenía la vista fija en su taza, contemplando los remolinos en el agua. Al cabo de un momento irguió la cabeza, se echó entre pecho y espalda la mitad de su bebida, la dejó en la mesita y se volvió hacia mí.

—Bueno, ¿estás lista para el monólogo? —Arqueó las cejas.

—En la vida real, nadie habla en monólogos —repuse—. Las películas infravaloran por completo la necesidad humana de interrumpir y hacer preguntas.

Otra sonrisa cautivadora. Hacer sonreír a Noah estaba convirtiéndose rápidamente en mi pasatiempo favorito.

—De acuerdo, no pronunciaré un monólogo.

—Mejor.

—Estoy nervioso.

Le propiné un empujón con actitud juguetona.

—Empieza de una vez.

Respiró hondo y empezó.

—Supongo que te preguntarás dónde está mi familia. —Bebió otra vez un buen trago de té.

—Te mentaría si dijera que no.

—Pues no viven conmigo.

—¿Por qué?

Noah habló durante largo rato. Me contó que se había mudado a Middletown con su familia dos años atrás. Su padre era el propietario de una próspera empresa de *software* que lo había hecho millonario, o mejor dicho, multimillonario. Su madre era ama de casa. Los dos eran típicamente británicos, flemáticos y muy reprimidos.

Noah era su único hijo. Su tesoro más preciado.

—Por eso soy tan engreído —confesó con una sonrisa irónica—. Todos los días me decían lo increíble que era. Al final uno acaba por creérselo.

De modo que la pareja de ricachones y su hijo pródigo se habían afincado en el Infierno Suburbano (es decir, Middletown) para que el padre de Noah abriera una nueva delegación de su empresa. Sin embargo, al poco tiempo, Noah cayó enfermo.

—No es fácil de explicar, pero un día desperté y no pude levantarme de la cama. Todas mis emociones habían desaparecido. Me sentía vacío. Hueco. Ni siquiera era capaz de asustarme por lo que me estaba ocurriendo. Mamá fue a mi habitación a despertarme para que fuera al colegio, pero yo no moví un músculo. No le dije una palabra. No podía.

Lo tomé de la mano.

—Al principio se portaron bien conmigo —continuó—. Me dejaron descansar durante unos días y me llevaron a ver a varios médicos. Pagaron a los mejores profesionales, que me enviaban de un especialista a otro. Creo que pensaban que era un problema pasajero, algo que podrían arreglar rápidamente, como un error informático de poca importancia. Después, como mi estado no mejoraba, empezaron a perder la paciencia.

Lo miré mientras revivía aquel recuerdo, con el labio torcido en señal de desaprobación.

—Era una depresión, ¿verdad? —pregunté en voz baja.

Se volvió hacia mí.

—¿Cómo narices sabes eso?

—Todo el mundo lo sabe.

Parecía escandalizado.

—¿Qué? ¿Todo el mundo?

Intenté tranquilizarlo acariciándole la mano.

—Bueno, todo el mundo no, pero mi amiga periodista me lo dijo.

—Madre mía, esa chica lo sabe todo.

—No creo que debas preocuparte. No es algo que te haya dado mala fama. En realidad, te hace aún más irresistible. Te convierte en una especie de proyecto, en una persona maltratada por la vida, vulnerable y demás. Eso les encanta a las chicas. Es un método infalible para ligar. Yo daba por sentado que habías hecho correr el rumor tú mismo para captar más atención femenina.

Por fortuna, sonrió. Yo no sabía si estaba diciendo lo correcto, pero esperaba no estarla pifiando demasiado. Vale, tenía la sensación de que Noah estaba confiándome algo que no había revelado a otras.

—Ya..., bueno, tal vez se lo dije a un par de chicas para despertar su interés.

—Menuda desfachatez la tuya.

—Pero no estoy orgulloso de ello. No es algo de lo que uno deba jactarse. Te arrebató el control sobre tu vida.

Le di un apretón en la mano para infundirle ánimos.

—¿Y qué sucedió después?

Se puso a hablar de nuevo y me entraron náuseas. Sus padres no soportaban su actitud; le exigían que se sobrepusiera y que dejara de decepcionar a la familia.

—En realidad es una historia muy manida —dijo—. La caída del hijo pródigo. En mis buenos momentos todo iba de maravilla. Era encantador, animado, volvía a convertirme en el hijo al que tanto habían querido. Pero luego me sumía en depresiones profundas y ellos no tenían la menor idea de cómo afrontarlas.

»Al final decidieron que no seguirían “consintiéndome”. Esa fue la palabra exacta que emplearon. Me compraron este piso, se mudaron a Londres y me dijeron que tenía que madurar y aprender a arreglármelas solo.

Mis pensamientos se desviaron hacia mi madre: su expresión de preocupación, su necesidad constante de mantener conmigo «charlas» en la cocina, y esos cheques que extendía a nombre del doctor Ashley y que apenas podía permitirse. Entonces comprendí lo afortunada que era.

—¿Eso es legal? —fue lo único que se me ocurrió decir.

Noah se encogió de hombros.

—No lo sé. Como tengo más de dieciséis años, supongo que sí.

—¿Y qué pasó entonces? —pregunté, aunque ya me lo imaginaba.

—¿Tú qué crees? Perdí un poco el control. Dejé el instituto, organicé un montón de fiestas y me convertí en el «hombre puta de Babilonia», como tan cariñosamente me llamas.

—Lo siento.

—No pasa nada. Es la verdad. Me portaba... en fin, era una vergüenza. Sé que no es excusa, pero la seguridad en mí mismo se había ido a la mierda. Había pasado de ser el ojito derecho de mis padres a quedarme encerrado solo en un ático. Siempre había gustado a las chicas...

Torcí el gesto.

—Oh, venga ya. Es cierto —aseguró—. Y nunca antes me había aprovechado de ello. Pero cuando mis padres se marcharon, tenía tanto tiempo libre..., sin nadie con quien compartirlo. Empecé a salir a menudo, y aunque te parezca lamentable, necesitaba atención. Quería volver a sentirme a gusto conmigo mismo, y tenía la estúpida idea de que acostarme con alguna chica era la solución. Pero después me sentía fatal y nunca volvía a llamarla, así que salía en busca de otra.

Sentí de nuevo esa punzada que llevaba atormentándome todo el día. Inseguridad, con un ligero toque de celos. Y rabia, por solidaridad con las otras chicas. Lo dejé todo a un lado, al menos por el momento. Ya me torturaría más tarde, cuando intentara dormir.

—Pero la situación mejoró —prosiguió Noah—. Formé el grupo, lo que me ha facilitado las cosas. Es increíble cuánto me ayuda la música. Toco la guitarra desde siempre; mi padre me enseñó. Pero cuando la música era lo único que me quedaba, se convirtió en mi vida, en algo en torno a lo que planear mi día. Me devolvió algo de confianza en mí mismo, o de chulería, si lo prefieres. —Fijó en mí una mirada intensa—. Y, entonces, por supuesto, te conocí a ti...

El sol se ponía al otro lado de las grandes ventanas panorámicas, bañando a Noah en un resplandor dorado. Con la cabeza iluminada a contraluz, casi parecía que lo rodeara un halo. Me obligué a mí misma a mirarlo.

—De verdad, Poppy: cuando te conocí, fue alucinante. Te vi entre la multitud, y me pareció que el resto de la gente se desenfocaba. Perdí la noción de lo que sucedía en el mundo real, ¿sabes?

Yo recordaba aquel primer contacto visual. ¿O sea que él también se había fijado en mí en ese instante?

—Me daba igual que la actuación se hubiera ido al garete. Apenas me percaté de que mi ampli barato había explotado. No dejaba de pensar: «Oh, Dios mío, tengo que conocer a esa chica».

Puse cara de incredulidad.

—Sí, claro.

—Te lo juro. —Volvió a deslizar los dedos por su cabello, visiblemente exasperado—. En serio, no te imaginas cuánto me alegré cuando Ruth habló conmigo y me enteré de que erais amigas.

Me vino a la memoria lo mal que me había sentado verlos juntos. Era maravilloso revivir aquel momento desde su punto de vista. Era como si, por una vez, las expectativas sobre cómo debía ser la vida coincidieran con la realidad.

—Por favor, no sigas —gruñí—. No quiero recordar lo que pasó después.

Noah me dedicó una sonrisa sarcástica.

—Me gritaste.

Me tapé los ojos con las manos.

—¿De verdad tenemos que entrar en detalles? Me sentí tan avergonzada después...

—¿Por qué? ¿Por lo que dijiste? Tenías todo el derecho. Los gritos que me pegaste eran lo mejor que había oído nunca. De pronto me vi a mí mismo a través de los ojos de otra persona y caí en la cuenta de lo capullo que era. Entiéndeme: fue terrible. Me dejaste destrozado, y todavía lo estoy, pero esa crítica despiadada era justo lo que necesitaba oír. Y ahora sé que, contigo o sin ti, nunca volveré a ser esa persona. Nunca dejaré que la educación de mierda que recibí justifique que me porte como un cerdo. Así que gracias, Poppy. Te debo mucho.

El sol casi había desaparecido, y la habitación brillaba como las brasas de una hoguera a punto de extinguirse. Me quedé sentada en silencio y noté calor en la mano con que sujetaba la de Noah cuando él acarició la parte interior de mi pulgar.

—¿Por qué me has contado esto? —pregunté, pues no sabía adónde pretendía llegar.

—Solo quería que lo supieras todo. —Parecía nervioso—. Para que pudieras... ya sabes... desentenderte si decidías que era lo mejor.

Toqué con suavidad un lado de su rostro, sorprendida por la intimidad que había surgido de modo natural entre nosotros. Él me agarró de forma que acabamos tomados de ambas manos, y sus ojos exploraron los míos en busca de una respuesta.

—No quiero desentenderme —declaré.

Desplegó otra sonrisa de aquellas que provocaban taquicardia y me apretó las dos manos con fuerza.

—Esperaba que dijeras eso.

Permanecimos sentados, contemplando el crepúsculo que se reflejaba en las

paredes azul claro de su sala de estar. Tenía la cabeza recostada justo por encima de la axila de Noah, y las piernas estiradas sobre sus rodillas. Me hizo preguntas sobre mi vida y mis ataques de pánico, y no me avergonzó hablarle de ello. De hecho, por primera vez, sentí que había encontrado a alguien que entendía de verdad lo que significaba perder el control sobre la propia mente. Me preguntó cómo me iba en el instituto, qué asignaturas cursaba, cosas por el estilo.

Aquella tarde no hubo rastro de nuestro cachondeo habitual. Creo que los dos éramos conscientes de que estaba surgiendo algo extraordinario. Algo duradero, y no una relación adolescente de usar y tirar. Todo me abrumaba: mis sentimientos hacia él, el modo en que mi cuerpo reaccionaba a su presencia. Las palabras «creo que te quiero» pugnaban una y otra vez por brotar de mi garganta, y eso me aterrorizaba. Eran palabras de las que me habría mofado solo unos minutos antes, y ahora, en tan poco tiempo, las sentía en mi interior, junto con el temor angustioso que me producía el estar a punto de saltar al vacío, exponiendo mi corazón a un alto riesgo. Rechazo. Dolor. Humillación. Todo ello estaba potencialmente implícito en esas palabras. Una parte de mí me impulsaba a irme corriendo a casa, meterme bajo el edredón y pasarme un tiempo a solas analizando el asunto, intentando encontrar algún motivo para ponerme cínica. Sin embargo, el deseo de quedarme con Noah era arrollador. Todos los átomos de mi ser ansiaban tocarlo. Y no separarse de él nunca. Así que, cuando vimos que había oscurecido y que había llegado la hora de que yo volviera a casa, me puse de mal humor.

Esperé a que cerrara su puerta con llave, maravillándome de nuevo por... en fin, por lo bueno que estaba. Salimos del edificio y nos encaminamos hacia mi casa, pasando de vez en cuando bajo la luz artificial de las farolas. No tardé en advertir que los intervalos entre las farolas se hacían más grandes. El asfalto se tornaba cada vez más irregular, y al poco rato avanzábamos en una oscuridad casi absoluta.

Ese no era el camino hacia mi casa.

—¿Adónde vamos? —pregunté, sin apenas distinguir a Noah en la penumbra.

Me dio un apretón fuerte en la mano.

—Chsss. Ya casi hemos llegado.

—¿Adónde? Creí que me estabas acompañando a casa. —No estaba asustada, sino más bien inquieta y desorientada.

El asfalto bajo mis pies dio paso a un sendero estrecho, cubierto de barro y bordeado de zarzas. Tardé un poco debido a la oscuridad, pero al final me orienté.

—¿Estamos...?

—¿Nunca habías subido al descampado de noche? —inquirió, adivinando que había acertado.

Sacudí la cabeza.

—¿No se llena de exhibicionistas y pedófilos?

Se rio.

—Poppy, esto es Middletown. La tasa de criminalidad es cero. El sitio está casi

siempre desierto por la noche. No entiendo por qué, pues la vista es espectacular. Ya lo verás.

Un resplandor fantasmagórico apareció en lo alto del camino, y nos dirigimos hacia él. Tropecé, pero la mano de Noah me levantó sin esfuerzo.

—Mira. Hemos llegado.

La vista era tan hermosa que solté la mano de Noah sin querer.

Nunca había estado allí después del atardecer. Dios sabe cuántas veces me había sentado a contemplar el paisaje, pero ahora era como estar en un sitio totalmente distinto. La luz de la luna recubría la hierba de un brillo plateado, y una constelación de puntos amarillos se extendía interminable a mis pies. Era el lugar donde yo vivía. Middletown. Pero nunca lo había visto así. Era un mar luminoso de colores diferentes. Se divisaban las luces de las ventanas, el resplandor amarillento de las bombillas que empleados descuidados habían dejado encendidas en las oficinas, las estelas rojas de los coches que se alejaban hacia parajes más emocionantes.

Me acerqué a tientas a mi banco favorito y me recliné en él.

—Es precioso —dije mientras Noah se sentaba a mi lado.

—Lo sé. Siempre subo aquí las noches en que me siento..., bueno, profundo y reflexivo.

—Eres un músico de lo más estereotípico.

—Me declaro culpable.

—Ahora me dirás que tu libro favorito es *La naranja mecánica*.

—No. Es *La fábrica de avispas*.

Solté un gruñido.

—Peor me lo pones.

A la luz de la luna, el rostro de Noah parecía pálido, y sus ojos, más oscuros que nunca. Me pasó el brazo por detrás de la espalda con toda naturalidad mientras admirábamos la vista. Yo casi podía saborear la energía que irradiaba su cuerpo. El deseo de que me tocara era tan intenso que me dolía. Él ladeó la cabeza y fijó en mí otra mirada especial.

—¿Y bien, señorita? —dijo—. ¿Sigues sin creer en el amor?

Suspiré, reacia a reconocer que sentía que podía enamorarme de él; que ya me había enamorado, como una colegiala bobalicona sin el menor dominio de sí misma.

—¿Por eso me has traído aquí, a ver las románticas luces de los suburbios? —dije en tono sarcástico con el fin de cubrirme las espaldas—. ¿Para convertirme en una creyente?

Noah tomó mi cara entre sus manos y me inclinó hacia atrás sobre el banco. Mi cuerpo experimentó una sobrecarga sensorial, y era algo tan placentero que estuve a punto de ahogarme.

—En realidad —murmuró—, te he traído para hacer esto.

Bajó el rostro hacia mí y nuestros labios se encontraron por fin. Cerré los ojos, pasé los dedos por sus suaves cabellos y respondí al beso. Su sabor era igual que su

olor: a manzana. El mundo se desvaneció. Solo quedábamos nosotros. Nuestras bocas. Nuestros cuerpos. Sus manos descendieron por mi espalda y sentí un escalofrío. Me atrajo hacia sí con suavidad. Un cosquilleo recorrió todos los átomos de mi ser que estaban en contacto con él.

Tras lo que pareció un instante —y a la vez una eternidad—, nos apartamos el uno del otro.

Abrí los ojos y pestañeeé, con la cabeza dándome vueltas todavía, y, para mi sorpresa, me encontré con la oscuridad absoluta.

—Noah, me he quedado ciega —dije, abriendo y cerrando los párpados para ver si percibía alguna diferencia. Un escalofrío muy diferente me bajó por la espalda, y mi euforia cedió su lugar al miedo. Miré en torno a mí, pero solo había negrura. El paisaje de luces que se abría ante nosotros había desaparecido. El corazón empezó a latirme con fuerza.

Noah rompió la tensión con una carcajada.

—No estás ciega, reina del melodrama. Es evidente que se trata de un apagón o algo así. Mira, estoy agitando la mano. Deberías ver algo, por la luz de la luna.

Me volví en la dirección de su voz y, en efecto, alcancé a distinguir de forma muy vaga el contorno de su cabeza.

El alivio me invadió.

—Espera —dijo Noah. Su imagen se tornaba más definida conforme se me acostumbraba la vista a la oscuridad—. Sacaré mi móvil y podremos usarlo como linterna.

Sin dejar de parpadear, oí que rebuscaba en sus bolsillos.

—Debería comer más zanahorias —farfullé, distraída.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Un segundo, llevo el móvil aquí.

La cara de Noah apareció entre las sombras como la de un fantasma, con sus facciones angulosas resaltadas por la espectral luz azul de su teléfono.

—Hola —dijo sonriendo.

Yo le devolví la sonrisa, con timidez.

—Hola, tú.

Alumbró el suelo para mostrarme que todo seguía en su sitio y me abrazó por los hombros con actitud protectora. Me acurruqué contra él, agradecida. Mi miedo cedió el paso a un engreimiento alimentado por el amor.

—Vamos —dijo Noah—. Te acompañaré a casa.

Volver caminando a casa prácticamente a ciegas resultó bastante más difícil de lo que imaginábamos. Yo tropezaba una y otra vez, y Noah me levantaba con un movimiento firme. Avanzar en las tinieblas tenía algo de espeluznante. Noah no mejoró mucho la situación cuando me agarró por la cintura y susurró: «¿Oh, Dios mío..., ¿qué diablos ha sido eso?» antes de hacerme cosquillas, arrancándome un

grito de miedo y a la vez de emoción. De algún modo conseguimos orientarnos entre los árboles y llegar sanos y salvos al asfalto. El apagón había afectado a toda la ciudad. Casi todas las casas estaban sin luz, aunque a través de algunas ventanas se vislumbraba el brillo oscilante de unas velas. Seguimos diligentemente el rayo azul fosforescente del móvil de Noah como si del Camino Amarillo se tratara hasta que llegamos por fin a la parte alta de mi calle.

Noah se detuvo y tiró de mí para colocarme de cara a él.

—Es un poco raro —dije—, ver mi calle tan oscura. Es como si la conociera y a la vez no. Ya me entiendes.

Arqueó las cejas con sarcasmo.

—No te estarás poniendo profunda y reflexiva conmigo, ¿verdad, Poppy?

Hice ademán de empujarlo, pero me asió las manos y no me las soltó por más que yo intentaba liberarme.

—Bah, cállate.

—Será un placer.

Bajó el rostro de nuevo y rozó delicadamente mis labios con los suyos.

Las farolas parpadearon. Lo hice parar a medio beso.

—¿Has visto eso?

Noah se volvió hacia la bombilla más cercana, que se apagaba y se encendía rápidamente.

—Parece que están intentando arreglarlo. Para serte sincero, el apagón no me preocupa mucho ahora mismo.

Nos besamos de nuevo, fundiéndonos el uno en el otro, perdiendo la noción del tiempo. Cada vez que yo murmuraba que tenía que irme a casa, él asentía y luego se inclinaba hacia mí con picardía para besarme una vez más. Percibía la oscilación de la luz de las farolas a través de los párpados cerrados. Entonces todo quedó sumido en la oscuridad, y supe que habían vuelto a apagarse del todo.

Al cabo de un rato, logramos despegarnos el uno del otro.

—De verdad que tengo que irme —dije, tirando de él en dirección a mi casa.

—Vale, vale, ya voy.

Cuando llegamos a mi jardín delantero, Noah me atrajo hacia sí una vez más para robarme otro beso.

—En serio, tengo que irme —repetí, riendo.

—Lo sé, lo sé. —Aun así, me besó, ahora con más firmeza. Noté que la punta de su lengua se deslizaba ligeramente en el interior de mi boca, provocándome, antes de que él se apartara—. Anda, vete. Ya hace rato que tendrías que estar en la cama.

Pese a que estaba aturdida, embriagada por el beso, mis piernas consiguieron reunir la fuerza suficiente para llevarme hasta la puerta. Me volví para despedirme con un gesto, pero él ya se había ido. Hurgué en mi bolso en busca de la llave y abrí la puerta.

Casi no veía nada en la cocina mientras caminaba con los brazos extendidos para

no chocar contra la mesa.

—¿Hola? —dije cautelosamente.

—Estamos en el salón —gritó papá. Doblé la esquina con cuidado y vi el parpadeo de unas velas.

Los dos estaban allí. Papá leía el periódico, en su sitio de siempre. Mamá, por primera vez en mucho tiempo, estaba acurrucada en el sofá con un libro en lugar de dar vueltas por la casa buscando algo de lo que preocuparse. Debería haber apagones más a menudo. Obligan a la gente a tomarse las cosas con más calma.

—Ya estoy en casa.

Ninguno de los dos me preguntó dónde había estado.

—¿Has llegado sin problemas? —inquirió mi madre—. Todo está tan oscuro fuera, que yo creo que ni los murciélagos ven por dónde van.

—Sí, un amigo me ha acompañado. Hemos iluminado el camino con la luz de la pantalla de nuestros móviles.

Se oyó un susurro cuando papá pasó una página del diario.

—Qué moderno —comentó.

Señalé el periódico.

—Bueno, ¿y qué hay de nuevo en el mundo?

—Oh, ya sabes —respondió con una sonrisa—. Las desgracias de siempre.

—Me alegra oírlo. —Bostecé y me despecé—. Estoy hecha polvo. Me voy a dormir. Mañana tengo fotografía a las nueve. Una aburrida clase teórica.

—No olvides llevarte una vela —dijo mamá.

—Ah, sí. Es verdad. No me acordaba.

Me agaché para recoger una vela metida en el cuello de una botella de vino vieja. Se había consumido hasta la mitad, dejando regueros de cera roja que descendían por los lados. Tapando la llama con la mano, subí a mi habitación y me preparé para acostarme.

Después de quitarme el maquillaje y lavarme los dientes, me senté frente al tocador y contemplé mi imagen a la luz de la vela. ¿Tenía un aspecto distinto, tal vez? Me sentía diferente. Me sentía genial. Volví la cara de izquierda a derecha. A lo mejor no estaba tan mal, después de todo. Vista desde la izquierda, podía considerarme sin duda una persona atractiva. Por otro lado, se supone que el brillo de las velas favorece. Apagué la llama de un soplido y mi reflejo desapareció.

Me dormí enseguida. Sonriendo.

16:2

Anita y Rain observaban la pantalla en silencio.

El laboratorio volvía a estar vacío. La actividad frenética del día, con personas importantes que entraban y salían corriendo para asistir a reuniones urgentes, había cesado. Se oía el tictac furioso del reloj, que contaba los minutos que faltaban para que el sitio volviera a sumirse en el caos.

El código inundaba los dos monitores que tenían delante, descendiendo sin rumbo por las pantallas. Ambos estaban sentados muy juntos, de modo que sus traseros casi se tocaban en el banco. La mano de Rain estaba demasiado cerca de la de Anita. Ella fingió no darse cuenta, aunque en el fondo nunca había estado tan consciente de su mano. Esta se movió involuntariamente, desafiando a su cerebro y acercándose a Rain por impulso propio. Ella se imaginó qué ocurriría si lo tomaba de la mano. ¿Apartaría él la suya? ¿Qué sucedería entonces? Anita notó que el corazón se le aceleraba mientras contemplaba esta posibilidad, y luego sacudió la cabeza. Era imposible. Ella nunca volvería a estar con alguien. ¿Cómo podía, sabiendo lo que sabía?

Devolvió su atención a la pantalla, ajena a que Rain había estado mirándola de reojo.

«Qué mujer tan extraña», pensó Rain. Nunca había odiado a alguien que lo atrajera tanto a la vez. Habían sido un par de semanas muy extrañas. Él había pasado más tiempo con Anita que con sus familiares y amigos. Ella se comportaba como una zorra emocionalmente reprimida durante casi todo el tiempo. Aquella semana había estado como pez en el agua en medio de la histeria general, gritando órdenes, despidiendo a todo el mundo al menos dos veces y exigiendo cosas poco razonables. Pero había habido un momento en que había hecho un chiste tonto después de llevar veintiuna horas despierta y se había reído tapándose la boca con el pelo. Y en otro momento se había estremecido cuando sus dedos habían tocado los de Rain al pasarle un café, antes de dirigirle una mirada rara por encima de su taza. Y justo ahora, él habría jurado que ella había estado a punto de agarrarlo de la mano.

Cada pocos instantes, la pantalla se iluminaba con un destello verde cegador. Cuando Rain lo había visto por primera vez, hacía ya semanas, se había llevado un susto tremendo. Ya no lo temía tanto, ahora que aparentemente lo tenían controlado.

Otro destello.

—Debería haber traído palomitas —comentó Anita con acritud, rompiendo el silencio.

Rain se rio.

—Sí..., está convirtiéndose en una especie de comedieta romántica, ¿verdad?

Anita no despegó los ojos del monitor.

—Una comedieta romántica de todas todas. Si le vendemos el guion a Drew Barrymore, nos forramos. —Se inclinó hacia delante y aporreó el teclado, comprobó

otra medida y se reclinó de nuevo en su asiento.

Rain notó que se le secaba la garganta.

—Y ahora que los hemos encontrado, ¿qué? —preguntó—. Supongo que ha llegado el momento de la separación, ¿no?

Para su sorpresa, la doctora Beaumont negó despacio con la cabeza.

—No, aún no.

Esto puso nervioso a Rain.

—¿Qué? Pero si hay gente en peligro.

Ella se volvió bruscamente y lo fulminó con la mirada.

—¿Te estás planteando siquiera decirme lo que debo o no debo hacer?

—No, claro que no —balbució él—, pero creía que... en fin... que este emparejamiento era algo muy gordo y que a estas alturas ya habríamos enviado a un equipo de recogida.

Ella seguía clavando en él una mirada asesina. Rain no podía creer que solo unos instantes atrás se hubiera puesto sentimental al pensar en aquella zorra. Debía de ser por la privación de sueño.

Anita consiguió serenarse y centrarse otra vez en el código.

—Esta pareja ha logrado desarrollar cierta... tolerancia el uno respecto al otro. Es algo que nunca había visto antes, pero, por el momento, a menos que la cosa vaya a más, creo que estamos a salvo. —Con un suspiro, deslizó los dedos por su cabello—. Menos mal, pues de lo contrario estaríamos todos muertos, seguramente.

Rain no sabía qué decir. Estaba prácticamente seguro de que aquello infringía las normas.

—Pero ¿no es mejor para ellos que los separemos ahora? Ya bastante mal lo van a pasar de todas maneras.

Anita agitó la mano para restar importancia a su comentario.

—Oh, no pasa nada. Dejemos que disfruten su momento. No les va a durar mucho, ¿verdad? Además..., es más divertido así. —Había un asomo de sonrisa en sus labios. Rain se percató de que ella estaba divirtiéndose, recreándose en la situación.

—¿Más café? —Necesitaba un pretexto para apartarse de ella.

La doctora Beaumont asintió enérgicamente.

—Sí, por favor.

Rain cogió las tazas vacías y se alejó. Al llegar a la puerta, se volvió para mirarla una vez más. Ella se había acercado mucho más a la pantalla y la observaba con avidez.

Iba a causar problemas. A Rain no le cabía la menor duda.

Desperté, no por la alarma del reloj despertador, sino por las sacudidas que me propinó mi preocupada madre.

—Levántate, Poppy. No ha sonado tu despertador por culpa del apagón. Vas a llegar tarde a clase.

Me incorporé de golpe y miré el reloj. La cosa era grave. Cogí una toalla y corrí al baño para darme una ducha relámpago.

A pesar de la sensación de apremiante urgencia que uno tiene cuando va a llegar tarde, no podía evitar sentirme pesada a causa de... de la alegría, de hecho. Era como si llevara una bola de plomo en el estómago, como si fuera una pitón digiriendo satisfecha una opípara comida al calor del sol. Nunca había experimentado nada igual. Lo más extraño era que, al mismo tiempo, estaba hecha un torbellino de energía nerviosa, y mis pensamientos se desviaban hacia Noah a la mínima ocasión. ¿Eso era amor? ¿Se suponía que sus efectos eran como los de una enfermedad agradable?

Abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua caliente se llevara los últimos rastros de sueño. Mientras me daba champú, pensé en Noah. Mientras me ponía acondicionador, pensé en Noah. Mientras me afeitaba las piernas, y me hacía distraídamente un corte con la maquinilla, tiñendo de rojo el plato de la ducha con mi sangre..., pensaba en Noah. Lo único que me arrancó de mi obsesión fueron los golpes en la puerta de mi aún más nerviosa madre, que me avisó que se me había hecho terriblemente tarde.

Iba a ser uno de esos días en que iba al instituto con el pelo húmedo. Me enfundé a toda prisa unos vaqueros y una camiseta, me apliqué precipitadamente rímel a las pestañas y antes de cinco minutos había salido por la puerta, con una barrita de muesli en la mano y el cabello apelmazado en torno a la cara. Bajé corriendo por el camino de entrada y choqué con Lizzie, que salía de detrás de los arbustos como una espía.

—Ufff —dije sin aliento—. ¿Lizzie? ¿Qué narices haces frente a mi casa?

No se molestó en darme explicaciones.

—¡Poppy! Llevo una eternidad esperándote. Tienes una pinta horrible, por cierto. ¿Por qué no te has secado el pelo? Bueno, cuéntame: ¿qué diablos pasó? ¿Te acostaste con él? ¿Fue increíble? ¿Fue espantoso? ¿Te dolió? ¿Lloraste? ¿Volverás a quedar con él?

Me masajeeé el brazo dolorido que había recibido el impacto de la colisión.

—Ay, Lizzie. ¿No podías esperar a que nos viéramos en el instituto?

Ella sacudió la cabeza apasionadamente.

—De ninguna manera. —Enlazó mi brazo con el suyo y me hizo avanzar por la calle—. Bueno, ¿cómo te fue?

Sonrojada, me esforcé por formular una frase.

—Esto... Pues me fue... ¿bien?

Con el brazo que tenía libre, Lizzie me dio una palmada en la mano como a una niña mala.

—¡Ay!

—No me basta. Necesito DETALLES.

Me solté de Lizzie y usé ambas manos para mitigar el dolor que ella me había provocado, ahora en dos partes de mi cuerpo.

—En serio, Lizzie, no puedes utilizar la violencia física para sacarle información a la gente.

—Sí que puedo.

—Pues si dejas de agredirme, tal vez te cuente algo y todo.

Lizzie levantó las dos manos, como si entregara un arma.

—De acuerdo. No más violencia, lo prometo. Me parece que estoy dejándome llevar por la emoción.

—¿Tú crees?

—Lo siento. Al grano: ¿qué sucedió? ¿Tuviste que acostarte con él?

Me estremecí ligeramente al recordar el pánico que me había entrado el día anterior.

—No. No me acosté con él.

—¿En serio?

Asentí. Una expresión de alivio casi imperceptible asomó a la cara de Lizzie. Entonces comprendí que le complacía que ambas siguiéramos en la misma página del libro de la experiencia sexual. Yo habría sentido lo mismo.

—Entonces, ¿para qué quería llevarte a su casa?

—Quería hablar conmigo.

—¿Hablar? ¿De veras? ¿Eso es todo?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Sí. Nos pusimos profundos y reflexivos. —Hice una pausa—. Pero al menos nos besamos.

Lizzie me arreó otro manotazo.

—¡Ay! ¿Por qué me pegas ahora?

—Perdona, ha sido sin querer. Es que estoy tan emocionada... —Se llevó las manos a la espalda—. Mira, ya no represento un peligro. Así que empieza por el principio...

Le referí lo ocurrido con pelos y señales mientras caminábamos. Lizzie parecía más entusiasmada por el asunto que yo.

Cuando terminé, se quedó callada por un momento, con los ojos muy abiertos.

—Me da la impresión de que el asunto se está poniendo serio un poco deprisa —dijo, más bien para sí.

No fui capaz de negarlo. Tenía razón.

—Supongo.

El instituto nos esperaba al final de la calle. Una figura estaba apoyada despreocupadamente contra la valla, a contraluz. El corazón empezó a latirme con fuerza. Era él.

—Hablando del rey de Roma —dijo Lizzie.

Noah se puso la mano a modo de visera y nos vio. Saludó con la mano y se dirigió a nuestro encuentro. De pronto, la timidez se apoderó de mí, pues estaba demasiado consciente de mi cabello húmedo, que colgaba lánguidamente, y de la ropa cutre que llevaba. Tampoco pude evitar comérmelo con los ojos mientras se acercaba. Parecía irreal que hacía menos de veinticuatro horas yo hubiera estado besando aquel rostro tan apuesto.

Se nos plantó delante.

—¿Qué tal? —preguntó, con una inseguridad muy impropia de él que me tranquilizó un poco. Incluyó la cabeza hacia Lizzie—. Hola, señorita Lo Sé Todo. Dicen que has estado hurgando en toda clase de secretos.

Lizzie sacó pecho.

—Los periodistas siempre tenemos mala fama.

Noah desplegó su asombrosa sonrisa.

—Eso es porque siempre metéis las narices en los asuntos de otras personas.

—¿A qué clase de asuntos te refieres, Noah? ¿Por qué? ¿Es que ha ocurrido algo interesante en las últimas veinticuatro horas...? ¡Aay!

Se llevó la mano al tobillo, donde yo le había propinado una patada. Con fuerza. Sonreí a ambos con dulzura. Noah prorrumpió en carcajadas.

—Deduzco que lo de anoche ya no es un secreto entre tú y yo, ¿no?

Comencé a sacudir la cabeza, pero acabé por asentir.

—Lo siento —dije—, pero es que ella ha recurrido a la violencia física.

Noah se puso en cuclillas. Lizzie seguía frotándose el tobillo y maldiciéndonos a ambos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—No. Tu novia es una psicópata.

Me resultó extraño que una tercera persona me mencionara como «la novia de Noah». También me pareció maravilloso.

—Lizzie, sé que tu afición preferida es contárselo todo a todo el mundo —dijo él—, pero ¿te importa mantener la discreción respecto a esto? —Vio que ella hizo amago de interrumpirlo—. Solo durante un tiempo..., hasta que lo ocurrido entre Portia y yo deje de ser un tema candente. No quisiera herir sus sentimientos.

Lizzie abrió la boca.

—¡Pero si Portia es una pava y una presumida! Además, rompió el tambor.

Reí entre dientes y vi que Noah intentaba aguantarse la risa.

—Tal vez, pero insisto. Por el momento, procura no comentarlo con nadie. ¿O quieres que tu mejor amiga quede como una robanovios?

Yo no había pensado en eso. Noah estaba en lo cierto. De repente, empecé a temer

a Portia. Lizzie, aunque con el ceño fruncido, asentía.

—De acuerdo —accedió, friccionándose el tobillo una última vez antes de enderezarse—, pero solo lo haré por Poppy. Si ella me hubiera pedido que no se lo contara a nadie, yo habría sido una tumba.

—Me alegra haber aclarado ese punto. Ahora, ¿me dejas que hable un momento con Poppy en privado?

Miré a Lizzie en silencio con cara de «¿te parece bien?». Ella hizo un gesto afirmativo y se alejó cojeando hacia la puerta del instituto, donde se quedó esperándome.

Noah me abrazó por la cintura. Estaba guapísimo, por supuesto. Llevaba una camisa de color blanco desvaído que resaltaba el tono oliváceo de su piel. La mera sensación de sus brazos en torno a mí me hizo sentir un poco débil.

—Hola, preciosa —susurró, inclinándose para besarme.

Yo respondí a su beso, sin que me pasara inadvertido que Lizzie nos observaba con atención mientras fingía hablar por teléfono.

—Me preguntaba qué planes tienes para esta noche —dijo él.

Hacer deberes. Muchos, muchos deberes.

—Ninguno.

Él sonrió.

—Perfecto. ¿Nos vemos cuando salgas del instituto?

Yo era consciente de que estaba hecha un adefesio y seguiría estando así a las cuatro y media.

—¿Y si mejor quedamos a las cinco y me recoges en casa? —pregunté—. Tengo que ocuparme de algunas cosillas.

—Muy bien, a las cinco. —Posó en mí otra mirada profunda antes de echar a andar—. Hasta luego.

—Oye —grité mientras se alejaba—. Es mucho más fácil organizar estas cosas si usas el móvil, ¿sabes? No hace falta que me sorprendas siempre en el instituto.

Me miró de arriba abajo. Me sentí expuesta y cohibida.

—Sí —respondió con una sonrisita—, pero si lo hiciera a través del móvil no vería lo bonita que estás. —Dicho esto, se marchó.

Intenté recuperar la compostura mientras me encaminaba hacia Lizzie y el destino sombrío de mi clase de fotografía.

Ella estaba sentada en la valla y bajó de un salto.

—Estás coladita por él —dijo, abrazándome por los hombros—. Casi pareces enferma.

—Lo sé. Es patético.

Me acurruqué contra ella y me dejé guiar hacia el instituto.

Todos los intentos de apartar a Noah de mi mente se veían frustrados hasta cierto

punto por el fastidio atroz que representaba la clase de fotografía. El ambiente en el aula estaba muy cargado debido al calor que despedían los cuerpos arracimados en un espacio reducido. No había ventanas ni aire, solo una pizarra interactiva en la que aparecía una diapositiva aburrida tras otra. Yo no me había matriculado en fotografía por su vertiente académica. Era una materia optativa que había elegido con la esperanza de que fuera creativa y divertida. Y, en honor a la verdad, me pasaba casi todas las clases matando el rato en el cuarto oscuro. Pero, de vez en cuando —como hoy—, en un torpe intento de hacer que la asignatura resultara «académicamente estimulante», me obligaban a soportar un sermón sobre los orígenes de la fotografía o algo por el estilo.

Un rollo.

El problema era que, cada vez que lograba dejar de pensar en Noah, me asaltaban las preocupaciones. Así que, en los momentos en que me tomaba un descanso mental de Noah, me torturaba sintiéndome culpable por Portia, rememorando la lamentable sesión del día anterior con el doctor Ashley y angustiándome por cómo reaccionaría Ruth a la noticia sobre Noah. Por eso me invadió el alivio cuando el timbre sonó por fin, señalando el final de mi tediosa clase.

Me dirigí hacia el comedor y localicé a mis amigas, que se encontraban sentadas a nuestra mesa. Lizzie estaba lívida, y supe que guardarse un cotilleo tan jugoso la estaba matando. Pero yo aún no me sentía preparada para enfrentarme al pelotón de fusilamiento de Ruth y Amanda. Ya estaban jugando a las cartas, con Johnno sentado a un lado, al parecer algo aburrido. Ruth había hecho algo aparatoso con su pelo. Otra vez. Se lo había teñido de un rojo intenso y vibrante, y lo llevaba muy corto. Aunque a cualquier otra le habría quedado fatal, ella estaba despampanante. Como no podía ser de otra manera. Llevaba una camiseta de tirantes rojo chillón que desentonaba de un modo espectacular con su nuevo peinado. Le marcaba mucho el busto, lo que, junto con sus vaqueros ajustados, atraía unas cuantas miradas hacia nuestra mesa. Ruth fingía no reparar en ello, y un observador inexperto habría creído que estaba concentrada en su mano. Pero yo, que la conocía desde primaria, advertí que movía furtivamente los ojos a derecha e izquierda para comprobar las reacciones que provocaba. Además, se pasaba la lengua por los dientes de arriba, algo que hacía siempre cuando estaba contenta.

Dejé caer mi mochila sobre la mesa y ocupé la silla libre.

—Buenos días, peña —dije—. Me encanta tu pelo, Ruth. ¿Cuándo te lo has hecho?

Ella esbozó una sonrisita por el cumplido.

—Gracias. Me lo hicieron anoche. Antes del apagón, por suerte. —Se fijó en mi cabello, decididamente menos arreglado que el suyo—. Humm, Poppy. Veo que también es un día especial para ti.

Su franqueza me hirió. Me atusé el pelo con timidez.

—Mi alarma no ha sonado esta mañana, así que me he peinado deprisa y

corriendo.

—No está tan mal —señaló Amanda—. Lo que pasa es que no está perfecto como de costumbre.

—Ooooh, gracias.

—No es nada.

Bajé la vista hacia la mesa.

—Bueno, ¿cuándo me repartís cartas?

Jugamos un par de manos de mentiroso mientras Ruth nos explicaba exactamente qué reacción sexual esperaba que tuviera Will al ver su nuevo corte de pelo. Lizzie apenas había dicho una palabra. Era como si tuviera miedo de abrir la boca por si se le escapaba mi secreto.

Ruth bajó un par de cartas y declaró que eran dos seises.

—En fin —dijo mientras observaba atentamente a Lizzie, a quien le tocaba jugar—. Creo que necesito exhibir un poco mi nuevo peinado. ¿A quién le gustaría ir a tomar algo después de clase?

Oh, no.

—Yo me apunto —saltó Amanda, para nuestra sorpresa. Se volvió hacia Johnno—. ¿No te apetece una copa, para aprovechar al máximo este extraño tiempo veraniego?

Advertí que Johnno le apretaba la mano bajo la mesa.

—Suenan bien —dijo—. Y podría invitar también a los chicos.

—¿Tú qué dices, Lizzie? ¿Y tú, Poppy? —preguntó Ruth.

Me devané los sesos en busca de una excusa. La que fuera. No podía volver a usar la de la tarta de cerezas. No había dado muy buen resultado la última vez.

—Yo también iré —dijo Lizzie, y me dedicó una leve sonrisa—... pero creo que Poppy tiene otros planes.

Todas volvieron la cabeza al mismo tiempo para mirarme.

—¿Planes? ¿Qué planes? —inquirió Ruth, oliéndose que allí había una historia interesante.

—Esto... ¿hacer trabajos de clase? —aventuré, deseando no sonrojarme cada vez que mentía.

—Estás mintiendo.

—No es verdad.

—Sí que lo es —terció Lizzie.

Le lancé una mirada que esperaba que fuera intimidante.

—Muchas gracias, tía —dije.

Amanda desplazó la vista de mí a Lizzie y viceversa.

—¿Qué pasa aquí, chicas?

—Nada —contestamos Lizzie y yo al unísono.

—Y una mierda —espetó Ruth—. Poppy, ¿qué vas a hacer esta tarde que sea más importante que ayudarme a presumir de peinado nuevo?

Solté un gruñido y apoyé la frente en la mesa. No se me ocurría ningún pretexto convincente.

—Lizzie, te odio —dije, sin levantar la cabeza.

—¿Podéis explicarme qué está sucediendo? —quiso saber Ruth, sin duda irritada porque su cabello había dejado de ser el tema de la conversación.

Agité la mano en señal de rendición.

—Díselo.

—Poppy y Noah están saliendo juntos —anunció Lizzie, tan encantada que incluso percibí la sonrisa en su voz. Parecía aliviada como una ballena azul que por fin podía salir a la superficie después de haber agotado todo el aire de su orificio respiratorio. Amanda parecía confundida. Ruth entornó los ojos.

—Me tomas el pelo —dijo.

Yo negué con un gesto.

—¿Noah y tú?

Asentí.

Todas se olvidaron del juego de cartas.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre —respondió Lizzie por mí—. Noah dejó a Portia por Poppy.

«Genial. Gracias por recordármelo».

Se impuso un silencio cargado de estupor mientras todas intentaban asimilar el bombazo. Daba la impresión de que Ruth se había quedado de pronto sin centro de gravedad. Amanda seguía confundida. Y Lizzie parecía haberse quitado un enorme peso de encima al revelar el secreto.

Amanda rompió el silencio tímidamente.

—Vaya, eso es estupendo, Poppy —dijo, agarrando la mano de Johnno, que no parecía muy ilusionado por haber quedado atrapado en medio de aquella conversación femenina—. No sabía que te gustara, pero, en fin, está bien. Quiero decir que, como nunca te había gustado nadie, me he quedado de piedra.

—Sí, Poppy —dijo Ruth—. ¿Qué ha sido de aquello de «no hay un solo hombre en Middletown lo bastante bueno para mí»?

Detestaba ser el centro de atención.

—Supongo que he cambiado de opinión.

—A mí me parece muy tierno —opinó Lizzie—. Deberíais haberlos vistos juntos esta mañana. Poppy apenas se aguantaba en pie. Está loca por él.

—NO estoy loca por él.

—Sí que lo estás.

—No, no lo estoy.

—Que sí.

—Que no.

—Un momento —interrumpió Ruth—. ¿Qué ha pasado esta mañana? ¿Cuándo has visto a Noah?

—Estaba esperándola fuera del instituto —respondió Lizzie por mí—. Ha sido de lo más mono. Ha quedado con Poppy esta noche, y por eso ella no podrá acompañarnos en nuestra visita al *pub* para celebrar el peinado de Ruth.

Esta achicó tanto los ojos que quedaron reducidos a rendijas.

—Espera un poco —dijo—. No irás a dejar plantadas a tus amigas para salir con un vulgar chico, ¿verdad?

Tragué saliva.

—Pues...

—Porque siempre dices que las amigas son lo primero...

Si yo hubiera sido más valiente, habría enumerado todas las veces en que Ruth nos había llamado para avisarnos en el último momento que no se reuniría con nosotras, por lo general con el chupeteo de Will en su cuello como sonido de fondo.

Empecé a romperme los cascos para dar con un argumento.

—Bueno, he quedado con él antes de que tuvierais la idea de salir.

—¿Y qué? —De pronto, su estúpida carita se iluminó—. Ya sé: dile que venga también. Sería estupendo que nos presentaras a tu nuevo novio como Dios manda.

Me abracé las rodillas en posición fetal, con la esperanza de que aquella conversación se perdiera en el olvido lingüístico.

—Em...

—Estaría bien conocerlo en condiciones —dijo Amanda. Maldita traidora.

—Esto...

—Fantástico —dijo Ruth, sin dejarme hablar—. ¿Nos vemos en el Lock and Key a las seis, entonces?

Yo asentí, aborreciéndola en mi fuero interno.

El resto del día pasó volando, en una bruma de odio hacia Ruth.

Estuve echando humo por las orejas durante toda la clase de psicología, y apenas le dirigí la palabra a Frank en la de literatura. Si yo hubiera estado segura de que a Ruth le interesaba de verdad conocer mejor a Noah —sin segundas intenciones retorcidas—, no habría tenido inconveniente. Pero su reacción a la gran revelación había sido..., en fin, desagradable. Reviví en mi mente aquella primera actuación fatídica. Ella se le había insinuado descaradamente, le había tomado de la mano y nos lo había presentado con una expresión en la cara que yo recordaba bien. Yo nunca había representado un «problema» para Ruth. Nuestra amistad, por llamarla de alguna manera, nunca se vio amenazada por algo como que nos gustara el mismo chico. Más que nada, esto era porque, antes de Noah, no había habido un solo individuo con cromosoma Y en ochenta kilómetros a la redonda que despertara mi interés. Sin embargo, en las raras ocasiones en que me atraía algún hombre, nunca me había molestado en hacer algo al respecto. ¿Por qué? Bueno, porque Ruth se me adelantaba siempre, y mi coqueteo basado en bromas sarcásticas e ingeniosas no podía competir

con su escote vertiginoso y su actitud de chica dispuesta a acostarse con un tío en la primera cita.

Cuando sonó el timbre de final de clase, me encaminé hacia casa sintiéndome fatal. Había tenido tantas ganas de pasar otra tarde con Noah, y ahora, aun a riesgo de dar una imagen patética, confieso que no quería compartirlo.

La luz de las últimas horas de sol brillaba todavía con fuerza cuando atravesé la puerta principal. Mi padre seguía en el trabajo, y el coche de mamá aún no estaba aparcado en el camino de entrada. Buena señal. Significaba que había menos riesgo de que Noah se topara con ellos y tuviera que responder a sus incómodas preguntas de padres preocupados. El cabello, secado con secador, me colgaba lacio sobre los hombros, así que le di volumen con un poco de laca y me apliqué unos toques de maquillaje. Luego, llena de inseguridad, me debatí en la duda sobre si ponerme un vestido de tirantes amarillo que tenía. Era bastante corto y dejaba mis piernas al descubierto. Sabía que me congelaría en cuanto se pusiera el sol, pero pensé «a la mierda». Si iba a tener que enfrentarme a una Ruth despampanante, más valía que yo estuviera estupenda también. Estaba poniéndome un poco de pintalabios rojizo cuando sonó el timbre. Se me desbocó el corazón, y el nerviosismo se apoderó de mí al instante. Cogí mi bolso, que estaba colgado en la barandilla, y bajé para abrir la puerta a Noah.

Estaba apoyado en la pared, en plan James Dean. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba una preciosa camisa gris marengo.

Soltó un silbido de admiración.

—Vaya, vaya —dijo—. Estás espectacular.

Por toda respuesta, me ruboricé, con el corazón latiéndome aún a mil por hora. Salí y cerré la puerta con llave. Mientras, noté que las manos de Noah se deslizaban por mi cintura desde atrás. Me estremecí de placer cuando él me echó el pelo hacia atrás y me besó en el cuello con delicadeza.

—Eres tan bonita... —susurró, y yo noté su cálido aliento en la piel. Estuve a punto de derretirme cuando me dio otro beso—. No puedo creer que vaya a tenerte para mí solo durante toda la tarde.

Me volví entre sus brazos para entregarme a un beso largo y lánguido. Después, con las piernas convertidas en gelatina, me aparté.

—Bueno, respecto a eso... —dije—. Ha habido un cambio de planes.

—¿Cómo?

—Me han coaccionado para que te lleve al Lock and Key. Son órdenes de Ruth. Noah puso una cara larga.

—Me tomas el pelo.

—Ojalá.

—¿No puedes escaquearte?

Sacudí la cabeza.

—Qué va. Ya sabes lo persuasiva que es. Todas quieren que te presente «como es

debido». —Marqué las comillas con los dedos.

Noah parecía algo cabreado, y yo maldije a Ruth por millonésima vez ese día.

—O sea que eso significa que...

Asentí.

—Sí. Mis amigas saben lo nuestro. Lizzie... Bueno, ella intentó... —Dejé la frase a medias, avergonzada.

—Esa chica necesita una mordaza.

—Se esforzó, de verdad. Creo que nunca había logrado guardar un secreto durante tanto tiempo.

En un intento de quitarle el mal humor, lo abracé por la cintura con lo que esperaba que fuera un movimiento seductor. Él me devolvió el abrazo y me estrechó contra sí, pero sin mirarme.

Un silencio elocuente descendió sobre nosotros.

—En fin... —dije para romperlo—, supongo que es bueno que salgamos. No quiero ser una de esas chicas que se pasan todo el día a solas con el novio.

—Poppy, es solo nuestra tercera cita. Creo que tenemos derecho a pasar un rato a solas en nuestra tercera cita.

Agaché la cabeza.

—Lo siento.

—Tranquila.

Otro silencio.

Entonces noté que me agarraba la mano. Me torció el brazo y, en menos de un segundo, yo estaba apretada contra su cuerpo. Parpadeé, preguntándome cómo lo había conseguido tan deprisa.

—Bueno —dijo, clavando los ojos en mí—. Si tengo que compartirte toda la tarde, quiero aprovechar al máximo el rato que estemos solos.

Me besó como nadie me había besado. Me sujetó la cara mientras exploraba mi boca con la suya. Cerré los ojos y me concentré en la sensación, mientras él enroscaba mi cabello en torno a los dedos de su otra mano. Me oí jadear, pero me pareció un sonido muy lejano, y mi exclamación involuntaria envalentonó aún más a Noah. Me mordisqueó el labio con suavidad, exhaló con fuerza y por último su lengua penetró en mi boca. Solté otro quejido y respondí a su beso, clavándole las uñas en la espalda. Sin dejar de besarme, Noah me alzó en vilo y empujó todo mi peso contra la puerta. Si alguien pasaba por allí en aquel momento, seguramente acabaríamos detenidos, pero me daba igual. Mi mente estaba en otro sitio. En un lugar donde no había más que placer. Donde solo estaba Noah. Mis manos se aferraban con ansia a la parte de atrás de su cuello, para acercarlo lo más posible su boca a la mía. Su sabor resultaba embriagador.

Y entonces nos interrumpió un trueno ensordecedor que sacudió los cristales de la puerta.

Separé mi rostro del suyo bruscamente y levanté la vista hacia el cielo.

—¿Qué narices ha sido eso?

Noah también alzó los ojos.

—Al parecer se avecina una tormenta.

El azul veraniego del cielo prácticamente había desaparecido mientras Noah y yo nos besábamos. Solo quedaba una diminuta zona despejada. El resto del cielo estaba dominado por nubarrones grises y amenazadores. El aire estaba tan cargado de electricidad que crepitaba, y se percibía ese extraño olor metálico que suele preceder a un fuerte aguacero. Pese a que el sol estaba casi totalmente tapado, la sensación de bochorno seguía siendo intensa.

—Qué raro —comenté, desprendiéndome de sus brazos a regañadientes—. No sabía que hoy estuviera prevista una tormenta.

—Seguramente es por el calor que ha estado haciendo.

—Supongo.

—Espero que nos dé tiempo de llegar al *pub* antes de que se ponga a llover.

Me tomó de la mano con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido.

—Entonces, ¿no te molesta? —pregunté—. Me refiero a ir allí.

Él negó con la cabeza, y su pelo oscuro le cayó sobre los ojos.

—No. Me parece bien. Pero prométeme que no nos quedaremos toda la noche.

Le di un apretón en la mano.

—Te lo prometo.

Cuando llegamos vimos que los demás ya estaban allí.

Seguían tercamente sentados en la terraza, pese a que era evidente que iba a llover a cántaros. Ruth, con su peinado rojo chillón, estaba apretujada junto a Will, que la manoseaba con afán, intentando atraerla hacia sí, aunque ella no mostraba el menor interés. Observaba con fijeza la puerta del *pub*, con los ojos entornados, aguardando nuestra llegada. Amanda y Johnno, cómodamente acurrucados el uno junto al otro, conversaban por lo bajo. Así pues, había recaído sobre los amigos de Johnno la tarea de impresionar a Lizzie, que no parecía especialmente emocionada. Los amigos de Johnno podían describirse como ases del fútbol. Eran muy buenos para los deportes, pero no tan buenos para cosas... de mayor calado académico. No eran en absoluto el tipo de Lizzie.

La terraza estaba relativamente desierta. La mayoría de los clientes sin duda había echado un vistazo al cielo y se había resguardado bajo techo. Salimos, cada uno con una cerveza que Noah había pagado.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos aquí? —preguntó él, con una sonrisa bailándole en los labios.

Rememoré aquel día caluroso y soleado del que no hacía tanto tiempo y me estremecí.

—Estuve muy borde. —Sacudí la cabeza.

—No estuviste borde. Bueno, sí. Pero, en cierto modo, me lo merecía. —Me apartó un mechón de la cara—. ¿Sabes? Todavía pienso «tierra, trágame» cuando me viene a la mente ese rollo que solté sobre lo obvio que era que algo estaba ocurriendo entre tú y yo. Ni te imaginas cuánto me he torturado. En aquel momento me pareció un discurso contundente y guay. Pero, a posteriori... —Ahora fue él quien se estremeció—. En fin, me da bastante vergüenza.

Me reí.

—Los dos nos comportamos como unos idiotas. Olvidemos el asunto y releguemos esos recuerdos a los rincones de la infamia de nuestro cerebro. —Avisté a Ruth y agité la mano. Ella me dedicó media sonrisa—. Vamos, pues. Acabemos con esto.

Dijimos «hola» a todos, y ellos respondieron al saludo. Lizzie y Amanda se levantaron para recibir debidamente a Noah.

—Está MUY EN FORMA —me susurró Amanda al oído mientras me abrazaba.

Saludé con un gesto a los amigos de Johnno, a quienes conocía vagamente del instituto, e incliné la cabeza hacia Will.

—¿Qué tal, colega? —le dijo Noah—. ¿Sigue en pie el ensayo de mañana?

—Sí, claro, por supuesto —contestó Will sin prestarle mucha atención. Estaba estrujando alguna parte de la anatomía de Ruth por debajo de la mesa, pero no supe

determinar cuál. La cara de ella tampoco reveló nada.

—Hola, Noah —dijo ella, haciendo caso omiso de mí—. Ven, siéntate a mi lado. Hacía siglos que no te veía.

Con que esas teníamos, ¿no?

—¿Cómo te va, fiero? —Noah ocupó el asiento que ella le había guardado—. Te has hecho algo en el pelo.

—Fui a la peluquería ayer. —Vi claramente que le hacía ojitos—. ¿Te gusta?

—No está mal.

Me acomodé junto a Noah, enfurruñada. No me sentía con la fuerza mental necesaria para sobrellevar la hora siguiente, o el rato que fuera, sobre todo si Ruth mantenía esa actitud de «tengo que demostrar que le gusto». Tomé un sorbo de cerveza.

—¿Cómo que «no está mal»? —inquirió en un tono agudo, propinándole a Noah un manotazo en el brazo—. Vamos, cúrratelo un poco más.

Fijé la mirada en el fondo de mi botella, fingiendo que no estaba allí.

—Vale —dijo Noah—. Es precioso. Un corte de pelo muy bueno. Bien hecho.

—Eso está mejor.

—Yo ya te había dicho que me encanta ese peinado, ¿a que sí, Ruth? —Will estaba ansioso por participar en la conversación—. Te he dicho que así estás aún más bonita, ¿verdad?

Ruth pasó de él y se inclinó más hacia Noah.

—De modo que ahora eres un hombre de una sola mujer, ¿no? —Alzó la vista hacia él desde debajo de sus pestañas postizas.

Noah me tomó de la mano y la sujetó con fuerza. Yo estaba tan agradecida por ese gesto tranquilizador que por poco me desmayo.

—Así es.

—Qué lástima.

Le lancé a Lizzie una mirada significativa por encima de la mesa. Ella, como todos los demás, estaba presenciando aquel coqueteo extraño y del todo inapropiado. Arqueó las cejas como diciendo «yo tampoco lo entiendo».

Articulé con los labios la palabra «ayúdame» y ella asintió.

—Una auténtica lástima —prosiguió Ruth—. Me habían dicho que tenías fama de...

—BUENO —la cortó Lizzie en voz tan alta que nos asustó—. Me aburro. Juguemos a algo.

Todas las miradas se posaron en ella.

Moví los labios de nuevo para formar la palabra «gracias».

Ella me guiñó el ojo.

—¿A qué, por ejemplo? —preguntó uno de los amigos de Johnno.

—Sí, ¿a qué jugamos?

—Pues... esto... —titubeó Lizzie. Era obvio que no había llegado más allá en su

plan para la maniobra de distracción.

—Ya sé —saltó Ruth, que nunca desaprovechaba la menor oportunidad—. Juguemos al «nunca lo he hecho».

Un lamento escapó de mi boca y tosí para intentar disimular. «Nunca lo he hecho» era, en esencia, un juego para beber en el que las chicas con más experiencia sexual podían lucirse aún más de lo habitual tomándose un chupito detrás de otro y reconociendo con timidez que se habían acostado con alguien al aire libre, mientras las chicas como yo, que solo habían visto un pene y eso en la clase de educación sexual de noveno curso, permanecían totalmente sobrias y frustradas.

—Uf, no —dijo Noah, por fortuna—. ¿Alguien lleva una baraja? Podríamos jugar al Círculo de Fuego.

Amanda, genio y figura, sacó un paquete de cartas de su bolso.

—Qué ordenada eres —la alabó Johnno, con los ojos llenos de adoración.

—No..., es que... las llevo siempre. —Entregó los naipes a Noah, que barajó. Colocó un vaso de cerveza vacío en el centro de la mesa y puso las cartas boca abajo, formando un círculo.

—¿Cómo se juega? —quise saber.

—Paciencia. Os lo explicaré todo.

Al parecer, Círculo de Fuego era algo a lo que se jugaba para acabar borracho perdido. Noah asignó una «regla» a cada carta. Si un jugador infringía esa regla, le tocaba beber. Había que ir levantando cartas hasta que se acabara la baraja. Sería ideal para desviar la atención del comportamiento psicótico de Ruth. Los nubarrones continuaban cerniéndose sobre nosotros, pero no descargaban. Pese al calor pegajoso, nos quedamos en la terraza y lo pasamos bomba.

No suelo beber mucho, pero me enfrasqué tanto en el juego que antes de que me diera cuenta iba por mi cuarta botella de cerveza. De hecho, la mayoría llevaba un ritmo parecido. Amanda tenía la cara muy rosada y dejaba caer una y otra vez la cabeza sobre el hombro de Johnno antes de enderezar el cuello de golpe, sobresaltada. Will se había puesto aún más meloso con Ruth, que no parecía muy ilusionada al respecto. Como bebía vino blanco, no estaba tan achispada como los demás. Sentada con el entrecejo fruncido, observaba cómo el resto nos divertíamos con una ligera mueca de desdén. Lizzie acababa de inventar la regla de que los participantes debíamos imitar el sonido de un animal después de decir algo. Quien olvidara hacerlo tenía que beber. Era ridículo pero tronchante. Todos en torno a nuestra mesa mugíamos y balábamos, lo que nos valía la mirada de desaprobación de otros clientes que solo habían ido allí a tomar una copa tranquilamente.

Noah también estaba acusando los efectos del alcohol. Cada vez estaba más cariñoso. En circunstancias normales, esto me habría molestado, pues estábamos delante de mucha gente. Sin embargo, cuatro cervezas bastaban al parecer para convertirme en una exhibicionista.

No hacíamos nada asqueroso. Él solo me había puesto la mano en la pierna. De

acuerdo, tal vez la desplazaba poco a poco hacia arriba, pero nunca más allá de medio muslo. Al fin y al cabo, yo no era Ruth. Su contacto me provocaba un hormigueo en todo el cuerpo, mientras las nubes que teníamos encima se tornaban más oscuras y siniestras.

Después de otra ronda, estaba como una cuba. La cabeza me daba vueltas, y gritaba «TIN-TAN, TIN-TAN es el sonido que hace un calamar» antes de romper a reír como una loca yo sola. Sin duda más tarde me avergonzaría de ello, pero por el momento me daba igual. La vida era genial, perfecta y muy, muy graciosa..., aunque tal vez yo era la única que entendía la broma. Mi botella acababa de hacerse añicos en el suelo, porque la había soltado en el aire, creyendo que la dejaba sobre la mesa, cuando Noah decidió que había llegado el momento de llevarme a casa.

Se puso de pie.

—Vamos, patosa —dijo, tomándome de la mano—. Será mejor que vengas conmigo.

—No pasa naaaada —balbucí—. Ya me encargo.

Me agaché bajo la mesa hacia el montón de vidrios rotos verdes para intentar recoger algunos. Cuando me disponía a coger un trozo especialmente puntiagudo, Noah tiró de mí hacia arriba.

—No creo que sea buena idea, Poppy.

—Tranquiilo, soy una persona muy cuidadosa.

—Ya lo recogerá el camarero.

Me ayudó a levantarme con delicadeza y yo me tambaleé, dedicando a los presentes una sonrisa. Una sonrisa enorme y radiante. Uno de los colegas de Johnno parecía un poco asustado.

—Bueno, me abro —declaré a mis amigas borrachas.

—¿En *sherio*? —preguntó Amanda, con la cabeza sobre el hombro de Johnno—. *Esh* muy pronto.

Asentí, y mi cabeza tardó un momento en recuperarse del movimiento.

—Nos vemos mañana en el instituto.

En el instituto. Con resaca. La idea surgió en mi cerebro atontado, que la desechó de inmediato.

Lizzie se puso de pie con dificultad para despedirse.

—Asegúrate de que llegue bien a casa —le pidió a Noah—. Espera, se supone que tengo que hacer un sonido de animal. Hii-aaah. Hii-aah. ¡Soy un burro!

—Tus amigas están locas —musitó Noah.

—Las quiero mucho —aseguré, sin dejar de bambolearme. Intenté despedirme de Ruth. Como era vagamente consciente de que podía decir algo que más tarde lamentaría, elegí las palabras menos ofensivas que se le ocurrían a mi mente embotada.

—Adiós, Will, adiós, Ruth. Bueno, hemos estrenado bien tu corte de pelo, ¿a que sí?

Ella sonrió y respondió mirando a Noah.

—Parece que tu «novia» ha pillado una buena cogorza. Nunca ha sabido beber.

—HOLAAAAAAA —grité—. Estoy aquí. Te oigo, Ruth. Tengo oídos en la cabeza. Y pueden oírte.

Me ignoró, como si yo fuera Will.

—Solo espero que no te vomite en los zapatos —le dijo a Noah.

Él me aferró por los hombros y me guio hacia la salida. Creo que se había percatado de lo enfadada que estaba.

—No te preocupes. Vamos, Poppy.

Me alejó de la terraza mientras yo me despedía de todos agitando la mano. Justo antes de salir, oí que Amanda soltaba un relincho estridente, seguido de un hipido de sorpresa.

Seguía haciendo una temperatura increíblemente agradable cuando Noah y yo nos encaminamos hacia mi casa. Estar a solas con él me despejó un poco la cabeza. Solo un poco. Me esforzaba mucho por andar en línea recta, pero era una batalla perdida.

—¿Sabes qué? —pregunté, tropezando con mis propios pies y dejando que los fuertes brazos de Noah me enderezaran.

—¿Qué?

—Me gustas.

—Humm. Bueno, así funcionan estas cosas, Poppy.

—¡No lo entiendes! —Iba recostada bajo su brazo, lo que no facilitaba mis intentos de seguir una trayectoria rectilínea—. Eso es malo. No deberías gustarme. Sucederán cosas malas. Yo no dejo que nadie me guste. Y menos aún los chicos como tú. Vas a coger mi estúpido corazoncito y vas a hacer caca encima.

Noah se rio. Con ganas.

—Caray, qué imagen tan sugerente.

—Madre mía. Acabo de decir «caca», ¿verdad?

—Me temo que sí.

Escondí la cara contra su costado.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Seguro que te harás caca en mi corazón, ahora que he dicho la palabra «caca». Y no paro de decirla. Quiero irme a casa y morirme.

Noah me sacó de debajo de su brazo y me puso derecha.

—No puedo llevarte a casa todavía. Son solo las ocho de la tarde, y creo que tus padres no verían con buenos ojos que llegaras trompa.

Continuamos andando. Aunque cada vez me resultaba un poco menos trabajoso, seguía necesitando el apoyo de Noah.

—Bueno, ¿entonces adónde vamos?

—A la mía.

Di media vuelta y caminé hacia atrás con lo que pensé que era un contoneo seductor. Me sentía segura de mí misma. A causa del aturdimiento inducido por la cerveza, había olvidado ya que acababa de pronunciar la palabra «caca» varias veces.

—¿Qué haces? —preguntó Noah.

Estábamos frente a frente. Di otro paso hacia atrás y estuve a punto de perder el equilibrio otra vez. Con el ego hinchado por el alcohol, lo tomé de la mano y lo atraje hacia mí.

—¿Así que vamos a tu casa?

—Para bajarte esa borrachera, sí.

Alcé la vista hacia él.

—No irás a aprovecharte de mí, ¿verdad? —dije con suavidad, posando las manos en su pecho—. Porque en estos momentos soy muy impresionable.

Noah interrumpió el contacto visual.

—Vamos, Poppy. Deja de hacer el tonto.

Hice un mohín de enfado y me acerqué a él con cuidado. Me abracé a su cuello y lo besé allí. Noah exhaló despacio.

—No estoy haciendo el tonto —susurré—. Quiero que te aproveches de mí.

Muy despacio, Noah se soltó de mi abrazo.

—¿Qué ha sido de mi novia la feminista?

Me encogí de hombros. Nada te cambia tanto la personalidad como beber en exceso. Esos anuncios de advertencia de la tele tenían razón. Noah me agarró de la mano con firmeza y me guio por la calle. Aunque la pequeña y recóndita parte de mí que permanecía sobria debía alegrarse de que él no se aprovechara de mi actitud irreflexiva y, todo hay que decirlo, descocada, esto se vio eclipsado por un enorme y humillante sentimiento de rechazo. Caminamos (bueno, yo seguía trastabillando) hacia la casa de Noah mientras el sol empezaba a ponerse. El aire parecía aún más cargado, y unos retumbos lejanos nos indicaban que se aproximaba una tormenta.

Yo avanzaba al lado de Noah.

Malhumorada.

Sin hablar.

Atajamos por un prado salpicado de robles imponentes. Estaba anocheciendo y decidí que no me daba la gana seguir andando. Sin previo aviso, solté la mano de Noah y me senté sobre la hierba alta.

Noah miró alrededor. Yo estaba sentada con las piernas cruzadas y los brazos doblados sobre el pecho. Haciendo pucheros.

—¿Y ahora qué te pasa, Poppy?

—Nada.

—No me lo creo.

Se sentó junto a mí con un suspiro. Yo aparté la mirada, todavía un poco avergonzada. Aunque se alzaban algunas casas al borde del prado, estaba demasiado oscuro para que alguien nos viera. Un brillo anaranjado escapaba por las rendijas entre las cortinas de las casas. Seguramente estaban todos sentados cenando o haciendo algo por el estilo.

Yo no había cenado. Eso había sido un error. Notaba un regusto dulzón a cerveza en la boca.

—¿Vamos a quedarnos aquí sentados sin decir nada?

—Eres tú quien me encuentra repulsiva. —Estaba comportándome como una niña mimada, pero no me importó demasiado.

—Poppy, ¿de verdad te has puesto de morros porque no quiero aprovecharme de ti mientras estás colocada?

La parte sobria de mi cerebro se impuso por unos instantes.

—Bueno, dicho así... —Me sonreí.

Noah se arrimó hasta que nuestros traseros casi se tocaban. Me tomó de la mano.

—¿Tienes idea de lo difícil que es resistirse a ti, Poppy Lawson?

Noté su aliento en mi cuello. Me estremecí en la oscuridad.

—Pues tú parece llevarlo bastante bien.

—Intento ser un caballero, por si no te habías dado cuenta.

—Pero no eres un caballero con las otras chicas.

—Poppy, para mí tú no eres como esas otras chicas. Por eso intento resistirme a tus proposiciones de borracha. Pero es muy, muy difícil, créeme.

Ansiaba tanto que me besara que casi sentía un dolor físico. Me incliné hacia él y le acaricié el cuello lentamente con los labios.

—¿Puedes resistirte cuando hago esto? —pregunté. Bajé la cabeza y le di otro beso en el cuello.

Noah cerró los ojos.

—Más o menos.

—¿Y si hago esto?

Le mordisqueé delicadamente el lóbulo de la oreja izquierda y él soltó un suspiro leve. Me comí a besos su cara, sus ojos y rocé provocativamente sus labios con los míos. Noté que su boca respondía, pero descendí de nuevo hacia su cuello.

Se quedó con la boca entreabierta.

—De acuerdo, puedo soportarlo.

—¿Y si hago esto? —Con toda la confianza que me infundía el alcohol, lo besé de lleno en la boca. Tenía una mano en torno a su cuello, pasándole los dedos por el pelo, y deslicé la otra por debajo de su camisa. En cuanto toqué su pecho desnudo, Noah gimió y su fuerza de voluntad se evaporó. Me tumbó boca arriba y se colocó encima de mí, besándome con frenesí. Era una sensación increíble. Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo. Le tiré de la camisa.

—Poppy, intento hacer lo correcto —dijo con la boca pegada a la mía.

—Me da igual. —Y era cierto. Me daba completamente igual.

Todos los pensamientos sensatos se esfumaron de mi cerebro y dieron paso a Noah y a su sabor. No me percaté de que el cielo se había tornado de un color negro muy opaco sobre nuestras cabezas, ni de que el canto de los pájaros había cesado. Arquee la espalda hacia arriba, intentando acercarme lo máximo posible a su cuerpo. Sentí el tacto frío de su brazo en torno a mi cintura. Sus manos deambularon por mi espalda y por debajo del vestido...

El fuerte estampido de un trueno nos interrumpió antes de que llegáramos a una situación más comprometedor. El susto me hizo pegar un grito. Nos apartamos el uno del otro justo a tiempo para ver varios relámpagos enormes y ramificados surcar el cielo.

—¿Qué narices está pasando? —dije.

Antes de que Noah pudiera responder, las nubes sucumbieron. En un abrir y cerrar de ojos, el aire seco se vio invadido por pesadas cortinas de agua. Quedé empapada de inmediato. La lluvia caló mi vestido de algodón, me saturó el cabello y me inundó los zapatos. Noah me agarró de la mano.

—Vamos, tenemos que ponernos bajo techo.

Corrimos, alzando las manos en un intento patético de protegernos del aguacero. Las gotas rebotaban en el asfalto y ya se habían formado arroyos que descendían con ímpetu por los lados de la calle. Permanecía al lado de Noah mientras corríamos a través del chaparrón. En algunos momentos el agua caía con tal violencia que no alcanzaba a verlo. Sin embargo, cada vez que un rayo iluminaba el cielo con furia, su silueta oscura y alta aparecía ante mí.

—Ya casi hemos llegado —gritó, con la voz amortiguada por la lluvia.

La tormenta no daba señales de amainar. Nunca había presenciado nada igual. Era como un huracán. Cada trueno era tan ensordecedor que hacía que los huesos me temblaran con una especie de terror apocalíptico. Estaba asustada. Teníamos los nubarrones justo encima, y yo no dejaba de imaginar que un rayo caía en el suelo mojado y propagaba su energía letal a través del río que corría sobre el asfalto y que atravesábamos en aquellos momentos. Otro destello reveló que estábamos frente al bloque de apartamentos donde vivía Noah. Esto me llenó de alivio. Noah consiguió introducir su llave en la cerradura de inmediato, antes de tirar de mí hacia el interior del vestíbulo y cerrar la puerta con un golpe detrás de nosotros.

Dentro el ruido era mucho menor. Nos quedamos callados, observando cómo la tormenta castigaba Middletown de forma implacable. El viento doblaba los árboles hasta que perdían su forma natural. Los desechos volaban por la calle, y el nivel del agua aumentaba. Oíamos el borbotear de las alcantarillas, que luchaban por tragarse aquellas cantidades ingentes de agua de lluvia.

Noah me tomó de la mano.

—Ven, tenemos que secarnos.

Me guio hacia su apartamento. Me quedé de pie en la sala de estar, con los dientes castañeteando. Él entró en el baño y salió con dos toallas blancas y esponjosas.

—Ten —dijo, tirándome una—. Intenta secarte lo mejor que puedas, aunque tal vez necesitarás una ducha para entrar en calor.

Cogí la toalla, agradecida, y comencé a frotarme con ella vigorosamente. Mi vestido estaba empapado, y cuando exprimí el dobladillo salió un buen chorro que formó burbujas en el suelo.

—Me parece que voy a tener que aceptar tu oferta de la ducha.

Noah arqueó las cejas en un gesto sugerente, pero la tempestad me había despejado la cabeza por completo.

—Yo sola —añadí.

Él se encogió de hombros, sonriendo.

—No he dicho nada.

Me condujo a su espacioso baño con la gigantesca cabina de hidromasaje. Tenía una de aquellas alcachofas de acero que te dan la sensación de que te está lloviendo encima. Ya me había llovido bastante por un día, pero al menos aquella agua estaba caliente. Noah me enseñó cómo regular la temperatura. Luego se marchó y volvió con una camisa enorme.

—Meteré tu vestido en el armario para secar la ropa. —Dejó la camisa en el rincón—. Puedes ponerte esto mientras se seca. Supongo que será lo bastante grande para taparte... todo. Me ducharé después de ti.

—Gracias.

—Mientras tanto, estaré en la sala..., haciendo lo posible por no pensar que estarás desnuda a solo unos metros de distancia.

Solté una risita y le arrojé la toalla. La atrapó en el aire, la colgó detrás de la puerta y me dejó sola.

Abrí el agua de modo que saliera lo más caliente posible y me coloqué bajo el chorro. Fue como una bendición celestial. Me restregué a conciencia para quitarme el maquillaje, cogí un poco del champú de Noah y me enjaboné el pelo con él. Después de aclararme descubrí, para mi sorpresa, que Noah tenía acondicionador. Extendí una fina capa de él sobre mi cabello y luego me enjuagué. Después de secarme, me puse la camisa de Noah. Me llegaba justo por debajo del trasero, lo que bastaba por el

momento. Rebusqué en los armarios del baño y encontré un secador de pelo debajo del lavabo. Me pareció algo extraño, pero útil. Lo enchufé y lancé aire caliente sobre mi cabello, con la cabeza colgando. Limpié el espejo del botiquín, que se había empañado, y me eché un vistazo. No estaba mal. No llevaba ni una pizca de maquillaje y tenía el pelo un poco encrespado, pero mi aspecto era... presentable. Respiré hondo y salí del baño.

Noah estaba sentado en el sofá, sobre una toalla, para que su ropa mojada no estropeará la piel del mismo. Estaba viendo noticias por la tele.

Me acerqué tímidamente y me senté a cierta distancia para no mojarme de nuevo. Sobre la mesa que teníamos delante había dos tazas humeantes de té.

Las señalé.

—Espero que una sea para mí.

—Lo es. He pensado que tal vez te vendría bien algo más para bajarte la borrachera. —Me miró de arriba abajo, y me pasé la mano por el cabello recién lavado, cohibida—. Estás alarmanamente guapa.

Cogí la taza de té y bebí un sorbo, agradecida.

—No te hagas ilusiones —dije—. Esa fresca alcoholizada que se había apoderado de mi cuerpo hace una hora se ha retirado al País de los Errores Inducidos por la Bebida.

Noah se rio.

—Bueno, mentiría si te dijera que no estoy un poco decepcionado. ¡Ay! —exclamó cuando le tiré un cojín—. Es broma, Poppy. Siento no estar actuando como el caballero que me había propuesto ser. En serio, ni te imaginas lo sexy que estás. Además, me cuesta reprimir mis instintos de macho cuando te estás portando como, en fin, ya sabes.

Noté que se me encendían las mejillas. De pronto me vino a la mente el recuerdo de cuando yo había dicho, arrastrando las palabras: «Quiero que te aproveches de mí». Me estremecí.

Noah percibió mi incomodidad y se arrimó a mí, con cuidado de no mojarme. Me agarró de la mano, y yo bajé la vista hacia nuestros dedos entrelazados.

—Oye —dijo—, no había sentido algo parecido por nadie, y no quiero echarlo todo a perder. He precipitado las cosas con otras chicas, y nunca ha sido una experiencia especial. De verdad, quiero que sea especial contigo. —Comenzó a acariciarme la parte interior del pulgar. Era lo que más me gustaba. Yo no sabía qué decir—. El caso es que, a pesar de que me resulta de lo más difícil no echarme encima de ti y hacerte toda clase de cosas indecentes, tal vez deberíamos ir más despacio, ¿no crees? Conocernos mejor. Porque te aseguro que quiero conocerte a fondo, Poppy...

Tomó mi cara entre sus manos y la escrutó, en busca de una respuesta. Reflexioné sobre sus palabras. Me habían tranquilizado. Estaba obsesionándome tanto con su vasta experiencia sexual que empezaba a convertirme en alguien a quien no reconocía

del todo. Y, aunque sentía algo muy especial cuando estaba con él, creo que en el fondo sabía que seguramente era demasiado pronto. Al fin y al cabo, solo habíamos tenido unas pocas citas.

—Me parece que es una buena idea.

Noah me dio un beso en la ceja.

—Bien, entonces ¿estamos de acuerdo? Y, ahora, si no te importa —se puso de pie—, me muero de ganas de ducharme.

Seguía empapado, lo que me recordó la tormenta. Dirigí la mirada hacia las enormes ventanas y solté un grito ahogado.

—Madre mía —dije, llevándome la mano a la boca—. Menuda está cayendo ahí fuera.

En efecto, seguía lloviendo a cántaros contra un cielo negro como el azabache. Sin embargo, la tempestad parecía algo muy alejado del apartamento de Noah, como si las ventanas de la sala fueran un portal a una realidad diferente.

—Lo sé. —Noah recogió la toalla que estaba sobre el sofá—. Los del canal de noticias locales están como locos. Han emitido alertas por inundaciones. —Al fijarse en mi cara, añadió—: No es grave. Ya lo he comprobado. En esta zona de la ciudad no hay peligro. Al menos eso es lo que creen. De todos modos, tal vez deberías telefonar a tus padres para avisarles que estás a salvo. En cuanto escampe, te acompañaré a casa.

Telefonar a mis padres. Mamá debía de estar que se subía por las paredes.

Noah entró en el baño. Cuando oí que el agua de la ducha comenzaba a correr, me acerqué a la ventana para tener una vista mejor del exterior. Apreté la cara contra el vidrio, y mi aliento se condensó en torno a mi boca. El cielo estaba muy oscuro, pero el brillo anaranjado de una farola me permitía apreciar la intensidad de la tromba. En vez de gotas, caían chorros largos de agua. Regresé al sofá y subí el volumen del televisor. Una pobre periodista local aguantaba el chaparrón bajo un paraguas mientras intentaba informar.

—Como pueden ver —dijo, con el pelo tapándole la cara por el viento—, las condiciones aquí fuera son muy peligrosas. Los meteorólogos aconsejan no salir de casa salvo en casos de extrema necesidad. —Un relámpago destelló tras ella, y un milisegundo después iluminó la sala de Noah. La mujer debía de estar no muy lejos de donde me encontraba yo. Dividieron la pantalla en dos y los presentadores —cómodos y a salvo en el estudio— acribillaron a preguntas a la estresada periodista.

—¿Cuál es la causa de este tiempo tan insólito, Jennie? —preguntó el locutor.

Jennie tardó un momento en responder porque su enorme paraguas se había vuelto del revés. La vi soltar tacos entre dientes mientras forcejeaba con él y se le corría el maquillaje bajo la lluvia. Con un tirón enérgico, Jennie colocó el paraguas del derecho y devolvió su atención a la cámara.

—Buena pregunta, Martin —dijo con profesionalidad pese al rímel que le resbalaba por la mejilla—. Lo que agrava la situación es que ningún meteorólogo

pronosticó esta tormenta. Estalló literalmente de la nada. Los científicos están perplejos. Creen que quizás esté relacionada con la reciente ola de calor impropia de esta época, pero a estas alturas, no son más que conjeturas. —Sonrió a la cámara.

—¿Qué situación se está viviendo en Middletown? —inquirió el presentador, con la mano en el pinganillo.

La cámara bajó para enfocar los pies de Jennie, enfundados en botines y sumergidos hasta los tobillos. Se me escapó un jadeo cuando un plano más general reveló que ella se encontraba en la calle principal de Middletown. Estaba casi toda anegada.

—Como pueden ver, se han producido inundaciones localizadas —dijo Jennie en voz muy alta para hacerse oír por encima de la ventolera—. Los comercios están teniendo dificultades para proteger sus edificios, pues no hay muchos sacos de arena disponibles. Por el momento, hasta donde sabemos, no ha habido víctimas mortales, pero se insta a la población a que permanezca bajo techo hasta que pase la tormenta. Si vive usted cerca del río y el nivel del agua sube, lleve sus objetos de valor a una planta superior. Esperemos que las cosas no lleguen a ese extremo...

Pulsé el botón para quitar el sonido. Ya había oído suficiente. Abrí mi teléfono móvil y, como era de esperar, tenía al menos ocho llamadas perdidas de mi madre y dos mensajes en el buzón de voz. Marqué el número de casa.

Mamá respondió tras el primer timbrazo.

—¿Poppy?

—Sí, soy yo.

—Oh, gracias al cielo. Empezábamos a preocuparnos. Te he llamado un millón de veces. ¿Por qué no lo has cogido? ¿Dónde estás? ¿Estás a salvo?

Asentí con un suspiro.

—Sí, estoy bien. Siento no haber contestado, tenía el teléfono en silencio. Pero te aseguro que no tienes por qué preocuparte. Estoy en casa de un amigo. Creo que tendré que quedarme aquí hasta que cese la lluvia.

Mamá se quedó callada al otro lado de la línea.

—¿Qué amigo?

Tragué en seco.

—Noah.

Otra pausa.

—Entiendo.

—Estábamos tomando algo con Lizzie y las demás cuando comenzó a llover. Hemos venido aquí porque era lo que estaba más cerca.

Más silencio.

—De acuerdo. Bueno, trata de llegar a casa esta noche. Supongo que si el tiempo sigue igual de mal, tendrás que quedarte a dormir allí.

Se me heló la sangre. No se me había ocurrido esta posibilidad.

—¿Seguro que eso no te parece mal, mamá?

—Ya tienes diecisiete años, Poppy. Eres una chica sensata. Confío en ti. Intenta volver a casa, pero te prometo que no me escandalizaré si no lo consigues. Eso sí: procura tener el móvil a mano y mantennos informados.

—Vale.

—Hablamos luego.

Colgué.

Pasar la noche con Noah. Ja. Justo cuando habíamos decidido ir más despacio. Retumbó otro restallido que anunciaba más truenos. A ese paso, tendría que alojarme allí dos noches.

El agua de la ducha seguía corriendo, así que decidí llamar a mis amigas para asegurarme de que estuvieran bien. La primera fue Lizzie, claro está.

—El mundo se acaba —declaró sin molestarse en saludar.

—No es verdad. Solo es una tormenta. ¿Has llegado a casa sin problemas?

—Acabo de llegar. Creo que todavía voy pedo.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que como Ruth se ha llevado a Will a rastras poco después de que vosotros os marcharais, nos hemos quedado a tomar otra ronda con los colegas de Johnno. Entonces hemos mirado al cielo y aquello parecía el puto Apocalipsis, así que nos hemos ido corriendo a casa. En realidad no recuerdo mucho más. ¡Ese juego que nos ha enseñado Noah es mortal! En fin, ¿tú cómo estás?

Posé la vista en el televisor. Ahora a Jennie el agua le cubría por completo los botines.

—Bien. Me he mojado como un pollo, pero ahora estoy en casa de Noah. No tengo la menor idea de cómo voy a volver a casa.

Lizzie soltó un chillido.

—Tendrás que pasar la noche allí.

Me sentí un poco nerviosa.

—Tal vez.

Otro chillido. Me aparté el teléfono de la oreja.

—Tranquilízate, Lizzie. Puede que deje de llover.

—Sí, ya. ¿Es que no has mirado por la ventana?

—Aun así, es posible —insistí.

—Pues más te vale que me lo cuentes todo.

—Claro.

—Voy a ver las noticias. Te apuesto a que cancelarán las clases de mañana.

—¿Tú crees?

—Sí. El instituto ya debe de estar inundado.

—Da un poco de miedo, ¿no?

—A mí no. Vivo en lo alto de una colina. La altura mantiene a mi familia a salvo del peligro.

—Me alegro por vosotros.

Charlamos durante unos minutos más. Lizzie dijo que había contactado con Amanda y que estaba bien. Y al parecer Amanda había hablado con Ruth, que estaba bien también.

No quedaba nadie a quien telefonar.

Me recosté, apoyando las piernas sobre el brazo del sofá. Cerré los ojos y escuché el martilleo de la lluvia en el tejado. Era muy intenso. Tenía miedo. No sabía si estaba preparada para dormir junto a Noah. El pulso se me aceleró, y tuve que apretar los párpados con fuerza y realizar mis ejercicios de respiración hasta que recuperó su ritmo normal.

Me interrumpió Noah al salir del baño envuelto en una nube de vapor.

—Limpio como una patena —anunció.

Me incorporé, pero por poco tuve que tumbarme de nuevo. Él seguía mojado e iba desnudo salvo por una toalla en torno a la cintura que dejaba al descubierto lo que solo puede describirse como un pecho perfecto. Mi corazón empezó a latir más deprisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Noah, porque me había quedado pasmada mirándolo. No me atrevía a acercarme a él. Estaba demasiado arrebatador.

—Pues... —dije, sonrojándome una vez más—. Digamos que si eso de «ir más despacio» va en serio, tal vez no deberías salir de la ducha con esas pintas. —Lo señalé con un gesto vago.

Noah sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Dio una vuelta completa.

—¿Tan irresistible estoy?

—Cállate.

Caminó hacia mí, goteando todavía.

Me tapé los ojos con las manos.

—No puedo verte.

Entonces se abalanzó sobre mí y me inmovilizó contra el sofá.

El contacto directo con su piel fue para mí como una cerveza enorme para un alcohólico. Noah, que estaba encima de mí, me besó con suavidad en la boca, y mis labios correspondieron. Sin darme cuenta, empecé a acariciarle el pecho mojado. Otros rayos resplandecieron sobre nosotros, y la toalla se le bajó aún más. Dejó de besarme.

—Respecto a eso de ir despacio...

—No se nos da muy bien, ¿verdad?

—Más bien no.

—Bueno, yo lo llevaba bien hasta que has salido empapado y desnudo a propósito... —Abrió la boca para protestar—. Oh, venga ya. Lo has hecho aposta.

Su boca abierta se curvó en otra sonrisa traviesa.

—Vale, tal vez.

Me incorporé, intentando no fijarme en su torso musculoso.

—No me imaginaba que tuvieras abdominales tipo tableta de chocolate. ¿No se supone que cuando tocas en un grupo tienes que parecer desnutrido?

Noah se encogió de hombros.

—Tengo mucho tiempo libre.

—Se nota.

Sonrió de nuevo.

—Y ahora ve y tápate —añadí.

Noah se alejó hacia la habitación con pasos silenciosos.

Salió totalmente vestido y preparó más té. Mientras hervía la tetera, encendió la calefacción y noté el aire caliente que surgía de abajo.

—¿De verdad tienes calefacción por el suelo?

Él asintió.

—¿Son millonarios tus padres?

—Eso creo.

Acepté la taza de té que me tendió. Permanecimos sentados por un momento, bebiendo con silenciosa satisfacción.

—Me parece increíble que tengas calefacción por el suelo.

—Yo preferiría tener unos padres que se preocuparan por mí, como los tuyos.

—Perdona, lo había olvidado.

Me desplacé sobre el sofá para apoyar la cabeza en su hombro. Él, a su vez, apoyó la cabeza sobre la mía y los dos nos quedamos contemplando el televisor sin voz.

—Quizá tengas que quedarte a dormir —dijo, observando a Jennie chapotear por la calle principal de Middletown.

—Lo sé. He llamado a mi madre y me ha dado permiso.

—¿En serio? —preguntó, visiblemente sorprendido.

Hice un gesto afirmativo.

Noah arqueó una ceja.

—Creo que prefiere correr el riesgo de que pierda la inocencia a que pierda la vida.

—Me parece razonable.

—No hay peligro de que pierda la inocencia, ¿verdad?

Su sonrisa se desvaneció y su expresión se tornó seria.

—Supongo que no. No. —Resopló—. Pero es una putada. Me será difícil comportarme si estás acostada en la cama junto a mí.

—Tal vez debería dormir en el sofá, ¿no?

—Oh, venga ya. ¿En serio? —Estaba acariciándome las piernas, y sus manos cada vez llegaban más arriba.

—Pues si tú no vas a comportarte, tendré que hacerlo yo.

Noah me atrajo hacia sí sujetándome por la barbilla y me besó con delicadeza en

los labios.

—Bueno, si un poco de autocontrol es el precio que tengo que pagar por asegurarme de amanecer a tu lado mañana, creo que podré soportarlo.

Le devolví el beso.

—¿De verdad?

—De verdad.

Durante el resto de la tarde estuvimos acurrucados, viendo las últimas informaciones en la tele. Nunca me había sentido tan a gusto con un chico. Todo parecía cómodo y natural. Nuestros cuerpos encajaban entre sí como piezas de un rompecabezas y la conversación fluía sin tropiezos. Noah me habló un poco de su niñez. En aquella época lo único que quería era tocar la guitarra. Su padre le había enseñado. Se pasaban horas en el garaje, rasgueando a dúo. Eran los únicos ratos que habían compartido. Su padre le había contado que en su juventud había querido ser una estrella del rock, pero había renunciado a ello cuando había empezado a estudiar empresariales. Cuando se dio cuenta, tenía un traje, una esposa y una hipoteca. Según Noah, era la única ocasión en que su padre se había abierto a él. Ese día se había prometido a sí mismo que jamás renunciaría a algo que amara solo por exigencias de la vida.

Entre conversación y conversación, nos hacíamos mimos o nos besábamos. Nos reíamos el uno del otro o jugábamos a pelearnos. Detestaba reconocerlo para mis adentros, pero aquello era todo lo que me había imaginado que sería el amor. A veces, cuando yo estaba hablando, o ruborizándome por haber dicho alguna tontería, pillaba a Noah mirándome, con ojos escrutadores y muy abiertos. Sonriéndose. Entonces sabía que disfrutaba con mi compañía; que le gustaba que fuera yo misma. Y es que, cuando estaba con Noah, no podía fingir. Mi personalidad no dejaba de aflorar. Pero no se tomaba a mal nada de lo que yo decía o hacía. De hecho, cada vez parecía más embelesado. Y a mí me ocurría lo mismo. Había momentos en que él estaba hablando y yo desconectaba de sus palabras para contemplarlo sin más: el modo en que movía los labios, los hoyuelos que le salían en las mejillas cuando sonreía de cierta manera, su costumbre de rascarse la oreja cuando tocaba algún tema que lo entristecía o incomodaba. Me obsesionaba cada pequeña excentricidad de su cuerpo, y todo cuanto hacía o decía reforzaba mi certeza de que me estaba enamorando perdidamente de él. Sabía que era absurdo. Apenas lo conocía, a pesar de todo. Y sabía que eso suponía una hipocresía flagrante por mi parte. Aun así, no podía desterrar la sensación de que estábamos hechos el uno para el otro; de que formábamos una pareja perfecta.

Hacia las once de la noche, la tempestad seguía sin dar señales de amainar. Aún oíamos el repiqueteo de la lluvia en el tejado cuando telefoneé a mi madre para avisarle que me quedaría a dormir allí. Me pidió que tuviera cuidado y yo me estremecí ligeramente, esperando que eso no significara lo que yo imaginaba. Cuando colgué, vi que Noah se había puesto de pie.

—Muy bien, preciosa. Es hora de irse a la cama. —Me tendió la mano para

ayudarme a levantarme del sofá.

—Pero si todavía no tengo sueño —repuse, poniendo voz quejumbrosa.

—Ya hace horas que tendrías que estar acostada.

—¿Cómo sabes a qué hora me acuesto?

Noah me levantó en brazos sin esfuerzo y me llevó al dormitorio. Yo pegué un grito entre carcajadas.

—Vamos. Hora de dormir. —Me dejó caer sobre su gran cama doble—. Humm —dijo, bajando la vista hacia mí—. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba. —Se inclinó para besarme—. Mucho, mucho más difícil de lo que pensaba.

Tuve que recurrir a toda mi fuerza mental y física para apartarlo de un empujón y ponerme de pie.

—Voy a lavarme los dientes. Ya hace horas que tendría que estar acostada, ¿recuerdas?

Me encerré en el baño y me preparé para irme a la cama. Intenté limpiarme los dientes lo mejor posible con el dedo. Me eché un poco de agua en la cara y regresé a la habitación.

Noah ya se había metido bajo el edredón.

—Caray, qué situación tan rara —comenté mientras me tendía a su lado.

Me hice un ovillo de costado, de cara a él, con la mano bajo la cabeza.

—¿Tienes sueño? —preguntó.

—No mucho.

—Yo tampoco.

Estaba demasiado consciente de la proximidad de nuestros cuerpos. La sensación de intimidad era mucho más intensa ahora que estábamos acostados en la misma cama.

—Ven aquí —me dijo, atrayéndome hacia sí. No me besó; simplemente me abrazó y me miró con ojos tiernos. Solo llevaba sus calzoncillos tipo bóxer, y estar cerca de tanta piel descubierta era casi demasiado para mí. Me acarició el pelo y me dio un beso suave en la mejilla.

—No estarás cambiando de idea respecto a lo de «ir más despacio», ¿verdad? —susurré.

Deslizó el pulgar por la parte de mi mejilla que acababa de besar y sacudió la cabeza.

—No. Seguramente es lo mejor. Pero es muy, muy duro. Estoy echando mano de toda mi fuerza de voluntad para no restregarme contra ti en este instante.

Solté una risita.

—Vaya. Y luego dirán que el romanticismo ha muerto.

—Se equivocan. Y estoy decidido a demostrártelo.

—Ya, ya.

Noah se volvió para apagar la lámpara de la mesita de noche, sumiéndonos en la oscuridad.

—Dudo de que pueda pegar ojo contigo a mi lado —declaró.

Bostecé sin querer.

—Pues yo debería dormir un poco. Tengo que ir al puto instituto mañana.

Noté una descarga eléctrica en la pierna y advertí que Noah me había posado la mano en la cintura, por debajo de la camisa que me venía grande.

—¿Seguro que tienes que dormir con esto puesto?

—Cuidadito —dije—. No es demasiado tarde para que me exilie en el sofá.

No retiró la mano.

—Lo siento. No puedo dejar de tocarte. Es un impulso irresistible.

—Eso es nuevo. ¿Te has inventado esa frase tú solo?

—Es cierto... —Mi vista empezaba a acostumbrarse a la oscuridad, así que prácticamente alcanzaba a distinguir las facciones de Noah. Le brillaba el blanco de los ojos—. No lo digo solo en un... sentido sexual, Poppy —aseguró—. Bueno, obviamente, sí, me pones a cien. Pero es algo más que eso.

Permanecí ahí acostada, en silencio. El corazón comenzó a latirme con fuerza por la expectación sobre lo que diría a continuación. Me asustaba mucho que fuera «te quiero», las palabras que no dejaban de venirme a la cabeza desde hacía días; esas dos palabras intimidantes que lo cambiarían todo, que harían que fuéramos aún más en serio y que me convertirían en una hipócrita de aúpa. Pero me asustaba aún más que no lo dijera. Eso sería peor.

—Lo que ocurre es que... Esto te parecerá cursi, pero es como si mi vida no tuviera sentido antes de que te conociera. Sé que hace muy poco que estamos juntos, pero para mí ya hay un antes y un después de Poppy. Y, bueno, no hay una sola cosa de ti que no me fascine. Y la verdad es que... —Guardó silencio por un segundo, sin mirarme a los ojos—. Te quiero, Poppy Lawson.

Estas palabras me llegaron al corazón, y una sensación cálida recorrió mi cuerpo. Abrí la boca para hablar, pero Noah me interrumpió.

—Lo siento. Sé que seguramente es muy pronto. Y sé que no crees en estas cosas... No tienes por qué decirlo también. No pretendo presionarte. Solo quería decirlo de todos modos. De hecho, he estado deseando decirlo durante todo el día..., pero...

Ahora me tocaba a mí interrumpirlo.

—Noah. Deja de balbucear.

Cerró la boca.

Respiré hondo y busqué su rostro en la oscuridad.

—Yo también te quiero.

En cuanto las palabras brotaron de mis labios, supe que eran sinceras. Lo quería. Quería a Noah. No sabía cómo había sucedido ni por qué, pero el hecho de que lo quería era lo único de lo que estaba segura en aquel momento.

Noah seguía callado.

—¿Lo dices en serio?

Asentí.

—Completamente en serio.

—¿De verdad?

Sonreí.

—¡Que sí!

—Tenía tanto miedo de que no lo dijeras también...

—Pues lo he dicho.

—Pero si acabamos de empezar a salir.

—Lo sé.

—Y tú no crees en el amor.

—No creía, pero ahora sí. Creo con toda el alma.

Y los dos rompimos a reír, como un par de dementes, a causa de la alegría y el alivio. Me estrechó contra sí y yo me acomodé en el recoveco de debajo de su brazo. Los dos sonreíamos de forma incontrolable y sucumbíamos a ataques de risa cada minuto más o menos.

La Poppy de antes le habría gritado al televisor, lanzando palomitas a la pantalla en la que aparecíamos nosotros, exclamando que eso de decir «te quiero» tan pronto era ridículo, esperpéntico incluso. Me había transformado en una persona irreconocible que encarnaba todo aquello que yo odiaba, y sin embargo estaba tan contenta que me daba igual.

Noah yacía boca arriba.

—Creo que no exageraría si dijera que en este momento soy el tipo más feliz del mundo entero.

—Pues eso no puede ser malo.

Se volvió de costado, y como tuve que salir de debajo de su brazo, me tendí de costado también. Nuestras caras casi se tocaban.

—Te quiero —dijo de nuevo.

—Yo también te quiero.

—Pero yo te quiero un huevo.

—Y yo te quiero un huevo a ti.

Y nos pasamos horas así, repitiendo las palabras y riendo de júbilo hasta que el sueño por fin se apoderó de ambos. Y entonces dormimos como troncos, juntos, entrelazados el uno en los brazos del otro, mientras fuera seguía bramando la tempestad.

Rain estaba recurriendo a toda su energía mental para no salirse de sus casillas. Se sentía enfermo, físicamente enfermo, y no podía sacudirse la impresión de que todo aquello no podía ser real. No estaba ocurriendo. No podía estar pasando. No debía permitirse que ocurriera. Horrorizado, leía las actualizaciones de las noticias. Mantenía la mano pegada al ratón, y hacía clic cada cinco segundos de forma inconsciente para refrescar la página de Internet. Las cosas habían ido demasiado lejos. Suponía que a aquellas alturas ya habría muerto alguien; siempre había víctimas mortales en las inundaciones. Si al menos la doctora Beaumont hubiera hecho algo...

Ella estaba sentada a su lado, también concentrada en su ordenador, pero no parecía estresada. De hecho, se la veía casi tranquila. Estaba retrepada en su silla, con la misma sonrisa sádica de antes.

—Está empezando todo —dijo, rompiendo aquel silencio incómodo.

Él temía decir alguna inconveniencia, así que asintió con la cabeza y se mordió la lengua.

—Fascinante, ¿no crees? —comentó ella, totalmente ajena al estado de ánimo de Rain—. Apuesto a que durante tu período de instrucción no te esperabas ni en sueños llegar a ver una conexión como esta. Por más que conozcas la teoría y que hagas hipótesis sobre las consecuencias, es muy distinto cuando observas el fenómeno en la vida real. —Otro silencio—. Además, este caso es de lo más fascinante, ¿sabes? Creo que es posible que sus cuerpos se hayan adaptado para encajar entre sí. ¿Te lo puedes creer? Nunca había tenido la oportunidad de monitorizar algo como esto, de seguir su desarrollo desde el principio. La afinidad entre ambos es extraordinaria. Tendremos que reescribir casi todo el curso de formación. Quedan tantas cosas por aprender, por ver...

Rain no aguantaba más. Si continuaba escuchándola durante un segundo más, estrellaría el ordenador contra su cabeza de engreída.

—Anita, esto NO ESTÁ BIEN.

La sonrisa se esfumó.

—¿Qué has dicho?

Incapaz de controlarse, Rain desahogó toda la rabia que había acumulado en su interior durante los últimos días sin preocuparse un segundo por su carrera, su futuro o su castigo.

—Está mal. ¿Cómo puedes quedarte ahí sentada sin hacer nada? ¿Cómo puedes dejar que pase esto? Es absolutamente inhumano, TÚ eres inhumana. ¿Qué les estás haciendo a esas pobres personas? ¿No crees que ya resultará bastante duro cuando intervengamos? Estás dejando que se enamoren, sin más. ¿Cómo puedes actuar de esa manera? No lo entiendo. —Estampó su ratón contra el escritorio—. Si alguien ha

muerto, la culpa es tuya. Tienes las manos manchadas de sangre. No sé por qué lo haces, pero esto tiene que acabar. Tienes que ponerle fin. Voy a llamar al ministro de Defensa y...

—No harás eso de ninguna manera. —Sus palabras cortaron las de Rain como un cuchillo afilado corta la mantequilla. La fría autoridad que destilaba su voz le heló la sangre. Se desafió a sí mismo a sostenerle la mirada. La doctora Beaumont clavó en él unos ojos fríos como el hielo, con el rostro congestionado de ira. Rain adelantó el mentón y entabló contacto visual con ella.

—Ya lo creo que lo haré, Anita.

—No, no lo harás.

—No me queda otro remedio.

—Me temo que no eres plenamente consciente de tu situación, Rain.

Aunque no cabía duda de que estaba enfadada, su voz sonaba tranquila, serena, lo que puso nervioso a Rain. Se revolvió inquieto en su silla.

—¿De verdad crees que el ministro de Defensa escuchará a un don nadie como tú, antes que a alguien como yo? En mi opinión, deberíamos dejar que este emparejamiento siga su curso. Nunca antes se había desarrollado una tolerancia entre una pareja. ¿No ves el potencial que encierra todo esto, si logramos idear una manera de que estén juntos? —Se interrumpió por un momento, con un brillo en los ojos que trajo a la memoria de Rain lo que la gente decía de ella..., rumores que había oído en los pasillos: al parecer ella misma había tenido un emparejamiento una vez. Por eso la empresa la consideraba tan importante, pues su experiencia de primera mano poseía un valor incalculable para ellos. Pero ahora Rain no estaba tan seguro. ¿Cómo podía resultar útil una persona tan... perjudicada? ¿No suponía un riesgo demasiado grande?

—No hay salida, Rain, y lo sabes. Lo sabías cuando firmaste el contrato que te vinculaba a nosotros de por vida. Y, puesto que soy la principal experta en este campo y la única persona que puede conseguirte un ascenso, te sugiero que cierres el pico, a menos que quieras pasar el resto de tus días pudriéndote en una oficina de contabilidad.

Rain no supo qué decir. Se había olvidado del contrato, de su promesa de consagrar su existencia al trabajo que se llevaba a cabo allí. Había sido un estúpido. Estaba tan entusiasmado por haber obtenido acceso a un gran secreto que nunca se había parado a pensar qué ocurriría si ese gran secreto no le gustaba.

—Mira, Anita...

Ella lo fulminó con la mirada.

—Perdón. Quiero decir doctora Beaumont. Entiendo lo que me dices, de verdad. Pero ¿no crees que esto se nos está escapando un poco de las manos?

—Es una decisión que no te corresponde a ti, Rain, sino a mí. Ahora te recomiendo que vayas a buscarme un café antes de que decida rebajarte de categoría.

¿Qué podía hacer él? Se alejó y preparó la bebida. Por unos instantes se planteó la posibilidad de escupir en ella, pero optó por no hacerlo. Él se había metido en aquel jardín, y tendría que apechugar con las consecuencias hasta el final. Mientras esperaba a que la máquina filtrara el café, sus pensamientos se desviaron hacia los pobres chicos que estaban causando todo aquel lío. La situación por la que él estaba pasando no era nada comparada con la que tendrían que afrontar ellos. Tal vez Anita tenía razón. Tal vez sería mejor dejar que disfrutaran su pequeña porción de felicidad por el momento.

Porque, una vez que los acontecimientos se desencadenaran, ninguno de los dos volvería a ser feliz.

Desperté porque el sol me atravesaba los párpados. Con un gruñido, me froté los ojos antes de abrirlos lentamente. Como había olvidado dónde estaba, me sobresalté al ver ante mí la cara de Noah.

—Buenos días —dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba tendido de costado, a solo unos veinticinco centímetros de mí.

—¿Has estado observándome mientras dormía, pervertido? Eso no es romántico, ¿sabes? Más bien resulta un poco siniestro.

Se rio y se tapó los ojos con las manos.

—Solo te he mirado por un momento. Y no era con intenciones siniestras, sino porque sabía que así te despertarías.

Me incorporé, esperando no estar demasiado despeinada.

—Si hubieras usado un despertador no habrías quedado como un psicópata acosador.

—Lo sé, pero habría sido menos divertido.

El sol entraba a raudales por las ventanas en saliente de Noah, haciendo brillar las motas de polvo que danzaban en el aire.

—¿Así que ha dejado de llover?

—Eso parece. Pero han suspendido las clases de todos modos. He telefoneado a tu instituto para preguntar. El sitio está medio inundado. Nada muy grave, pero lo suficiente para que permanezca cerrado.

—Genial. Eso significa que me perderé la clase de psicología.

Noah me dio un beso en la mejilla, con cuidado de no echarme el aliento.

—¿Te apetece desayunar?

Asentí.

—Eso estaría muy bien.

—Guay. Prepararé unos huevos.

Se levantó de la cama mientras yo me recostaba para disfrutar con el alivio y la relajación que le invaden a uno cuando descubre que no tiene que levantarse a la hora prevista.

—Poppy. —Noah se detuvo en la puerta.

—¿Sí?

Bajó la vista a sus pies.

—Lo que dije... lo que dijimos anoche... ¿fue solo una reacción melodramática a las circunstancias apocalípticas del momento?

Sonreí, encantada por su vulnerabilidad.

—En mi caso, no. —Cogí su almohada abandonada para arrojársela—. Y más te vale que en tu caso tampoco.

Esquivó la almohada y huyó por el pasillo. La recogió y me la lanzó. Intenté eludirla, pero me golpeó en un lado de la cabeza.

—Uuuf. —Caí hacia atrás sobre la cama y me quedé allí, ligeramente aturdida.

Noah estalló en carcajadas.

—Te quiero con todo mi ser, toda mi alma y todo mi corazón —dijo y se tumbó boca abajo en la cama para plantarme otro fuerte beso antes de irse corriendo a la cocina.

Veinte minutos después, en su lujosa cocina, comíamos huevos revueltos sobre una tostada, con buen apetito. Yo llevaba todavía su camisa, que me quedaba grande, y Noah iba en calzoncillos. Estábamos sentados en taburetes frente a la bonita encimera de color gris oscuro.

—Por lo visto no se te da mal la cocina —comenté, engullendo los huevos.

Noah me sirvió más zumo de naranja.

—Es uno de mis muchos talentos.

—Entre los que no figura la modestia, ¿no?

Tomó un sorbo de zumo.

—Ja. Ahí me has pillado.

Se oyó un pitido apagado procedente del dormitorio de Noah. Era mi teléfono móvil. Fui descalza a buscarlo y vi que me había llegado un SMS de Lizzie.

«Nos vemos a las 12 para tomar un café y ponernos al día. No faltes».

—¿Quién es? —gritó Noah desde la cocina.

—Lizzie.

—¿Qué quiere?

—Quedar para tomar un café más tarde.

Regresé a la cocina, debatiéndome en la duda. Una parte de mí se moría de ganas de hablarles a mis amigas (menos a Ruth) de las revelaciones de la noche anterior. Pero la otra parte no quería separarse de Noah. Tenía la sensación de que me dolería físicamente. Sacudí la cabeza.

No. Yo no era una de esas chicas.

—Lástima. Me hacía ilusión que pasáramos el día juntos.

—¿No tenías ensayo con el grupo?

—Puedo cancelarlo. De todas formas, el local de ensayo podría estar inundado.

Negué con la cabeza.

—No. No vamos a ser una de ESAS parejas.

Noah parecía desconcertado.

—¿Qué parejas?

—Ya sabes, las que dejan de tener una vida propia cuando se juntan. Me niego. — Dejé el vaso sobre la encimera con un golpe algo violento y se derramó un poco de zumo—. Huy.

Noah cogió un trapo que estaba en el fregadero y limpió la encimera.

—¿Has terminado de despotricar?

Asentí.

—Bien. —Me tomó de la mano—. Yo tengo una vida, Poppy. —Bajó la mirada

hacia mis huevos a medio comer, levemente avergonzado por mi arrebato—. He conseguido sobrevivir diecisiete años sin ti. Y, sí, ha sido menos divertido, pero me las he apañado. No es más que un día, un ensayo con el grupo.

Yo no despegaba los ojos de lo que quedaba de mi desayuno.

—Lo siento.

Noah me levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Ya sé por dónde vas, Poppy. Sé que eres muy independiente y por eso te quiero. Pero no deberías tener tanto miedo de convertirte en un estereotipo o algo así...

Me sorprendió lo bien que me había calado ya. Era como si me leyera el pensamiento.

—Es cierto que los estereotipos me dan algo de... grima —reconocí.

—¿Por qué? ¿Estás convencida de que todos los demás son iguales y tú eres distinta?

—En cierto modo.

Noah se levantó, me apartó el cabello con delicadeza y me besó el cuello.

—Solo es una relación, Poppy. Todas encajan en un estereotipo. Nosotros no tenemos nada de especial, salvo el hecho de que somos quienes somos. Tú y yo. Y me alegro de que lo seamos, pues algo me dice que lo que ha surgido entre nosotros es bastante especial. Pero creo que ese rollo de enamorarse es igual para todo el mundo.

Lo besé en los labios.

—Ya me gustaría pasar todo el día contigo. Lo sabes, ¿verdad?

Me alborotó el pelo y llevó mi plato al fregadero.

—¿Qué pasa con lo de seguir cada uno con su vida?

—Eso lo pensaba antes de que dijeras todas esas cosas bonitas.

—Madre mía, eres un poco chaquetera, ¿no? Basta un par de cumplidos para que tires tus principios por la ventana.

Me puse de pie y le propiné un empujón.

—¡Eh, tío! Retira lo que acabas de decir.

Me agarró la mano, sonriendo, cuando me disponía a empujarlo de nuevo.

—Jamás.

Me hizo cosquillas en la cintura con un dedo. Le pegué una palmada en la mano, pero me agarró de nuevo y me sujetó el brazo bajo la axila antes de hacerme cosquillas otra vez con la mano que tenía libre. Solté un chillido y comencé a golpearlo en la cabeza para que me soltara. Se rio y paró mis golpes con facilidad. Más cosquillas. Era una sensación maravillosa y a la vez terrible.

—Por Dios, ¿de verdad estamos jugando a pelearnos? —jadeé durante otra ofensiva de cosquillas—. Esto sí que es un estereotipo.

Noah me cargó sobre su hombro con facilidad. Yo proferí un grito, cabeza abajo.

—Vale, ya me he hartado de ti. —Corrió a la habitación conmigo patas arriba mientras yo forcejeaba por liberarme, y me tiró sobre la cama. Antes de que yo

tuviera oportunidad de recuperarme, Noah estaba encima de mí, con la mano en mi pierna, deslizándose por debajo de la camisa que me venía grande.

»Lo que pasa con los tópicos —me dijo al oído con la voz entrecortada— es que, por muy predecibles que sean, pueden resultar bastante placenteros.

Entonces me besó, y durante unos diez minutos largos, todo lo demás me importó una mierda.

Unas horas y varios besos más tarde, salimos del apartamento de Noah para comportarnos como personas independientes y sociables. Mi vestido se había secado de forma aceptable durante la noche, y Noah había insistido en que estaba lo bastante guapa para reunirme con mis amigas sin necesidad de maquillarme. Tan embebida estaba en nuestra burbuja romántica que me había olvidado de la tormenta. Mi memoria se vio refrescada con crudeza en cuanto pusimos un pie fuera del edificio de Noah.

—Oh, Dios mío —murmuré, mirando alrededor.

Era algo parecido a esas imágenes que muestran en la tele de lugares arrasados por un huracán. El agua salía a borbotones de las alcantarillas y corría calle abajo. Había ramas rotas dispersas por el asfalto, una de ellas cómodamente alojada en el parabrisas destrozado de un coche.

—Bueno, esto no es algo que se vea todos los días —observó Noah, tomándome de la mano.

Caminamos hacia el centro, sobrecogidos y en silencio, contemplando aquella escena inesperadamente desoladora. Cuanto más nos acercábamos, peores eran los efectos de la catástrofe. Un poste telefónico había caído y hecho añicos el escaparate de una tienda. El nivel del agua era mucho más alto. Conseguimos evitar casi todos los tramos inundados, pero había momentos en que Noah me llevaba auestas, avanzando con las piernas sumergidas hasta la rodilla. Había tenido la previsión de llevar ropa de repuesto, y me dijo que se cambiaría en el local de ensayo.

Si no estaba anegado.

Cuando llegamos por fin al centro de Middletown, nos llevamos una fuerte impresión, pese a que ya lo habíamos visto en las noticias. Un agua lodosa lamía las fachadas de los comercios, y los propietarios, con caras tristes, barrían toda la que podían a la calle, que ya estaba saturada. El sitio donde se había colocado Jennie, la reportera, estaba ocupado ahora por un niño pequeño con unas botas de goma que le cubrían casi todo el cuerpo y que jugaba con un barco teledirigido.

—Bueno, al menos alguien se divierte —comentó Noah.

—No entiendo por qué Lizzie me ha propuesto que tomemos un café en el centro —dije—. Lo más seguro es que el lugar esté cerrado, ¿no?

—Conociendo a Lizzie, sabrá exactamente dónde se han producido daños, y ya estará recogiendo declaraciones de sus vecinos para vendérselas al periódico local.

Probablemente tenía razón.

Seguimos adelante, rodeando las partes más intransitables, hasta que llegamos al café. Estaba abierto, y a través de la ventana vislumbré a Lizzie, Ruth y Amanda.

Me volví hacia Noah.

—Bueno, me voy para ser independiente un rato.

—Yo también.

Nos quedamos inmóviles, mirándonos.

—¿Sería muy patético que te dijera que te voy a echar de menos? —pregunté, tirándole de la camiseta.

—No —dijo Noah—. Lo verdaderamente patético es que yo estaba a punto de decir lo mismo.

—Madre mía, somos oficialmente repelentes.

Noah me dio un beso rápido en los labios que hizo que me flaquearan las rodillas.

—Repelentes del todo.

Las chicas ya tenían delante tazas de café, así que antes de nada me dirigí hacia el mostrador y pedí mi batido de plátano de siempre.

Ruth clavó la vista en él cuando me senté junto a ella.

—¿Es que tienes cinco años?

Tomé un sorbo.

—Sí.

Me recliné en el pegajoso sofá de piel. Ninguna de ellas tenía aspecto de haber dormido mucho.

—En fin, ¿qué os contáis? —pregunté—. ¿Están en buen estado vuestras casas?

—De hecho, la nuestra está un poco inundada —dijo Amanda, retorciéndose las manos, visiblemente afectada—. No es grave, solo la cocina. Pero ha estropeado el suelo, así que mi madre está bastante estresada.

—Ooh, lo siento, cariño. —Bebí otro poco de batido—. Sigo sin entender cuál fue la causa. Es de lo más extraño.

—Pues yo creo que el fin del mundo se acerca —declaró Lizzie, claramente entusiasmada ante la muerte prematura del universo—. Conozco a una chica en mi clase de lengua que es cristiana, y dice que justo antes del fin del mundo sucederán todo tipo de cosas raras. Al parecer, los desastres naturales son las señales de advertencia.

—¿Y desde cuando eres religiosa? —preguntó Ruth.

—Solo es una posibilidad. Y tienes que reconocer que lo que ha pasado es raro.

Me reí.

—Lizzie, tú solo quieres que pasen cosas raras para tener una noticia interesante que contar.

—Tal vez.

—Pues yo creo que no es más que un fenómeno insólito —dijo Ruth—, aunque ha sido bastante aterrador. A Will y a mí nos sorprendió en la calle, y tuvimos que quedarnos en su casa. —Echó hacia atrás su nueva cabellera color escarlata—. En realidad, fue un fastidio. Yo había planeado dejarlo, pero no pude porque necesitaba alojarme en algún sitio —aseguró con indiferencia, sin mostrar la menor emoción.

Así que la fecha de caducidad de Will había llegado. En honor a la verdad, había durado más que los demás, pero me costaba entender que ella fuera tan fría. Yo solo llevaba con Noah una semana, más o menos, y ya estaba bastante convencida de que si rompía con él mi mundo se vendría abajo.

—Vaya bombazo, Ruthie —dijo Lizzie, metiéndose rápidamente en el papel de amiga comprensiva—. Me dejas de una pieza. Creía que os llevabais bien.

Ruth se encogió de hombros.

—Y así era. Pero me he aburrido. Ya me conoces.

Intenté darle una palmadita de consuelo, pero ella se apartó.

—¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no. Contigo, no. No te ofendas, pero no me apetece comentar el fracaso de mi relación con doña Acaramelada.

Esto me dolió, sobre todo porque yo había escuchado solícitamente los relatos de Ruth sobre las diversas etapas de acaramelamiento de sus numerosas relaciones amorosas con hombres distintos.

—Oye, eso no es justo —saltó Lizzie, lo que me sorprendió. No acostumbraba a plantarle cara a Ruth—. No tiene nada de malo que Poppy esté contenta.

—Lo sé, lo sé —dijo Ruth, torciendo ligeramente el labio—. De todas formas, aunque no pueda hablar de amor, puedo hablar de sexo, ¿no? ¿Qué tal es Noah como amante, Poppy? ¿Sus dedos de guitarrista te tocan donde deben?

Fijé la vista en mi bebida. Ruth se aprovechó de mi silencio incómodo.

—¿Todavía no te has acostado con él?

Por supuesto que no, y ella lo sabía. Sabía que todas las demás éramos vírgenes.

—Eeh... —balbucí.

Entonces fue Amanda quien me defendió. Flipé en colores. Debía de ser fiesta nacional o algo así.

—No tienes por qué contárnoslo —me tranquilizó—. No es asunto nuestro. Yo no hablo con vosotras de lo mío con Johnno.

—Eso es porque no habéis pasado de la fase del besuqueo —señaló Ruth, irritada por la falta de paciencia que estaban teniendo con ella—. Y seguramente no lo haréis hasta 2090.

Amanda tomó un sorbo de café con timidez.

—Yo no estaría tan segura.

Esto captó mi atención de inmediato. Todas nos volvimos hacia ella, asombradas.

—Sí, hombre.

—No te creo.

—Quiero los detalles.

—¿Hasta dónde habéis llegado?

—¿Estuvo bien? —(Esta última pregunta, sorprendentemente, se la hizo Ruth).

Pero Amanda no soltaba prenda. Se puso el doble de colorada que yo y clavó la mirada en su taza de café, sin decir una palabra, hasta que las demás nos callamos.

—Eso sí que es una novedad —aseveró Ruth—. Amanda se lleva a su novio al huerto, y seguramente Poppy pronto lo hará también, mientras que yo estoy soltera.

—¿De verdad crees que te acostarás pronto con Noah, Poppy? —inquirió Lizzie. Parecía intranquila. Yo no estaba segura de si le preocupaba mi bienestar o la posibilidad de que eso nos distanciara de alguna manera, nos separara en dos categorías distintas.

—Estamos yendo despacio.

—¿Qué? ¿No quiere acostarse contigo?

«Muchas gracias, Ruth».

—Claro que quiere acostarse conmigo —espeté—, pero acabamos de empezar a salir, y sentimos que no estamos preparados, ¿sabes?

—Pues yo en tu lugar no lo retrasaría demasiado. Los tíos buenos como Noah no están acostumbrados a esperar.

Me disponía a protestar, pero Lizzie acudió en mi rescate una vez más.

—Venga, Ruth, ya viste ayer cómo la miraba. El chico está colado perdido. —Me sonrió—. Estoy segura de que esperaría una vida entera por ti, Poppy.

—Bueno, esperemos que así sea.

Ruth pidió otro café, lo que pareció calmarla un poco. Me dedicó media sonrisa, en su caso lo más parecido a una disculpa.

—¿Y bien? —preguntó Lizzie—. ¿Aunque no te has acostado con él, ya te ha dicho que te quiere?

Recordé los susurros que habíamos intercambiado la noche anterior mientras caía la lluvia. Por toda respuesta, me sonrojé, pero eso lo dijo todo.

Amanda y Lizzie soltaron un chillido de alegría.

—¿En serio? —dijo Amanda.

Asentí.

—Cuéntamelo todo —exigió Lizzie.

Posé la vista en Ruth. Vale, estaba portándose como una imbécil integral, pero acababa de pasar por una ruptura, y mantener una conversación sobre el «te quiero» no habría sido muy considerado. Sin embargo, me miró a los ojos y se encogió de hombros.

—No te preocupes por mí —dijo, con otro asomo de sonrisa—. Suéltalo todo. Aunque para mí decirle eso a alguien no es ir despacio. Las cosas como son.

Nos sirvieron más bebidas mientras yo refería lo ocurrido en los últimos días. Era

agradable hablar de ello con mis amigas, estudiar sus reacciones, conocer sus opiniones. Hacía que todo pareciera más real. Aquello tan increíble que me estaba sucediendo no era producto de mi imaginación. Todas, incluida Ruth, soltaron gritos ahogados en los momentos adecuados. Cuando terminé de describir los acontecimientos de la noche anterior, se dejaron caer en sus asientos, agotadas por el cotilleo.

Permanecimos sentadas, saboreándolo, hasta que Lizzie sacó a colación un tema que prácticamente se me había olvidado.

—¿Qué hay de ese rollo del «creo que soy alérgica a él»?

Rememoré aquellos ataques de pánico inexplicables.

Sacudí la cabeza.

—Se me ha pasado del todo. Seguramente la causa no tenía nada que ver.

—Siempre me pareció bastante raro. No creo haber oído nunca que alguien fuera alérgico a otra persona. —Lizzie centró su atención en Amanda—. ¿Y tú qué? —dijo, propinándole un codazo suave—. Poppy ha cantado. ¿Qué pasa con Johnno y contigo? No pienso marcharme hasta que nos cuentes al menos un detalle escabroso.

Las horas transcurrieron mientras torturábamos a Amanda para sacarle información. Sin embargo, ella no abría la boca, ni siquiera cuando le hurtamos el bolso para usarlo como rehén. Nos advirtió que acabaríamos por aburrirnos. Tenía razón. Al cabo de una media hora, Amanda le quitó sin vacilar el bolso a Ruth mientras esta nos hablaba de las deficiencias de Will en la cama. Ruth se quedó bastante descolocada cuando se percató de que ya no lo tenía entre las manos. Este acto asertivo nos conmocionó mucho más que las revelaciones de Ruth. Ella siempre presumía de lo buenos que eran en la cama los chicos con los que salía. Cada una de sus conquistas tenía el pito más grande que había visto, era el más atrevido con el que había estado, etcétera. Pero, misteriosamente, cuando los dejaba, divulgaba anécdotas bochornosas sobre ellos. Yo no entendía cómo ella podía ser en ocasiones tan poco consciente de las cosas que decía. No éramos peces de colores; teníamos memoria y percibíamos las contradicciones entre lo que nos había relatado y lo que nos contaba después. Aun así, lo hacía. Y nosotras le seguíamos el juego de buen grado. Supongo que eran los únicos momentos en que alcanzábamos a entrever la inseguridad profunda de Ruth.

Después de un rato, caí en la cuenta de que era hora de irme a casa.

—¿Te marchas? —preguntó Lizzie cuando me levanté.

—Sí. No he visto a mis padres desde ayer por la mañana. Creo que debería pasarme por casa para darles las gracias por haberme engendrado, criado y todo eso.

—Te acompaño.

—Guay.

Nos despedimos, salimos del café y nos encaminamos de nuevo hacia la parte

inundada de la ciudad. El nivel del agua había descendido bastante, lo cual fue una suerte, pues Noah no estaba allí para cargar conmigo. Pensar en él me provocó más convulsiones en el estómago, y, algo molesta, me percaté de que no podía dejar de sonreír.

—¿Así que estás enamorada? —preguntó Lizzie mientras rodeábamos con cuidado un charco enorme.

Respiré hondo.

—Eso creo. —Otro vuelco en el estómago—. Creo que mucho.

—¿Y qué se siente?

Miré a mi amiga. Parecía un poco triste. La comprendí; también me habría puesto un poco triste si la situación fuera la inversa. Es lo más extraño de madurar: un día una descubre que no puede hacerlo todo al mismo tiempo que sus amigas. Las vidas de unas y otras se fragmentan, y empiezan a sucederle cosas distintas a cada una.

—¿Quieres que te diga la verdad?

Ella asintió.

—La verdad, Lizzie, es que da un poco de miedo.

Ella no se esperaba esta respuesta.

—¿Miedo?

—Sí.

—¿En qué sentido?

Medité mi respuesta, no muy segura de poder expresar lo que pensaba.

—Bueno, para empezar, no es algo que controle. Y me da rabia. Es como si no tuviera autoridad sobre mis sentimientos: no me hacen caso. Toman decisiones por su cuenta que invalidan las de mi mente racional. Creo que no estaba especialmente ansiosa por enamorarme de Noah. No era sensato. Sin embargo, es como si no hubiera tenido opción.

Lizzie se rio.

—Era de esperar que descubrieras todos los aspectos negativos del enamoramiento.

Negué con la cabeza.

—No es negativo, pero es verdad. Y otra cosa que me asusta es lo peligrosamente dependiente que me he vuelto ya.

—¿Qué me estás contando, Poppy Lawson? Jamás imaginé que llegaría ese día.

—Lo sé. Me da mucha rabia.

Los charcos se hicieron menos profundos conforme nos acercábamos a nuestras respectivas casas.

—Bueno, ¿no puedes obligarte a depender menos de él?

Tuve que reflexionar de nuevo para formular una respuesta sincera.

—Ojalá fuera posible. —Estiré los brazos por encima de la cabeza—. Pero no. Me siento unida a él, o algo por el estilo. Quiero decir que, si lo apartaran de mi lado, nunca conseguiría superarlo. Me da rabia. Me prometí a mí misma que jamás me

prendería así de un chico, pero te aseguro que no puedo evitarlo. La idea de perderlo me pone enferma... —Se me entrecortó la voz—. ¿Enferma? ¿Por perder a un tío? —Una lágrima me resbaló por la mejilla—. Cielo santo, Lizzie, ¿qué demonios me pasa? —Me paré en seco, y Lizzie me abrazó.

—Poppy, en teoría deberías estar CONTENTA. Lo sabes, ¿no?

Asentí, pero se me escapó otra lágrima.

—Oye —dijo Lizzie—, no he estado enamorada, así que no puedo fingir que entiendo aquello por lo que estás pasando. Pero hay algo que sí que sé: se supone que debería ser un momento feliz para ti. ¿Sabes lo que significa FELIZ?

—Soy feliz. Eso es lo que me asusta.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no quiero que mi felicidad dependa de un chico. Eso nunca ha sido bueno para nadie.

—Qué tontería. Fíjate en todas esas comedias románticas de pacotilla que tienen tanto éxito en taquilla. Los personajes femeninos no son felices hasta que se juntan con algún tío. ¿O qué me dices de esas novelitas baratas que lee Amanda? Todas tienen un final al estilo «vivieron felices y comieron perdices», ¿no?

Me sorbí los mocos. Empezaba a gotearme la nariz.

—Sí, pero eso no es amor de verdad —repuse, frotándome la nariz con el dedo—. El amor no funciona como en esas pelis, como si fuera una ecuación que debe resolverse. Fíjate en las historias de amor auténticas, las que no se olvidan enseguida por ajustarse a una fórmula trillada. Las historias de amor que enseñan en la escuela, las que duran para siempre. En esas historias, el amor destruye a los personajes. Los hace polvo. Convierte su vida en un infierno. ¿Y si yo acabo así?

Reanudamos la marcha. Me pareció que Lizzie se aguantaba la risa. Supongo que no podía reprochárselo; tal vez me estaba pasando de melodramática.

—Poppy, cielo, te quiero y me alegro mucho por Noah y por ti, pero no sois Romeo y Julieta, o Cathy y Heathcliff, o incluso esa pareja de *El cuaderno de Noah*, que hace llorar a todo el mundo. —Aún tenía el brazo en torno a mí—. Mira, es la primera vez que te enamoras. Creo que es una experiencia abrumadora para cualquiera. Pero le estás dando demasiadas vueltas...

Intenté protestar, pero ella continuó.

—Es la verdad. Lo sabes. Siempre lo haces. Pero, por favor, ¿podrías intentar disfrutarlo? Has encontrado a alguien que te quiere. A ti. Tal y como eres. Hay personas que no llegan a experimentar nada parecido en toda su vida, y tú lo has conseguido a la tierna edad de diecisiete años. Así que deja de preocuparte y disfrútalo. Eso sí: no olvides quiénes somos tus amigas.

Aunque sabía que sus palabras estaban cargadas de razón, más que aliviada me sentía incomprendida. Aun así, asentí y le di un abrazo rápido para contentarla.

—Claro que no me olvidaré de vosotras. Que no soy Ruth, por Dios.

Lizzie se rio de nuevo.

—Ja, ja. Oooh, pobre Will. Están a punto de romperle el corazón, ¿verdad?

—Eso creo.

—En fin. Eso le pasa por tonto.

Después de caminar durante un rato, dejé de estar tan alterada. De hecho, me sorprendía el arrebatado de antes. No había cobrado conciencia de esos pensamientos hasta que los había exteriorizado. Estar con Noah me embelesaba tanto que al parecer me impedía realizar análisis racionales mientras no me alejara de él. Supongo que eso resultaba preocupante de por sí, pero recordé lo que había dicho Lizzie e hice un esfuerzo por disfrutarlo.

Ella y yo nos separamos en la esquina habitual.

—Gracias por escucharme —dije—. Lo siento. Debe de ser exasperante oírme lloriquear sobre mi enamoramiento. Yo en tu lugar me odiaría.

—Pues intento alegrarme por ti. Trata tú de alegrarte por ti misma.

—¿Vamos juntas al instituto mañana?

—Nos vemos a la hora de siempre.

Mi padre estaba en su sitio de costumbre cuando llegué a casa.

—Estás viva —dijo al verme entrar en el salón con un vaso de agua en una mano y un Kit Kat en la otra.

—Así es.

Me senté en el brazo de su sillón favorito y le di un abrazo breve.

—¿Qué tal habéis capeado el temporal? Por lo que veo, no se nos ha inundado nada.

Partí el Kit Kat en dos y ofrecí a papá un trozo. Se quedó mirándolo por unos instantes antes de coger la parte más grande.

—No nos podemos quejar. —Tomó un bocado, y unas migajas de chocolate cayeron sobre sus rodillas—. A mamá le preocupa que su herbario haya quedado dañado por la lluvia, pero por lo demás hemos salido bien librados. —Dio otro mordisco a su galleta cubierta de chocolate—. ¿Y tú? ¿Estabas a salvo en el piso de Noah?

Me produjo una sensación extraña que él supiera que me había alojado allí. Temía que se imaginara cosas raras y quería hablarle de nuestra voluntad de ir despacio, pero me incomodaba tocar el tema. Apoyé la cabeza en su hombro.

—Todo fue bien. Cuando el temporal nos pilló en la calle me asusté bastante, pero una vez bajo techo, no hubo problema. —Hice una pausa—. Fue todo bastante extraño, ¿no?

Mi padre asintió.

—Supongo que si las llaman «condiciones meteorológicas excepcionales» será por algo.

Permanecimos sentados durante unos minutos, haciéndonos compañía y mordisqueando nuestras galletas con chocolate. Papá abrió el periódico y se puso a leer. Al acordarme de que Noah se había metido conmigo por no estar informada sobre la actualidad, comencé a leer por encima del hombro de mi padre.

El *Middletown Gazette* dedicaba la primera plana a la tormenta de la noche anterior. El titular, en negrita, era claro y directo:

«TEMPORAL INESPERADO AZOTA LA CIUDAD»

—Caray. ¿Ha habido muchos daños?

Papá pasó a la página siguiente. Había fotos de la inundación, entre ellas varias de personas de semblante triste frente a sus comercios destrozados.

—Bastantes. Dicen que algunos lugares tardarán al menos un mes en volver a la normalidad.

—¿No se sabe todavía cuál fue la causa?

—No tienen ni idea. Creen que tiene que ver con la corriente del Atlántico Sur, pero por lo general una tormenta procedente de esa dirección se ve venir mucho

antes.

Leímos la noticia juntos. Me animé un poco al ver el nombre de Lizzie en letra impresa junto a unas declaraciones de ciudadanos conmocionados que había recogido. Qué callado se lo tenía, la muy pillina. Pero el texto pronto se tornó demasiado deprimente para seguir leyendo. Reprimí un bostezo.

—Me voy a mi cuarto.

—Buenas noches, reina.

Subí las escaleras y me puse el pijama. Fue agradable despojarme de la ropa que se había mojado con la lluvia. Agradecida, me arrebujé bajo las mantas y cogí mi libro. Apenas había leído media página cuando sonó mi móvil.

Miré la pantalla y sonreí. Era Noah.

—Hola, tú —dije sin dejar de sonreír.

—Bueno, preciosa, ¿qué tal te ha ido el día sin mí?

—Ha sido estupendo.

Me acurruqué mejor bajo el edredón.

—Oooh, no seas así. Yo estaba a punto de ponerme todo cursi y decirte cuánto te he echado de menos.

—Sí que sería cursi.

—Pues entonces no lo diré.

El mero hecho de oír su voz me había borrado de la mente la terrible crónica del periódico.

—De acuerdo —cedí—. Yo también te he echado un poco de menos.

—Mira que eres cursi, tía.

—¡Oye!

—Solo estaba pagándote con la misma moneda.

Me cambié de oreja el teléfono y me tendí de costado.

—¿Qué tal el ensayo con el grupo?

—Bastante bien. —Percibí el entusiasmo en su voz—. Muy bien, de hecho. Nos ha surgido una actuación bastante importante.

—Suenan bien. ¿Dónde?

—Hoy nos ha llamado un tipo que nos ayuda a conseguir bolos. ¿Conoces a los Ponyboys?

Por supuesto que conocía a los Ponyboys. Todo el mundo conocía a los Ponyboys. Los ponían en la radio a todas horas. Eran uno de esos grupos de rock independiente que habían saltado a la fama tras sacar un par de baladas pegajosas. A Ruth y Amanda les gustaban mucho, y yo tenía algunas de sus canciones en mi iPod.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Verás... —Noah hizo una pausa para crear suspense—. Van a tocar en el Complex dentro de dos semanas.

—Ya. Ruth y Amanda han comprado entradas. ¿Y qué?

—Por lo visto les gusta que sus teloneros sean grupos locales. Nos descubrieron a

través de MySpace y, Poppy, no te lo vas a creer: nos han pedido que abramos la actuación.

Me incorporé en la cama.

—Me tomas el pelo.

—Qué va.

—¿En serio?

—Sí.

—Es increíble, Noah. —No daba crédito. El Complex estaba a unos veinte minutos en coche de la ciudad. Por lo general albergaba conciertos de artistas famosos. Yo había ido a ver varios grupos en las raras ocasiones en que había sido lo bastante organizada para conseguir entradas.

—Creo que todavía estoy flipando. Tenemos que ensayar mucho. ¡Solo dos semanas! Espero que no la caguemos.

—No la cagarás.

—Si tú estás allí, seguro que no.

Suspiré.

—Me molaría mucho ir, pero las localidades se agotaron hace siglos.

Era una putada. Me habría encantado ver a Noah en un escenario tan grande. ¿Por qué no había dejado que Ruth me comprara una entrada? Creo que por aquel entonces intentaba ahorrar.

—Poppy, irás al concierto. Estás con el grupo. Me encargaré de que te dejen entrar.

Tardé unos instantes en asimilar esa información.

—Dilo otra vez.

—Me encargaré de que te dejen entrar.

—Eso no. Vuelve a decir la primera parte de la frase.

—¿Lo de que estás con el grupo? —aventuró Noah, desconcertado.

Exhalé un suspiro de alegría y me recosté de nuevo sobre mis almohadas.

—¿Tienes idea de lo guay que suena eso? —Me reí de la pena que me daba yo misma.

Noah se rio también.

—Ya lo pillo. Una de las razones por las que me metí en esto de la música fue para poder decirles a las chicas la frase «toco en un grupo».

—No me lo recuerdes, por favor.

—Pues ahora eres mi *groupie*, Poppy. Mi única *groupie*. Y eso significa que tendrás un pase VIP.

Sonreí.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

Soltó otra carcajada.

—Si no te conociera, pensaría que solo te intereso porque toco en un grupo.

—Bueno, si soy tu *groupie* oficial, ¿significa eso que tengo que acostarme

contigo? —Aunque mi intención era más bien inocente, Noah se quedó callado al otro lado de la línea.

»¿Noah? —pregunté, ligeramente alarmada—. ¿Sigues ahí?

Finalmente habló de nuevo.

—De verdad, Poppy, no puedes sembrar en mi mente esas imágenes en medio de una conversación, como si tal cosa. Ahora soy incapaz de pensar en otra cosa.

Se me escapó una risita.

—Los hombres sois tan primarios...

—Me temo que tienes razón. Me esfuerzo al máximo por no serlo.

Por un momento, contemplé la posibilidad de acostarme con Noah y tuve que respirar hondo. Seguía aterrada, naturalmente. Pero al pensar en el día anterior y en lo que había sentido cuando estaba con él en aquel prado, me estremecí.

Hablé con un susurro ronco, sorprendida por lo cachonda que me había puesto yo sola.

—¿Seguro que eso de ir despacio es buena idea?

Otro silencio.

—Por favor, Poppy. ¿Es que intentas matarme?

—Perdón.

—No pasa nada. Sí, creo que es buena idea. Simplemente nos planteará algunas dificultades logísticas, eso es todo. —Se quedó callado otra vez por unos instantes—. Y el motivo, Poppy, eres tú. Eres muy especial. Lo nuestro es muy especial, y no quiero precipitar las cosas. Tenemos tiempo de sobra... —Otra pausa—. De hecho, a riesgo de quedar como un cursi rematado, tengo la sensación de que dispongo de todo el tiempo del mundo contigo; de que estaremos juntos para siempre.

Ahora me resultaba total y absolutamente imposible dejar de sonreír.

—¿Sientes tú lo mismo? —preguntó.

El nerviosismo volvió a apoderarse de mí. Reflexioné sobre lo que él acababa de decir y lo que implicaba. «Para siempre». Bueno, para toda la vida, al menos. La idea de estar con alguien durante tanto tiempo me intimidaba. Por otro lado, sabía que jamás encontraría a alguien como Noah. Era la horma de mi zapato. Sin duda un desconocido que nos hubiera observado se habría mofado de nosotros y habría restado importancia a lo que ocurría calificándolo de «amor adolescente», pero yo sabía que era mucho más que eso. Supongo que por eso había estado tan alterada. En teoría nadie conoce a su alma gemela a los diecisiete años. De hecho, hasta un par de semanas atrás, yo ni siquiera creía en las almas gemelas. Pero sabía en mi fuero interno que aquello era algo bueno.

Como había tardado en responder, elegí mis palabras con cuidado.

—Sí, siento lo mismo.

—¿De verdad? Porque no quiero abrumarte. ¿Lo dices en serio? Yo mismo me siento algo abrumado.

—Estoy un poco acojonada. Pero, a riesgo de quedar como una adolescente

melodramática, te diré que tengo la sensación de que podría ser feliz pasando el resto de mi vida a tu lado.

Noah suspiró aliviado.

—Gracias —dijo—. Me asustaba ser el único que pensara estas locuras.

—Pues no, no eres el único. Deben de ser nuestras efervescentes hormonas juveniles.

—Bueno, tal vez seamos un poco jóvenes, pero fíjate en Romeo y Julieta. Lo suyo era un amor verdadero, pese a que solo tenían unos catorce años. En realidad es bastante sórdido si lo piensas bien.

Me reí.

—Y ya ves lo bien que acaba esa historia.

—Procuremos no suicidarnos, ¿de acuerdo? Al menos durante una temporada.

Hablamos durante un rato sobre el concierto. Y sobre Ruth. Le conté que ella planeaba romper con Will, y esto lo irritó un poco. Por alguna razón traté de defenderla, hasta que caí en la cuenta de que no tenía muchos argumentos a su favor.

Al cabo de un rato, llegó el momento de colgar.

—En fin —dijo Noah—. Como he sido bueno y no te he visto en todo el día, me he ganado el derecho a acompañarte mañana en el camino al instituto.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, ya he quedado en ir con Lizzie.

—Bueno, ¿nos vemos después de clase, entonces? Haremos algo divertido. Será una sorpresa. Lejos de mi piso para que no nos den tentaciones de... ya sabes.

—Tengo que hacer trabajos para clase...

—Ah, sí. Por supuesto. Perdona, no quisiera que la cagaras en tus estudios por mi culpa.

Repasé mentalmente mi agenda para el día siguiente y encontré una solución.

—Tengo dos horas libres mañana. Si voy a la biblioteca y me porto bien y trabajo en vez de cotillear con las chicas, seguramente podré terminarlo casi todo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Genial. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

—Ah, y Poppy...

—¿Sí?

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

A la mañana siguiente, me encaminé hacia el punto donde había quedado con Lizzie. El tiempo, fiel a su comportamiento indeciso de los últimos días, había decidido que volvía a ser invierno, por lo que hacía un frío que pelaba. Abrigada con mi enorme parka, una bufanda, guantes y gorro, me pregunté cómo había podido estar sentada en la terraza de un bar hacía solo un par de días.

Lizzie estaba saltando alternadamente sobre uno y otro pie cuando llegué.

—Madre del amor hermoso, qué rasca —comentó, con el aliento congelándose en el aire—. ¿Qué narices está pasando? ¿El tiempo anda con síndrome premenstrual o qué?

También se había vestido para el frío, con un abrigo largo de lana y un sombrerito de fieltro. A Lizzie le quedaban bien los sombreros.

—No lo sé. —Encogí las manos aún más en los bolsillos—. Pero ojalá se aclarara de una vez. Que nos envíe un veranillo de San Martín como Dios manda, o que se deje de tonterías y haga un frío de cojones hasta mayo.

Echamos a andar a paso vivo para entrar en calor.

—Ah, se me olvidaba —añadí, cuando llegamos cerca del instituto—. Los Ponyboys han pedido al grupo de Noah que sean sus teloneros en su próxima actuación.

Lizzie se paró en seco.

—Estás de coña.

—Qué va. Me llamó anoche y me lo dijo.

—Es una noticia alucinante.

—Lo sé.

—¿Me estás diciendo que los Ponyboys los encontraron y preguntaron por ellos?

—Sí. Al parecer fue a través de MySpace o algo así.

—¿Se lo has dicho al periódico local?

—Sí, Lizzie —dije con cara de palo—, fue justo lo primero que hice en cuanto me enteré.

Reanudamos la marcha. Hacía demasiado frío para permanecer inmóviles.

—Sería una noticia de interés para la gente de la ciudad —rezongó.

—Sí, supongo.

Cruzamos la verja del instituto, que, contra lo que era habitual, no tenía delante una multitud de estudiantes remolones. Hacía demasiado frío.

—Caray. Tu novio se hará famoso.

—Humm. Tal vez.

Para ser sincera, estaba algo nerviosa. Asistirían miles de personas a la actuación. Miles de chicas se comerían a Noah con los ojos, deseando estar en mi lugar, y seguramente pensando que él podría haberse buscado a alguien mejor. Aparté este pensamiento de mi mente.

—¿Quieres que quedemos para almorzar? —preguntó Lizzie. Habíamos llegado al pasillo donde yo tenía mi clase de literatura y ella la de gobierno y política.

—No puedo. Iré a la biblioteca a trabajar un poco. Por lo visto, Noah me llevará a algún «sitio divertido» esta noche, así que primero tengo que librarme del sentimiento de culpa por desatender mis obligaciones.

Lizzie arqueó las cejas.

—Conque a un sitio divertido, ¿eh?

—Eso parece.

—Suena interesante.

—Ya. No tengo idea de si llevo la ropa adecuada. Me recogerá a la salida del instituto.

—Pues dile que llame al periódico.

—Ja, ja. Descuida.

—¿Nos vemos al menos un momento a la hora del almuerzo?

—Eso espero.

—Hasta luego.

—Adiós.

Me dirigí hacia la clase de literatura, elucubrando sobre qué habría planeado Noah para la tarde. Esperaba que me llevara a un lugar cubierto, dadas las bajas temperaturas. Me pregunté qué pinta tendría abrigado con una bufanda, un abrigo grande y una gorrita. Intuía que estaría muy guapo. Sonreí al imaginarlo, y estaba tan embebida en mi fantasía que no vi a Frank caminando hacia mí. Topé de frente con él.

—Joder, Poppy. ¿Estás aprendiendo a caminar?

Frank parecía medio divertido y medio cabreado. También iba protegido contra el frío, con un grueso jersey de rugby y una bufanda de rayas atada en un tipo de lazo que debía de estar de moda. No le quedaba mal, de hecho.

—Perdona —dije, aturullada—. Tenía la cabeza en otro lado.

—Ya te digo.

Estaba alejándose del aula de literatura antes de que chocáramos.

—¿Adónde vas?

Frank me hizo una seña para que lo siguiera.

—Nos cambian de aula. Esta se ha inundado. Ven, te llevaré.

Me tomó de la mano y echamos a andar. Yo no sabía por qué me había tomado de la mano, así que contemplé nuestros dedos entrelazados con curiosidad distante. Al ver que yo miraba, Frank me soltó como si fuera un pavo muerto.

Se produjo un silencio incómodo.

—Bueno, ¿qué hiciste el día de fiesta imprevisto? —tartamudeé, desesperada por suavizar la tensión que nos envolvía.

—Esto... —balbució—. Nada, pasar el rato con los chicos. Jugamos con la videoconsola.

Otro silencio enojoso. Sabía que tenía que romperlo. Las situaciones violentas no eran algo habitual entre Frank y yo.

—Frank, ¿por qué acabas de agarrarme de la mano?

Prorrumpió en carcajadas.

—No tengo idea. No ha sido algo premeditado. Entonces he pensado: «Huy, ahora ella me ha agarrado también, así que tendré que seguir adelante con esto». Pero sí, ha sido extraño.

—Muy extraño.

—Por cierto, te sudan las manos.

Le arreé un manotazo.

—¡Sí, hombre! Eres tú quien me ha agarrado la mano a mí. —Fruncí los labios, simulando un beso.

—No sé qué ha pasado. Debo de haberte confundido con otra chica. Una más maciza y menos loca.

Le arreé de nuevo.

—Vale, me lo merecía —reconoció.

La tensión se disipó mientras nos dirigíamos hacia el aula provisional. Parecía una especie de barracón desvencijado y construido a toda prisa. Seguramente a la señorita Gretching no le gustaría nada el traslado.

En efecto, nos lanzó a Frank y a mí una mirada perversa en cuanto entramos.

—Poppy Lawson —dijo—. Me alegra ver que llegas tarde, como de costumbre.

—Lo siento, señorita. —Pasé furtivamente frente a ella hacia una silla desocupada—. No sabíamos que habían cambiado la clase.

Frank se sentó junto a mí y la escuchamos quejarse del cambio de aula durante un rato. Después de desfogarse, se animó hablando de la Primera Guerra Mundial y las trincheras. Nos repartió ejemplares de *La canción del cielo* y nos pidió que empezáramos a leerlo.

—Yo me acercaré un momento al aula —anunció—, para cerciorarme de que no se haya estropeado nada. Por favor, comportaos durante mi ausencia.

Cogí mi copia de *La canción del cielo* y leí el texto de la solapa.

—Madre mía —dije, hojeando el libro—. No parece una lectura muy divertida.

—Trata sobre las trincheras, Poppy. Aquello no fue precisamente una fiesta.

—Ya lo sé. Solo desearía que alguien escribiera por una vez un libro con un final feliz.

Frank comenzó el primer capítulo.

—Hay cientos de libros con final feliz —dijo, sin levantar la vista—. ¿Qué me dices de esas novelitas románticas para adolescentes sobre las que siempre despotricas?

—¿Cómo lo sabes, si no las lees, Frank?

—A callar. Solo intenté leer una de las de mi hermana cuando no encontraba mi revista para hombres.

—¿En serio compras revistas de esas?

—Todos los martes.

—¿Puedes recordarme por qué somos amigos?

—¿Somos amigos?

Nos pusimos a leer. No entendí qué relación tenía el primer capítulo con la guerra. Solo hablaba de un tipo llamado Stephen que se mudaba a una extraña casa francesa y se enamoraba de la mujer del casero. Suspiré. El amor prohibido. Ahí estaba otra vez. La literatura estaba obsesionada con él. Seguí leyendo y me fijé en que estaba bien escrito, con descripciones evocadoras y todo ese rollo. Pero, tal como me ocurría con la mayor parte de los libros que estudiábamos en clase, no capté ninguno de los significados ocultos. Tendría que esperar a que la profesora o el libro de texto me los explicara.

Cuando pasé al capítulo dos, suspiré de nuevo.

—¿Qué te pasa, quejica? —preguntó Frank, alzando la mirada hacia mí.

—El caso es —di unos golpes con el dedo en la cubierta— que sé que este será un buen libro. Seguro que contiene símiles, metáforas, un aumento gradual de la intriga, personajes multidimensionales y esto y lo otro.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues que será deprimente, ¿no crees? No estoy de humor para deprimirme. La vida me va bien. No quiero que este libro me mine la moral.

Reinaba un silencio considerable en la habitación pese a la ausencia de toda autoridad docente. Las chicas clónicas a las que a Frank y a mí nos encantaba odiar eran las únicas que no se concentraban. En vez de ello, se pasaban unas a otras un ejemplar de *Cosmopolitan*. Y había un estudiante, uno de esos individuos con boina que fuman tabaco de liar y que infestan todos los institutos, que había abierto deliberadamente el libro por el último tercio para presumir de que ya lo había leído. Lloraba en silencio sin dejar de echar miradas alrededor para asegurarse de que los demás lo viéramos.

—Dices que la vida te va bien —comentó Frank—. ¿Es por tu nuevo maromo?

Noté que las mejillas se me ponían rosadas.

—¿Cómo te has enterado?

—La gente del insti dice que sales con el chulillo que toca en ese grupo.

Bajé mi libro.

—¿Qué gente?

Frank se encogió de hombros.

—Gente.

Apoyé la cabeza en el libro.

—Me cago en todo. ¿Qué le importa eso a la gente?

—A mí no me importa.

Me reí.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

—Para darte conversación. Por cortesía.

—Pues aunque a ti no te importe, lo cierto es que me va bastante bien.

Frank arqueó una ceja.

—¿De verdad?

Asentí.

—De verdad.

—Vaya. Poppy Lawson, enamorada. ¿Quién lo iba a decir?

Con una risita, cogí de nuevo el libro.

—¿En serio, Poppy? ¿Acabas de reírte como una tonta?

Tenía razón. Me tapé la boca con la mano, asqueada.

—Oh, Dios mío. Es verdad. Acabo de reírme como una tonta.

Frank miró por encima de sus hombros, a izquierda y derecha.

—Creo que tendré que cambiarme de sitio.

—¡Solo he cometido un desliz!

—Pero... ¿reírte así? ¿Tú, Poppy? ¿De verdad? Sí que debes de estar contenta.

Olvidé reprimir otra risita. Mi tez pasó del rosa al rojo.

—En fin. ¿Cómo le va a su grupo?

—Bastante bien. Serán los teloneros de los Ponyboys dentro de dos semanas.

Frank apartó por completo su atención del libro.

—Sí, hombre. ¿En serio? Hasta yo he oído hablar de ellos.

—En serio.

—Caray, es increíble.

—Lo sé.

—Entonces, ¿eso te convierte en una *groupie*?

Le tiré mi copia de *La canción del cielo* a la cabeza, pero lo esquivó. Por desgracia, el libro voló por el aire y golpeó a la señorita Gretching, que entraba justo en ese momento.

Después de dos horas, una clase de psicología y una buena reprimenda por parte de la señorita Gretching, me recliné en la biblioteca, desesperada por reducir el volumen de trabajo pendiente. Construí una muralla de libros de texto en torno a mí para que nadie me distrajera. La idea de que no podría ver a Noah aquella noche a menos que terminara lo que tenía que hacer me motivaba de verdad para concentrarme. Repasé rápidamente los estudios de casos de psicología y tomé notas sobre lo más relevante. Empecé a dibujar el *storyboard* de mi próxima sesión para la clase de fotografía. Nos habían dado otro título poco estimulante, «Juntos», e intentaba pensar qué fotografías hacer. Decidí seguir el camino fácil y fotografiar a mis amigas. Luego podría perorar sobre la importancia de las reuniones de seres humanos para su vida social o alguna bobada por el estilo. Además, sabía que Ruth estaría encantada de posar para las fotos. Dos cosas menos. Por último, leí unos capítulos más de *La canción del cielo*, pensando que seguramente me convenía quedar bien con la señorita Gretching. La historia seguía sin tener nada que ver con la

guerra, pero el tal Stephen se ligaba a la esposa del casero. La escena de sexo era bastante picante, de hecho, y no pude evitar pensar en Noah y en la posibilidad de hacerlo con él. Me acaloré tanto que me sentí aliviada cuando vibró mi móvil, que estaba en silencio.

Me había llegado un mensaje de Lizzie.

«¿Qué tal, empollona? ¿Te apetece parar un poco para almorzar? En el sitio de siempre».

Me percaté de que había avanzado lo suficiente para poder ver a Noah, así que desmantelé mi muralla de libros, recogí mis bártulos y me encaminé hacia el comedor.

Cuando llegué, las chicas estaban en plena partida de mentiroso. Saltaba a la vista que Lizzie iba perdiendo, por la gran cantidad de cartas que tenía entre las manos.

—Buenas, persona aplicada y trabajadora. —Bajó cinco naipes—. ¿Cuatro ases? —añadió, esperanzada.

Ruth se limitó a apartar las cartas.

—No soy idiota —dijo—. Mentira.

Me senté junto a Amanda y saqué mi sándwich.

—¿Quién va ganando?

—Yo, por supuesto —respondió Ruth.

Amanda me saludó con una inclinación de cabeza antes de bajar dos cartas y murmurar «dos reinas».

—¡Mentira! —exclamó Ruth alegremente, dando la vuelta a los naipes de Amanda—. Llévate otra vez esas cartas.

—Vaya, alguien parece muy contenta hoy. —Tomé un bocado de mi sándwich y lo regué con un trago de la Coca-Cola de Amanda—. Se te ve mucho más animada.

Lizzie puso cara de pocos amigos.

—Aún no has oído la noticia de Ruth, ¿verdad, Poppy? —dijo, intentando ordenar su nutrido manojo de cartas.

—¿No te habías enterado? Will y yo volvemos a estar juntos.

—¿Qué? Pero si ayer estabas decidida a romper con él, ¿no?

—Pues anoche estuve con él y me di cuenta de que en el fondo sí que siento algo por él.

Reflexioné sobre ello.

—Un momento... ¿Te habló Will del bolo del grupo con los Ponyboys?

Ella se resistía a mirarme a los ojos.

—Ah, sí. Algo mencionó sobre eso.

Esa chica era la pera.

—Qué feliz coincidencia.

—¿Y eso a qué viene?

Por fortuna, antes de que yo pudiera agregar nada, Lizzie atajó la discusión que estaba a punto de estallar.

—¿No es genial, chicas? —dijo—. Amanda y yo podemos aprovecharnos de vosotras para conseguir pases VIP. Lo pasaremos de miedo, ¿a que sí?

Ruth y yo seguíamos desafiándonos con la mirada. Suspiré y lo dejé correr.

—Claro. La cosa pinta muy bien.

Ruth extendió los brazos a los costados.

—No puedo creer que mi novio vaya a abrir la actuación de los Ponyboys.

Tragué en seco.

—Y saldrán en el periódico...

Me volví hacia Lizzie.

—¿Qué?

Se removió en su asiento, algo avergonzada.

—Verás... —empezó a decir.

—¿No es fantástico? —la interrumpió Ruth—. Hemos llamado al periódico local, que dejará que Lizzie entreviste al grupo y escriba un artículo sobre ello.

Hice un esfuerzo por digerir esta información.

—¿Y todo esto se ha decidido en las últimas horas?

Ruth asintió.

—¿No te lo ha contado Noah?

No me lo había contado.

—Nuestros novios son famosos. —Ruth alzó la mano para chocar esos cinco conmigo. Yo le di una palmada con poco entusiasmo, intentando entender por qué aquello me irritaba tanto.

—Supongo.

Esa tarde, el reloj avanzaba con la lentitud con que el lodo se escurre por un desagüe. Llegué a pensar que se había estropeado, pese a que era uno de esos relojes de marca controlados por satélite. Mi cuerpo comenzó a ansiar a Noah. El pulso se me aceleró, como si percibiera su presencia, cada vez más cerca del instituto. Cuando la aguja estaba a punto de señalar el final de la jornada de clases, intenté prepararme discretamente. Por fortuna, la profesora de fotografía se las daba de bohemia. Estaba demasiado ocupada gesticulando con su chal e intentando convencer a sus alumnos de que fotografiaran a indigentes para percatarse de que yo estaba pintándome las uñas por debajo de la mesa. O aplicándome barra de labios, dándome una peinada rápida y poniéndome rímel.

Cuando sonó el timbre, yo estaba más o menos guapa, o eso esperaba. Casi todos mis duros esfuerzos se malograron en cuanto salí al frío. Empezó a gotearme la nariz, y el viento me alborotó el pelo y me tiñó las mejillas de un rojo subido. Aunque me moría de ganas de correr hacia la verja del instituto, me obligué a caminar a paso normal. Me pregunté si algún día dejaría de ponerme tan frenética antes de ver a Noah, si aquel atolondramiento desaparecería con el tiempo. Era lo que deseaba una parte de mí. Entonces podría funcionar como una persona corriente en vez de vivir presa de una energía nerviosa. Pero casi todo mi ser quería que aquello no se acabara nunca. El nerviosismo significaba algo: que estábamos enamorados, que resultábamos estimulantes el uno para el otro, que nos excitábamos mutuamente (no penséis mal). Y si eso dejaba de ser así, si algún día nos sentíamos cómodos con la situación, sería terrible.

Mi corazón se desbocó cuando lo divisé apoyado en la valla del instituto. Las chicas se volvían a mirarlo y soltaban una risita tonta al pasar, echando la cabeza hacia atrás y haciéndole ojitos. Estaba para comérselo con su ropa de abrigo. Llevaba vaqueros, un jersey verde, una chaqueta de cuero y un gorro de punto que cubría casi toda su cabellera negra. La bufanda gris realzaba sus hermosos pómulos, y el corazón me latió aún más deprisa cuando me acerqué. También llevaba una bolsa enorme colgada del hombro.

Me besó con suavidad en los labios, ocasionando que me temblaran las rodillas.

—Hola, preciosa —dijo antes de darme otro beso—. Confío en que hayas sido buena y hayas terminado todo tu trabajo.

Asentí, embelesada.

—¿Qué llevas en la bolsa?

Se dio unos golpecitos en la nariz con el dedo.

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¡Pero si es gigantesco! ¿Has matado a alguien? Espero que la cita sorpresa no consista en cavar una tumba para un guitarrista rival o algo por el estilo.

Noah se rio.

—Lo sabrás a su debido tiempo —repitió. Me tomó de la mano y echamos a andar.

—¿Cómo te ha ido el día? —inquirí, sin dejar de preguntarme qué contendría la bolsa.

—Ha sido bastante extraño, en realidad. El grupo saldrá en el periódico local. Sonreí.

—Eso ya lo sabía. Creo que es posible que Lizzie sea responsable en parte.

—Ya me lo temía. —Me dio un apretón en la mano—. Ya, bueno, supongo que ayudará a hacernos publicidad, aunque los lectores de ese periódico solo sean personas mayores de clase media.

—Lizzie lo lee.

—Eso no cuenta.

—Ja. Supongo que tienes razón.

Noah empezó a columpiar mi mano entre nosotros.

—Bueno —dijo—. ¿Estás ilusionada por esta pequeña diversión que he planeado para ti?

—Claro. Tengo curiosidad por saber de qué se trata.

—¿Te parece bien si pasamos primero por tu casa para que te arregles?

—¿Tengo que arreglarme?

—Sí.

—¿Para ir adónde?

—No puedo decírtelo sin estropear la sorpresa.

—Pero si ya voy arreglada. —Me invadió la inseguridad. Me había maquillado de nuevo, mi pelo estaba presentable, mi ropa era aceptable—. ¿Es que no se nota?

Me plantó un beso en la cabeza.

—Estás radiante, como siempre. Pero te llevaré a un sitio a donde no se puede ir en vaqueros.

—Ahora sí que estoy intrigada.

—Pues tendrás que ser paciente.

Caminamos hasta mi casa sin soltarnos la mano en ningún momento. Aún soplaba un viento gélido, y pensé que quizá debía aplicarme a hurtadillas una capa de crema antienrojecimiento. Noah me habló de la sesión fotográfica que tendrían que hacer para el periódico.

—La verdad es que me da un poco de grima. Quieren fotografiarnos en el túnel del ferrocarril. Me preocupa que tomen muchas imágenes «provocadoras» de nosotros posando con mirada intensa contra muros de ladrillo visto.

—Noah, tu grupo se llama «Angustia Juvenil». Prácticamente estáis pidiendo a gritos que os hagan fotos en blanco y negro contra muros de ladrillo visto.

—Siempre criticando el nombre...

—Es un nombre estúpido.

—Pues apuesto a que el nombre de los Beatles le parecía ridículo a todo el mundo

cuando estaban empezando.

—¿Acabas de comparar a tu grupo con los Beatles?

Alzó las manos frente a sí.

—Cielo santo, no. Tranquilízate. No te preocupes.

Cuando llegamos a mi casa, me puse a rebuscar la llave. Al entrar, saludé en voz alta pero nadie respondió.

—Ven —dije, guiando a Noah hacia las escaleras—. Mi cuarto está arriba.

—¿Vas a dejarme ver tu cuarto?

—No te imagines lo que no es.

—Solo estaba pensando que sería interesante ver el sitio donde duermes, eso es todo.

—Eso parece un poco depravado. ¿Qué obsesión tienes con la gente dormida?

Abrí la puerta, intentando recordar en qué estado había dejado la habitación por la mañana. En realidad no estaba muy desordenada. Me apresuré a alisar el edredón y a echar unas braguitas debajo de la cama de una patada antes de que Noah se sentara en ella y mirara en torno a sí.

—Así que aquí es donde vive Poppy. —Contempló mis fotografías enmarcadas, mi osito de peluche (¡mierda, había olvidado esconderlo!) y mi póster pretencioso de James Dean.

—No suele estar tan revuelto —mentí.

Noah me tomó de la mano y tiró de mí hacia abajo para que me sentara a su lado. Rozó mis labios con los suyos.

—Es perfecto. Me encanta. Tu huella inconfundible está por todas partes.

Me besó otra vez, esta vez más intensamente, y perdí el control sobre mi cuerpo. Le chupé los labios con avidez y lo abracé con fuerza. Soltó un gemido y, cuando me di cuenta, estaba besándolo con frenesí, sentada encima de él. Era más que maravilloso.

Hicimos una pausa para recuperar el aliento, y Noah me dedicó una gran sonrisa.

—Esto no va muy bien —dijo, acariciándome la cara—. Al parecer soy incapaz de comportarme cuando estoy contigo.

Vi fugazmente mi reflejo en el espejo del tocador. Cinco minutos de besuqueo habían bastado para convertir mi peinado en una atrocidad. Intenté devolverlo a la normalidad con los dedos.

—Sí, bueno, y al parecer yo soy igual de incapaz de contener mis impulsos de ninfómana. En fin, intentemos distraernos. ¿Quieres recordarme por qué estamos aquí?

—Ah, sí, casi lo había olvidado.

Noah se levantó de un salto y comenzó a hurgar en su enorme bolsa. Yo lo observé con curiosidad mientras él extraía una bolsa más pequeña y de aspecto más pijo. La sostuvo en alto con aire triunfal.

—¿Qué es eso?

—Es para ti.

Me coloqué un mechón detrás de la oreja.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás.

Depositó la bolsa sobre la cama. Era de una tienda de postín del centro; una tienda cara.

—No tenías por qué comprarme nada —dije, dando la vuelta a la bolsa entre las manos.

—No digas tonterías. Eres mi novia. Además, se trata de un regalo práctico.

Introduje la mano. Palpé algo suave y lo saqué despacio. Era de un material sedoso y rojo. Lo pellizqué entre los dedos y dejé que la tela se extendiera para revelar la prenda más bella que había visto jamás.

—Es un vestido.

Me quedé ahí de pie, atónita, fijándome en la calidad de la costura. Era de un tono de rojo que sabía que me favorecía pero que nunca me había atrevido a ponerme. Tenía un escote más bien alto y las mangas largas. Se estrechaba por la cintura y me llegaba bastante por encima de la rodilla.

—Es precioso —dije, sin despegar la vista de él.

Noah sujetó la tela contra mi cuerpo.

—Yo diría que te queda perfecto —comentó con una gran sonrisa—. No cabe duda de que me he ganado un premio.

Yo me había quedado sin habla. No podía hacer otra cosa que contemplar el vestido.

—¿Te gusta? —preguntó Noah.

Asentí y luego sacudí la cabeza.

—Es una maravilla, Noah, pero no puedo aceptarlo, de verdad. Conozco esa tienda, y estás siendo demasiado generoso.

Se encogió de hombros, en absoluto molesto por mis palabras.

—Tengo padres millonarios con problemas graves de sentimiento de culpa, ¿recuerdas? No te preocupes por el dinero, tú pruébatelo y ya está.

—Pero no voy a sitios donde pueda lucirlo. No llevo una vida lo bastante lujosa.

—Bueno, ahí es donde entra el entretenimiento de esta noche. —Su sonrisa se había ensanchado aún más.

Rebuscó de nuevo en su bolsa, extrajo un sobre blanco y me lo pasó. Nerviosa, lo rasgué y extraje dos entradas de cartón duro.

Se me escapó un grito ahogado.

—¿Entradas para el ballet? —No podía creerlo.

—Sí. Y los asientos son buenos. Mi padre tiene un palco. Lo utiliza para engatusar a los clientes potenciales, y esta noche está desocupado. He pensado que podías estrenar tu vestido nuevo...

Solté un chillido de emoción y lo abracé.

—¿Tienes idea de cuánto me apasiona el ballet?

Me devolvió el abrazo.

—No. He acertado por casualidad. Lo que sí que sé es cuánto os gusta a las tías ponerlos de tiros blancos para ir a los sitios.

—Adoro el ballet. ME ENCANTA. —Me levanté y ejecuté una pequeña pirueta a través de mi habitación—. De niña bailaba, ¿sabes? De hecho, se me daba bastante bien. Mi madre me llevaba al ballet todas las Navidades. Me pasaba el año entero esperando que llegara ese momento.

Noah se puso de pie y yo me lancé hacia sus brazos con un salto teatral. Me atrapó en el aire y me hizo girar en volandas.

—¿Y qué ocurrió, Margot Fonteyn? —preguntó—. ¿Por qué no sigues yendo a clases?

Suspiré.

—Ya sabes, lo de siempre. Llegué a la adolescencia y decidí que prefería ir de compras que ir a clases de ballet. Me arrepiento de ello, por supuesto.

—Pues me alegro de haber elegido bien la actividad.

—Has elegido muy bien.

—¿Vas a probarte el vestido?

—Solo si me prometes no mirar.

Se tapó los ojos con las manos.

—No echaré un vistazo entre los dedos. Te lo prometo.

Me apresuré a despojarme de todas mis capas y puse los pies dentro del vestido. Levanté los tirantes y dejé que la tela bajara susurrando por mis piernas. Examiné mi imagen en el espejo. Vaya. Era un buen vestido. Me hacía parecer por lo menos cinco años mayor, y aquel tono de rojo cambiaba por completo el aspecto de mi tez. Mi piel parecía más blanca, y el castaño de mi cabello, más intenso y brillante.

—¿Has terminado ya? —inquirió Noah, tapándose aún los ojos—. El suspense me está matando.

—Ya está. —Eché el pelo hacia un lado.

Noah abrió los ojos y miró. Se quedó inmóvil por un instante. Luego bajó las manos, con la vista clavada en mí. Noté que me ponía tan roja como el vestido.

—¿Qué pasa? ¿Tan horrible estoy? —Di varios tironcitos a la tela, inquieta.

Seguía enmudecido.

—¿Qué pasa? Me estás preocupando.

Me agarró la cara y me atrajo hacia sí para darme un beso profundo. Cuando se apartó, yo estaba aún más aturullada.

—¿A qué ha venido eso?

Noah empezó a besarme los hombros y los brazos.

—Estás... tan... increíblemente... hermosa —dijo entre besos— que... no... puedo... parar... de besarte.

Me reí por lo bajo.

—¿Te gusta?

—Gustarme es poco. —Me estampó otro beso en plena boca—. Mejor no vamos al ballet. ¿No podemos quedarnos aquí, contigo así vestida?

—¡No! Estoy demasiado ilusionada.

—Pero ¿tú te has visto?

—¿A qué hora tenemos que irnos?

Noah consultó su reloj.

—Dentro de una hora.

—Pues necesito peinarme y maquillarme. No puedo llevar un vestido como este con esta cara tan impresentable.

—Créeme, no podrías estar menos impresentable por más que te esforzaras.

—Es bueno saberlo. Supongo.

Noah me dio un último beso.

—Más vale que te deje sola. Soy como una plaga sexual. Acicálate, que yo iré al baño a acicalarme también.

Enarqué una ceja.

—No me digas que también vas a ponerte un bonito vestido.

Asintió.

—Sí. Y tacones. Y voy a llevar este bolso DIVINO que encontré en Coast.

—¿Cómo sabes tú lo que es Coast?

—Las chicas hablan mucho de ello.

—Está bien, te creo.

Noah salió a toda prisa de mi habitación con otra bolsa misteriosa. Llamé de inmediato a mi madre para ponerla al corriente. Se emocionó un poco más de la cuenta y me robó al menos diez minutos de tiempo para arreglarme. A continuación me senté ante el tocador y puse manos a la obra para embellecerme, sin dejar de sonreír en ningún momento. Decidí aprovechar al máximo el color del vestido, así que me maquillé los ojos lo menos posible e intenté dar un tono de roja sensualidad a mis labios, lo que según *Cosmopolitan* podía lograrse fácilmente en cinco pasos. Una vez que conseguí unos labios jugosos, centré mi atención en mi cabello y llegué a la conclusión de que disponía del tiempo justo para rizármelo. Encendí mis tenacillas y me entregué a la laboriosa tarea de formar tirabuzones. Estaba rociándome un poco del perfume caro que me habían regalado por mi cumpleaños cuando Noah reapareció.

Esta vez fui yo quien se quedó maravillada.

Estaba absolutamente... fantástico.

Se había puesto un traje de corte impecable con una camisa blanca bien planchada y una corbata negra y fina. Se había cambiado el peinado. No llevaba el pelo caído y desaliñado como de costumbre, sino moldeado y esculpido de manera que destacara a la perfección la línea del mentón. Se había afeitado la barba de pocos días, lo que confería a su rostro un aspecto más limpio y una mayor intensidad a sus ojos negros.

Como era de esperar, el estómago me dio un vuelco como si me encontrara al borde de un acantilado gigantesco, y el pulso se me aceleró ligeramente. Me disponía a decirle lo deslumbrante que estaba, pero se me adelantó.

—Poppy Lawson: eres, sin el menor asomo de duda, la chica más hermosa de todo Middletown.

Tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no dejarme arrastrar por el deseo.

—Tú tampoco estás mal.

—Si no te conociera, interpretaría eso como un cumplido.

Me besó, provocándome un espasmo de placer en todo el cuerpo. Luego apoyó la cabeza en mi hombro y echó un vistazo a nuestra imagen en el espejo.

—No hacemos mala pareja, ¿sabes?

Contemplé el reflejo que tenía delante. Noah estaba en lo cierto. Quedábamos bastante bien juntos. Casi no me reconocía. Me había convertido en una chica bonita, de aspecto casi adulto, que parecía irradiar felicidad. No me había percatado hasta ese momento de que Noah me hacía sonreír de forma compulsiva, ni de que estar con él me hacía sentir muy relajada y muy (lo sé, suena ridículo) completa.

Noah miró de nuevo el reloj.

—Mierda. Perderemos el tren si no nos vamos ahora mismo.

Salimos de la casa tras un ajeteo de meter cosas en bolsas a voleo, gritos porque no encontraba mis zapatos y llamadas desde el teléfono de Noah a mi móvil, que había desaparecido.

Después de un viaje gélido en tren y luego en metro hasta Londres, salimos a las calles del West End. Hacía un frío que pelaba. La gente caminaba a paso veloz, intentando llegar a algún lugar cubierto lo antes posible.

—El teatro de ballet está a la vuelta de la esquina —dijo Noah, ayudándome a atravesar la marea humana.

Yo no estaba acostumbrada a la velocidad con que se camina en Londres, así que no paraba de recibir codazos ni de pedir disculpas a todo el mundo. Cuando llegamos al teatro, había una larga cola para entrar. Quienes nos rodeaban iban vestidos también para la ocasión. Todos los hombres llevaban traje, y alcancé a ver las ricas telas que asomaban por debajo de los gruesos abrigos de invierno de las mujeres.

—Hemos llegado. —Noah se acercó directamente a la puerta, pasando por delante de los demás.

—Un momento —musité—. ¿No tendríamos que hacer cola, como todos?

Sonrió.

—No.

Me colé en la fila con los brazos cruzados por la vergüenza. Nunca me había gustado saltarme colas, y no entendía por qué Noah estaba tan seguro de poder ahorrarse la espera con algún chanchullo. Pero cuando llegamos a la taquilla, Noah dio su nombre en voz baja al empleado, cuyo rostro se iluminó al reconocerlo.

—Por supuesto, señor Roberts. Su palco está listo.

A una señal sutil del hombre, otro empleado servicial se acercó a toda prisa. Nos guio entre el gentío, y unas copas de champán burbujeante aparecieron en nuestras manos.

—¿Eres el hijo del primer ministro o algo así? —le susurré a Noah mientras seguíamos al acomodador por una alta escalinata roja. Tomé un pequeño sorbo de champán, encantada porque se habían creído que tenía dieciocho años. Las burbujas me hacían cosquillas en la nariz.

—No, solo somos dueños de un palco —respondió Noah, no demasiado molesto o incómodo por las atenciones que nos estaban dispensando—. Tienen que tratar así a los propietarios de palcos. Es parte de lo que estamos pagando.

Continuamos subiendo la escalera, un tramo tras otro. Otros aficionados al ballet desaparecían por grandes puertas de madera, y la multitud empezó a reducirse.

—Ya no falta mucho, señor —dijo nuestro servicial guía. Estaba más bien regordete, y el traje le apretaba bastante. Tenía la frente bañada en sudor por el esfuerzo de subir tantas escaleras. Proseguimos el ascenso hasta que estuvimos cerca del techo bellamente decorado con querubines dorados y cielos llenos de nubes. El acomodador nos hizo pasar a través de una pequeña puerta cubierta con cortinas de terciopelo rojo.

»Señor, señorita, su palco. —Señaló con la mano y ejecutó una ligera reverencia

que me pareció algo exagerada.

Noah me sorprendió al sacar un billete de veinte libras y entregárselo con discreción. Me pareció un gesto extraño por parte de mi novio adolescente, una acción demasiado adulta. Tomé conciencia de lo alejado que estaba todo aquello de mi vida cotidiana en Middletown. Noah apoyó la mano en la parte baja de mi espalda y me condujo al otro lado de las cortinas.

Estaba a punto de tomarle el pelo preguntándole si su padre era de la mafia cuando me fijé en lo que me rodeaba. Nos encontrábamos en un palco privado, pequeño pero lujoso, situado en la zona derecha del teatro. Se alzaba muy por encima del público, como la tribuna de un rey. La vista era impresionante. Un mar de elegancia se extendía a nuestros pies. Hombres con trajes de diseño a medida acompañaban a mujeres adornadas con piedras relumbrantes a sus butacas tapizadas de terciopelo rojo. La luz arrancaba destellos a las joyas y las lentejuelas de los vestidos, que proyectaban arco iris sobre las paredes decoradas. El escenario estaba vacío, expectante, aguardando la llegada de las bailarinas de músculos tonificados y tutús ondulantes. Respiré hondo y exhalé, acodada en el antepecho para captar todos los detalles. Noah apretó suavemente su cuerpo contra mi espalda, deslizando los brazos en torno a mi cintura.

—¿Qué te parece? —Me echó hacia atrás un mechón de pelo, y noté el cosquilleo de su aliento cálido en la oreja.

Yo seguía contemplando el espectáculo que se desarrollaba abajo.

—Es increíble —reconocí—. Estamos muy arriba. No puedo creer que esto sea real, que estemos en un auténtico palco de un teatro de ballet. Me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

Noah frunció el ceño.

—¿No es una peli sobre prostitutas?

—Sí, pero eran prostitutas buenas. Hay una escena en la que Richard Gere le compra un vestido. Un vestido rojo, de hecho, como este. Y luego la lleva a la ópera. Es tan, tan, taaaan romántico...

—Humm. No me entusiasma que me compares con Richard Gere y a ti misma con una prostituta.

Me incliné hacia delante tanto como me atreví.

—Vaya. Hay un palco justo debajo del nuestro. ¿Les escribimos mensajes y se los bajamos colgados de un hilo para que los lean?

En cuanto estas palabras salieron de mi boca, caí en la cuenta de que la idea me atraía de verdad. Noah simplemente se rio y me besó en el cuello.

—Eres consciente de que no hay persona más hermosa que tú en este lugar, ¿verdad? —dijo. Su beso me hizo estremecer, y mi cuerpo perdió toda su capacidad racional de controlarse. Me eché hacia atrás, apretándome contra sus labios.

—Eso es muy tierno, pero falso.

Me besó otra vez en el cuello, ocasionando que un escalofrío maravilloso me

recorriera la espalda.

—No solo eres preciosa, sino que no te lo tienes muy creído. Eso me encanta.

Otro beso.

Me disponía a responder con un comentario gracioso y/o agudo cuando Noah me hizo girar para besarme de lleno en los labios, pero nos interrumpió la sección de cuerdas de la orquesta, que empezó a afinar. Me aparté de él en el acto, de un salto.

—Me había olvidado de que estábamos en público —dije, con el corazón golpeándome el pecho.

—Ya. De pronto la perspectiva de ver el ballet no me seduce tanto. ¿Por qué no vamos a mi casa?

Puse mala cara.

—De eso nada. Mira, creo que está a punto de comenzar.

Me acomodé en mi silla grande y acolchada. Había unos prismáticos pequeños en un soporte delante de mí. Los cogí y me puse a observar la orquesta a través de ellos.

—Caray —exclamé—. Ese violinista tiene una barba imponente. —Le pasé los gemelos a Noah—. Fíjate.

Me miró con expresión extraña pero los agarró y enfocó el foso.

—Tienes razón. Es una barba imponente.

Noté que posaba los ojos en mí, con la misma cara rara de antes.

—¿Qué pasa?

—Es que no creo que sea posible que alguien en el mundo quiera a una persona tanto como yo te quiero ahora mismo. —Su mirada era intensa, casi ardiente. Decidí que en adelante señalaría más a menudo a personas con vellos faciales peculiares.

—Yo también te quiero. —Lo tomé de la mano—. Te agradezco mucho que me hayas traído aquí. Creo que tal vez sea la experiencia más romántica de mi vida.

Sonrió.

—Y eso que el ballet aún no ha empezado. —Extendió los brazos hacia arriba y la camisa se le subió ligeramente, lo que me permitió ver su pecho por una fracción de segundo.

El ballet se me borró de la mente enseguida.

—¿Te apetece beber algo?

—¿Eh? —dije, todavía paralizada por aquella pequeña porción de piel expuesta.

—¿Algo de beber? —Señaló mi copa de champán vacía—. ¿Quieres otra?

Sacudí la cabeza para despejar el aturdimiento inducido por la lujuria.

—Esto... Sí, claro. Sería estupendo.

Noah se inclinó sobre una mesita que yo no había visto y cogió un teléfono que tampoco había visto.

—¿Tenemos un teléfono?

Alzó un dedo para hacerme callar y comenzó a hablar con quien estaba al otro lado de la línea. Como no había marcado ningún número, supuse que la llamada se establecía automáticamente.

—¿Qué tal? Sí, llamo desde el palco superior. ¿Nos trae una botella de champán, en hielo, por favor? Gracias.

Colgó, y yo me quedé boquiabierta.

—¿Una botella de champán? ¿En serio?

Volvió a encogerse de hombros como si aquello no fuera con él.

—Es cortesía de la casa.

—En ese caso, está bien.

Continué observando a la gente hasta que llegó el champán. Nos lo trajo otro empleado trajeado, dentro de una cubitera gigantesca. Incliné la cabeza rápidamente, dejó la botella en la mesa y nos dejó a solas otra vez.

—¿La abrimos ya? —preguntó Noah, extrayendo la botella del cubo.

—¿Por qué no?

Preparé las dos copas largas mientras él forcejeaba con el corcho. Se oyó un ligero chasquido, el líquido ambarino brotó de la botella y yo lo atrapé en las copas con mano experta. Le pasé una copa llena a Noah, que la aceptó y la levantó para brindar.

—Por el amor que ha nacido, que se hace más fuerte y que durará para siempre. —Chocó su copa con la mía y bebió un trago generoso. Conmovida por sus palabras, tomé un buen sorbo también.

—Bueno, ¿cuándo empezará el ballet? —pregunté mientras las luces se atenuaban.

Bebí un poco más de champán. Para cuando se alzó el telón y quince bailarinas con tutú salieron saltando al escenario, yo había llegado a la conclusión de que era, sin lugar a dudas, la chica más afortunada del universo.

Una hora más tarde, después de que se encendieran las luces, solo podía pensar en dos cosas:

1) El ballet era algo COJONUDO, y

2) Por lo visto, el champán se te sube directo a la cabeza.

La muchedumbre de abajo empezó a abandonar los asientos. Los hombres se quedaban de pie delante de sus butacas, dejando pasar a las mujeres a fin de que pudieran pasarse todo el intermedio haciendo cola para ir al servicio; niños visiblemente hastiados con sus galas de domingo sujetaban con fuerza unos cucuruchos de helado carísimos y se quejaban a sus madres de lo aburridos que estaban; y comenzó a formarse una fila ordenada frente a la tienda de recuerdos, que cobraba diez libras por un programa impreso en papel satinado formato A4.

Yo, por mi parte, apuraba mi copa de champán con las piernas apoyadas en el antepecho del palco.

Noah me miraba con una sonrisa adorable.

—¿Lo estás pasando bien?

Asentí enérgicamente.

—Esto es alucinante. ¿Has visto cómo bailan, Noah? Bailan que te pasas, ¿a que sí? ¿Por qué dejé el ballet? Habría podido llegar a ser primera bailarina, ¿sabes? Me ENCANTA el ballet, ¿a ti no? ¿Crees que podrías saltar tan alto?

Solté un hipido y Noah estalló en carcajadas.

—Poppy Lawson, ¿estás borracha? ¡Solo te has tomado dos copas!

Me enderecé en mi asiento, indignada, y saqué pecho.

—¿Borracha? Claro que no estoy borracha. —Agité la mano en que sostenía la copa para recalcar lo sobria que estaba, y el poco champán que quedaba salió volando, surcó el aire y cayó hacia el patio de butacas—. Ahí va.

Me arrodillé para que no me vieran y me asomé por encima del borde del palco. Debajo de nosotros había un grupo de personas mayores que parecían desconcertadas. Una mujer con una mancha de líquido en su vestido de color azul vibrante mantenía las manos en alto para comprobar si llovía bajo techo. El hombre que supuse que era su marido miraba en torno a sí para intentar determinar de dónde procedía aquella agresión líquida repentina. Entonces, como si supieran que los espiaba, los dos alzaron la cara hacia mí.

—Mierda —susurré, agachando la cabeza en el acto.

Noah se agachó a mi lado, pugnando por aguantarse la risa.

—No has visto nada, ¿verdad?

—Me tienes flipando —dijo entre ataques de hilaridad—. Ya veo que no se te puede llevar a ningún lado.

—¡Ha sido un accidente!

—De acuerdo, pero ¿podrías intentar no ahogar al público durante la segunda parte, por favor?

—Por supuesto. —De pronto me percaté de que necesitaba ir al lavabo. Con urgencia. Cuando me levanté, todo me daba vueltas—. Oh, no —gemí, cobrando conciencia de lo que me ocurría—. Creo que estoy borracha.

Con otra carcajada, Noah se levantó para sujetarme.

—¿Crees?

—¡Me he emborrachado en el ballet! ¡Oh, no! Nunca había bebido champán.

—Las burbujas se te han subido un poco a la cabeza. Te pondrás bien dentro de unos minutos. Por otro lado, ¿te das cuenta de que es la segunda vez que coges un pedo esta semana? Empiezo a sospechar que tienes un problema.

—La culpa es tuya —farfullé, caminando hacia la puerta—. Me pones nerviosa.

—¿Adónde vas, tarambana?

—Tengo que ir al baño.

Salí al pasillo elegante tambaleándome un poco y seguí los letreros que conducían a los servicios, esperando que no hubiera cola. Tuve suerte. Al parecer no había nadie más. Tal vez eran solo para los ocupantes de los palcos.

Hice lo que tenía que hacer y me examiné en el espejo mientras me lavaba las

manos. Descubrí que contemplar mi reflejo era una buena manera de despejarme, así que dediqué cinco minutos a recuperar la compostura. Seguía sin estar convencida de que la persona del espejo fuera yo. Parecía demasiado contenta. Su expresión era como las de las parejas que paseaban de la mano por el parque los domingos por la mañana, o la de una chica que iba sentada en el tren delante de mí y acababa de leer el mensaje de texto que una persona misteriosa le había enviado al móvil. Era una expresión de amor. Y yo la tenía. Le recé a Quien Fuera que me dejara tenerla siempre.

Regresé al palco justo cuando sonaba el timbre que señalaba el final del descanso. Noah estaba sentado con un botellín de agua. Me pasó un vaso.

—Venga, bébetelo.

Me tomé el agua de un trago y le devolví el vaso. Lo llenó otra vez y me lo tendió de nuevo. Bebí unos sorbos con timidez.

—¿Por qué me da vueltas la cabeza? De verdad que no pensaba que hubiera bebido tanto.

—Ya te lo he dicho. Es porque no habías probado el champán. Las burbujas son letales si no estás acostumbrada a ellas.

—Intuyo que tú sí que estás acostumbrado, ¿no?

—Por supuesto.

Hice un puchero con el labio inferior.

—He estropeado el ballet.

—No has estropeado el ballet. —Me indicó con un gesto que me sentara en sus rodillas—. Ven aquí.

Me encaramé sobre él de la forma más delicada que pude y él me atrajo hacia sí. Apoyé la cabeza en su clavícula y aspiré el olor a limpio de su camisa almidonada.

—Te quiero mucho, Noah —dije, jugueteando con los gemelos de sus mangas—. Gracias por traerme al ballet. —Subí la mano por su brazo y comencé a acariciarle el pecho—. ¿Sabes qué? —musité—. Me parece que aquí arriba nadie nos ve...

Noah no dijo nada, pero de pronto noté que su abrazo se tornaba rígido.

Acerqué mi cara a la suya y lo besé.

—Podemos hacer... cualquier cosa... sin que nos vean.

Noah me devolvió el beso con cautela.

—Poppy. No olvides que estás borracha.

—Ya no —protesté, rodeándole el cuello con los brazos—. Lo estaba, pero solo me ha durado unos cinco minutos. Luego he estado mirando mi reflejo. Eso siempre ayuda, pero no me reconocía en esa imagen.

—¿De qué narices estás hablando?

Me resultaba imposible esperar más. Lo único que quería era besarlo, en ese momento, en el ballet. Así que lo silencié con mis labios, y cada vez que intentaba detenerme o quejarse, lo besaba de forma más apasionada. Poco después, él tenía los dedos enredados en mi cabello y respondía a mis besos con avidez. No nos

preocupaba en absoluto estar ofreciendo un espectáculo al público de abajo. Las luces bajaron de intensidad, y la orquesta comenzó a tocar. Aparté a Noah de un empujón en pleno beso y dirigí la mirada al escenario.

—Jo, tía —protestó.

—Chss. Va a empezar.

Arrimé mi silla a la suya hasta que nuestras piernas se tocaron. Me agarré a la barandilla y me incliné por encima para ver mejor a los bailarines. Sus cuerpos atléticos evolucionaban por el escenario en una serie de movimientos fluidos que desafiaban la gravedad. Me quedé embobada ante la belleza de la danza, el vestuario, la facilidad aparente con que los hombres levantaban a las mujeres y las lanzaban por el aire. Sin embargo, el hechizo se rompió y dio paso a uno mucho más fuerte cuando sentí la mano de Noah en la rodilla.

—Hola, guapo —susurré, bajando la vista a mi pierna. Su mano había subido ya un par de centímetros.

—Chss —dijo, con la vista fija en el escenario—. Estoy mirando el ballet.

La pierna me ardía, pues su mano irradiaba un calor que me recorría hasta el corazón. Decidida a guardar las apariencias, devolví la atención al espectáculo, pero apenas conseguía concentrarme.

La mano de Noah subió otro centímetro, de modo que quedó justo por debajo del dobladillo de mi vestido rojo. Cambié de posición en mi asiento. Craso error: esto ocasionó que la mano de Noah se desplazara aún más arriba por mi pierna. Aunque su muñeca descansaba a media altura de mi muslo, esto bastó para poner mis sentidos a mil. El menor temblor de sus dedos me hacía sentir como si conectara mi cuerpo a un enchufe de alto voltaje. No me quedaba otra alternativa que intentar vengarme de alguna manera, así que extendí el brazo y coloqué la mano en su pierna, lo más arriba que me atreví. Noah soltó un jadeo. Sonreí y tamborileé con los dedos manteniendo la mirada al frente.

Sinceramente, sería incapaz de relatar lo que ocurrió en la segunda parte del ballet. Solo puedo decir que fueron los cuarenta y cinco minutos más demencialmente eróticos de mi vida. Era como si se generara un pulso eléctrico entre nosotros y confluyéramos en una corriente única, cada vez más intensa. En honor a la verdad, debo admitir que Noah se comportó como todo un caballero, y su mano no subió más en ningún momento, pero el contacto era lo bastante íntimo para producir una reacción desmedida en mí. Tenía todos los pelos de punta y la respiración entrecortada. Él, por su parte, parecía igual de enardecido por mis caricias. Le temblaba la pierna, en cierto momento con tanta violencia que el resto de su cuerpo prácticamente sufría convulsiones.

Recuerdo que me pregunté «¿esto es normal?», pero un golpeteo de los dedos de Noah borró este pensamiento antes de que acabara de formarse en mi mente.

El estruendo de una ovación rompió el encantamiento bajo el que nos encontrábamos. Noah apartó la mano de mi pierna y se puso de pie para aplaudir.

Sacudí la cabeza, aturdida, y me levanté también. Las bailarinas ataviadas con tutú hacían reverencias, dedicando sonrisas esplendorosas al público. ¿Había terminado ya el ballet? Imposible. Pero el telón bajó y comenzó el éxodo masivo. La multitud se arremolinó para pasar por las angostas salidas, con los bolsos bien apretados contra el cuerpo y los programas sujetos con cuidado bajo el brazo.

—¿Nos quedamos aquí unos minutos? —dijo Noah—. ¿Esperamos a que disminuya el gentío?

Asentí, todavía atontada, mientras él me tomaba de la mano.

—No sé tú —dijo, arqueando una ceja con descaro—, pero me parece que no me he enterado absolutamente de nada de lo que pasaba en el último acto. —Se agachó para estamparme un beso rápido en los labios—. Produces una reacción muy extraña en mí, Poppy. Creo que soy adicto a ti.

No pude hacer otra cosa que darle un apretón en la mano mientras mi cuerpo pugnaba por volver a la normalidad. Recogí mi abrigo y mi bolso con movimientos inseguros, y apuré lo que quedaba del agua. Noah tenía razón. Ya no notaba los efectos del champán. Tal vez la culpa había sido de las burbujas, después de todo. Noah me sujetó el abrigo para ayudarme a ponérmelo.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Sí..., solo...

—¿Un poco abrumada?

Asentí de nuevo.

El grueso de la multitud se había marchado. Eché un vistazo alrededor para asegurarme de no estar dejándome nada y, de la mano de Noah, salí del palco y regresé dando traspiés a la vida real.

—Uf. Hará frío fuera, ¿verdad? —comentó Noah mientras bajábamos por la escalera, dando vueltas.

—Eso creo.

Cuando llegamos abajo, vimos que había una aglomeración frente a la salida del teatro, que formaba un cuello de botella.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Por qué no sale del edificio la gente?

Nos abrimos paso lentamente a través de aquella masa humana. El aire gélido del exterior me golpeó el rostro.

Miré por las ventanas.

—Oh, no.

De buenas a primeras, en lo que duraba la función de ballet, una ventisca impetuosa había azotado Londres y se habían acumulado varios centímetros de nieve. Las mujeres elegantemente vestidas que salían resbalaban de inmediato sobre sus tacones.

—¿Cómo demonios ha podido nevar tanto? —le pregunté a Noah.

Se alzó de puntillas para mirar por encima de las cabezas de quienes teníamos

delante.

—No lo sé —respondió, visiblemente preocupado—, pero regresar a casa puede suponer un problema.

Dios santo. Los trenes. Inglaterra tenía la irritante costumbre de paralizarse en cuanto se producía un cambio de tiempo imprevisto.

—¿Podremos llegar a casa?

Noah puso mala cara.

—No lo sé.

Empezamos a atravesar la muchedumbre a empujones. El atasco se debía a que algunas personas se negaban sencillamente a salir del teatro, como si la nieve fuera a fundirse por arte de magia solo porque ellos estaban furiosos con ella. Tras propinar algunos codazos estratégicos, estábamos fuera, en el frío, con copos de nieve grandes posándose con suavidad sobre nuestras cabezas.

—Vamos a la parada de metro —dijo Noah, sujetándome la mano con suavidad para que no patinara—. Con un poco de suerte, aún habrá trenes que vayan a Middletown.

Me entró un ligero pánico. En realidad no conocía a nadie en Londres, así que no tendríamos un sitio donde alojarnos si nos quedábamos tirados. Por otro lado, seguía bastante confundida. Acababa de despertar del coma inducido por Noah, y la nevada imprevista era un acontecimiento demasiado fortuito para asimilarlo con facilidad.

Bajamos corriendo las escaleras de la parada, entramos apresuradamente en un vagón y aguardamos con impaciencia a que el metro arrancara en dirección a la estación Victoria. Noah no me soltó la mano durante todo el trayecto, pero, más que con cariño, la trataba como una pelota antiestrés. Al cabo de unos quince minutos, subimos trotando por la escalera mecánica y salimos de nuevo a las calles cubiertas de nieve, donde resbalábamos cada pocos pasos. Corrimos a la pantalla de información de la estación y nos quedamos de pie frente a ella, los dos tiritando.

—Mira —señalé—. Hay un tren a Middletown que sale... Ah, no. Lo han cancelado.

De hecho, al estudiar la pantalla gigante, descubrí que todas las llegadas tenían al lado una luz roja parpadeante que anunciaba su cancelación.

—Oh, no.

—Y que lo digas.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—No estoy seguro.

Mi teléfono vibró varias veces dentro de mi bolso, con una urgencia equiparable a la de nuestra situación. Cuando lo saqué, vi que mi madre había intentado llamar dos veces mientras yo estaba en el metro, sin cobertura.

—Ostras. Mi madre está preocupada. Telefonaré a mis padres para preguntarles si está nevando allí también —dije.

—De acuerdo. Yo llamaré a la compañía de ferrocarriles para averiguar qué está

pasando. —Noah abrió su móvil con el ceño fruncido—. Este país es la pera. ¿Por qué se para todo ante el menor cambio de tiempo?

Solté una risita.

—Me recuerdas a mi padre.

—No te pases.

—¡Es la verdad!

—Un segundo. Me han puesto en espera.

Noah me dio la espalda, listo para interrogar al pobre infeliz al que le tocara atender su llamada. Pisando con fuerza para intentar calentarme los pies, marqué el número de casa. Mamá respondió después de solo dos timbrazos.

—¿Poppy?

—Sí, soy yo.

—Santo cielo. ¿Dónde estás? Aquí está cayendo una nevada de aúpa. Por favor, dime que has conseguido llegar a Middletown antes de que se desatara la ventisca. — Su voz delataba temor, aunque se notaba que ella intentaba disimularlo.

—Nos hemos quedado tirados en la estación de tren. El ballet terminó hace solo veinte minutos. Ni siquiera sabíamos que se había puesto a nevar.

—Pues están diciendo en las noticias que esta nevada era totalmente inesperada, como la tormenta del otro día. No me gusta. Hace muy pocos días, estaba en el jardín, en manga corta. Poppy, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo volverás a casa?

—No lo tengo claro.

—Algún tren saldrá, ¿no?

—Sí, seguro que en algún momento. —Dicho esto, oí a Noah hablar a pocos metros de mí. Por fin alguien le había cogido el teléfono.

—¿Me está diciendo que no saldrá un solo tren en al menos cuatro horas? —dijo, o más bien refunfuñó.

—Oh, no.

—¿Qué ocurre? —preguntó mamá.

—Me parece que los trenes no van a circular durante un buen rato.

Poco a poco llegaban más personas a la estación, muchas de ellas vestidas de etiqueta también. Se detenían junto a nosotros y yo veía el pánico que asomaba a sus caras cuando consultaban el panel de salidas. Noah continuaba al teléfono, aunque su interlocutor había cambiado. Devolví mi atención a mi madre, a quien oí removerse, inquieta.

—Dios mío, Poppy. ¿Cómo volverás a casa?

—No estoy segura. —Se me empezó a formar un nudo en el estómago. Cada vez entraba más gente que salía de otros espectáculos y discutía con los empleados de la compañía de ferrocarriles, que llevaban chalecos reflectantes, exigiéndoles más información.

—Podría llamar a la tía Suzie —dijo mi madre—. Quizá podría acogeros esta noche. —Me estremecí ante esta posibilidad. La hermana de mi madre era una de las

personas más difíciles que había conocido. Era una católica muy devota y vivía sola en una casa grande y espeluznante, en el extremo norte de Londres.

—Humm. No sé cómo le sentaría que llevara a Noah.

Pese a lo desesperante que resultaba la situación, mi madre soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—Sí, tienes razón. Podría darle un infarto prematuro.

La gravedad de mi aprieto empezaba a afectar a mi estado de ánimo. Noah había colgado el teléfono y me hacía señas con la mano.

—Espera un momento, mamá. Noah intenta decirme algo. Ahora te llamo.

Cerré el móvil.

—¿Qué pasa?

—Todo arreglado —aseguró con expresión sombría.

No entendí a qué se refería.

—No entiendo a qué te refieres —declaré.

—He reservado una habitación en un hotel.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—¿Que has hecho qué?

—He reservado una habitación.

—¿Y lo de volver a casa?

—Bueno, es totalmente imposible, ¿no?

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que no llevo dinero.

—No pasa nada. Acabo de llamar a mis padres. Cargarán la suite en la cuenta de su empresa.

Tuve que agitar la cabeza de nuevo, con más fuerza, para asegurarme de que mi cerebro estuviera funcionando bien.

—Espera. ¿En qué momento se ha convertido la habitación de hotel en una suite?

Noah se encogió de hombros con su despreocupación habitual, pero no logró engañarme. Era como si intentara fingir que todo iba bien para tranquilizarme, aunque saltaba a la vista que estaba igual de tenso que yo.

—Es lo que pido siempre que reservo una habitación de hotel.

—Claro. Lo había olvidado.

Noah me tomó el rostro entre las manos y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Poppy, ¿te encuentras bien? Será solo por esta noche. No sé cómo podemos regresar, así que he pensado que dormir en Londres era la única solución.

Le sostuve la mirada y su expresión me apaciguó un poco.

—Estoy... bien. Lo que pasa es que, en fin, me ha descolocado un poco, eso es todo.

—Se ha producido un fenómeno meteorológico extraño. Otra vez. Tienes que adaptarte a las circunstancias cuando ocurren cosas así.

Sabía que él tenía razón, pero aun así me sentí un poco aturdida. Y Noah también parecía ligeramente... indispuerto. Creo que intentaba comportarse como un hombre centrado y dueño de sí mismo, pero la situación lo incomodaba. Se le notaba. Por otro lado, ¿qué podíamos hacer? Un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo me recordó el frío que hacía.

—¿Está muy lejos el hotel? —pregunté.

Noah me dedicó una sonrisa algo forzada.

—A la vuelta de la esquina. Vamos. En marcha.

Y salimos de la estación de tren, dejando atrás al hervidero de personas desconcertadas que no sabían cómo regresarían a sus casas.

Seguía nevando intensamente mientras avanzábamos haciendo eses por las calles de la capital. Se me habían estropeado los zapatos y tenía los pies empapados. La mayoría de las personas con que nos cruzábamos aún caminaban como pollos sin cabeza, atravesando charcos con sus mejores galas y el móvil pegado a la oreja. Me dejé invadir por el alivio. No teníamos que llegar a casa aquella noche. Todo iría bien. Llamé a mamá y le expliqué el plan. Aunque pareció escandalizarse, reconoció que era lo más prudente.

—¿Dices que sus padres os han reservado una suite?

Volví la cara en dirección contraria a Noah y me tapé la boca con la mano.

—Sí. La cargarán en la cuenta de su empresa.

Hubo una pausa mientras los engranajes de neurosis giraban en el cerebro de mi madre.

—¿Significa eso que tendremos que devolverles el dinero?

—No lo creo. Se lo he planteado a Noah, pero se niega. Me parece que reservar suites de hotel en el último momento no es algo tan fuera de lo común para ellos como para nosotros.

Noah, intuyendo que hablaba de él, ladeó la cabeza y me lanzó una mirada de perplejidad.

—Tengo que dejarte, mamá. —Colgué antes de que él alcanzara a oír algo más.

Noah estaba en lo cierto. El hotel estaba cerca, y llegamos al cabo de unos minutos. Me detuve frente a la fachada. No era un hotel cualquiera. Era sin lugar a dudas uno de cinco estrellas, con enormes escalones de mármol que ascendían hasta la entrada acristalada.

—¿No podríamos habernos quedado en una pensión? —pregunté, fijándome en las macetas con pretenciosos árboles en miniatura colocadas a ambos lados de la escalera—. Este sitio parece un poco... caro.

Noah me tomó de la mano y me guio escaleras arriba.

—¿Cuándo entenderás que el dinero no es un problema para mí? Ya que estamos, ¿por qué no intentamos disfrutarlo?

Un hombrecillo con bombín se acercó y nos abrió la puerta. Se lo agradecí, sintiéndome culpable por causarle molestias, pero Noah pasó de largo sin apenas reparar en su existencia.

—¿No vas a dar las gracias a ese señor tan amable? —pregunté.

—¿Al portero? —pronunció las palabras casi como si fueran obscenas.

—Sí, al portero.

—¿Por qué iba a dárselas? Solo cumple con su trabajo.

Me resultaba extraño ver a Noah actuar de ese modo. De acuerdo, sabía que era

de buena familia. Me lo había contado. Pero observarlo en aquel ambiente, tan acostumbrado a él, era como tener delante a otra persona. No estaba muy segura de que eso me gustara. Ni de que me gustara él. Y el hecho de que apenas me hubiera dirigido la palabra desde la estación no mejoraba mucho las cosas.

La recepción del hotel por sí sola me dejó alucinada. Después del ballet, aquello era casi una orgía de lujo, y yo era demasiado consciente de que no conocía el protocolo correspondiente. Intentando mostrar indiferencia, contemplé la suntuosa alfombra roja, las estatuas de mármol y los techos elevados. Y mientras Noah nos registraba en el gigantesco y dorado mostrador de recepción, me sorprendí a mí misma diciendo «gracias» como mínimo un millón de veces. Noah seguía comportándose de forma... extraña. No daba las gracias a nadie y parecía reconcentrado. Traté de cogerle de la mano cuando nos encaminamos hacia el ascensor, pero él se limitó a apretarla una vez antes de soltarla. El ascensor también era dorado, y me quedé embobada mientras subíamos varios pisos a toda velocidad. Con un tintineo, las puertas se abrieron a una planta en la que solo había una puerta.

Mi embobamiento se acrecentó.

—¿Nos han dado una planta entera?

Noah se encogió de hombros.

—Es una suite.

Vale. No cabía duda de que estaba ocurriendo algo.

—Claro.

Noah deslizó una tarjeta negra por la cerradura magnética, y las puertas se abrieron de golpe para revelar la habitación de hotel más fastuosa que había visto en la vida real, o incluso en una revista. Más que una habitación de hotel, era un apartamento de lujo. Tenía un salón con un televisor grande como pantalla de cine, una chimenea controlada con mando a distancia y un lavabo con una bañera en la que se podía nadar.

Solté un chillido y entré corriendo para examinarlo todo con más detenimiento.

—¡Noah, hay albornoces! ¡Albornoces de verdad, como en las películas!

No me respondió, pero yo estaba demasiado emocionada para que me importara.

Entré a toda prisa en el salón y me dejé caer en el sofá.

—En este sofá cabrían doce personas —grité—. ¿Cómo consiguieron que pasara por la puerta? ¡Ooooh, fíjate, bombones!

Rasgué la solapa de la caja negra para abrirla y hurgué entre las distintas capas. Elegí uno con caramelo y me lo llevé a la boca. Todavía con un entusiasmo algo excesivo, me acerqué rápidamente a las ventanas y descorrí las cortinas con brusquedad.

No me había percatado de lo altos que estábamos. Se dominaba todo Londres. Unos copos de nieve borrosos desdibujaban ligeramente la vista, pero aun así alcanzaba a ver muchos kilómetros de ciudad. Estaba mucho más bonita que de costumbre. El humo y el gris habían cedido el paso temporalmente a un país de

fantasía tapizado de blanco.

Aunque estaba muy ilusionada, en gran parte era un intento de compensar el repentino mal humor de Noah. No estaba segura de en qué momento había cambiado, pero había pasado de perfecto a raro en algún punto entre la estación de tren y el hotel. Yo estaba tiritando, así que supuse que lo mejor que podía hacer era dejarlo solo hasta que se le pasara el enfado y mientras tanto entrar en calor.

—Voy a darme un baño.

Tampoco obtuve respuesta esta vez, así que me encerré en el baño.

Mientras el agua salía a borbotones de los grifos gruesos y dorados, experimenté con todos los potingues gratuitos que había a la vista. Vertí cantidades generosas de líquido Molten Brown para baños de burbujas y abrí todos los otros botes para olerlos. Cuando la bañera estaba lo bastante llena, me quité el precioso vestido de seda y me metí en el agua caliente y espumosa.

Fue un gustazo. No me había dado cuenta del frío que tenía hasta que estuve sumergida en aquel baño de temperatura deliciosa. Descubrí, encantada, que al pulsar un botón en el grifo, la bañera se transformaba en un jacuzzi descomunal. La presión de los chorros eliminó todo el estrés que me había causado la nevada, la imposibilidad de volver a casa y la extraña conducta de Noah. Incluso me puse a cantar a pleno pulmón *Kiss*, de Prince, intentando recrear la escena del baño de *Pretty Woman*.

Permanecí flotando allí hasta que el agua se enfrió, y emergí transformada. Me envolví en un albornoz extragrande y salí al dormitorio con el pelo medio húmedo formando ondas en torno a mis hombros.

El televisor de pantalla ancha de la habitación estaba encendido, y Noah lo miraba, sentado en la cama. Seguía irradiando malas vibraciones, y apenas pareció advertir mi presencia. Esto bastó para inquietarme, pero entonces vi algo aún peor.

Noah había construido una especie de barrera complicada en medio de la cama de matrimonio. Había utilizado todos los cojines decorativos del sofá y las almohadas que sobraban para crear un badén enorme cubierto con una sábana. Él estaba recostado de lado, con la vista fija en el televisor. Una línea trazada con pintura habría sido más sutil.

Me asaltó una vorágine de emociones. Pánico. Disgusto. Pena. Confusión. Pero por encima de todo estaba la ira. Y, en vez de meditar lo que iba a decirle, corrí hacia él, incapaz de contenerme, agarré el mando a distancia, apagué la tele y le arrojé el mando a Noah.

—¿Qué narices pasa aquí? —exigí saber.

Él alzó las manos para protegerse del proyectil que le había lanzado.

—¡Ay! No sé a qué te refieres.

Seguía resistiéndose a mirarme, lo que avivó mi rabia.

—Noah, no soy una de esas chicas que tragan con tus malos rollos y se quedan sentadas sonriéndote con dulzura mientras tú te comportas como un capullo. Claro

que sabes a qué me refiero. —Señalé la barrera improvisada.

Sus ojos siguieron la dirección de mi dedo.

—Ah, eso —dijo con cara inexpresiva.

—Claro, ¿qué si no? —Gesticulé furiosamente—. ¿Qué demonios es? ¿Acaso tengo piojos o algo parecido? Apenas me has dirigido la palabra desde que salimos del ballet, has pasado totalmente de mí desde que llegamos al hotel, y ahora me encuentro con que has creado en la cama una especie de manifestación física de un campo de fuerza anti-Poppy. ¿Qué ocurre? ¿Qué te he hecho? —El enfado cedió el paso a la tristeza y se me entrecortó la voz. Caí en la cuenta de que estaba agotada y que habían sucedido muchas cosas ese día. Era como si hubieran transcurrido años desde que Lizzie y yo caminamos juntas al instituto. Y ahora, allí estaba yo, menos de veinticuatro horas después, atrapada en una suite de hotel de lujo con el mundo exterior convertido en algo similar a una escena de *El día de mañana* y mi novio portándose como un idiota. Advertí avergonzada que una lágrima asomaba a mi ojo izquierdo—. ¿Tan repulsiva soy que tienes que erigir una barrera real para mantenerme a raya? —Derramé otra lágrima.

De inmediato, Noah se sentó junto a mí, me abrazó y me consoló con voz suave. Intenté soltarme, humillada, pero me sujetó fuerte y me acarició el cabello.

—Chss, Poppy, lo siento. Es terrible para mí verte llorar.

—Pues entonces no me hagas llorar, joder. —Me enjuagué los ojos para que no cayeran más lágrimas.

—¿De verdad crees que he levantado esa barrera porque no me gustas?

—No lo sé. Pero es raro. Y cruel. ¿Y cómo voy a saber por qué haces las cosas si no me hablas?

Me senté en la cama, demasiado disgustada para fijarme en lo blanda y cómoda que era. Noah tomó asiento junto a mí.

—Eh —protesté—. Este es mi lado.

Se rio.

—No tiene gracia.

Intentó obligarme a mirarlo a los ojos.

—Ya sé que no tiene gracia. He sido un gilipollas. Deja que te lo explique.

Alcé la vista hacia su apuesto rostro. Sabía que mi aspecto debía de ser horrible. Tenía la tendencia a ponerme muy fea cuando lloraba, pero él ya me había visto. No podía hacer nada por remediarlo.

—Vale... Poppy... Dios, no es fácil explicarlo.

—Inténtalo.

—De acuerdo. Verás... En fin, lo que pasa es que me he acojonado un poco. Eso es todo.

—¿Acojonado, por qué?

—Esto es lo que no sé cómo explicar... ¿Por lo nuestro?

Un miedo angustioso se apoderó de mí y, por unos momentos, me costaba

respirar. Las lágrimas, que había logrado contener, comenzaron a fluir de nuevo, imparables.

—¿Te están entrando dudas? —pregunté con voz temblorosa.

—¿Me tomas el pelo? Claro que no.

El alivio me invadió, y más lágrimas brotaron de mis ojos. Desconcertado por mi reacción, Noah me estrechó contra sí y me susurró al oído.

—Poppy, lo siento mucho. No era mi intención ofenderte. Es justo lo contrario de lo que crees. Lo cierto es que, bueno, esta noche ha sido increíble. Demasiado. ¿Lo entiendes?

Estaba excesivamente emocionada para hablar, así que negué con la cabeza.

—Lo que ocurre es que, como ya te he dicho, nunca había sentido algo así por una chica. Nunca me habían interesado tanto sus opiniones o sus sentimientos. Lo mío con ellas era, ya sabes, puramente físico. Pero contigo es distinto. Me importas tanto que me aterroriza cagarla y estropearlo todo.

—No te entiendo.

—A ver, aunque te quiero mucho, también me gustas un montón. Normalmente no dudaría en ir más deprisa. Pero hablamos sobre ello, y tú decidiste que debíamos tomarnos las cosas con calma, y, bueno, yo estoy de acuerdo. Lo digo en serio, y no quiero meterte prisa.

Las ganas de llorar se me habían pasado lo suficiente para disfrutar con sus titubeos.

—Entonces, ¿qué ha pasado esta noche? ¿Por qué has construido esta barrera enorme en la cama?

Noah esbozó media sonrisa.

—Ese es el problema. De tanto esforzarme por no estropear las cosas, he hecho precisamente eso. Poppy, ¿tienes idea de lo que sentí contigo en el ballet?

Me acordé del contacto, de las chispas que saltaron entre nosotros.

—La cosa se puso un poco caliente...

—¿Un poco? Poppy, ni te imaginas lo cerca que estuve de abalanzarme sobre ti allí mismo, delante de todo el mundo.

Solté una risita.

—De verdad, nunca había sentido un deseo tan intenso. Tal vez sea la sensación más avasalladora que he tenido jamás. Era un impulso más fuerte que yo. Comprendí que podía perder el control sobre mí mismo, propasarme contigo y ahuyentarte para siempre.

Sonreí y me sorbí la nariz.

—Poppy, lo digo en serio. Logré reprimirme. Supuse que si conseguía llevarte a tu casa, todo acabaría bien. Pero entonces topamos con la maldita nevada. Y la idea de tener que pasar la noche durmiendo a tu lado, sin poder hacer nada... Bueno... No confiaba en mí mismo..., así que...

—¿... así que te transformaste en un imbécil introvertido y fabricaste un

dispositivo anti-Poppy sin explicarme nada de esto? —terminé la frase por él.

Noah se rio y tomó mi cara entre sus manos.

—En esencia, sí. Lo siento.

Exhalé, más tranquila.

—¿Estás enfadada conmigo? —Parecía sinceramente preocupado.

Asentí y luego sacudí la cabeza.

—Sí. No. No del todo. Pero no vuelvas a hacerme eso. Lo de no hablarme. Es horrible, y no quiero pasar por eso de nuevo.

—Lo sé. Perdona. Nunca más.

Pensé de nuevo en el ballet. Aquellas sensaciones me vinieron de inmediato a la memoria..., y ahora estábamos solos. Allí no había nada ni nadie que pudiera impedir que nos dejáramos llevar por nuestros impulsos hormonales.

Me incliné y besé a Noah en los labios con suavidad. Él emitió un gemido leve y me devolvió el beso. Entonces uno de los dos, no recuerdo quién, convirtió el beso delicado en una pasión frenética. Perdí la noción de todo. Antes de que me diera cuenta, Noah yacía boca arriba y yo estaba sentada sobre él, con una pierna a cada lado. Tenía los ojos cerrados en un delirio de placer, con las manos en torno a su cuello y sus manos deslizándose por mis costados, acariciando mi cuerpo. Gemí contra sus labios.

Pero entonces Noah se apartó, dejando mi boca abierta y vacía.

—¿Entiendes ahora por qué he construido la barrera?

Los dos respirábamos agitadamente.

—Sí, supongo que tiene sentido —jadeé, presa aún de una excitación intensa.

Me quité de encima de Noah, y él pasó al otro lado del parapeto improvisado.

—Creo que será mejor que me quede aquí durante un rato.

Yo hice un puchero con el labio inferior.

—¿Es estrictamente necesario?

—Sí, Poppy, lo es.

—Pero ¿y si cambio de opinión sobre esto de ir despacio?

Noah se tapó las orejas con las manos.

—La la la. No te escucho.

Extendí los brazos hacia sus manos y las retiré. El mero hecho de tocarlo otra vez envió una descarga de voltios a todas mis extremidades.

—¿De veras? ¿No tengo derecho a cambiar de idea?

Lo deseaba tanto... Y el sitio era perfecto: una suite de un hotel de cinco estrellas, después del ballet, mientras fuera caía la nieve. Pocas chicas podían presumir de haber perdido la virginidad así. Estaba aterrorizada, como es natural, pero a la vez anhelaba que ocurriera más de lo que había anhelado nada en la vida. No tanto la parte física, que, para ser sincera, me asustaba mucho, como la intimidad que nos aportaría, la evolución que el acto de hacer el amor supondría para nosotros como pareja.

Acaricié la cara de Noah, mirándolo a través de mis pestañas con lo que esperaba que fuera una expresión seductora.

Pero él solo pegó un chillido y se incorporó.

—¡No, no, no, no, no, OSTRAS, qué DIFÍCIL es esto!

Me reí, un poco dolida, pero divertida por su reacción.

—Entonces, ¿definitivamente no se me permite cambiar de idea?

—No.

—Pues no me parece justo. ¿Es que no puedo conocerme a mí misma y saber lo que quiero?

—No se trata de eso, Poppy. Te conoces a ti misma mejor que nadie que haya conocido. No haces cosas que no quieres hacer. Pero aún estamos en la fase de conocernos. No quiero que nos precipitemos, de verdad, por más que todos los impulsos de mi cuerpo me lo pidan a gritos.

Con esto quedé oficialmente derrotada, pues sabía que no le faltaba razón. Apenas habíamos empezado a salir juntos. No convenía apresurarse, sobre todo porque yo tenía la sensación de que aquello no era más que el principio de algo que duraría para siempre. Ya habría tiempo de sobra para explorar ese aspecto de la relación.

Alcé las manos.

—De acuerdo. Fin de la seducción. Mira, ni siquiera voy a tocarte. Pero, ¡por favor, necesito una distracción! Enciende otra vez la tele.

Noah cogió el mando a distancia.

—Con mucho gusto.

Aunque casi nos habíamos olvidado de la ventisca, el canal de veinticuatro horas de noticias nos informó diligentemente sobre los estragos que estaba causando. Noah y yo nos tomamos de la mano por encima de la barrera de la cama mientras mirábamos a una animada periodista que desgranaba todos los detalles siniestros con entusiasmo.

—Como he señalado antes —dijo con una sonrisa melosa dibujada en su cara embadurnada de maquillaje—, no hubo avisos de esta nevada. El Servicio Meteorológico está tan desconcertado como el resto de nosotros. Pero, al margen de esto, la capital está paralizada a todos los efectos mientras la nevada continúa ocasionando trastornos por toda la ciudad.

La pantalla pasó a mostrar imágenes del caos sembrado por la nieve: coches que habían patinado y chocado contra camiones, perros que tiritaban, pasajeros aterrorizados que contemplaban los paneles de salidas con ojos desorbitados en las estaciones de tren.

—Mira —dije, señalando el televisor—. Acabamos de estar ahí.

Otro periodista igual de empalagoso entrevistaba a ciudadanos consternados en la estación Victoria. En pantalla había una rubia de aspecto tímido con un bebé muerto de frío apoyado en la cadera.

—¿Y a usted? —preguntó el señor reportero—. ¿Cómo la está afectando la nieve? La rubia respondió, dirigiéndose al periodista más que a la cámara.

—No tengo claro qué debo hacer —dijo en un susurro comprensible—. Solo había venido a Londres a pasar la tarde con una amiga, y ahora no sé cómo regresar a casa. Creo que tendré que buscar un hotel donde alojarnos, pero no he traído todo lo necesario para mi hijo. —Se cambió el niño de cadera—. La verdad es que esto me fastidia bastante. No entiendo por qué los hombres del tiempo no sabían que iba a nevar. Se supone que estamos en el siglo XXI...

—Caray —comentó Noah—. Menos mal que decidimos venir aquí.

La señora continuó quejándose, pero vimos que el periodista se llevaba la mano al pinganillo y ponía una cara difícil de interpretar.

—Siento tener que interrumpirla —dijo—, pero hemos recibido una noticia de última hora de que se ha producido un accidente múltiple en la M25 a causa de las condiciones meteorológicas adversas. Se calcula que se han visto implicados al menos doce vehículos, y es posible que haya víctimas mortales.

—Eso no suena bien —murmuró Noah.

Noté en el estómago esa sensación retorcida que se experimenta cuando les sobreviene una catástrofe a otros: una mezcla de alivio y empatía, pero por encima de todo una curiosidad inexplicable por conocer todos los pormenores.

En la tele apareció una toma aérea temblorosa realizada desde un helicóptero.

—Se han formado ya colas de varios kilómetros en ambos sentidos de la autopista, pero lo más preocupante son las dificultades de los vehículos de emergencia para llegar a la zona del siniestro a través de la nieve. Esperamos noticias de alguien que se encuentre en el lugar de los hechos.

Me incliné hacia el televisor, que de pronto enmudeció. Me volví hacia Noah y advertí que tenía el mando a distancia en la mano y el entrecejo fruncido.

—Lo siento. No te importa que lo haya quitado, ¿verdad? Es que no puedo seguir mirando. Es demasiado terrible.

Me encogí de hombros.

—Seguramente tienes razón. —Me ladeé hacia él, le di un beso suave en la mejilla y cogí el mando—. ¿Hay canal de películas en este hotel?

—¿Tienes ganas de ver una peli?

—No especialmente, pero no me apetece quedarme aquí tumbada en silencio con una barrera enorme entre nosotros hasta que me entre el sueño.

—Podemos prescindir de la barrera.

—Vaya. ¿En serio? Qué suerte tengo —comenté con sarcasmo.

Noah comenzó a dismantelar la pila de cojines.

—Pero no te hagas ilusiones —dijo—. Cuando llegue la hora de dormir, la colocaré de nuevo. Todavía no me he recuperado de lo que pasó en el ballet.

Con una carcajada, lo ayudé a tirar al suelo los cojines que quedaban.

—Me parece bien. Pongamos la peli menos sexy que encontremos.

Fui cambiando de canal mientras Noah llamaba a recepción para pedir unos pijamas. Nos los llevaron cinco minutos después, y ambos nos los pusimos. Eran de franela, de buena calidad, y abrigaban que daba gusto, pero no resultaban muy atractivos. Tras reírnos de nosotros mismos durante un buen rato, nos acurrucamos bajo las mantas, dejando una rendija entre las cortinas para ver la nieve que continuaba cayendo en el exterior.

—Bueno, ¿qué película has elegido? —preguntó Noah, arrojándose a mí. Me acomodé en el hueco bajo su axila.

—Pues la cosa está entre una peli de acción cutre o una peli romántica cursi.

—Puaj. Las dos opciones parecen lamentables. ¿Cuál es la romántica?

Torcí el gesto.

—*Crepúsculo*.

—Ja, ja. ¿En serio?

—Para ser un hotel de cinco estrellas, no hay una oferta muy amplia.

—¿La has visto?

—No. No me van demasiado esas cosas. Pero las chicas están OBSESIONADAS con ella. Amanda las tiene todas en DVD, y no coge el teléfono cuando las está viendo.

Noah se deslizó los dedos por el pelo y sonrió.

—Bueno, será interesante ver por qué ha causado tanta sensación.

—Supongo. El actor que sale tampoco está mal.

—¡Eh!

—¿Qué pasa? —me defendí—. Solo era una observación.

—Pues no pienso verla si vas a pasarte el rato babeando por Robert como se llame.

—No babearé.

—Entonces, vale.

Para mi sorpresa, el filme no era tan malo como yo imaginaba. Soy una esnob insoportable en lo que al cine se refiere y creía que me horrorizaría, pero me pareció soportable.

A Noah, sin embargo, no le convenció tanto.

Lo puso en pausa de nuevo.

—No lo entiendo —declaró.

—No hay nada que entender. Él es vampiro, y ella no.

Sacudió la cabeza.

—No, eso ya lo había pillado. Lo que no entiendo es por qué a las chicas os gusta tanto.

Posé la vista en la imagen congelada de la pantalla. Los dos protagonistas se miraban con fijeza, cosa que se pasaban haciendo durante una parte considerable del metraje.

—Bueno, supongo que es bastante romántica.

—¿Por qué? ¿En qué sentido es romántica?

—No sé... Su amor es lo bastante fuerte para ayudarlos a superar los obstáculos que la vida les pone delante... Lo de siempre... Él quiere devorarla..., ella no quiere ser devorada...

—Eso es lo que no entiendo. —Noah parecía auténticamente perplejo, y un poco añorado con aquel pijama que le quedaba grande—. No entiendo a las mujeres. ¿Por qué esta obsesión con que el amor tiene que ser difícil? ¿Por qué solo consideráis que el amor es verdadero cuando implica una batalla constante contra la adversidad? ¿Por qué no podéis aspirar a conocer a un hombre agradable sin que surjan problemas?

Se me escapó una sonrisa. Ay, Señor. Los chicos eran tan diferentes de las chicas...

—Creo que eso no daría para un libro o una película interesantes —dije para picarlo.

—Sigo sin entenderlo.

—Bueno, es que no eres una chica.

—Gracias a Dios. No te ofendas, pero os complicáis mucho la vida, de verdad.

—Lo sé.

Noah se volvió boca abajo y alzó la vista hacia mí.

—Enamorarme de ti, Poppy, ha sido la cosa más sencilla del mundo para mí. Creo que ni siquiera tuve que pensar en ello. Ocurrió sin más.

—¿Y? ¿Adónde quieres llegar?

—Bueno, ¿significa eso que nuestro amor no vale tanto, porque no hemos tenido que ganárnoslo? ¿Lo nuestro no es una historia de amor bonita porque no ha sido una lucha contra el destino? No somos más que..., ya sabes..., una pareja de novios.

Estaba tan mono, tan nervioso, que no pude evitar alborotarle el pelo.

—¿De verdad te preocupa eso?

—No demasiado, pero no quiero que después de ver esta peli desees que lo nuestro sea más dramático.

Cambié de postura sobre la cama.

—Estoy segura de que habrá momentos dramáticos. Creo que el enamoramiento es la parte fácil. Permanecer juntos es lo que da lugar a todo el dramatismo.

Noah me lanzó una de sus miradas profundas y escrutadoras.

—No soy capaz de imaginar que no quiera permanecer a tu lado para siempre —dijo en un medio susurro.

—Yo tampoco.

—¿Aunque yo no sea un vampiro o un hombre lobo? ¿Aunque estar conmigo no provoque algún tipo de catástrofe brutal como las de las películas?

Negué con la cabeza.

—Que todo vaya sobre ruedas me parece perfecto.

Nos acurrucamos el uno contra el otro y reanudamos la película. Al cabo de pocos minutos, nos quedamos dormidos, con los cuerpos entrelazados en medio de la cama excesivamente lujosa.

No volvimos a erigir la barrera.

Muertos.

Rain no podía creerlo.

Había muertos, muertos de verdad.

Él seguía en la sala de ordenadores, por lo visto, su nuevo hogar. De hecho, hacía tanto tiempo que no dormía en su apartamento, que había olvidado qué aspecto tenía por dentro. El sueño era un lujo que no podía permitirse por el momento. De todos modos, ahora le resultaría imposible pegar ojo aunque quisiera.

Cuando se había enterado de que se habían registrado víctimas mortales, se había excusado para ir al baño, aparentando tranquilidad. Se había encorvado sobre el retrete y había vomitado violentamente hasta que no le salió nada de la boca. En cuanto las arcadas cesaron, se lavó las manos y examinó su imagen en el espejo. Avergonzado, vio que no reconocía a la persona que lo miraba desde el otro lado. El rostro juvenil de expresión entusiasta que siempre había atraído a las chicas se había esfumado. Parecía que hubiera envejecido al menos cinco años en las últimas semanas. Su piel había adquirido un tono amarillento, tenía unas bolsas negruzcas bajo los ojos hinchados, y el otro día había descubierto varios cabellos blancos en su cabeza. ¿Canas? ¿Sin haber cumplido aún los veinticinco?

Nada de eso importaba: su aspecto, su vanidad, su orgullo. No merecía nada de eso. Habían muerto personas, y él era el responsable. Jamás lo asumiría del todo.

La doctora Beaumont, su cómplice, continuaba a su lado. Curiosamente, los sucesos de la semana anterior habían tenido el efecto contrario en su apariencia. Estaba casi radiante. Tenía los labios de un rojo más intenso, las mejillas más sonrosadas, los ojos brillantes y con el blanco impoluto, pese a su falta de sueño. Ahora Rain la encontraba repulsiva. Se había referido a las muertes como «el secretillo de ambos», casi con coquetería. Era espeluznante.

Rain no tenía idea de qué hacer o de cómo afrontar la situación. Se arrepentía de no haber avisado a alguien antes, a alguien que tuviera autoridad sobre Anita. Pero en aquella maldita organización todo se hacía tan en secreto que él ni siquiera sabía quiénes eran sus superiores. Además, ¿aceptarían su palabra contra la de ella, después de todo lo que había hecho por la empresa? Sin ella, no eran nada. Y Anita lo sabía.

—No es asesinato, ¿lo entiendes? —le había dicho ella la noche anterior, cuando veían las noticias—. No somos responsables directos de esos fallecimientos.

Rain contemplaba horrorizado los acontecimientos que se desarrollaban a través de la red de televisión global.

—Pero tampoco somos inocentes —había murmurado—. Estas personas seguirían con vida si hubiéramos tomado medidas antes...

—Eso no lo sabes con certeza.

—¡Claro que lo sé! —Se puso de pie y echó a andar de un lado a otro—. Anita,

es decir, doctora Beaumont, si hubiéramos reaccionado antes, si hubiéramos enviado antes al equipo de recogida, no se habrían producido condiciones meteorológicas adversas. No se habría formado hielo en la carretera, el primer coche no habría patinado y, por lo tanto, no habría decenas de personas atrapadas en sus coches, agonizando. ¿No te das cuenta de que es una cuestión de causa y efecto? Nuestra inacción ha tenido estas consecuencias. Es como el efecto mariposa. La teoría del caos. Me lo enseñaron en el campamento de instrucción. Por eso decidí dedicarme a esto, para impedir que sucedieran estas cosas. Para hacer el bien. Para salvar vidas, no para acabar con ellas.

Se sentó de nuevo y apoyó la cabeza en la mesa. Le daba igual si ella pensaba despedirlo, aunque dado todo lo que sabía, seguramente se «encargarían» de él de otra manera. Le costaba contener el llanto.

Anita con su serenidad habitual, esperó a que recuperara la compostura.

—Es una manera de verlo —dijo.

—Es la única manera.

—Te equivocas.

—¿De veras? —Levantó la mirada—. ¿En qué sentido? Si eres tan amable, cuéntame qué explicación tienes para declararte inocente.

Ella tamborileó en la mesa con su pluma, la primera señal que daba de que quizá le remordía la conciencia.

—Rain, tú sabes por qué estoy al frente de esta operación, ¿verdad? Habrás oído los rumores, ¿no?

Él desvió la vista. Sí, los había oído. Aún no había averiguado si eran ciertos o no. Suponía que no eran más que cotilleos de oficina. Anita era una persona muy respetada en la empresa, pero también se había ganado el desprecio de muchos. Rain no era la única víctima de sus cambios bruscos de humor; ella gritaba insultos a todos, que no tenían otro remedio que aguantar sin rechistar.

—En fin —prosiguió—. Debido a mis... circunstancias, soy, sin lugar a dudas, la persona más importante de esta empresa. Tú lo sabes, yo lo sé, incluso ese becario tan irritante que friega el suelo lo sabe. —Sonrió con sorna—. Aclarado este punto, pasaré por alto el hecho de que en esencia acabas de acusarme de asesinato, pero solo por esta vez...

—¿Qué intentas decirme?

—Lo que intento decirte es que sé lo que hago, Rain. Tienes que confiar en mí.

Él clavó la mirada en sus ojos fríos como el acero y se armó de valor para hablar.

—Si los rumores son ciertos, doctora Beaumont, creo que sería una imprudencia por mi parte confiar en ti.

Ella se echó hacia atrás, como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Qué narices se supone que significa eso?

Él se encogió de hombros, enfadado, exhausto.

—Significa que no estoy seguro de que tu motivación sea proteger el universo. Para eso estamos aquí, ¿no? Para evitar que los afines se junten, que mueran personas y que el caos se apodere del mundo, ¿no? Pero tú misma lo has dicho, esta pareja presenta cierta tolerancia... ¿Y si estuvieras pensando que, ya que ellos están desarrollando tolerancia, tal vez tú podrías desarrollar tolerancia también..., hacia tu alma gemela? —Se levantó—. Lo siento mucho, pero tu retorcido proyecto de ciencias ha ocasionado muertes. ¡La culpa es tuya, Anita! ¡Has perdido el control! ¡Reconócelo!

Ella parecía a punto de salirse de sus casillas. Acercó la cara a la de Rain.

—¿Cómo te atreves? —gruñó—. No tienes derecho. Absolutamente ningún derecho. Sé lo que hago, Rain. No hemos dejado morir a esas personas. Ha sido un accidente.

—Un accidente que habríamos podido prevenir.

—Eso no lo sabes a ciencia cierta.

—Nadie pronosticó esa ventisca.

—¡Olvídate de la ventisca! ¿No lo entiendes, Rain? Tenemos que dejar que esta pareja siga su curso. Ya has visto los datos. Nunca habíamos sido testigos de algo parecido. Estos afines están desarrollando inmunidad... ¡Inmunidad! ¿No crees que vale la pena seguir este caso? Piensa en las posibilidades que podría abrirnos. ¿Cuántas vidas salvaríamos si fuéramos capaces de «curar» a las parejas de su condición de almas gemelas? Las lecturas no tienen precedente, ni siguen pauta alguna. Es como si lo que sabíamos hubiera evolucionado hasta convertirse en algo más grande, más aterrador, incluso menos predecible. Toda información que podamos recoger antes de la inevitable separación será muy valiosa. Tendría el potencial de salvar cientos de miles de vidas. ¿Y si volviera a producirse un emparejamiento como este? No sabemos qué esperar a menos que continuemos observando a estos dos. Es por un bien superior, Rain. ¿Cómo es posible que no lo veas?

Rain no apartó los ojos de la pantalla.

—Las personas que han muerto... ¿Pretendes decirme que no son más que... daños colaterales?

Anita le dedicó una sonrisa demencial, inquietante. Había perdido el juicio. Lo había perdido del todo. Pero ¿qué podía hacer él?

—Por fin lo entiendes —comentó ella, encantada.

Este había sido el momento en que Rain se había excusado para ir al baño y había vomitado hasta tener las entrañas vacías y ardiendo.

Cuando abrí los ojos, yacía en la cama más suntuosa del mundo con Noah hecho un ovillo junto a mí. El televisor, que seguía encendido, se había pasado toda la noche reproduciendo la película. Los dos protagonistas de *Crepúsculo* se sujetaban la cara el uno al otro, y la chica balbucía algo antes de que se dieran un último beso. Sonreí. Nadie está tan guapa cuando llora. Y cuando uno besa a alguien en plena llorera, lo más probable es que lo deje perdido de mocos. Apagué la tele, me levanté despacio de la cama, con cuidado de no despertar a Noah, y me acerqué a la ventana.

Me senté en la descomunal repisa y contemplé la ciudad que se extendía desordenadamente más abajo. La nieve había desaparecido rápidamente, como suele ocurrir en Londres. El hermoso manto blanco se había convertido en un barro de color marrón acumulado a los lados de las calles cargadas de tráfico. Cerré los ojos y realicé mis ejercicios de respiración escuchando los ruidos de la ciudad. Pronto tendría otra sesión de precio desorbitado con el doctor Ashley, y quería darle mejor impresión que de costumbre.

El mundo se desdibujó mientras me concentraba exclusivamente en mi respiración, mi caja torácica y mi cuerpo en el momento presente..., hasta que noté la presencia de Noah.

Y entonces al abrir de nuevo los ojos, vi que me observaba con curiosidad.

—¿Qué haces, si no es indiscreción?

Alcé la vista hacia él con expresión inocente.

—Mis ejercicios.

—Ya. ¿Qué clase de ejercicios?

—Es como un tipo de meditación. En teoría debería hacerlo todas las mañanas.

—Entiendo.

Noah miró hacia fuera.

—Ya no hay nieve.

—Así es.

—Lástima. Habría sido de lo más romántico que la nevada nos obligara a quedarnos un día más.

Eché la cabeza hacia atrás y me despeiné con la mano.

—No me tortures. ¿A qué hora tenemos que dejar libre la habitación?

—A las once.

—¿Qué hora es ahora?

—Las nueve y media.

—¿Nos queda tiempo para llamar al servicio de habitaciones?

Noah sonrió.

—Esa, Poppy, es otra de las razones por las que te quiero.

Veinte minutos después, nuestra suite parecía una especie de picnic de ositos de peluche..., sin los ositos, claro. Decir que la idea de llamar al servicio de habitaciones

me enloquecía sería quedarse corto. Para colmo, cuando Noah me dijo que lo cargarían todo en la cuenta de gastos de la empresa —y que, por tanto, podía pedir cuanto me apeteciera—, creo que tal vez se me fue un poco la mano.

—Madre mía, tienes que probar estos huevos Benedict —dije, tumbada boca abajo en la alfombra mientras me ponía las botas de comida—. Saben a paz mundial. Son la paz mundial convertida en huevos.

Noah arqueó una ceja desde el otro lado de nuestro picnic improvisado. La pila de tortitas que tenía delante era tan alta que le tapaba la cara.

—¿Huevos con sabor a paz mundial? ¿Eso es posible?

—Si todo el mundo desayunara huevos como estos, seguro que no habría más guerras. —Tomé un gran bocado—. No sabía lo que eran los huevos Benedict, pero creo que definitivamente me gustan.

Noah se rio y se sirvió zumo de naranja recién exprimido.

—Si crees que esos huevos están buenos, espera a probar las tortitas.

—¿Las de arándano?

—Sí.

—Cuidado, que voy para allá.

Corrí hasta colocarme junto a Noah. Pinchó un trozo de tortita con el tenedor y me lo tendió. Cerré los ojos y dejé que se deslizara al interior de mi boca.

Emití un gemido.

—Oh, Dios mío. ¡Tortitas con sabor a paz mundial! ¡Están deliciosas! Noah, ¿por qué los chefs de este lugar no trabajan para la ONU?

Soltó otra carcajada.

Agarré su tenedor y atacé la ensalada de frutas, ensartando con avidez trozos jugosos de melón maduro.

—¡Ni siquiera me gusta el melón! —exclamé mientras me lo zampaba.

Noah me miraba con esa sonrisa tenue especial que asomaba a sus labios cuando yo hacía algo que lo divertía.

—Nunca había visto a alguien emocionarse tanto con un desayuno.

—¿Lo dices en serio? Es la comida más importante del día. A veces, cuando me acuesto, planeo lo que prepararé para desayunar y me ilusiono tanto que no puedo dormir.

—Eso es muy normal.

—Me da igual si no es normal.

En cuanto terminamos (o, mejor dicho, terminé) de engullir, nos fuimos del hotel y tomamos uno de los trenes que ya volvían a funcionar para regresar a Middletown y al mundo real.

Mucho antes de lo que hubiera deseado, Noah y yo llegamos frente a la puerta de mi casa.

—Gracias otra vez por una noche tan increíble —dije, plantándole un beso cerca del ojo—. Creo que nunca la olvidaré.

—Yo también lo he pasado genial. —Entrelazó los dedos con los míos antes de inclinarse para darme un beso furtivo en los labios, muy breve, por si mamá estaba mirando por la ventana.

Sentí un escalofrío. Todavía había mucha nieve en Middletown, a diferencia de en las calles de la capital, donde se había fundido.

Noah puso mala cara.

—Creo que tengo una mala noticia.

—¿Cuál?

—No te alarmes. Es solo que me temo que en las próximas semanas no podremos vernos tanto como yo quisiera.

Mi estado de ánimo cayó por los suelos de inmediato.

—Ah —dije—. ¿Por qué?

—Tengo que ensayar con el grupo. Nos queda mucho por hacer antes del concierto. No puedo creer que solo falten dos semanas. Seguimos siendo un desastre.

—No sois un desastre. Tocáis de miedo.

—Gracias, pero te aseguro que necesitamos ensayar MOGOLLÓN si queremos parecer mínimamente profesionales en comparación con los Ponyboys.

Bajé la mirada hacia el sendero cubierto de nieve bajo mis pies, desilusionada.

Noah tomó mi rostro entre sus manos.

—Créeme, será una mierda absoluta —aseguró—. No sé cuánto tiempo podré soportarlo. ¿Me hace sonar eso como un idiota sensiblero? Apuesto a que estás deseando descansar un poco de mí...

Sonreí para provocarlo.

—Sí, la verdad es que no me vendría mal perderte un poco de vista.

—¡Oye!

Me reí y lo besé de lleno en la boca.

—CLARO que te echaré de menos, melón —dije, echándole los brazos al cuello—. Te echaré de menos un montón.

Noah me devolvió el abrazo.

—Me alegro.

Nos besamos de nuevo, sin preocuparnos de que mi madre nos espicara desde detrás de las cortinas.

Mis padres me recibieron en el vestíbulo.

—Qué bien que hayas vuelto —dijo mamá, con un plato en una mano y un paño de cocina en la otra—. ¿Cómo estaba la nieve en Londres?

Les di un beso rápido a ella y a papá.

—Toda derretida, pero esto sigue pareciendo Narnia. No llevo ropa muy adecuada.

Se fijaron en el atuendo con el que había ido al ballet.

—Me parece que no he visto antes ese vestido. —La perspicacia con que detectaba las prendas nuevas que nos poníamos mi hermana y yo tenía algo de femenino.

Sonrojada, giré ciento ochenta grados para enseñarle el vestido.

—Noah lo compró para mí.

Papá enarcó las cejas.

—¿Te compró un vestido? ¿Un adolescente te ha comprado un vestido? —Se subió las gafas sobre el caballete de la nariz—. Vaya, vaya, vaya...

—Y la llevó al ballet, y anoche se alojaron en un hotel de cinco estrellas —añadió mamá, tal vez para lanzarle una indirecta a papá.

—¿Es eso cierto, Poppy?

Asentí.

Mi padre soltó un resoplido.

—¿Es rico, ese novio tuyo?

—Sí, eso creo. Bueno, sé que lo es. Sí.

—Eso lo explica todo.

»Pero ¿te gusta su forma de ser? ¿Te trata bien? No me refiero solo a que te compre cosas y te lleve a sitios caros, sino a si te hace sentir bien contigo misma.

¿A qué venía este interrogatorio? ¿De verdad se estaba poniendo sobreprotector conmigo?

—Sí. Me trata muy bien. Os lo presentaré cuando queráis.

—Eso estaría bien.

—¿Puedo subir a cambiarme? Me estoy helando.

Papá sonrió y volvió a ser el mismo de siempre.

—Por supuesto.

Fui a darme una ducha. Cuando me disponía a abrir el agua, las frases de la conversación entre mis padres llegaron hasta mis oídos desde la planta baja.

—¿Un hotel de cinco estrellas?

Ese era papá.

—Sí. Por lo visto los padres tienen una suite allí.

—¿Y dónde conoció ella a este... millonario?

—Toca en un grupo.

—Debí imaginarlo.

—Ella ha estado mucho más animada últimamente. No ha sufrido ataques de pánico, ni esos arranques de llanto tan espantosos.

—Lo sé. Todo eso es genial, pero quiero que sea porque está contenta consigo misma, y no solo porque le gusta a un chico.

—No tienes por qué preocuparte. Poppy siempre ha sido muy consciente de sí misma. Tú le enseñaste a serlo. Tiene todo el derecho a salir con un chico. No hay duda de que ya está en edad para ello. Además, parece que él la aprecia de verdad. Al menos no está jugando con ella, ni la está desequilibrando.

—Sí, tienes razón. Caray, pero es raro ver a tu hija enamorarse, ¿no?
Sonreí al oír esto mientras me quitaba las medias y entraba en la ducha.

—Muy raro. Pero no creo que haya por qué preocuparse.

Abrí el grifo, y el chorro ahogó el sonido de las voces. Sentí un amor arrollador hacia los dos. Seguramente sí que convenía que les presentara a Noah. Yo sabía que en cuanto mi padre lo conociera comprendería que no era solo un niño rico creído y hortera. Por otro lado, era demasiado pronto para ese rollo de «presentar a los padres». ¿O no? Al fin y al cabo, en mi relación con Noah todo iba superacelerado. Y me daba buenas sensaciones. Muy, muy buenas.

Mi teléfono empezó a sonar cuando me estaba vistiendo. Era Lizzie. Me preparé para la ráfaga de preguntas.

Abrí el móvil pero ni siquiera tuve la oportunidad de decir «hola».

—Bueno, cuéntame qué pasó.

—Bien, gracias, ¿y tú?

—A la mierda las formalidades. ¿Qué pasó?

—¿Por qué te interesa tanto?

Intenté ponerme un jersey mientras mantenía el teléfono pegado a la mejilla.

—Porque anoche me aburría tanto encerrada en mi casa por culpa de la nieve, que me planteé seriamente pegarme el lote con el gato.

Solté una risita.

—Una situación desesperada, ¿no?

—Sobreviviré. Las noticias siguen siendo mi único amor.

—Por supuesto.

—Bueno, déjate de evasivas. ¿Adónde te llevó?

Hice una pausa para generar suspense.

—Me llevó al ballet.

Un jadeo de asombro.

—¿En serio?

—Sí.

—Vaya.

—Y eso no es todo.

—¿Ah, no?

—No. Me compré un vestido para que me lo pusiera anoche. Luego nos quedamos tirados a causa de la nevada y acabamos alojándonos en un hotel de cinco estrellas.

Silencio.

—Lizzie.

Más silencio.

—¿Lizzie?

Aún más silencio.

—¿LIZZIE?

—Aquí estoy. —Respiraba con fuerza—. Perdona. Me he caído de la silla de la impresión y he tardado un rato en encontrar el auricular.

Me reí.

—Ahora, en serio, Poppy, ¿el tío es un robot, o ha leído algún libro especial sobre cómo ser el novio perfecto? En caso afirmativo, ¿podemos comprar varios ejemplares y repartirlos por todo Middletown para que los lean otros chicos?

Esto me arrancó otra carcajada.

—Casi dan ganas de vomitar, ¿a que sí?

—Sí. Es repugnante. Te odio. Pero quiero oírlo todo.

—Verás... —empecé.

—Por teléfono, no. Quiero saber hasta el último detalle. Vamos a montar en trineo. Ruth, Amanda, tú, yo y tal vez algunos de los amigos de Johnno. Ven con nosotros, y me lo cuentas todo allí.

—¿En trineo?

—Sí.

—¿En serio?

—Ajá.

—Nunca hemos montado en trineo.

—Ya lo pillo. Como está bastante claro que el mundo se acaba, es una de las cosas que debemos tachar de la lista antes del Apocalipsis.

—¿De verdad crees que el mundo se acaba?

—Sí. El mal tiempo siempre es una señal.

Abrí el cajón del armario e intenté encontrar algo apropiado para montar en trineo.

—No ha sido más que una tormenta y luego un poco de nieve.

—Y el apagón.

—Eso no tuvo nada que ver con el tiempo.

—Siguen sin saber cuál fue la causa.

—Humm.

—Y hemos tenido un veranillo de San Martín.

—Se llama calentamiento global.

—Se llama Apocalipsis. Lo he leído en Internet. Tiene algo que ver con gigantes, monjes y el fin del calendario.

Contemplé mi imagen en el espejo y practiqué el gesto de arquear una ceja.

—En fin —dije—, si nos encontramos realmente ante el fin del mundo, sería una lástima, pues significa que no tendrás la oportunidad de madurar y convertirte en una periodista seria.

Lizzie se quedó callada.

—Bueno, tal vez sea solo el principio del fin del mundo. Estoy segura de que nos quedan años o décadas por delante.

—Desde luego.

—Nos vemos en lo alto del descampado hacia las dos.

—Vale.

Y entonces colgamos.

Emprendí la subida al descampado, que estaba precioso nevado. Se había transformado en un paisaje invernal de ensueño, con todas las ramas de los árboles cubiertas de una gruesa capa de hielo quebradizo. Siempre me había parecido que el descampado era un sitio inmejorable, pero con nieve..., uauh. Tenía un aspecto increíble. Pese a que me lamentaba constantemente de vivir en los suburbios, ese día me sentía afortunada. En Londres, la nieve había desaparecido a primera hora de la mañana. En cambio aquí seguía habiendo grandes extensiones immaculadas, sin pisadas o huellas de vehículos.

Cuando llegué arriba, los demás ya estaban allí.

—Hola a todos —grité, agitando la mano.

Me devolvieron el saludo.

Al igual que yo, se habían puesto varias capas de ropa que les daban un aspecto infantil y abultado. Incluso Ruth llevaba un gorro con borla bajo el que sobresalían mechones de su cabello color carmesí. Todos tenían las mejillas encendidas y una sonrisa en los labios, como si la nieve poseyera la propiedad de infundir alegría hasta a los quejicas más contumaces.

—Ni una palabra sobre el gorro —me advirtió Ruth cuando llegué junto a ellos—. Estoy rezando por que Johnno y sus amigos no se presenten, pues de lo contrario tendré que quitármelo y se me congelará la cabeza.

Lizzie llevaba un abrigo de esquimal que yo nunca había visto, con la capucha peluda puesta.

—¿No es genial? —comentó, con el aliento visible en el aire—. Fíjate en nuestros trineos.

Vi dos bandejas de té y un flotador.

—No son trineos.

—Nos servirán.

—Pues tírate tú primero —dijo Amanda. Era la que más se asemejaba a una niña, con sus prendas superpuestas y su carita asomando por encima de una plétora de bufandas—. Pero primero —añadió— quiero oírlo todo acerca del ballet y el hotel. —Me guiñó un ojo.

Me volví hacia Lizzie.

—¡Se lo has dicho!

Ella se encogió de hombros.

—Claro que se lo he dicho. ¿De qué te sorprendes?

—¿No hace demasiado frío para estar de palique?

—Qué va —dijo Ruth, a quien no parecía molestarle en absoluto la perspectiva de

una conversación sobre Noah. Quizás era verdad que la nieve se llevaba el mal humor —. Cualquiera excusa es buena para retrasar el momento en que Lizzie me empujará por un precipicio subida en esa maldita bandeja.

—Está bien, de acuerdo.

Nos quedamos allí, tiritando, mientras yo les contaba detalles sobre el vestido, el ballet, la nevada y el hotel, sin mencionar la barrera en la cama ni la discusión. Ellas estallaron en gritos sofocados y chillidos y, naturalmente, me exigieron que las invitara a ver El Vestido.

—Vaya —dijo Amanda—. De verdad, es como si estuvieras en una película, Poppy. Quiero decir que estas cosas no suceden en la vida real.

Yo sabía que era cierto, pero reconocerlo habría sido presuntuoso, así que me encogí de hombros.

—He tenido suerte, eso es todo.

Ruth estaba un poco callada.

—¿Cómo te van las cosas entre Will y tú? —me aventuré a preguntar, esperando que no hubiera cambiado de idea respecto a dejarlo desde la última vez que la vi.

Sonrió.

—Nos va genial. Deberías ver la ropa que he comprado para el concierto. ¡Es alucinante!

—¿Faltan todavía dos semanas y tú ya te has comprado ropa para ir?

Me lanzó una mirada fulminante, como si yo fuera una niña que aún no entendía cómo funcionaba el mundo.

—Poppy, será un gran concierto. Tenemos que dar el pego como *groupies* profesionales.

Saqué la lengua.

—Puaj. No quiero ser una *groupie*. ¿No basta con que sea la novia del guitarrista?

Ruth volvió a ponerme mala cara.

—Vale, está bien. Pero créeme: si no te acuestas con él, habrá cientos de chicas ansiosas por ocupar tu lugar.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo. —La voz se me entrecortó un poco, delatando mi inseguridad.

—Yo solo te aviso.

Pese a mis esfuerzos por restarles importancia, sus palabras me molestaron. Estoy segura de que esta era su intención.

—Vamos —dijo Lizzie, rompiendo la tensión como siempre—. Probemos estos trineos.

Las demás refunfuñamos, pero subimos hasta la cima de la colina.

—¿Cómo funciona esto? —pregunté, a horcajadas sobre una bandeja de té.

Lizzie se rascó la cabeza con la manopla.

—Pues... no estoy muy segura. Creo que te sientas y te impulsas con los pies.

Con cautela, posé el trasero sobre la bandeja y levanté las piernas.

No pasó nada.

—No pasa nada.

—Eeeh..., tal vez necesites un empujón.

—Vale. Con cuidado.

Lizzie me dio un golpecito. Seguía sin moverme.

—Lizzie, eso ha sido patético. Empújame más fuerte.

—¿Seguro?

—Sí. Veamos qué son capaces de hacer estos trastos.

Y de pronto estaba deslizándome a toda velocidad cuesta abajo, gritando, con el pelo ondeando detrás de mí y la nieve saltando por encima de la bandeja hasta golpearme la cara.

—Yupiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Dando botes sobre madrigueras y virando bruscamente para esquivar a las familias que paseaban a sus perros, llegué al pie de la loma antes de lo que hubiera querido.

Me bajé de la bandeja y saludé con la mano a mis amigas, que parecían muy pequeñas en lo alto de la colina.

—¿ESTÁS VIVA? —gritó Amanda.

—¡TENÉIS QUE PROBARLO! —respondí.

Pasamos las horas siguientes corriendo pendiente arriba y pendiente abajo, turnándonos para empujarnos unas a otras. Johnno y sus amigos aparecieron, y el gorro de Ruth desapareció como por arte de magia en el bolsillo de su chaqueta. Organizamos una competición y comenzamos a echar carreras entre las dos bandejas. En cierto momento intentamos colocar a dos personas en una bandeja para averiguar si la fuerza gravitatoria (Johnno estudia física) nos hacía ir más deprisa. Por desgracia, elegimos para el experimento a Amanda y a uno de los colegas de Johnno, y ella estaba demasiado cohibida para agarrarse fuerte a él. Como consecuencia, a media ladera salió disparada de la bandeja y voló por el aire con una expresión de asombro antes de caer de bruces sobre un gran montón de nieve. Como podéis imaginaros, esto ocasionó un ataque de hilaridad general, y al poco rato la competición había degenerado en una investigación sobre cuántas personas caben en una bandeja de té. La diversión continua disipó mi malestar por la breve conversación con Ruth, aunque había reavivado esa paranoia que me había acostumbrado a sentir respecto a Noah. El hecho de que apenas lo vería en los próximos días tampoco me ayudaría a reforzar mi confianza. Intenté apartar esta idea de mi mente, pero el tiempo pasó volando, y pronto el cielo se oscureció y la gente empezó a marcharse a casa.

Lizzie y yo emprendimos juntas el camino de vuelta.

—La nieve ya se está derritiendo —se lamentó, dándole una patada hacia arriba con su bota de goma.

—¿Significa eso que los Juegos Olímpicos de Invierno de Middletown han

terminado? —Tenía razón. La nieve estaba convirtiéndose en una sustancia acuosa—. Al menos nevó lo suficiente para que cerraran el instituto —señalé—. Habría sido una mierda pasarnos el día encerradas allí.

—El instituto. Puaj. Voy tan atrasada en mis trabajos para clase que ni siquiera me quedan ganas de reír.

—Yo también.

—Sí, ya. Siempre dices lo mismo, pero siempre acabas a tiempo.

—Esta vez, no. No sé... Últimamente es como si me faltara tiempo para todo.

Lizzie me hizo ojitos.

—¿Es porque estás enamoraaaaada?

La empujé contra un banco de nieve. Soltó un chillido y cuando consiguió levantarse estaba hecha un yeti.

—¡Ay!

—Pareces un muñeco de nieve.

—Sí, bueno, y tú pareces mi prima de cinco años cuando la abrigamos para el paseo del día de Navidad.

Caminamos un rato más. Se me estaban entumeciendo los pies.

—No te comas el coco por lo que ha dicho Ruth —aventuró Lizzie, con la vista al frente—. No creo que tenga que preocuparte que Noah se vaya con alguna *groupie*.

Esto era lo que me encantaba de Lizzie. A veces, cuando menos me lo esperaba, me leía el pensamiento y decía justo lo que necesitaba oír.

—Gracias.

—Sigue pareciéndome la hostia que te comprara un vestido.

Me reí.

—A mí también.

Las dos nos quedamos calladas de nuevo.

—Poppy.

—¿Sí?

—Eres muy afortunada, lo sabes, ¿no?

Pensé en Noah y en cómo me había sentido por la mañana al despertar a su lado.

—Lo sé.

Tardé como diez millones de años en despojarme de todas las capas cuando llegué a casa. De pie en el felpudo, me desprendía de la ropa como una serpiente mudando de piel.

Mi madre miró el montón de prendas empapadas en el suelo.

—No pienso lavar eso. Has ensuciado todo tu guardarropa.

Sacudí la pierna para intentar sacar el pie de la bota.

—Ya lo sé. Ya me encargaré yo de mi colada. ¡Hace frío fuera!

—Humm.

Se alejó, no muy convencida, seguramente porque sabía que no sería capaz de contenerse y acabaría por lavarme la ropa a pesar de todo. No soportaba verme usar

la lavadora. Por lo visto era «poco delicada» con los botones.

Por fin libre de mi ropa de abrigo, fui al salón en busca de papá. Allí estaba, en el sitio de siempre, leyendo el periódico local con el ceño fruncido. Me acerqué corriendo y me lancé sobre él. Emitió un leve «uf» cuando aterricé sobre su estómago.

—Ya estás algo crecida para hacer eso, jovencita.

—¿Qué hay de nuevo en el mundo? —pregunté, haciendo caso omiso de su comentario.

Él arrugó el entrecejo de nuevo.

—Oh, lo de siempre —murmuró, siguiéndome el juego—. Las desgracias habituales.

Volvió la primera página del *Gazette* de modo que yo pudiera ver la portada. Habían suprimido los habituales anuncios de compañías de taxis. Contuve un grito al leer el titular.

VEINTE MUERTES CONFIRMADAS EN UN ACCIDENTE
TERRORÍFICO A CAUSA DE LA NIEVE

Había una foto de unos coches arrugados como apuntes tirados a la basura, con la chapa torcida en ángulos escalofriantes. De pronto me vino a la memoria un recuerdo de la noche anterior, del noticiario.

—Un momento —dije, tirando del periódico hacia mí—. ¿Esto ocurrió en la M25?

Mi padre asintió.

—Al lado de la salida más próxima a nosotros.

—Lo vi anoche en las noticias. No me di cuenta de que había sucedido tan cerca de casa.

En las páginas dos y tres, encajonados entre las columnas de texto, había unos retratos granulados de las personas que habían perdido la vida la noche anterior. Sus ojos me observaban desde el papel de imprenta barato casi con mirada acusadora, como si supieran que yo estaba viendo una película con mi novio, pasándolo de maravilla, mientras ellos eran borrados de la faz de la Tierra como ecuaciones resueltas de la pizarra de un colegio.

Me estremecí.

—¿Algún conocido entre ellos? —Estudié las fotos y no reconocí a nadie.

Papá negó con la cabeza y volvió la página. El artículo sobre un loro que cantaba temas de Britney Spears se ofreció a nuestra vista.

—Todavía quedan algunos cadáveres por identificar —dijo, con voz un poco más alta—, pero estoy seguro de que si fueran personas que conocemos lo sabríamos a estas alturas.

Me recliné sobre el reposacabezas.

—Papá, ¿qué está pasando?

Él leyó superficialmente la noticia del loro y pasó a la página siguiente, donde había una fotografía de vecinos indignados que señalaban una farola estropeada.

—No estoy seguro, Poppy. ¿El calentamiento global? Por lo general, estas cosas tienen que ver con el calentamiento global.

Leí el diario por encima de su hombro durante cerca de un minuto, antes de ponerme de pie y desperezarme.

—¿Te vas a la cama?

—Sí, seguramente. Antes debería intentar avanzar un poco en mis trabajos.

—¿Volverás a quedar con Noah durante el fin de semana? —Aunque su tono era de despreocupación, me lanzó una mirada significativa por encima de sus gafas de cerca.

Sacudí la cabeza.

—No. Creo que no. Estará muy ocupado ensayando para su gran actuación.

Esbozó una sonrisita.

—Mi hija, novia de una estrella del rock... Jamás me lo habría imaginado.

—No me gusta plantearlo así —repuse, devolviéndole la sonrisa—. Prefiero pensar que mi novio tiene la suerte de salir con una chica inteligente y maravillosa.

Mi padre siempre insistía en que hay que saber valorarse a uno mismo. Quizás esta fuera la causa de su repentina angustia respecto a Noah. Tal vez temía que mi independencia se evaporara en cuanto empezara a compartir mi tiempo con otra persona.

—Esa es mi chica.

Sentada frente a la caja de pañuelos de papel, aguardé a que el doctor Ashley rompiera el silencio.

Había un nuevo cuadro enmarcado en la pared, otra acuarela genérica tras un vidrio inastillable.

La sesión no había empezado bien. Yo me había disculpado. Pedir perdón, sobre todo a una persona a la que estaba pagando, era algo que siempre me costaba mucho esfuerzo. Tenía la sensación de que el dinero que apoquinaban mis padres debía autorizarme para insultarlo cuanto quisiera. Sin embargo, prevaleció la fuerza socializante de la cortesía que yo tenía muy arraigada, así que, al principio de la sesión, murmuré algo entre dientes.

—¿Cómo dices, Poppy? No te he oído bien.

Bajé la mirada al suelo, como una niña pequeña a quien obligan a pedir disculpas a otra criatura en el cajón de arena.

—Digo que lo siento si estuve un poco grosera la última vez que nos vimos.

Se frotó las manos. ¿De satisfacción? No, debían ser imaginaciones mías.

—No te preocupes, Poppy. Todos nos disgustamos de vez en cuando.

No pidió perdón a su vez, pero no me acordaba de si tenía motivos o no. Aun así, suponía que era algo que dictaban las normas sobre las disculpas. La respuesta estándar es «yo también lo siento», aunque uno no haya hecho nada que exija disculparse. Es simplemente la manera en que actúa la gente.

Eso había sucedido hacía quince minutos, y yo seguía esperando a que él hablara. Lo curioso es que sabía que no abriría la boca. ¿Y por qué habría de hacerlo? Le pagaríamos igualmente aunque yo no dijera una palabra.

—¿O sea que si yo no hablara ahora mismo nos quedaríamos en silencio durante la hora entera?

El doctor Ashley entrelazó y desentrelazó los dedos.

—No tienes que hablar si no quieres, Poppy.

—Pero usted cobraría de todas maneras, ¿verdad?

Una expresión de irritación asomó a su rostro, pero hizo lo posible por suavizarla con una sonrisa de labios apretados.

—Supongo que sí.

—Eso sería dinero fácil, ¿no?

Otro asomo de irritación.

Caí en la cuenta de que estaba siendo maleducada.

—Perdón. Estoy siendo maleducada otra vez, ¿verdad?

—¿Cómo te ha ido esta semana?

Una táctica clásica, la distracción.

Me encogí de hombros.

—Bastante bien.

—¿Has sufrido ataques de pánico? ¿Cambios de humor extraños? ¿Has tenido pensamientos poco útiles?

Me encantaba su expresión «pensamientos poco útiles». Hacía que imaginara mis pensamientos como pequeños elfos que correteaban dentro de mi cabeza realizando recados. ¿Desde cuándo eran útiles los pensamientos? Sin contar los pensamientos provechosos e importantes de personas famosas, como Edison cuando inventó la bombilla o Newton cuando cavilaba sobre manzanas. La mayor parte de mis pensamientos eran poco útiles. ¿De qué sirve un pensamiento como «qué tal me ha quedado el pelo hoy»? Pero no era a eso a lo que se refería el doctor Ashley. Decía que los pensamientos poco útiles eran los que solo podían tener consecuencias negativas.

Negué con la cabeza.

—En realidad he estado mucho mejor. No he sufrido ningún episodio. Nada de nada.

—¿Y cuál crees que es la razón?

Me encogí de hombros otra vez. Si me hubieran dado una libra por cada vez que me encogía de hombros en aquella consulta...

—Tu madre mencionó que habías conocido a alguien...

Me ruboricé. Me vinieron ganas de matarla.

—Ya tocamos este tema en la última sesión. Por la cara que pones deduzco que no estás muy ansiosa por hablar de ello, pero tu... ¿novio? ¿Puedo llamarlo así?

Asentí, sonrojada de la cabeza a los pies.

—Tu novio... ¿crees que ha sido en parte gracias a él? ¿O es una mera casualidad?

Reflexioné sobre los desmayos que había tenido cuando acababa de conocer a Noah. En aquel entonces estaba convencida de que guardaban alguna relación con él. Se me escapó una sonrisa. Había llegado a creer sinceramente que era ALÉRGICA a él. Qué ridiculez. Al final había resultado que no tenían nada que ver. Lo había visto un montón de veces, y mi cuerpo había vuelto a la normalidad. Sí, había ocasiones en que me faltaba el aire y sentía como si el corazón fuera a saltarme del pecho, pero eran señales habituales de enamoramiento, ¿no? De ahí proceden todos los tópicos. El amor produce descargas de adrenalina. El doctor Ashley me lo había explicado todo sobre la adrenalina y los mecanismos de defensa de lucha o huida que mi organismo ponía en marcha sin mi permiso.

—Te veo muy ensimismada, Poppy.

—¿Eh?

—¿Hay algo que quieras compartir con el resto de la clase?

Sonrió ante su propio chiste. Detesto cuando la gente hace eso.

—Esto... —¿Podía...? Supuse que no perdía nada con preguntar. Bastante estaban pagando mis padres—. ¿Es posible que el hecho de tener novio ayude en algo? Es verdad que las cosas parecen haberse calmado desde que salimos juntos.

Movió la cabeza afirmativamente, con los dedos juntos ante su cara.

—Entiendo.

—Tal vez sea casualidad. A lo mejor es que los ejercicios de respiración están dando resultado por fin.

—Tal vez, pero podría no tratarse de una coincidencia.

—¿Usted cree que es una coincidencia? —lo desafié.

Agarró su pluma dorada. Creí que iba a tomar más notas que no me permitiría ver, pero me equivoqué. En vez de ello, la hizo girar entre sus dedos.

—Humm. No es una pregunta fácil.

Permanecí callada.

—En el cerebro, las cosas rara vez son coincidencias. Las conexiones, incluso las que fallan, son de hecho muy lógicas. —Meditó sobre ello un momento más—. Así que resulta interesante que tus... síntomas, a falta de un término mejor, hayan... disminuido desde que encontraste un compañero varón.

Su descripción me hizo sonreír. Sonaba como si Noah fuera alguien que me acompañaba a los bailes de la aldea o algo así.

—Así que puede que algunos de tus conflictos deriven de una necesidad inherente de sentirte querida. —Un momento. Esto no iba por buen camino—... Y ahora que por fin has encontrado a alguien que te quiere..., te sientes valorada.

Apreté los puños.

—No se trata para nada de eso —espeté.

El doctor Ashley parecía preocupado. Se retrepó en su asiento y recuperó su aire profesional.

—No te alarmes, Poppy. Es bastante normal.

¿Normal? ¿No estaba prohibida esa palabra en terapia? ¿No estaba prohibida en la sociedad moderna? Ya no se puede decir la palabra «normal». Es como la norma de «lo siento, yo también». Cuando uno pronuncia la palabra «normal», automáticamente todo el mundo replica «sí, pero ¿qué es lo normal?» y se creen muy, muy listos.

Notaba que estaba empezando a sulfurarme más rápidamente que de costumbre.

—Ah, así que es normal, ¿no? —dije en tono sarcástico y desdeñoso, arrugando la nariz—. ¿Es normal que todos los problemas de las mujeres se deban a su necesidad de ser valoradas por los hombres?

Él conservó la serenidad, como siempre, aunque saltaba a la vista que yo estaba a punto de perderla del todo.

—No he dicho eso, Poppy.

—Lo ha insinuado.

—No es cierto.

—Sí que lo es.

Bajó la pluma y suspiró.

—No pienso discutir contigo, Poppy.

—¿De verdad cree eso? —Advertí que se me entrecortaba la voz—. ¿Cree que ahora estoy contenta y... mentalmente sana solo porque tengo novio?

Cogió la consabida caja de pañuelos de papel, sacó uno y me lo pasó. No me había percatado de que me había puesto a llorar. Maldita sea. Me ocurría casi en todas las sesiones. Intenté recobrar el control sobre mis emociones, pero la palabra «valorada» no dejaba de salir a la superficie de mi mente como una burbuja en una caldera llena de veneno.

—¿Te encuentras mejor, Poppy?

Asentí.

—Sí, gracias.

—¿Te ves capaz de realizar un ejercicio conmigo?

Asentí de nuevo.

Ahora hablaba con una voz suave y balsámica, como si estuviera leyéndome un cuento para dormir.

—Ese novio tuyo...

—Noah.

—¿Noah? Bien. Quiero que te sientes cómodamente, que te relajes y cierres los ojos.

Obedecí.

—Quiero que imagines poco a poco que, por alguna razón, Noah no puede formar parte de tu vida..., que jamás volverás a verlo. Que él desaparece sin previo aviso...

Me recliné en el sillón y dejé que mi cabeza diera vueltas a esta posibilidad. Casi de inmediato sentí una opresión en el pecho y se me aceleró la respiración.

—... Imagina que despiertas todas las mañanas sabiendo que nunca más lo verás...

Noté que los ojos se me hinchaban en sus cuencas. Me lo imaginé. Imaginé que amanecía en mi cama, con el sol entrando a raudales por la ventana, sin nada que me motivara a levantarme. Imaginé que jamás aspiraría su olor ni contemplaría su sonrisa de nuevo. Se me cerró la garganta. Imaginé que pasaba caminando por delante de su edificio sabiendo que él ya no vivía allí. Imaginé que subía al descampado con vistas a Middletown y recordaba nuestro primer beso, pero ahora el sitio estaba desierto y yo sabía que nunca volveríamos a sentarnos allí juntos. Jadeé, sin aliento.

—Con cuidado, Poppy. Respira. RESPIRA.

Pero su voz sonaba muy lejana. Mi pecho subía y bajaba con rapidez. Abrí la boca para succionar aire, pero fue inútil. Me ahogaba. A pesar de todo, no podía pensar más que en Noah. Y en el dolor. El dolor de no tenerlo a mi lado para siempre. Me había sumido en la oscuridad y avancé a ciegas hasta que tropecé y me precipité en el vacío. Caí y caí..., y a lo lejos alcancé a oír que alguien gritaba mi nombre.

Tristeza. Me embargaba una tristeza inconcebible. Me dolía el estómago a causa

de ella. Sentía como si alguien me hubiera partido el corazón literalmente en dos. Percibía gritos, pero no veía nada. Me envolvían las tinieblas.

Y entonces recuperé el conocimiento.

—Poppy, Poppy. ¿Me oyes?

Ay.

Alguien me abofeteaba con suavidad. La oscuridad cedió el paso a la confusión. ¿Dónde demonios estaba?

—¿Poppy? Me parece que ha despertado.

Poco a poco cobré conciencia de que tenía un cuerpo. Volvía a sentirme las extremidades. Me dolían. Estuviera donde estuviese, no estaba cómoda. No podía tratarse de una cama. Las camas solían ser más confortables que aquello.

Quería abrir los ojos, pero el esfuerzo necesario para ello era abrumador, así que los mantuve cerrados.

—Poppy, si puedes oírme, mueve el dedo.

¿Mover el dedo? Eso podía hacerlo. Le ordené a mi cerebro que moviera mi meñique, y mi cerebro obedeció. Sentí que se movía.

—Has vuelto. Bien. Poppy, cuando estés lista, trata de abrir los ojos. Tómatelo con calma.

Abrí el ojo derecho primero, pero la luz me deslumbró. Lo cerré de nuevo, hice una pausa y lo intenté otra vez. Aunque me escocía, lo mantuve abierto y abrí el otro con cautela. Al principio, lo veía todo borroso. La imagen se hizo más definida hasta transformarse en un rostro. Un rostro que nunca había visto antes. Era la cara de una mujer de aspecto rudo. Para ser franca, era la cara de una señora hombruna.

—¿Sería tan amable de decirme quién es usted?

Por toda respuesta, soltó una carcajada.

—Su paciente vuelve a estar entre nosotros, doctor Ashley.

¿Doctor Ashley? ¿También estaba él allí?

Volví la cabeza. Ay. Me dolió. Entonces la imagen del doctor Ashley se aclaró ante mis ojos. Estaba en cuclillas en el suelo, lo que me pareció extraño. Me revolví para ponerme cómoda, pero no podía mover el cuerpo. Algo me inmovilizaba contra el suelo. ¡Eh! Era la señora hombruna. Estaba sujetándome.

—Cuidado —dijo la hombruna—. Intenta quedarte quieta un rato más.

—Poppy —dijo el doctor Ashley con una voz aún más suave que la de contar cuentos para dormir—. ¿Sabes dónde estás?

—No estoy cómoda.

—Lo siento. ¿Sabes dónde estás?

Volví la cabeza que me dolió otra vez, y recorrí la habitación con la vista. El sitio empezó a resultarme cada vez más familiar. Reconocí los cuadros anodinos, los sillones grandes y la caja de pañuelos.

—Estamos en su consulta —le dije, bastante orgullosa de mí misma.

—En efecto. ¿Sabes qué ha sucedido?

Sacudí la cabeza.

—Te has desmayado, Poppy. Creo que has sufrido un ataque de pánico que te ha ocasionado una pérdida de conciencia. Estás bien, pero puede que te hayas golpeado la cabeza al caerte del sillón. Me sabe muy mal no haberte agarrado a tiempo.

¿Me había desmayado?

En cuanto asimilé este dato, todos los recuerdos acudieron a mi mente. La cita, el doctor Ashley, mis pensamientos sobre Noah, que se había marchado... para siempre...

—¿Noah? —pregunté, inquieta.

—No pasa nada, Poppy. Solo ha sido un ejercicio, ¿lo recuerdas?

El alivio me invadió. ¡Claro! El ejercicio. No había sido real. Noah seguía allí. Seguía siendo mío. Una sensación cálida corrió por mis venas, infundiéndome fuerzas.

—Mary, ayúdala a levantarse, ¿quieres? Me parece que se encuentra mejor.

La señora hombruna me alzó por las axilas y me depositó en el sillón.

—Gracias, Mary. Creo que ahora puedo hacerme cargo yo.

—Asegúrese de que se beba el agua con azúcar —indicó Mary.

Miré la mesa. Había un vaso junto a los pañuelos. Lo cogí y tomé unos sorbos. Estaba buena, mucho mejor que el agua sola.

Mary se fue y permanecimos sentados en silencio. Yo continué bebiendo despacio, desorientada.

—¿Qué ha pasado?

—Ya te lo he dicho. Te has desmayado.

Esa parte ya la había entendido.

—Pero ¿por qué?

—Dímelo tú, Poppy.

El tacto de la piel fresca del sillón resultaba agradable. Pensé otra vez en la ausencia de Noah. El mero recuerdo bastó para hacer que el corazón me latiera a toda prisa.

—Noah. Me pidió que imaginara que Noah ya no formaba parte de mi vida.

—Así es.

—... Y me desmayé.

—Así es.

Me apreté la mano contra la cara y noté que estaba húmeda. Había estado llorando. Ni siquiera me había dado cuenta.

—Eso no es normal, ¿verdad?

—No me gusta oír la palabra «normal» en esta consulta, Poppy.

—Espere un poco... ¡Pero si usted la ha dicho hace un momento! Hipócrita.

El doctor Ashley sonrió.

—Veo que ya te sientes mejor.

—Le aseguro que lo ha dicho. —Era cierto. Lo recordaba con toda claridad.

—Es posible.

—Posible, no: seguro.

Sonreí, pero la gravedad de lo que acababa de suceder me borró la sonrisa de los labios.

—¿Qué significa, doctor Ashley? —pregunté, avergonzada e incrédula. ¿Tan rápidamente se habían descontrolado mis sentimientos por Noah? ¿De verdad era él el responsable de que mis ataques de pánico hubieran cesado, porque yo me sentía «valorada»?

Me entraron náuseas.

—Significa que quiero que tengamos dos sesiones por semana.

La semana anterior al gran concierto, tuve que ir con mi clase de literatura en una excursión a Londres. Como parte del módulo dedicado a la Primera Guerra Mundial, la señorita Gretching decidió hacernos vagar por el Museo Imperial de la Guerra en vez de enseñarnos cosas para el examen. Típico de ella. Por tanto, Frank y yo nos vimos forzados a pasar todo el día juntos.

Sin embargo, en el tren, las cosas se pusieron extrañas.

Yo estaba mirando por la ventana mientras Frank fingía leer un periódico serio.

—No engañas a nadie —murmuré, observando pasar los campos y las ovejas. Frank alzó los ojos y vi su expresión perpleja reflejada en el vidrio.

—¿Eh?

—Lo del periódico. Que intentes dar la impresión de que el mundo te preocupa mucho. Sé a ciencia cierta que solo te has leído la sección de deportes y que llevas como veinte minutos intentando entender esa doble página sobre economía. Deja de fingir.

Frank plegó el diario.

—No estaba fingiendo.

—Sí que lo estabas.

—Vale..., tal vez un poco.

—Te lo he dicho.

—Me aburro. No puedo creer que me esté perdiendo el entrenamiento de rugby para visitar un estúpido museo.

Puse cara de exasperación.

—¡Pobrecito! ¿Cómo serás capaz de soportarlo?

—Cierra el pico.

—Quiero decir, que les den a las trincheras. Menuda chorrada. Perderse el entrenamiento de rugby, eso sí que es terrible.

—Ya lo has dejado claro.

—Como siempre.

Frank se reclinó en su asiento y exhaló despacio.

—Va a ser un día muy largo.

El tren avanzaba a toda velocidad. Leí un poco el periódico de Frank. Intentamos compartir su iPod, pero no nos pusimos de acuerdo respecto a qué música escuchar. Le di la mitad de mi barrita de cereales y me comí mi parte. Al parecer, no nos sentíamos muy a gusto juntos fuera de clase. Nos comportábamos de una forma un poco forzada, cosa que no era habitual entre nosotros.

Frank rompió aquel silencio ligeramente incómodo.

—Bueno, ¿ya sabes qué quieres estudiar en la uni?

La universidad. Qué miedo. Había intentado no pensar en ello.

—No tenemos que decidirlo hasta el año que viene, ¿no?

—Lo sé, pero deberías tener al menos una idea vaga. El período de solicitudes de ingreso está a la vuelta de la esquina.

Me habían llegado por correo algunos folletos informativos de universidades, pero solo los había leído por encima. No había podido concentrarme durante mucho rato. Había entrado en pánico y los había escondido debajo de mi escritorio de un empujón.

—Bueno... —dije—. Siempre había querido estudiar filología inglesa, pero la señorita Gretching me está desanimando bastante.

—Yo también estoy pensando hacer filología inglesa.

Esto me sorprendió. Sí, Frank siempre sacaba buenas notas, pero no me había imaginado que disfrutara con ello.

—¿En serio? ¿No te matricularás en educación física?

—¿Estás de coña? ¿Tienes idea de la cantidad de chicas que van a las facultades de filología?

Le propiné un codazo.

—Aaay.

—¿De verdad vas a elegir una carrera por las posibilidades que ofrece para ligar?

—No solo por eso —alegó Frank, frotándose el brazo—, pero es un factor que conviene tener en cuenta. No quiero pasarme tres años rodeado exclusivamente de hombres.

—¿Has investigado en qué universidades hay más mujeres?

Las enumeró, contando con los dedos.

—Leeds, Edimburgo, Exeter..., ah, y Sheffield...

Me enderecé en el asiento.

—¿Sheffield? ¡Estoy pensando ir allí!

—¿De veras?

—Ajá.

—Tal vez acabemos yendo a la misma uni.

—Y a las mismas clases...

—Tal vez.

Meditamos sobre nuestro futuro en silencio.

—Pero no creo que seamos amigos —dije.

Frank puso mala cara por una fracción de segundo, o quizá fueron figuraciones mías.

—¿Por qué no?

—Bueno, te apuntarías a todos los equipos, ¿no? Rugby, fútbol, cricket... Introducción al machismo. Te pasearías por la ciudad en manada, jactándote de tener clamidia y participando en esos juegos para beber donde el que pierde tiene que hacer alguna animalada. No me quedaría otro remedio que fingir que no te conozco.

—¿Ah, sí? —dijo Frank, picado—. Pues tú seguramente te dedicarías a ir a garitos sórdidos para ver tocar a grupos de mierda que no conoce ni Dios, y a pasar el rato en cafeterías de una cadena discutiendo sobre el comunismo y organizando protestas estudiantiles. Y yo también tendría que fingir que no te conozco.

—¿Lo ves? Ya te he dicho que no podríamos ser amigos en la uni.

—Ni siquiera sé si somos amigos ahora.

—Dios, espero que no.

—Lo mismo digo.

Los dos nos reímos.

Frank se puso a colorear las casillas del crucigrama del periódico con un bolígrafo que dejaba borrones de tinta.

—¿Y qué hay de tu maromo? ¿Qué hará la gran estrella del rock mientras tú cultivas tu mente?

Noah.

La universidad.

Era un pensamiento que me había pasado por la cabeza fugazmente, pero que yo había expulsado de mi cerebro de forma violenta e inmediata. Resultaba demasiado doloroso.

—Ya se nos ocurrirá algo —respondí, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Sí, claro, muchas parejas siguen juntas cuando uno de los dos empieza a ir a la uni —comentó con sarcasmo.

Sus palabras me hirieron como picahielos. Recordando lo sucedido en la consulta del doctor Ashley, luché por impedir que el terror me subiera por la garganta.

—Bueno, todavía falta bastante para eso —repliqué, respirando hondo.

—Solo un año. Piensa en lo rápido que se pasa.

Me volví con brusquedad hacia él. Me asomaban las lágrimas a los ojos, y parpadeé desesperadamente para intentar contenerlas.

—¡En serio, Frank, basta! ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Estás celoso? ¿Es eso? ¿O es solo que odias ver feliz a la gente? Mejor te callas. Me da igual. Y no quiero hablar más de la universidad, ¿vale?

La cara de Frank reflejó una rápida sucesión de emociones: primero sorpresa, luego desconcierto, rabia y resentimiento, en un lapso de unos diez segundos. Abrió la boca, pero no dijo nada. Con las mejillas encendidas, bajó la vista a su periódico. Se impuso un silencio insoportablemente largo mientras yo me quedaba pensativa. ¿Frank mostraba ese compartimento extraño desde que Noah y yo habíamos comenzado a salir? ¿Sería verdad que estaba celoso?

Sacudí la cabeza.

No. Eso era imposible. Éramos polos opuestos. Me había dicho varias veces que yo no era su tipo. Y él no era el mío. Procedíamos de mundos distintos.

El tren llegó a la estación. Los pasajeros, entre ellos nuestros compañeros de clase, comenzaron a levantarse y a bajar sus mochilas de las rejillas para el equipaje.

—¿Se te ha pasado ya? —pregunté.

—¿El qué?

—Tu equivalente masculino del síndrome premenstrual.

—¿Yo, síndrome premenstrual? Eres tú quien me ha gritado.

—Ya, pero es que estabas portándote como un capullo.

—Tal vez.

—No hace falta que te disculpes.

Me tendió la mano graciosamente como si yo fuera la reina.

—Lo siento mucho, Poppy Lawson —dijo—. Estoy seguro de que tú y el señor Emo sois almas gemelas y estaréis juntos toda la vida.

Sus palabras me tocaron la fibra, y de pronto noté en el estómago la horrible sensación de que algo iba mal.

—¿Significa tu silencio que no aceptas mis disculpas? —preguntó Frank, con una mirada inquisitiva y burlona.

Negué con la cabeza.

—Eh..., no. No pasa nada. Te perdono.

—Poppy, ¿te encuentras bien?

«No. Algo terrible va a suceder».

—Sí. —Agarré mi mochila y me preparé para bajar del tren—. ¿Vienes?

Frank se puso de pie y se desperezó. La camiseta de rugby se le subió lo suficiente para dejar al descubierto la parte inferior de su abdomen. Me pilló observándolo, y en vez de bromear sobre mi mirada lasciva, se sonrojó y se bajó la camiseta.

—Sí —suspiró—. Ya voy.

—Le gustas —anunció Noah, balanceando nuestras manos entrelazadas mientras caminábamos.

—No es eso. No soy su tipo.

—Poppy. —Me guio hacia la izquierda—. Eres el tipo de casi todos los chicos. Bonita, lista, graciosa. Lo tienes todo.

Me ruboricé.

—No lo entiendes. Solo somos amigos.

—Desde tu punto de vista, tal vez.

—No estoy de acuerdo.

—Pues yo creo que le gustas.

—Pues yo creo que no me estás apoyando mucho con mi problema.

—¿Cómo quieres que te apoye? ¡En pocas palabras vienes a decirme que le gustas a otro!

—¡QUE NO LE GUSTO!

Un corredor que pasaba por nuestro lado nos miró sobresaltado, y Noah rompió a reír.

—Vale, tranquilízate, guapa.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? No te pones de mi parte, y para colmo me obligas a ir a la bolera.

Desde el día del ballet ocurría algo raro que empezaba a mosquearme. En las pocas ocasiones en que conseguía que Noah quedara conmigo entre ensayos, él organizaba las citas menos románticas imaginables. Siempre nos veíamos de día, y nunca a solas. Primero me había llevado a la crepería, luego de compras, después a tomar un café, y ahora nos dirigíamos a la maldita bolera.

—En serio, Noah. Jugar a los bolos ya no se lleva —le informé cuando llegamos frente a la bolera de Middletown.

—Entonces, ¿por qué sigue habiendo boleras?

—Solo para atormentarme.

Noah sacó la lengua.

—Tal vez sea divertido.

—Ninguna actividad que te obligue a ponerte zapatos tan feos puede considerarse divertida.

Me agarró del brazo, me arrastró al interior y pagó por dos partidas.

Le entregamos nuestro calzado a la mujer más gruñona en la historia del mundo, que me cambió mis bailarinas rojas por unos zapatos de payaso sudados.

—¿No es suficiente tortura una partida? —siseé, metiendo los pies en ellos—. ¡Puaj! Estos todavía están calientes.

Por toda respuesta, Noah soltó una carcajada.

—Estás muy sexy así.

—A callar.

A pesar de los zapatos feos, me animé bastante en cuanto conseguí un pleno en mi primera tirada.

—¡Yupi! —chillé, pegando saltos para celebrarlo—. ¿Lo has visto? Soy oficialmente increíble.

Noah asintió con admiración.

—Suerte de principiante.

—Suerte, no. Habilidad.

Tras coger su bola, Noah practicó el movimiento del brazo durante un rato, tomó carrerilla y la soltó sobre la pista. La bola siguió un rumbo poco prometedor antes de torcerse y caer en el canal con un golpe sordo.

Yo estaba como unas pascuas.

—¡Qué malo eres! —Me puse las manos en torno a la boca a modo de megáfono

—. ¡Bola al canal!

—Lo he hecho a propósito, para que te confíes.

—Sí, claro.

Cogió otra bola, practicó de nuevo, tomó impulso con el brazo y la soltó. Esta vez la bola avanzó por la pista a una velocidad bastante agresiva, pero se desvió de su curso y derribó un mísero bolo.

—Humm —dije—. Te creo, otra en mi lugar tal vez no te creería.

Esta vez, en lugar de sonreír, Noah hizo una mueca.

—La verdad es que me está gustando bastante esto de los bolos —declaré con una gran sonrisa de suficiencia. Le planté un beso rápido en los labios y fui en busca de una bola. Me coloqué frente a la pista y la lancé. Tumbó nueve bolos, y solté un gritito de entusiasmo—. Me gusta mucho esto de los bolos. ¿No es la bomba?

Noah hizo una mueca más exagerada.

Después de la primera partida (de la que yo salí vencedora, naturalmente), Noah y yo abandonamos el enfoque tradicional del juego.

—No puedo creer que la señora de los zapatos te haya llamado la atención por burlarte de mí.

Se me escapó una risita.

—Y yo no puedo creer que amenazara con echarnos.

—Te estabas poniendo bastante faltona.

—Era por la emoción de la victoria. No era mi intención ofender a ese hombre. Debí de pensar que me burlaba de él también.

—Bueno, ¿crees que podrás controlarte lo suficiente para echar otra partida?

Estábamos sentados, y yo tenía la cabeza apoyada en su hombro.

El sitio estaba bastante sucio. Había manchas de origen no identificado por toda la moqueta, varios grupos de adolescentes con camisetas que dejaban el ombligo al aire coqueteaban o se peleaban entre sí, y en el televisor que colgaba del techo Justin Bieber había sonado por lo menos tres veces desde nuestra llegada. A pesar de todo eso, seguía pareciéndome el lugar más romántico del mundo. Siempre que estaba con Noah era como si alguien me embadurnase los ojos con una vaselina que me cubría toda la visión periférica, creando aquel mundo brumoso y perfecto.

—Creo que podré contenerme —dije tras unos momentos de reflexión—. Se me ha ocurrido una idea para darle más vida al juego.

Noah dejó de acariciarme el pelo.

—Qué emocionante.

—¿Leías el horóscopo cuando eras más joven?

—Sorprendentemente, no. Soy un tío, ¿recuerdas?

—Oh, ya lo sé. Virgo.

Me volví hacia él de modo que nuestras narices se rozaron.

—¿Qué opinas de los Bolos Cósmicos?

Su preciosa sonrisa apareció.

—Explícate.

—Bueno, salta a la vista que me emociono demasiado cuando jugamos a la manera normal, y tengo que portarme bien o doña Malhumorada nos matará. ¿Qué tal si cambiamos el significado de las puntuaciones?

—No sé si te sigo.

—A ver: le hacemos a la bola preguntas sobre nuestras vidas; preguntas cósmicas, como si fuera una Bola 8 Mágica. Así, cuando lancemos, la puntuación que obtengamos revelará nuestro futuro.

Noah se puso de pie.

—Me gusta.

—Tú primero.

—De acuerdo.

Levantó su bola favorita, que era azul.

—¿Qué pregunta le planteo?

—La que quieras.

—Humm. ¿Qué te parece «¿tendrá más éxito mi grupo que los Ponyboys?»?

—Buena pregunta.

Se dispuso a lanzar, pero lo interrumpí.

—¡Espera!

Se volvió, con el brazo a media altura, a punto de soltar la bola.

—¿Qué pasa?

—Primero hay que establecer las condiciones para que la bola sepa por qué camino cósmico llevarte.

Noah sonrió otra vez.

—Claro.

—Bien —proseguí—. Si consigues un pleno, significa que tu grupo hará papilla a los Ponyboys. Ganaréis varios discos de platino con vuestro primer álbum, arrasaréis en los premios NME y llenaréis el estadio de Wembley.

—Eso suena bien.

—Sí, pero si solo consigues un semipleno os irá regular. Conseguiréis un contrato con una discográfica y os podréis ganar la vida como músicos, pero seguiréis siendo poco conocidos y os pasaréis la vida tocando en centros estudiantiles.

Noah asintió.

—Sigue sonando bastante bien. ¿Y qué pasa si no consigo ningún tipo de pleno?

Me encogí de hombros.

—Bueno, aparte de demostrar que eres un paquete a los bolos, tu grupo nunca llegará a nada. A los treinta y pico seguirás luchando por «hacerte un nombre», tocando en locales cutres con pistas de baile vacías. Acabarás en un curro de oficina tan espantoso que te pasarás buena parte del día llorando en los cubículos del lavabo por el modo en que estás desperdiciando tu talento.

Noah hizo girar la bola entre sus manos.

—Ahora me siento presionado —dijo—. Me asustan los Bolos Cósmicos.

—Ah, no seas llorica y tira de una vez.

Noah se concentró de verdad esta vez. Echó el brazo hacia atrás, se inclinó hacia delante y soltó la bola, que se alejó zumbando por la pista e hizo saltar los bolos por los aires.

Noah dio un brinco.

—¡Yuju! ¡Wembley, allá vamos!

Me levantó en brazos, me hizo girar en volandas y me plantó un beso en la boca que me dejó mareada.

—¿Estás contento?

—¿Contento? ¡Voy a tocar en Wembley! ¡Lo ha dicho la bola!

—Bien hecho. Me alegro por ti.

—Estupendo. Ahora te toca a ti.

Durante la media hora siguiente averiguamos muchas cosas sobre nuestro futuro. Yo iba a aprobar todas mis asignaturas, pero solo me admitirían en la universidad que eligiera como segunda opción. Noah descubrió que acabaría siendo obeso (como una bola de bolos). Yo vencería a Ruth en nuestra competición por ver quién conseguía una vida mejor. Y los Bolos Cósmicos también revelaron que yo tendría dos hijos, un niño y una niña.

Noah me tomó de la mano y la apretó con fuerza.

—Imagínate lo hermosos que serán nuestros hijos —dijo, y yo por poco me desmayo, eufórica ante la promesa que esta afirmación traía consigo.

—Vaya —dije—, nuestro destino está prácticamente escrito. No creo que nos depare ninguna sorpresa ya.

Noah señaló el marcador.

—Pues vamos empatados, y tú serás la última en lanzar, así que haz una buena tirada.

—Vale. —Cogí una bola—. La última será sobre nosotros. Si consigo un pleno, salimos corriendo hacia el ocaso y vivimos felices y comemos perdices, como en un cuento de hadas.

—Más vale que lo consigas.

—Oh, descuida, lo conseguiré. De todos modos, si consigo un semipleno, también acabaremos juntos, aunque nos costará más esfuerzo. Tendremos una crisis cuando llegemos a la madurez, pero lo superaremos gracias a un montón de sesiones con un consejero matrimonial.

—Humm. No es perfecto, pero me gusta que sigamos juntos. ¿Y si no derribas todos los bolos?

Suspiré y pensé en mi sesión con el doctor Ashley.

—Bueno, eso significa que lo nuestro no saldrá bien. No será más que el «primer

amor» de los dos, y quedará reducido a un tema de conversación que solo surgirá durante las cenas en que bebamos demasiado. Pasaremos página, conoceremos a otras personas y cada uno seguirá adelante con su vida. —Las palabras se me atragantaron. Noah también parecía presa de un malestar profundo.

—De acuerdo —dijo, intentando restar importancia al asunto—. Será mejor que tires ya y decidas nuestro futuro.

Nunca me habían importado los deportes de competición, pero en aquel momento deseaba un pleno más que nada en el mundo. Miré con los ojos entornados el conjunto de bolos, que me pareció más lejano que antes. Respiré hondo y preparé la tirada en mi cabeza. Alcé la bola, corrí hacia la pista..., pero justo cuando iba a soltar la bola, resbalé con algo. Me tambaleé por unos instantes, intentando recuperar el centro de gravedad, pero fue en vano. Como a cámara lenta, me precipité hacia el suelo. La bola salió volando de mi mano hacia atrás, y estuvo a punto de golpear a la familia que jugaba junto a nosotros. Caí de culo con un sonoro «uuuuf».

Oí unas carcajadas.

Casi todas procedían de Noah, aunque algunas eran de la familia que se había salvado por los pelos.

Él estaba detrás de mí, aplaudiendo.

—Ha sido brutal —dijo, entre risotadas—. ¡Tendrías que haber visto la cara que has puesto! Aunque me aterra pensar lo que eso significa para nuestro futuro. Creo que no establecimos una regla de los Bolos Cósmicos para cuando uno lanza la bola hacia atrás.

Me eché a reír también pero me interrumpí de golpe al ver que la señora gruñona de los zapatos se acercaba con paso furioso. Tenía el rostro enrojecido, y los ojos de cerdita desorbitados.

—Creo haberos dicho —jadeó, llena de ira— que no armarais más jaleo.

Bajé la mirada hacia mis zapatos de payaso y vi que se me había desatado el cordón. Sin duda eso había ocasionado mi caída.

—Ha sido un accidente —alegué—. El suelo está resbaladizo.

—Me da igual. Quiero que os marchéis los dos.

Abrí la boca para protestar, pero Noah, que se olía problemas, me llevó a rastras en dirección opuesta.

—¡Ha sido un ACCIDENTE! —insistí en voz muy alta mientras volvíamos a cambiarnos de zapatos.

—Chsss. Venga, vamos a comer algo.

La señora gruñona nos siguió por la bolera para asegurarse de que nos íbamos. Fuera hacía frío.

—¿De verdad acaba de ocurrir eso? —pregunté.

Noah me rodeó con el brazo.

—Sí.

—¿En serio? ¿Acaban de echarme de... una bolera?

—Ya lo creo.

Entonces nos reímos a mandíbula batiente hasta que Noah me atrajo hacia sí.

—Te quiero mucho, Poppy Lawson —dijo, dándome un beso en la coronilla—.

Me haces absolutamente feliz.

Me entraron ganas de sonreír, pero sabía que tenía que decir algo.

—Si tan feliz te hago, ¿por qué no quieres que nos veamos a solas?

Noah me hizo girar hasta colocarme de cara a él.

—¿A qué te refieres?

—Olvidalo.

—Poppy.

Volví a bajar la vista a mis pies.

—En fin, lo que pasa es que no soy idiota, ¿sabes? Hace semanas que no me llevas a tu piso. De hecho, no hemos estado juntos desde que fuimos a Londres, y es como si hubieras planeado una larga serie de actividades muy poco románticas, pero no me has explicado tus motivos. Y no es que me importe. Bueno, un poco sí que me importa, no tanto que hagamos cosas poco eróticas, como que apenas hablemos. Sobre todo después del fiasco en el hotel por falta de comunicación... ¿Qué pasa?

Para mi mayor irritación, Noah estaba sonriendo. En realidad, creo que sonreía desde el principio de mi sentido monólogo.

Soltó una carcajada.

—¿De qué vas? ¡No puedes reírte mientras me desahogo!

Se rascó la parte de atrás de la cabeza, despeinándose.

—Lo sé. Perdona. Es que no era consciente de que mi conducta fuera tan obvia. Creía estar siendo muy sutil al respecto.

Arqueé las cejas.

—¿O sea que es cierto? ¿Has estado organizando salidas poco sexys a propósito?

—Me declaro culpable.

Sentí alivio por tener la razón y a la vez temor ante los posibles motivos de su comportamiento.

—¿Me permites preguntarte por qué, o nuestra relación es una versión sórdida del Cluedo en la que tengo que adivinarlo todo?

—En honor a la verdad, debo reconocer que se te da tan bien adivinar que asustas. Es como si me leyeras el cerebro.

Entrecerré los ojos.

—Explícate.

Noah se rascó de nuevo la cabeza.

—Oh, tía. ¿De verdad tengo que hacerlo? Dicho en voz alta parecerá una estupidez.

Achiqué aún más los ojos.

—Explícate —repetí.

Me dedicó una sonrisilla nerviosa.

—Bueno, en cierto modo es exactamente como dices. Sí, lo siento. He estado evitando quedarme a solas contigo.

Me dolió un poco oírlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Es que no te parece evidente? Sigue aterrizándome lo que siento cuando estoy contigo, la posibilidad de que suceda lo mismo que en el ballet. Se supone que debería estar concentrándome en el concierto, y tú en tus exámenes, y... Bueno..., simplemente he pensado que sería más fácil si nos manteníamos alejados de lugares íntimos, o donde hubiera una cama.

—¿Y en vez de eso ir a boleras y creperías?

Noah me apuntó con el dedo.

—Eh, no puedes negar que ha sido divertido.

—De acuerdo, pero... Noah, no me parece justo que no me des voz ni voto en este asunto.

—¿En qué asunto?

Señalé con un gesto el espacio que nos separaba.

—Esto. Nosotros. El sexo. No me gusta que seas tú quien decida cuándo estaremos preparados.

Sacudió la cabeza.

—No era esa mi intención.

—La decisión también me corresponde a mí, ¿sabes? No soy una menor con deficiencia emocional de la que estés aprovechándote. Soy tu novia.

—Es que no quiero presionarte.

—No me estás presionando.

—Pero temo hacerlo si nos quedamos a solas. Ya te lo he dicho: me resulta... difícil controlar mis... impulsos cuando estoy contigo.

Sonreí.

—¿No crees que la cuestión de cuándo debemos controlar o dejar de controlar nuestros impulsos debería ser una decisión compartida?

Me devolvió la sonrisa.

—Supongo que tienes razón.

Me estrechó con fuerza entre sus brazos y fuimos a buscar algo de comer.

Rain acababa de perfeccionar el arte de concentrarse y dormir simultáneamente. De hecho, si hubiera un deporte olímpico llamado concendormir, él ganaría la medalla de oro. No recordaba cuándo había dormido por última vez en el sentido habitual de la palabra, que venía asociado a conceptos como cama, pijama, ocho horas o reloj despertador. Hacía semanas que él no veía su cama. Le llevaban ropa y comida a la sala de ordenadores, había duchas en los aseos de alta tecnología del complejo, y la vida social, naturalmente, quedaba descartada hasta que se resolviera la situación. Tampoco es que le quedaran amigos. La mayoría se había distanciado de él durante su formación intensiva. Descubrió que la gente no tenía mucha paciencia cuando uno faltaba a muchas reuniones sociales, pero no era capaz de explicar por qué. Lo cierto era que no habrían soportado la verdad. Lo habría destruido todo. A todos. Él habría deseado no saberlo. Los animaban a hacer amigos y a salir con otros empleados de la empresa, como si pertenecieran a un grupo endogámico de solteros científicos. En cierto modo era lógico. Para Rain era inconcebible encontrar pareja y no poder contárselo; oírle decir que lo amaba y no poder corresponder a su declaración de amor. ¿Qué sentido tenía? No significaba nada.

Apenas se fijaba en lo que veía en el monitor. Sus ojos se habían habituado tanto a él, que prácticamente había adquirido la habilidad de identificar una lectura de forma inconsciente. Se había convertido en algo casi instintivo. La doctora Beaumont le había avisado que eso ocurriría.

Como si pudiera leerle el pensamiento, ella apareció a su lado.

—Rain —dijo, en un tono que exigía su atención.

Él salió de su ensimismamiento y enderezó el cuerpo, sobresaltado.

—¿Doctora Beaumont?

Se puso a teclear al azar para disimular el hecho de que no estaba lo bastante atento a su tarea. Sin embargo, el teclado se vio oscurecido por la sombra de una mochila grande, que cayó ante él con un golpe sordo, arrancándolo por completo de su estado de ensoñación.

—Ya puedes empezar a liar el petate.

—¿Liar el petate? —¿Lo estaba despidiendo?

—Hay ropa para ti en tu taquilla. Seguramente necesitarás que te dure al menos dos semanas.

Él volvió la vista hacia ella. Tenía una pinta horrible. Su cabello, normalmente immaculado, estaba desgredado, y sus gafas estaban enredadas en él. La cara se le había cubierto de manchas rojas, casi como si hubiera estado llorando..., como si ella fuera una persona capaz de llorar.

—No lo entiendo... —comenzó a decir él, pero Anita lo interrumpió.

—Nos vamos a Inglaterra. El avión privado sale dentro de media hora.

Rain, confundido, posó la mirada en la mochila, en la doctora Beaumont y de nuevo en la mochila.

—¿A Inglaterra?

—Sí.

—¿De verdad vamos a viajar hasta allí?

—Sí. Ahora. Tienes que hacer la bolsa. Deprisa.

Él sacudió la cabeza ligeramente.

—Sigo sin entenderlo.

Una expresión de impaciencia asomó fugazmente a la cara de Anita.

—¿Qué es lo que no entiendes, Rain?

Él señaló los monitores con el pulgar.

—Las lecturas. Hemos recibido muy pocas. Todo ha estado muy tranquilo.

—Rain, Rain, Rain, ¿es que no te he enseñado nada? —Se pasó las manos por el pelo—. ¿Has observado los datos?

—Sí, todo está en orden. Esa tolerancia de la que siempre hablas parece sostenerse.

Ella contempló la pantalla y torció el gesto con desdén.

—Solo has observado los datos que se registran cuando están juntos. ¿No has leído sus niveles de energía por separado?

Él negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo debemos preocuparnos cuando estén juntos.

—Maldito idiota.

Ella se inclinó y abrió los datos de los afines correspondientes a las últimas veinticuatro horas. Rain vio de inmediato el pronunciado pico que se apreciaba en sus lecturas de energía individuales, casi en el mismo instante.

Soltó un grito ahogado.

—¿Qué significa?

—Que acaban de decidir acostarse juntos.

El corazón le dio un vuelco, y el miedo se apoderó de él rápidamente.

—¿Qué? ¿Cómo? Ni siquiera están en el mismo lugar.

—Son almas gemelas, Rain. No hace falta que estén en la misma habitación para tomar ese tipo de decisiones. Están totalmente compenetrados, ¿recuerdas?

Él se puso de pie, presa de una súbita sensación de urgencia.

—Tenemos que llegar hasta ellos.

Anita asintió enérgicamente.

—Lo sé. Haz la bolsa. ¡Ya!

Él agarró la mochila y se alejó a toda velocidad de su mesa, pero en cuanto llegó a la puerta se detuvo y volvió la cabeza.

—Anita... Será un vuelo de ocho horas. ¿Y si no llegamos a tiempo?

Ella perdió el poco color que le quedaba en la cara.

—Entonces yo habré cometido un terrible error —dijo en un susurro débil.

Pronto llegó el día del concierto.

—Vas a acostarte con él esta noche, ¿verdad? —dijo Lizzie.

Se había apropiado de mi tocador y se aplicaba una capa de rímel tras otra.

—¿Qué? No seas tonta. Claro que no.

—Eso es descaradamente falso. —Ruth se había apropiado de mis planchas para el pelo y se había pasado casi una hora tirando de su cabello rojizo hacia fuera—. De lo contrario, no te habrías pintado las uñas de los pies.

Bajé la vista a mi pedicura perfecta, en la que había invertido toda la mañana.

—¿Es que una chica no puede querer tener las uñas bonitas?

—Nunca te habían importado mucho tus uñas de los pies —comentó Amanda, que se había apropiado de mi otro espejo y estaba dándose brillo de labios—. Apenas te molestas en pintártelas en verano, cuando llevas chanclas.

Las chicas habían ido a mi casa a arreglarse y tomar unas copas antes del concierto. Yo había estado deseando que llegara el momento. Por lo general, prepararme con las chicas era lo mejor de cualquier noche, pero esta vez no. Para nada. Estaban asediándome a preguntas. Tomé un sorbo de vino rosado y me senté en la cama.

—De verdad, no creo que mis uñas de los pies tengan nada que ver con si tengo o no intenciones de acostarme con mi novio.

—Tal vez eso sea lo que crees —dijo Lizzie, guardando el aplicador de rímel en el tubo y sacando su delineador de ojos—, pero en el subconsciente te lo estás planteando. Por eso estás tan obsesionada con tu aspecto hoy.

—No estoy obsesionada con mi aspecto. Simplemente me gustaría arreglarme en mi propia casa sin que vosotras —las señalé con un gesto— acaparaseis todas mis superficies reflectantes y mis pertenencias.

Ruth apagó las planchas y las dejó en medio de la moqueta, aún calientes. Apreté los dientes pero no dije nada.

—Vamos, relájate, Lawson —dijo—. Nos encargaremos de ponerte guapa. No te preocupes.

Bebí un poco más de vino.

—Ya. En cuanto a eso... —Examiné mi cara sin maquillar en el espejo, por encima de la cabeza de Amanda—. Creo que prefiero ocuparme yo misma de mi peinado y mi maquillaje.

—No seas ridícula —dijo Lizzie—. Confía en nosotras. Vas a quedar impresionante.

—«Impresionante» no siempre es sinónimo de guapa. A veces la pinta de alguien impresiona por ser HORROROSA.

—En serio, tranquilízate. Estarás preciosa. Confía en nosotras. Teníamos razón

respecto al vestido, ¿o no?

Bajé la mirada al bonito vestido verde que me habían convencido de que comprara. Tenía un aspecto tan perfecto como en la tienda. De hecho, era tan espectacular que tenía que reprimirme para no mirar mi reflejo cada dos segundos.

Lizzie terminó de embadurnarse kohl en torno a los ojos y guardó todos sus potingues en su estuche de maquillaje.

—*Voilà*. —Se miró en el espejo frunciendo los labios—. Ya está. —Se volvió hacia mí—. Bueno, ahora te toca a ti.

Ruth se roció con casi un litro de laca.

—Yo también estoy lista. Puedo echar una mano.

Oh, Dios santo.

—No pongas esa cara de susto. —Lizzie se me acercó con un brillo perverso en los ojos, aferrando su estuche de maquillaje como si fuera un arma peligrosa—. Vas a quedar deslumbrante. La *groupie* más guapa del mundo, ¿recuerdas?

Apuré el vino rosado y cerré los ojos.

—Adelante, pues. Hacedlo lo peor que podáis.

Me daba miedo abrir los ojos, sobre todo después de oír a mis amigas murmurar expresiones como «huy», «uf, ese color no» o «deberíamos limpiar eso un poco». Así que cuando Lizzie anunció que habían terminado, los mantuve cerrados.

—Gracias, chicas. Ha quedado genial.

—Poppy, no estás mirando lo que hemos hecho. Abre los putos ojos.

Nerviosa, abrí un párpado, luego el otro y dirigí la vista lentamente hacia el espejo.

Se me escapó un jadeo.

La chica que me miraba desde el otro lado no se me parecía en nada. En su lugar había una mujer de aspecto sofisticado. Sí: una mujer. Habían dado un tono grisáceo a mis párpados junto con una sombra de ojos verde que combinaba a la perfección con el vestido. Habían esculpido los pómulos que ni siquiera sabía que tenía con algún tipo de colorete milagroso. Me habían pintado los labios de un color neutro, pero con un brillo que me provocaba un cosquilleo y les daba carnosidad. En cuanto a mi pelo, por lo general anodino, estaba recogido caprichosamente hacia atrás, con algunos rizos sueltos enmarcándome la cara.

—¿Te gusta? —preguntó Amanda, que aún tenía una brocha de maquillaje en la mano—. ¿Nos hemos pasado con los ojos?

—Me encantan —respondí, incapaz de apartar la mirada de mi reflejo.

—Te he peinado yo —dijo Lizzie—. ¿Te gusta tu peinado?

—Ha quedado de maravilla —reconocí—. No sé cómo lo has hecho, pero tienes poderes mágicos. Yo nunca he aprendido a usar una horquilla para el pelo como es debido.

—Ahora no cabe la menor duda de que te acostarás con él. —A Ruth le centellearon los ojos—. Cuando Noah te vea así, no podrá contenerse.

—Caray, Ruth —dije—. ¿Eso ha sido un cumplido?

Me sacó la lengua.

—¿Sabes qué? Detesto admitirlo, pero estás guapa, tía. Ahora desearía haber dejado que Lizzie me peinara. Pero primero quería ver en qué estado te dejaba el pelo.

—A eso —dije— es a lo que llamamos karma.

Cogí el vino y repartí lo que quedaba entre nuestras copas. Solo habíamos compartido una botella. Ninguna de nosotras quería estropearlo todo cogiendo un pedo.

—Quiero proponer un brindis, nenas. Por una noche excelente.

—Brindo por eso —dijo Lizzie.

—Yo también —se sumó Amanda.

Ruth adelantó su copa para chocarla con las nuestras.

—Y yo brindo porque Poppy por fin va a echar un polvo.

Me volví hacia ella con rabia fingida.

—No. Voy. A. Acostarme. Con. Él. Lo de las uñas de los pies no significa nada.

Ruth tomó un sorbo de su bebida.

—Sí, ya —farfulló—. Tú espera a verlo encima del escenario.

Cogimos el autobús para ir a la sala de conciertos, rebosantes de euforia adolescente. El vino nos había vuelto más risueñas e irritantes que de costumbre, y algunas pensionistas inocentes que intentaban volver a casa con la compra empezaban a enervarse por nuestra mala conducta. Todo empezó de forma bastante inofensiva, con Ruth cantando un tema de los Ponyboys. Esto nos enardeció, y pronto nuestras voces se unieron a la suya. Luego, cuando ya habíamos agotado todo el repertorio del grupo, pasamos a interpretar canciones de Queen, nuestros favoritos. Por desgracia, cuando una está algo achispada, se olvida de que no todo el mundo lo está, y nuestras exigencias de que el autobusero cantara las partes de «Galileo» de *Bohemian Rhapsody* no recibieron una acogida favorable. Creo que nuestra actitud de «jóvenes de hoy en día que no respetan nada» no se debía tanto al vino como a nuestra excitación nerviosa. La expectación ante lo que nos deparaba la noche nos aceleraba el pulso. Nos aguardaban los recuerdos que estaban por crearse y que rememoraríamos décadas más tarde, cuando fuéramos viejas y aburridas.

Cuando el conductor, aliviado, nos dejó en nuestra parada, había anochecido. El único rastro del día era una franja de luz roja que surcaba el cielo y bañaba la sala de conciertos en un resplandor fantasmagórico. Ya se había formado una cola de adolescentes poco abrigados y temblorosos frente a la entrada. Las chicas, con los brazos apretados contra el pecho, inclinaban la cabeza para echar el pelo hacia atrás y

reían alegremente pese a que se les estaban amaratando los labios y se les estaba poniendo la carne de gallina en sus vientres descubiertos. Los chicos llevaban el atuendo masculino estándar para los conciertos: vaqueros y camiseta con logotipo del grupo. También fingían no pasar frío, sacando pecho y compitiendo para ver quién podía beberse más latas de cerveza barata.

Nos quedamos mirando a la multitud.

—Ya ha llegado mucha gente —observó Amanda, con los dientes castañeteando y los brazos cruzados sobre su vestido negro—. Y todavía falta una hora para que abran las puertas.

Ruth se encogió de hombros.

—Los Ponyboys son un grupo famoso. La gente quiere verlos desde los mejores sitios.

Lizzie daba saltitos de un pie a otro como una niña con ganas de orinar. Hacía un frío que pelaba. Noté que se me erizaba la piel bajo la fina seda de mi vestido.

—Pues yo me alegro de que podamos entrar directamente.

Lizzie asintió.

—Yo también. ¿Adónde tenemos que ir?

Recorrí con la vista las paredes de la imponente sala.

—No estoy segura. Creo que a la entrada de artistas. Pero no sé dónde está.

—En la parte delantera seguro que no está, ¿no? —dijo Ruth—. Rodeémoslo. Al menos entraremos en calor al caminar.

Echamos a andar en torno al gigantesco edificio. Daba la impresión de que el país entero cabría confortablemente dentro, con casas incluidas.

—No puedo creer que mi novio vaya a tocar en un sitio tan grande —murmuré, casi para mí.

—¡Y el mío! —intervino Ruth—. No os olvidéis de Will.

Lizzie puso cara de exasperación.

—¿Cómo íbamos a olvidarnos? —susurró, y yo reí por lo bajo.

Después de avanzar un rato con los tacones altos repiqueteando en el suelo, llegamos frente a una zona llena de caravanas blancas y un descomunal autobús de gira.

—Me imagino que esto es lo que buscamos —dijo Ruth—. Vaya, ese debe de ser el autobús de gira de los Ponyboys.

—Es enorme —comentó Amanda.

Había un hervidero de actividad en torno a un par de puertas custodiadas por dos seguratas de obesidad mórbida y aspecto amenazador. Llevaban trajes y gafas de sol estilo *Hombres de negro*, pese a que había oscurecido del todo. Asentían con la cabeza mientras una fila de hombres fornidos cargados con aparatos de sonido pasaba entre ellos.

—Deben de ser los tipos que tienen nuestros pases —aventuré, tragando en seco. Esperaba que Noah se hubiese acordado de dejarlos en la entrada.

Nos acercamos taconeando, disimulando por completo nuestro atolondramiento, pues sabíamos que al menor resbalón, la fiesta terminaría temprano para nosotras. Los guardias de seguridad volvieron la cabeza hacia nosotras.

—Las *groupies* tenéis que hacer cola como todo quisque —dijo el más corpulento con voz atronadora—. Me da igual con qué miembro del grupo hayáis quedado para un revolcón más tarde: tenéis que volver a la entrada principal.

Este comentario me sentó como un tiro.

—No somos *groupies* —repuse en tono cortante—. Somos buenas amigas del grupo...

—Es lo que dicen todas las *groupies* —me cortó el relativamente más delgado de los dos—. Buenas amigas, y una mierda. Regresad a la parte delantera, chicas. Arreando.

Empezaba a ponerme como una moto por dentro. Me entraron ganas de gritarle: «¿Te parece que tengo pinta de *groupie*? Soy virgen. ¡Y tú estás tan gordo que no me sorprendería que lo fueras también!»

—No me están escuchando —dije en cambio—. No somos *groupies*. Estamos con el grupo... —Vi que el gordo abría la boca—... Y antes de que me interrumpán y sigan insultándonos, les sugiero que comprueben la lista en la que encontrarán nuestros nombres.

—Muy bien —dijo el (más) delgado, visiblemente enfadado—. ¿Cómo os llamáis?

—Poppy Lawson, Elizabeth Heeley, Amanda Price y Ruth Cosmos.

El hombre se revolvió en su traje y sacó una hoja de papel bastante maltratada.

—Si no aparecéis aquí, no sé si os puedo dejar entrar siquiera después del morro que le habéis echado.

—Nuestros nombres figuran allí —aseguré, cruzando los dedos y rezando con todas mis fuerzas por que Noah se hubiera acordado.

El guardia de seguridad frunció el entrecejo cuando llegó al final de la lista.

—Aaah. Aquí estáis.

Sentí el impulso de espetarle «te lo dije», pero me pude aguantar...

—¿Nos dejará entrar ahora? —preguntó Ruth.

—Sí. —Se apartó a regañadientes—. Al fondo a la izquierda.

Una vez dentro, se nos recargaron las pilas y prorrumpimos en gritos de entusiasmo.

—Joder —dijo Amanda—, creía que no nos iba a dejar entrar.

—¿De dónde diablos has sacado esa asertividad, Poppy? —preguntó Lizzie—. Por lo general no te atreves ni a pedir en un restaurante que te cambien un plato que está demasiado frío, aunque todavía tenga trocitos de hielo encima.

Me reí.

—Odio a los seguratas. No son más que *hooligans* con autoridad. Despiertan a la supermujer que llevo dentro.

Avanzamos pesadamente por el pasillo sobre nuestros tacones, aturdidas por el bullicio que nos rodeaba. Había cables por todas partes, kilómetros y kilómetros de cables, y todas las personas con que nos cruzábamos parecían llevar tablillas con sujetapapeles. El pasillo se nos hacía interminable. Yo estaba totalmente desorientada, y esperaba que pronto pudiéramos doblar a la izquierda, pues de lo contrario tendríamos que seguir caminando para siempre.

De improviso, Noah y su grupo salieron de alguna abertura en la pared. En cuanto nos vio, desplegó una sonrisa amplia y radiante dirigida a mí.

—¡Habéis llegado!

Tenía un aspecto INCREÍBLE. Me flaquearon las rodillas solo de verlo acercarse. Llevaba unos vaqueros oscuros rasgados y una camiseta negra sencilla, pero que le marcaba el pecho y le resaltaba los músculos de los brazos. También se había puesto un colgante de tipo tribal con abalorios del que normalmente me habría mofado, pero que a él le daba un aire informal que le sentaba genial. Incluso se había tomado la molestia de peinarse al estilo años cincuenta para después alborotarse ligeramente el cabello a propósito. Me entraron ganas de deslizar los dedos por él, de sujetar su rostro entre mis manos. El corazón empezó a latirme con fuerza bajo la seda del vestido, y me hizo falta todo mi autocontrol para no abalanzarme sobre él. Acto seguido, me estrechó contra sí, noté la humedad de sus labios en la mejilla y aspiré su fantástico olor.

—Por poco no nos dejan entrar —dije en pleno abrazo—. Esos seguratas son muy bordes.

—Son una pesadilla —convino—. Uno de ellos creyó que la esposa de Brian era una *groupie* y la obligó a hacer cola fuera. Ella lo ha llamado hecha una furia para preguntarle si de verdad tenía *groupies*.

Me aparté de él.

—¿Brian? ¿Te refieres al Brian de los Ponyboys? ¿Has estado charlando con él? Noah asintió.

—Sí. Hemos estado con ellos toda la tarde. Son tíos guais.

—Vaya, por lo visto tienes contactos en todas las altas esferas.

Soltó una carcajada.

—Sí, supongo.

Los demás bromeaban entre sí detrás de nosotros. Ruth ya le había pegado a Will un morreo tremendo en público para «calmarle los nervios», y todos estaban haciendo buenas migas. Lizzie les hablaba de nuestro roce con los gorilas de la puerta y de lo gordos que estaban, lo que arrancó a los demás risas de apreciación.

Ahí dentro hacía mucho más calor, así que me quité el abrigo.

—¿Hay algún lugar donde pueda dejar esto? —le pregunté a Noah. Alcé mi abrigo, pero él se limitó a mirarme, paralizado—. ¿Qué pasa?

—Poppy, estás impresionante —susurró.

Sonrojada, me volví tímidamente de un lado a otro.

—Es mi vestido nuevo. ¿Te gusta?

Noah prácticamente me desnudaba con la mirada.

—¿Que si me gusta? ¿Estás de broma? ¿Cómo voy a concentrarme contigo entre el público así vestida?

Sonreí, encantada con el halago.

Chasquéé los dedos frente a sus ojos con ademán burlón, como si intentara sacarlo de aquel trance hipnótico-erótico.

—El abrigo —dije—. ¿Dónde puedo dejarlo?

Noah me agarró del brazo y me apartó de los demás.

—Ven, te llevo. —Me guio a través de su camerino hasta un armario pequeño en el que había guardados montones de chaquetas, bufandas y bolsas—. Aquí —dijo—. Después del concierto puedes venir a buscarlo.

—Gracias. —Saqué una percha y colgué mi abrigo de ella. Cuando di media vuelta, me encontré con la boca de Noah. Me empujó hacia atrás entre los abrigos, rodeándome con los brazos.

»Noah, ¿qué haces?

—Vamos —respondió sin dejar de besarme el cuello—. Estás preciosa.

—¿No tienes que ensayar o algo?

—Chsss.

Y esa fue toda la resistencia que opuse antes de entregarme a sus besos.

Salimos del camerino despeinados y, para nuestra vergüenza, nuestros amigos nos aplaudieron cuando volvimos con ellos.

—Habéis tardado un buen rato —comentó Will, arqueando una ceja. Abrazaba a Ruth por la cintura, sacando pecho. Creo que estaba encantado interpretando el papel de dios del rock por esa noche.

—Sí... Esto... ¿Nos hemos perdido? —Mi explicación poco convincente cayó en oídos cínicos.

Noah simplemente actuó como si nada.

—Bueno, ¿habéis memorizado todos la lista de canciones? —inquirió, dando una palmada.

—Sí, jefe —respondió el grupo a coro.

—¿Y habéis meado todos? Sé que suena extraño, pero lo último que queréis es que a media actuación os den unas ganas terribles de mear.

—Jopé, Noah —dijo Ryan—. Deberías fiarte más de nuestra capacidad para ocuparnos de nuestras propias secreciones urinarias.

—Solo era un consejo.

—Bueno, iré justo antes de salir al escenario, lo prometo.

No me había percatado de ello —estaba demasiado absorta en la guía de la lujuria incontrolable para principiantes—, pero Noah era un torbellino de energía nerviosa. Balanceaba frenéticamente mi mano adelante y atrás y se daba golpecitos incesantes en el muslo. Además, estaba ejecutando una especie de claqué sobre el duro linóleo del pasillo. De no ser porque me parecía tan mono, le habría tomado el pelo. En vez de eso le di un apretón en la mano.

—¿Nervioso? —musité.

—¿Tan transparente soy?

Le aparté de la cara un mechón de cabellos.

—Estarás genial. Lo sabes, ¿verdad?

—Solo espero que el pánico no me haga cagarla a fondo. Es nuestra gran oportunidad, Poppy. —Sus ojos muy abiertos denotaban una gran vulnerabilidad, y en ese instante lo quise más de lo que nunca lo había querido. Esa emoción me recorrió las venas, provocándome una sensación cálida y náuseas al mismo tiempo.

—Eso no ocurrirá, te lo juro. Pero si a pesar de todo empiezas a perder los nervios, busca mi cara entre la multitud. Estaré allí, en primera fila, ahuyentando a tus *groupies* con un bate de béisbol... —Sonrió—. Entonces, pase lo que pase, podrás estar seguro de que alguien te quiere de forma incondicional. Incluso aunque acabes poniéndote la guitarra al revés y llorando. —Volvió a sonreír—. A la larga, eso es lo único que importa en la vida.

Noah clavó en mí una mirada ardiente y, por un momento, pensé que iba a devorarme de nuevo. En cambio, los ojos se le pusieron un poco llorosos y me

acarició la piel suave de la mejilla.

—Soy increíblemente afortunado de tenerte.

Me encogí de hombros y puse cara de «¿qué le vamos a hacer?».

—Lo sé.

Mis palabras parecieron tranquilizarlo, y nos unimos a la conversación de los demás. Ryan estaba presumiendo de todas las chicas del público a las que se llevaría al camerino para «pasárselas por la piedra». Esto, naturalmente, indignó a Lizzie, que lanzó una de sus consabidas peroratas sobre el feminismo. Jack le había pedido permiso a Amanda para practicar los ritmos de batería sobre su espalda, así que ella estaba inclinada hacia delante en una postura un poco forzada, intentando sonreír mientras él la golpeaba repetidamente. En cuanto a Will, trataba sin cesar de captar la atención de Ruth, que estaba demasiado ocupada buscando a famosos entre la muchedumbre. Una expresión de reconocimiento asomó a su cara, y los ojos se le iluminaron. Alzó la mano para hacernos callar.

—Tíos —dijo—, ahí está el grupo.

Era cierto. Los Ponyboys venían directos hacia nosotros. Mis entrañas se convirtieron en gelatina. Por alguna razón, Brian, el cantante, estaba empapado, como si acabara de salir de la ducha. Lo seguían sus tres compañeros. No sabía cómo se llamaban; en realidad Brian era la cara visible del grupo. Una rubia bajita y de aspecto malhumorado iba detrás, con el ceño fruncido. Supuse que era la esposa de Brian, aún furiosa por la grosería del guardia de seguridad.

—Troncos y tronquitas —nos saludó Brian con un falso acento americano y chocó esos cinco con Noah.

Brian de los Ponyboys, chocando esos cinco con mi novio, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué tal, Brian? —respondió Noah, muy tranquilo—. Te veo un poco mojado. ¿Qué ha pasado, tío?

Brian sacudió su larga cabellera castaña, salpicándonos a todos.

—He salido a fumarme un pitillo, ¿vale? —explicó—. Ya sabes, para calmar los nervios y todo eso. De repente se oye un trueno brutal y empieza a caer una lluvia QUE TE CAGAS y me quedo calado hasta los huesos en un instante. Raro de la hostia, ¿no? Me recuerda aquella vez en Nueva Orleans cuando...

Y siguió hablando por los codos. No tardé en percatarme de que a Brian le gustaba el sonido de su propia voz. Parecía darle igual que nadie lo escuchara. Mis amigas lo contemplaban enmudecidas, como si no pudieran creer que fuera real. Sus compañeros de grupo esperaban pacientemente a que terminara, con una cara que parecía decir «ya vuelve a empezar». Solo Noah asentía de manera cortés y mostraba su conformidad en los momentos oportunos.

Cuando acabó por fin de relatar la anécdota —que en esencia se reducía a que había llovido en Nueva Orleans y Brian se había mojado—, Brian echó un vistazo a su reloj.

—Coño, sí que es tarde. Os toca salir dentro de nada.

—Seguramente deberíamos hacer comprobaciones de último minuto —dijo Noah.

—Buena suerte, chicos, aunque no la necesitaréis. Os he oído durante el ensayo y vais a petarlo. —Brian volvió a chocar esos cinco con Noah—. Aunque no tanto como nosotros, claro. —Eché a andar en la dirección opuesta, farfullando algo sobre que tenía que secarse. Su grupo y su esposa lo siguieron diligentemente.

Los demás nos quedamos callados por unos instantes.

—Vaya —dijo Lizzie—. No puedo creer que haya medio conocido a Brian de los Ponyboys.

—Está como una cabra, ¿a que sí? —dijo Ryan—. Hace un rato lo hemos sorprendido tocando el violín de cualquier manera.

Noah dio otra palmada.

—Muy bien. Escuchadme, chicos. Es la hora. Quiero que vayáis todos al baño.

—Madre mía, ya estamos otra vez. La policía de la vejiga ataca de nuevo.

—Lo digo en serio. Nos vemos aquí mismo dentro de cinco minutos y nos preparamos. —A continuación se dirigió a nosotras—. Señoritas, seguramente deberían encaminarse hacia la parte delantera. El personal de seguridad se encargará de llevaros a un sitio desde donde veáis bien el escenario.

Esto dio lugar a un trajín en el que todo el mundo comenzó a caminar en direcciones distintas. Yo me disponía a seguir a las chicas hacia el escenario cuando alguien me agarró la mano.

—Eh —dijo Noah, haciéndome girar de cara a él.

Le acaricié la parte del pecho que tenía al descubierto.

—Eh.

—¿No vas a desearme suerte?

Jugueteé con su collar.

—No la necesitas, pero mucha mierda de todos modos.

—¿Y un beso de buena suerte?

Me acerqué a él y nuestros labios se rozaron. Le lamí con delicadeza la punta de la lengua antes de apartarme.

—Venga, a tocar, dios del rock —dije—. Es hora de que te luzcas.

Me dedicó otra sonrisa maravillosa.

—Te quiero.

—Yo te quiero más. Y ahora, sal allí y muéstrales a todos lo bueno que eres. —Di media vuelta y corrí tras las otras chicas, sin acabarme de creer que mi novio estaba a punto de pisar el escenario de una gigantesca sala de conciertos.

Tal como Noah nos había prometido, los empleados de la sala nos dejaron colocarnos en primera fila.

—Pasad por aquí —dijo una rubia con una tablilla—. Desde este lado se tiene la

mejor vista del escenario.

Le dimos las gracias y nos abrimos paso a codazos entre la multitud. Nuestra llegada no hizo ninguna gracia a las numerosas chicas que habían apretujado sus cuerpos semidesnudos en la primera fila. De hecho, varias nos gritaron que nos estábamos colando. Por suerte, contábamos con Ruth. Encantada con la atención negativa que nos dispensaban, les enseñó el dedo medio con una sonrisa esplendorosa.

—Imaginaos —dijo—. Estas pringadas llevan horas haciendo cola bajo la lluvia, y a nosotras nos dejan pasar directamente al frente. Dios, es fantástico acostarse con un miembro del grupo.

Lizzie sonrió de oreja a oreja, tan poco afectada como Ruth por aquella acogida tan poco cordial.

—Y yo ni siquiera he tenido que acostarme con nadie. Estoy aquí gracias a que mis colegas se acuestan con ellos.

—Te lo podrías montar con Jack si quisieras —señaló Ruth—. Está bastante colado por ti.

Lizzie hizo una mueca y yo sonreí para mis adentros al recordar su discurso de hacía unas semanas sobre el amor verdadero. Definitivamente, la actitud *groupie* no iba con la señorita Heeley.

—¿Cuánto falta para que empiecen a tocar? —preguntó Amanda. Se la veía un poco espachurrada, pero intentaba disimularlo con estilo.

Consulté la hora en mi teléfono.

—Cinco minutos.

—Qué emoción.

—Lo sé.

Pese a que solo eran las siete de la tarde, el sitio estaba ya bastante lleno. Por lo general la gente no se molesta en escuchar a los artistas invitados y se presenta cinco minutos antes de que empiece el grupo principal. Normalmente, las actuaciones de los teloneros se consideran aburridas, un trámite que hay que aguantar para conseguir un buen sitio. Pero al parecer había personas que habían acudido también para ver a Angustia Juvenil.

En nuestro intento de abrirnos un hueco, forcejamos con otras chicas, algunas de las cuales estaban decididas a ligarse a algún miembro del grupo. Una de ellas, que llevaba una camiseta con las palabras «Amo a Brian», estaba hablándole animadamente a su amiga de «aquella vez tan romántica» en que había echado un polvo con él en los lavabos de una discoteca después de un concierto.

—Fue tan dulce —dijo—. Lo convirtió en una ocasión de lo más especial. Extendió su abrigo en el suelo del baño para que yo no tuviera frío en la espalda.

Pobre, su esposa.

Su amiga, una chica alta de pelo castaño largo, escuchaba sin perder detalle.

—Brian no es nada —dijo, echando la melena hacia atrás sobre su hombro

desnudo—. ¿Has visto fotos de los teloneros? ¡Ese guitarrista...! Haré lo que sea por acabar en su camerino esta noche.

Un momento... ¿Estaba hablando de Noah?

—Me han dicho que son muy buenos —aseveró la chica del sexo en los lavabos—. Y también que el guitarrista es un mujeriego de aúpa. Se tira todo lo que se cruza en su camino.

—Mientras sea yo, me parece bien.

Esto me hizo sentir aún peor.

—Psst. —Lizzie me dio un golpecito en las costillas, arrancándome de mi rabia y mi inseguridad.

—¿Qué?

—No quiero estropearte la noche, pero... —señaló otra zona de la primera fila— ... he pensado que debías saberlo.

Mis ojos siguieron la dirección de su dedo.

—Oh, no.

—Estoy segura de que no causará problemas.

Era Portia. Me había olvidado de ella por completo, pero obviamente ella no había olvidado a Noah. Había conseguido un sitio justo en el medio y observaba el escenario con la misma expresión resuelta de siempre. El hecho de que estuviera estupenda no me alivió en absoluto. Llevaba un vestido ajustado y corto que centelleaba bajo las luces. Su larga cabellera rubia le caía por la espalda como una aureola alargada, y se había maquillado a la perfección.

Solté un quejido.

—Debería haberme quedado en casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

Hice un gesto hacia las chicas que me rodeaban. Como intuían que el grupo estaba a punto de salir, la tensión iba en aumento y habían comenzado los empujones. Muchachas de aspecto agradable y tímido se habían transformado de pronto en seres agresivos y aterradores que propinaban codazos a la gente y les daban pisotones en los pies, medio sin querer y medio a propósito, para defender su espacio.

—Esto —dije— no me está ayudando a mejorar mi autoestima.

Lizzie me echó el brazo sobre los hombros.

—No seas tonta. Noah está loco por ti.

—Pero ¿cómo voy a competir con todas estas chicas?

—No olvides —dijo Lizzie— que eres Poppy Lawson y eres genial. ¡Hemos venido a pasarlo bien! Poppy, tenemos entradas VIP al concierto más alucinante que ha habido jamás en Middletown. Así que trágate ese caramelo antiengo que tienes en la boca y diviértete.

Iba a replicarle cuando las luces se apagaron y estalló un griterío.

El corazón empezó a latirme deprisa. A cien por hora. Me vinieron recuerdos de aquella actuación en la que había visto a Noah por primera vez. Parecía que hubieran

pasado millones de años.

Vislumbré unas figuras oscuras que salían al escenario y, por el modo en que reaccionó mi cuerpo, supe que una de ellas era él.

La intensidad de los gritos aumentó y el ambiente se tornó más frenético. Los empujones empeoraron, pero la barrera que teníamos delante nos protegía.

Vi que Noah recogía su guitarra en el lado del escenario más próximo a nosotras. Parecía estar muy lejos, pese a que se hallaba a solo unos metros. Me pregunté qué estaría pensando justo en ese instante, y recé por que estuviera tranquilo.

La voz de Ryan retumbó por toda la sala.

—Buenas tardes, señoras y caballeros. Somos Angustia Juvenil.

Las luces volvieron a encenderse, y el grupo arrancó directamente con una de sus mejores canciones. La muchedumbre palpitante enloqueció y se puso a pegar saltos en masa. Aunque mis pies no tocaban el suelo, yo estaba sonriente. No había motivo para que Noah estuviera nervioso. Sus manos se deslizaban rápidamente por el mástil de su guitarra. Cada nota estaba en perfecta sincronía con el ritmo trepidante de la batería. La voz de Ryan sonaba mejor que nunca. Eran buenos, y, menos de veinte segundos después, la multitud había tomado conciencia de ello. El grupo también era consciente. Noah mejoró su postura y dirigió la vista hacia el público por primera vez, confiando en que sus manos continuaran tocando mientras él contemplaba el espectáculo. Entonces sus ojos se posaron en los míos. En mí, entre miles de caras. Me dedicó su mejor sonrisa. Me fallaron las rodillas cuando comprendí que nunca desearía a nadie más que a él. Jamás.

Dos canciones más, y el local se vino abajo. La gente empezó a lanzar bebidas de forma desenfadada, y me alegré de que estuviéramos a un lado y no en la línea de fuego. Advertí complacida que Portia lloriqueaba porque una pinta de cerveza que había volado por el aire había empapado su perfecta cabeza en aquel líquido color ámbar. De vez en cuando, alguna braguita surcaba el cielo. Ryan, que nadie habría creído que era tímido en la vida real, estaba encantado. Se ponía las bragas en la cabeza o las tiraba de nuevo hacia el público.

Cuando el grupo atacó algunos de sus temas de estilo más *ska*, todos comenzaron a bailar como locos hasta que los que estábamos de pie nos fusionamos en un único organismo gigantesco. Las dos *groupies* me habían abrazado como si fuéramos amigas íntimas y me obligaban a dar brincos con ellas. En realidad, yo solo estaba concentrada en una cosa: Noah. No podía despegar la vista de él. El deseo me bullía en la sangre y consumía mi cuerpo como una sed voraz. Aunque jamás lo reconocería ante Ruth, me alegraba de haberme pintado las uñas de los pies. Jamás desearía nada tanto como lo deseaba a él en aquel momento. Sus brazos en torno a mi cuerpo, su piel contra la mía, su sabor en mi boca. Tenía que reprimir el impulso de encaramarme en el escenario arrancándome el vestido.

—El guitarrista está de un BUENO... —me gritó al oído una de las chicas saltarinas en pleno brinco. Yo me limité a asentir, pensando que nuestra amistad duraría poco si

me volviera y contestara con arrogancia: «Lo sé. Y es mi novio».

Mis amigas lo estaban pasando bomba también. Lizzie se dejaba llevar por el ritmo, algo que siempre resultaba digno de verse. Bailaba como una demente. Se contoneaba junto a Amanda, que cabeceaba al compás mientras permanecía alerta a los vasos voladores de cerveza. Ruth, inclinada sobre la barrera, se relamía cada vez que captaba la mirada de Will, aunque, por una vez, los papeles se habían invertido y él apenas le prestaba atención. Estaba enamorado del público. Se deleitaba con las muestras de adoración y estaba radiante, como una planta haciendo la fotosíntesis.

Después de cuatro canciones rápidas seguidas, el grupo hizo una pausa. La sala se oscureció, y Ryan se acercó al micrófono (lo había abandonado durante un rato para lanzarse sobre la multitud desde el escenario).

—Eh, escuchadme —dijo, y tuvo que aguardar a que cesaran los gritos de entusiasmo. Sacudió la cabeza, abrumado—. Ahora vamos a interpretar un tema acústico que os vais a caer de culo. Como ya habréis notado, soy un vocalista con mucho talento...

La muchedumbre aplaudió y vitoreó, eufórica.

—Pero ahora voy a cederle el micro a nuestro fantástico guitarrista. —Señaló a Noah y la sala le dedicó otra ovación—. Él ha compuesto la canción, así que lo más justo es que sea él quien la cante. Damas y caballeros, os dejo con Noah Roberts.

Se oyeron más gritos mientras Noah se acercaba al micrófono y susurraba algo al oído de Ryan. Chocaron esos cinco.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lizzie—. No sabía que tocaran canciones acústicas.

—Yo tampoco.

Noah arrimó un taburete y se sentó, con una guitarra acústica sobre las rodillas.

—Gracias —dijo y esperó a que el público se calmara—. Bueno, esta es una canción nueva que he escrito sobre una chica muy especial... —Todo se nubló ante mis ojos—. Se llama Poppy y está aquí esta noche. —No podía creer lo que estaba sucediendo. Lizzie chillaba como una condenada, pero yo no la oía—. Es lo mejor que me ha pasado, y solo quiero que sepáis lo increíble que es. —A continuación rasgó la guitarra, abrió la boca y comenzó a cantar.

Fue precioso. Sé que no soy en absoluto imparcial —o sea, era una canción compuesta para mí, por Dios santo—, pero era preciosa de verdad. Nunca había oído cantar a Noah, pero su voz era como chocolate fundido en una taza de té caliente. La letra casi me hizo llorar. Me emocioné tanto que Lizzie prácticamente tuvo que abrazarme. Noah no apartó la mirada de mí durante toda la canción, y era como si estuviéramos solos en la sala, pese al mar de encendedores que ondeaba en señal de apreciación. No pude evitar pensar que ese tipo de cosas no le ocurrían a la gente normal, y menos aún a chicas como yo. Por supuesto, ocurrían en películas, libros y series de televisión cursis, pero ¿desde cuándo sucedían en la vida real?

Sí, reconozco que mis nuevas amigas *groupies* me estropearon un poco el

momento cuando gritaron «zorra afortunada», pero aun así fue total y absolutamente perfecto. Cuando la canción finalizó, el gentío quedó en silencio durante unos segundos. Noah alzó la mirada con timidez, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba. Entonces empezaron los aplausos, los gritos y las aclamaciones. Se le iluminó el rostro.

—No puedo creer lo que acaba de pasar —me gritó Lizzie al oído—. Ya es oficial: tienes el novio más perfecto de todos los tiempos.

Yo no dejaba de sonreír mientras Ryan recuperó el micrófono. El grupo atacó su último tema, una melodía de ritmo contundente que puso a todo el mundo a mover el esqueleto. Me puse a saltar, presa de la euforia, observando a Noah, amándolo y deseándolo. Entonces sonaron los acordes que marcaban el final de la actuación, y estalló una ovación atronadora. Los chicos, con expresiones infantiles de felicidad suprema, se levantaron e hicieron una reverencia. Yo bramé con todas mis fuerzas hasta que me dolió la garganta, y Lizzie lanzó un silbido impresionante ayudándose con dos dedos. Yo tenía las manos en carne viva de tanto aplaudir, me goteaba sudor de la frente y, cuando se encendieron las luces, fue como si despertara de un sueño. Una música de fondo anodina empezó a sonar mientras la gente se iba a la barra, al servicio o guardaba el sitio para la actuación principal. Las chicas y yo nos quedamos donde estábamos, botando, abrazándonos y chillándonos al oído con entusiasmo febril.

La lluvia martilleaba el vidrio del jeep. Los limpiaparabrisas pugnaban por expulsar el agua que caía con furia sobre ellos. Estaba oscuro y la electricidad de la tormenta impregnaba el aire.

Rain miró por la ventanilla. Inquieto, se dio unas palmaditas en las rodillas, repasando una y otra vez el procedimiento en su mente, rezando para no meter la pata. Su todoterreno encabezaba una hilera de seis vehículos que avanzaban por las estrechas carreteras comarcales donde las curvas surgían de pronto de la negrura de la lluvia.

Anita iba sentada junto a él con el ordenador sobre el regazo, totalmente concentrada. Arrugaba la frente mientras descifraba el código que descendía agresivamente por la pantalla. Un miembro de la unidad de operaciones especiales estaba sentado al otro lado de Rain. Nunca había visto antes a aquel agente de corpulencia intimidadora, equipado con casco, pistola, porra y chaleco antibalas. En los otros jeeps viajaban otros agentes que también estaban preparados para el ataque. Los habían contratado a título privado, naturalmente. No sabían qué habían hecho los objetivos. Bastó con decirles que los objetivos eran peligrosos y que había que neutralizarlos. Era preferible no matar a ninguno de los dos, por supuesto, pero en situaciones como aquella nunca se sabía. A veces no había alternativa. Las personas peligrosas eran mucho más destructivas si no tenían conocimiento de su

poder. Era como poner a un niño de tres años al cargo de un misil nuclear.

—¿Y este tiempo? —preguntó Rain en un susurro para que el señor Butch no lo oyera—. ¿Lo están causando ellos?

A Anita le tembló el ojo, pero ella no respondió de inmediato. Miró de reojo al agente especial y contestó cuando vio que se volvía distraídamente hacia la ventana.

—Supongo —musitó—. Al menos es lo que parecen indicar las lecturas. Todo apunta a que esta será la noche.

Rain se estremeció, consciente de su propia mortalidad y de lo frágil y poco importante que era su vida.

Si algo salía mal, todo podía terminar esa noche.

—¿Hemos reaccionado demasiado tarde? —preguntó, expresando su miedo en voz alta—. ¿Llegaremos a tiempo?

—Desde luego eso espero.

Esto no le sirvió de consuelo a Rain.

El vehículo viró con brusquedad a la izquierda y patinó sobre un charco enorme. El cuerpo de Rain dio un bandazo y chocó con Anita, apretujándola contra la puerta del jeep.

—Perdona.

—Tranquilo.

—Anita... —La carretera discurría ahora en línea recta, a juzgar por los largos haces de los faros que penetraban en la oscuridad de la tormenta—. Estoy un poco asustado.

No estaba seguro de por qué lo reconocía, y menos aún ante ella, pero era cierto. Estaba aterrado, y no había nadie más a quien decírselo. Sus familiares y los pocos amigos que le quedaban estaban a miles de kilómetros de distancia, felizmente ajenos al peligro que él corría y que, si fracasaba, correrían ellos también. Necesitaba que alguien lo tranquilizara.

Anita extendió el brazo y lo tomó de la mano. Para sorpresa de Rain, le dio un apretón con delicadeza.

—No te preocupes. Llegaremos a tiempo. No tienen idea de la que se les viene encima.

Una empleada de la sala nos hizo señales de que nos acercáramos y nos inclinamos sobre la barrera para oírla mejor.

—El grupo dice que si queréis podéis reuniros con ellos en la zona de detrás del escenario y ver a los Ponyboys desde allí.

—Claro que queremos —dijo Lizzie, con los ojos desorbitados de emoción.

Nos dirigimos hacia allí, sin hacer caso de las miradas de envidia que nos lanzaba todo el mundo. Lizzie me aferró por la cintura, Amanda la agarró a ella y Ruth a Amanda, por lo que formamos una especie de fila de conga. No era un comportamiento propio de personas guais, pero estábamos demasiado excitadas para que nos importara.

Los miembros del grupo se encontraban en el pasillo, entre eufóricos y hechos polvo. Noah estaba apoyado en la pared. Me separé de la conga, corrí a echarle los brazos al cuello y él se tambaleó hasta que se adaptó al peso de mi cuerpo. Solté un chillido y lo abracé fuerte. Noté que su sudor me calaba la ropa. Olía a gloria.

—Has estado fantástico —le mascullé al oído—. Esa canción para mí... Oh, Dios mío, Noah. ¿Y te has fijado en la multitud? Debe de haber unas dos mil chicas enamoradas de ti ahora.

Noah me devolvió el abrazo. El sudor que le goteaba del pelo me cayó en la cara, pero no me importó.

—Ha ido bien, ¿verdad? —Noah no podía dejar de sonreír—. ¿De verdad te ha gustado la canción? Llevaba varias semanas trabajando en ella, pero temía que te pareciera sensiblera.

Le planté un beso en los labios.

—Lo era. Terriblemente sensiblera. Y si no me la hubieras dedicado a mí, estaría haciendo comentarios sarcásticos. Pero como hablaba de mí, ha sido el mejor momento de mi vida.

Otra sonrisa que me dejó sin aliento.

—El resto del grupo también ha estado increíble.

Me volví hacia ellos para felicitarlos. Ruth había empujado a Will contra la pared y le estaba comiendo la boca con todas sus fuerzas. En cuanto a Lizzie, había metido a Ryan y a Jack en la conga. Iban y venían serpenteando por el pasillo cantando «somos los amos, somos los amos, somos los amos». Me reí y devolví mi atención a Noah.

Clavó los ojos en mí. De pronto, su mirada se tornó penetrante, como si me escrutara el corazón. Me ruboricé, preguntándome si había leído en mi cara lo que yo quería que pasara esa noche.

—¿Por qué te has puesto roja? —preguntó, tomando con suavidad mi rostro entre sus manos. Apoyé la mejilla en su palma.

—¿Me he puesto roja?

—Sí. Como una remolacha. Te sienta bien.

Me ruboricé aún más.

—Ahora pareces una remolacha con colorete.

—¡Eh!

—¿Por qué te sonrojas?

Me planteé decírselo, aunque no sabía si saldría airosa del intento. ¿Estaba lo bastante sexy para hablar de sexo sin quedar en ridículo? Lo deseaba tanto...

—Verás —dije, deslizándolo por el cuello de Noah—. Sé que no soy una *groupie* ni nada por el estilo, pero tengo muchas ganas de que esta sea la noche en que... Ya sabes.

Noah me sujetó a un palmo de sí y mi rostro congestionado enrojeció todavía más. En su rostro, en cambio, había una sonrisa pícaro. Tenía las cejas arqueadas y le brillaban los ojos.

—¿Estás segura, Poppy? —Me besó el cuello. El contacto con mi sensible piel bastó para arrancarme un gemido.

—Nunca había estado tan segura de algo —suspiré—. Jamás.

Acto seguido, los labios de Noah se apretaron contra los míos y su lengua se adentró en mi boca, probándome, mientras yo lo probaba a él. Sus manos me agarraron el vestido con ansiedad mientras yo le acariciaba la espalda apasionadamente. Noté entre las piernas un ardor que no había sentido nunca, como si la parte interior de mis muslos hubiera llegado al límite de su paciencia.

Entonces alguien tosió.

—Madre mía, sois peores que Ruth y Will. Os estáis perdiendo toda la diversión de la conga.

Devuelta bruscamente a la realidad, miré a todos los que nos observaban. Hasta Will y Ruth se habían separado para contemplar el espectáculo.

—Lo siento —balbucí.

Noah se rio y me rodeó con el brazo.

—Yo también lo siento. Poppy solo estaba dándome las gracias por componer esa canción.

—Todo eso está muy bien —dijo Lizzie—, pero aquí hemos organizado una conga de la victoria y os exigimos que participéis.

Puse los ojos en blanco, tomé a Noah de la mano y lo guíe hasta la parte de atrás de la fila. Lizzie reanudó la conga y culebreamos por el pasillo gritando «somos los amos, somos los amos, somos los amos».

Creo que es justo decir que habíamos olvidado, aunque fuera por un momento, que estábamos en un concierto de rock alucinante. El poder de la conga de celebración se impuso, y los sofisticados cánticos de Lizzie eran contagiosos. Todos nos reíamos. Casi se palpaba el alivio que destilaba el grupo, rebosante de satisfacción.

Todo aquello se interrumpió de golpe, por supuesto, cuando nuestra línea de

conga topó con Brian y el resto de los Ponyboys. Su ropa molaba en grados distintos. Abundaban las corbatas finas y la gomina. Brian se quedó mirando nuestra fila improvisada e hizo la única pregunta obvia:

—Esto... ¿Estáis bailando la conga?

—Es una conga de la victoria —explicó Lizzie con toda naturalidad—. Estamos celebrando lo bien que ha salido la actuación.

Tras meditar por unos instantes, Brian desplegó una sonrisa.

—Conga de la victoria. ¡Me encanta! Nosotros también deberíamos hacer eso, chicos.

Sus compañeros no mostraron tanto entusiasmo ante la idea.

—Por cierto, habéis estado fenomenales. —Brian empezó a chocar esos cinco con cada uno de ellos—. Sois los mejores teloneros que hemos tenido en mucho tiempo. Tal vez le proponga a nuestro representante que os contrate para el resto de la gira.

Noah miró a su grupo con una media sonrisa que yo sabía que era su forma de decir «me muero de ganas de dar saltos de alegría, pero tengo que permanecer impasible».

—Eso sería estupendo.

—Genial. Hablaré con Howie después del concierto. Por cierto... —Brian dirigió la vista hacia el final del pasillo—, será mejor que vayamos saliendo. ¿Nos miraréis desde aquí atrás?

Asentimos.

—Excelente. —Balanceó la guitarra por encima de su cabeza—. Vamos allá.

Su grupo rodeó nuestra línea de conga en dirección al escenario mientras el eco de los aplausos resonaba en el pasillo.

Corrimos tras ellos para no perder detalle de la actuación. Los Ponyboys no hicieron una entrada espectacular. Simplemente salieron al escenario sin saludar y empezaron a tocar su primera canción, una versión *ska* de *Walkin' on Broken glass*. Era su mayor éxito y provocó el delirio entre el público. Resultaba curioso verlo entre bastidores. Desde ahí teníamos una vista fantástica, prácticamente la misma que el grupo. El público parecía extenderse hasta el infinito. Ahora entendía por qué Noah estaba tan exaltado. La energía que irradiaban los fans me embriagaba, y eso que estaba detrás del escenario.

A pesar del increíble ambiente, yo solo podía pensar en una cosa: Noah. Estaba de pie junto a mí, con los brazos en torno a mi cintura y la cabeza apoyada en mi hombro. Aunque era una postura de lo más inocente, bastaba para hacer estallar fuegos artificiales en cada centímetro de mi piel. Anhelaba que sus manos se deslizaran más abajo, que me estrechara con más fuerza. Notaba su aliento cálido a través de mi pelo. Provocaba escalofríos que me recorrían todo el cuerpo.

Intenté concentrarme en la música. Los demás parecían estarlo consiguiendo.

Lizzie y Amanda bailoteaban tomadas de la mano. Ryan y Jack hacían aquello tan raro y tan masculino de llevar el compás con la cabeza, e incluso Ruth y Will parecían capaces de escuchar con atención. Para mí, sin embargo, las canciones eran como música de fondo procedente de una radio. Noah ocupaba todos mis pensamientos. Aquella sensación casi me estaba matando; un deseo salvaje que no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Yo sabía que él estaba tan absorto en la música como los demás, y me avergonzó un poco tener la cabeza en otro sitio. Entonces, justo cuando ya había renunciado a toda esperanza, él me apartó el cabello hacia atrás y susurró con suavidad: «¿Te apetece que nos vayamos de aquí?»

El sonido de su voz por sí solo fue como una descarga de diez mil voltios.

—¿Y el concierto? ¿No quieres quedarte? ¿No tienes que quedarte?

Noah negó con la cabeza.

—Los pipas llevarán nuestros instrumentos al local de ensayo mañana por la mañana. —Me acarició el cuello delicadamente con su meñique—. Y te aseguro que me apetece irme. Hay un montón de cosas que quiero hacer ahora mismo, y... —bajó la voz—... casi todas requieren que estemos a solas.

Me tomó de la mano y echamos a andar. Mis amigas, abstraídas en la música en vivo, no se percataron de que nos marchábamos.

Corrimos hacia la salida por el pasillo vacío. Pasamos un momento por el camerino para recoger nuestros abrigos. Riendo, nos pusimos a besarnos como la última vez que habíamos estado allí. De hecho, mis labios parecían incapaces de prescindir de la compañía de Noah. Nos deteníamos una y otra vez para darnos besos entre apasionados y risueños antes de proseguir nuestra huida precipitada. Cuando estábamos a punto de salir, Noah me atrajo hacia sí para un último beso. Me empujó contra la pared con todo su peso, y sus manos exploraron mi cuerpo. En el momento en que hicimos una pausa para respirar, advertí que el guardia de seguridad gordo estaba delante de nosotros, fulminándonos con la mirada.

—Lo sabía —dijo, con su fofa cara temblando—. Sabía que eras una maldita *groupie*.

Se nos escapó la risa mientras nos abríamos paso de un empujón.

Se me había olvidado que debía de estar lloviendo. Y, en efecto, llovía. A mares. Cinco segundos después de salir de la sala de conciertos, los dos estábamos empapados.

Sostuve el abrigo por encima de mi cabeza en un intento penoso de proteger mi vestido.

—¿Por qué siempre nos pasa esto? —le dije a Noah, en voz muy alta para hacerme oír por encima del ulular del viento.

—No estoy seguro —gritó, con gotas de lluvia resbalándole por el rostro—, pero empiezo a estar harto.

El viento soplaba con tanta fuerza que caminar hasta la parada de taxis supuso un esfuerzo enorme. Algunas de las vallas de contención se habían volcado, y pasamos por encima de ellas con cuidado, pero inevitablemente pisé charcos que me calaron los zapatos. Como nadie más se había marchado aún, pillamos un taxi enseguida.

Noah me tendió la mano para ayudarme a subir al coche. En cuanto la cogí, sentí otra sacudida eléctrica. Me senté lo más cerca de él que me permitía el cinturón de seguridad.

—Esta lluvia es absurda —gruñó el taxista, sin percatarse de que la mano de Noah ascendía por mi pierna o sin darle importancia—. Nunca había visto nada parecido. Y hace pocos días tuvimos aquellas nevadas...

Sus palabras me resbalaban. De hecho, apenas me fijé en la tormenta que repiqueteaba contra las ventanillas. Era como si la lujuria me hubiera lobotomizado. Lo único que me importaba era la mano de Noah sobre mi pierna y lo placentero que resultaba su contacto.

El trayecto me pareció eterno, pues estaba ansiosa por quedarme a solas con él. Mi memoria no dejaba de evocar imágenes de él en el escenario. Ruth tenía razón: era el afrodisíaco más potente imaginable. Por fin, el taxi se detuvo y Noah le tiró dinero al conductor antes de sacarme del coche casi a rastras. Corrimos bajo la lluvia, entramos en el edificio y fuimos directos al ascensor. En cuanto nos encontramos realmente solos, la cosa se puso al rojo vivo. Nada de charlas triviales, nada de nervios. De hecho, la parte de mi cerebro que siempre lo analizaba todo parecía haberse desactivado del todo. Noah me empujó contra la puerta del ascensor y los besos se reanudaron. Antes de que me diera cuenta, tenía el vestido bajado hasta la cintura. La campanilla sonaba repetidas veces, indicándonos que habíamos llegado a nuestra planta, pero nos quedamos donde estábamos, con las puertas abriéndose y cerrándose, sin importarnos que alguien nos viera. Las manos de Noah se subían por la parte interior de mi muslo, despacio pero con decisión, y solté un grito ahogado cuando llegó a mi ropa interior.

Entonces, sin previo aviso, se apartó de mí.

—Noah, ¿qué pasa? —pregunté, presa del pánico.

Se inclinó para darme un beso rápido antes de enderezarse de nuevo.

—Así no, Poppy. Merecemos más que esto.

Estaba perpleja.

—¿De qué hablas? —Empezaron a temblarme los labios—. ¿Es que ya no tienes ganas?

De pronto, Noah se rio.

—Joder, ¡CLARO que tengo ganas! —Se agachó para darme otro beso pero no correspondí—. Es nuestra primera vez, Poppy —explicó, pasándose las manos por el pelo mojado—. Sé que no es muy viril decir esto, pero quiero que sea especial, no un polvo rápido fruto de un calentón hormonal. —Clavó los ojos en los míos—. Quiero hacerte el amor, Poppy.

—Yo también quiero hacerte el amor a ti. No lo entiendo...

Me interrumpió la campanilla del ascensor, que sonó de nuevo, y las puertas volvieron a deslizarse. Noah se rio otra vez.

—Oye, ¿podemos entrar en el piso al menos? ¿Me dejarás adecentar el sitio y tranquilizarme para que deje de restregarme contra ti como un perro en celo?

Me serené, pues empezaba a comprender su razonamiento.

—Vale.

Parecía preocupado.

—¿Lo entiendes?

Asentí, me tomó de la mano y me guio hasta la puerta de su apartamento.

—Sí, lo pillo. —Bajé la vista a mis pies empapados—. Además, todavía llevo puestos los zapatos.

—A eso me refería exactamente. No debemos precipitarnos.

Abrió la puerta y entró el primero. Lo seguí y lo miré, desconcertada, mientras caminaba de un lado a otro con aire ajetreado.

—¿Qué haces?

Me dirigió una mirada de disculpa.

—Solo enciendo unas velas. —Sacó un encendedor y comenzó a encender algunas en su mesa de centro. Al pasear la vista alrededor, advertí que había velas por todas partes.

—Así que habías colocado velas, ¿eh? —dije, sonriendo—. Eso es un poco arrogante por tu parte, ¿no? ¿Cómo sabías que me acostaría contigo esta noche?

—No lo sé... No pretendía... Habría sido agradable de todos modos, aunque no lo hiciéramos o no lo hagamos. Solo tenía la corazonada... ¿De qué te ríes? —Me descalcé y apunté los pies hacia él—. ¿Qué haces?

—Las uñas de los pies. Me las he pintado esta tarde. —Como parecía confundido, añadí—: Bueno..., normalmente no me tomo la molestia. Pero quería ponerme lo más guapa posible para esta noche. Creo que yo también tenía una corazonada.

Nos miramos maravillados por un momento, y Noah se sentó junto a mí. Esta vez, en lugar de besarme apasionadamente, me estrechó contra sí con fuerza. Supongo que fue más satisfactorio; menos desesperado, menos propio de un adolescente.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —susurró—. Porque estoy dispuesto a esperar todo lo que haga falta.

Lo abracé y dejé que su aroma a manzana me apaciguara.

—Totalmente segura.

El ordenador empezó a emitir pitidos frenéticos.

Con gran rapidez de reflejos, ella se puso a teclear bruscamente y a farfullar ecuaciones matemáticas entre dientes.

Procurando no distraerla, Rain se inclinó hacia ella en el asiento del coche y

miró la pantalla con los ojos entornados. Intentó leer el código, pero desde aquel ángulo le resultaba imposible. Dejó que Anita se ocupara de ello. El agente fornido apenas prestó atención a los sonidos del ordenador antes de continuar mirando por la ventana con expresión ausente. Su cuerpo empezaba a invadir el espacio de Rain, lo que lo irritaba. No le gustaba que lo tocaran desconocidos.

—Mierda —exclamó Anita. Nunca había soltado una palabrota antes, al menos delante de él.

—¿Qué ocurre?

No estaba seguro de que quisiera oír la respuesta. El corazón le martilleaba en el pecho, la adrenalina le recorrió todo el cuerpo y la respiración se le aceleró. Sin embargo, hizo caso omiso de estos síntomas. Como parte de su entrenamiento le habían enseñado a dominarlos. Era el mecanismo de lucha o huida, la extraordinaria capacidad del organismo de afrontar el miedo. El detector de peligro del cerebro activaba una unidad de élite de recursos biológicos que ayudaban a garantizar la propia seguridad. Las descargas de adrenalina le proporcionaban más fuerzas para alejarse del peligro. La respiración agitada aumentaba su capacidad pulmonar de manera que pudiera correr más deprisa y durante más tiempo. Incluso las ganas inexplicables de orinar que le habían entrado obedecían a la química defensiva del cerebro. Si vaciaba su vejiga, adquiriría una mayor agilidad y la posibilidad de correr aún más deprisa. Rain nunca conseguiría comprender del todo el enorme impacto que tenía el cerebro sobre el cuerpo. Quedaban tantas cosas por averiguar al respecto, sobre todo acerca del potencial del cerebro y el cuerpo cuando actuaban juntos. Anita siempre decía que las investigaciones sobre el tema estaban aún en mantillas. Y, si no morían todos esa noche, tal vez podrían avanzar un poco.

Ella no le respondió enseguida. Le temblaba el labio inferior.

—¿Qué ocurre? —preguntó él de nuevo, intentando que su voz no delatara el miedo que sentía.

—Tenemos que llegar allí cuanto antes —dijo ella—. No estoy segura de que dispongamos de tiempo suficiente. —Hizo girar el ordenador de modo que Rain pudiera verlo. Él se fijó en el código y realizó los cálculos rápidamente.

—Santo cielo —fue lo único que pudo pensar o decir.

Anita se inclinó hacia delante.

—Tiene que conducir más rápido. Ahora mismo —le ordenó al conductor en tono autoritario.

El hombre se encogió de hombros.

—Señora, entiendo que tenga prisa, pero eche un vistazo por la ventana. Estoy conduciendo en medio de una tormenta. Voy lo más rápido posible sin ponernos en peligro.

—Si no acelera, no llegaremos a tiempo y morirá de todos modos —aseveró Anita con tranquilidad y sin el menor asomo de emoción.

Rain notó una opresión en el pecho causada por el terror. Anita tenía razón. ¿Se

acercaba el fin? ¿Después de todo lo sucedido, no conseguirían llegar a tiempo?

El conductor se rio.

—Ja, ja. Qué gracia.

—No estoy bromeando. Y, ahora, conduzca más deprisa.

El hombre se volvió hacia atrás, y la expresión de Rain bastó para hacer que cambiara su actitud. Pisó el acelerador y la aguja del velocímetro subió casi hasta los ciento cincuenta kilómetros por hora. La negrura fluía rápidamente al otro lado de la ventana y las gotas de lluvia estallaban contra el vidrio mientras Rain miraba hacia el exterior. De repente, a través de la oscuridad, divisó una señal sencilla. Estaba iluminada por dos focos y rodeada por un parterre bien cuidado.

«Bienvenidos a Middletown».

Rain tragó en seco.

—Hemos llegado.

El piso de Noah sufrió una transformación en cuestión de minutos. Las llamas titilantes de las velas de colores emitían un brillo dorado desde todas las superficies disponibles.

Empecé a sentirme un poco nerviosa.

Noah me atrajo hacia sí con los brazos en torno a mi espalda y se puso a bailar conmigo lentamente, sin música.

—Ha quedado precioso —susurré, moviendo los pies al compás de los suyos.

—¿No me he pasado?

—Es perfecto. —Pensé en ello mientras girábamos despacio—. Aunque para ser un supuesto heterosexual, tienes un montón de velas.

Soltó una carcajada.

—Me gustan las velas.

—Ya, pero ¿qué otro chico tiene como diez millones de ellas? —Bajé la mirada a la mesa de centro de cristal—. Un momento..., ¿algunas son aromáticas?

Me hizo dar una vuelta.

—No digas bobadas.

Estiré el cuello por encima de su hombro para verlas mejor.

—Sí que son aromáticas —dije triunfal—. ¿De vainilla?

Noah se puso un poco rojo.

—¿Qué tiene de malo la vainilla?

—Nada. Me parece genial que te sientas tan cómodo con tu sexualidad que puedas... ¡Eh!

Me había propinado un codazo suave en las costillas con actitud juguetona.

Le devolví el codazo, le hice cosquillas y acabamos sentándonos en el sofá entre sonoras risotadas. Noah era más fuerte que yo, por supuesto, así que conseguí inmovilizarme los brazos por encima de la cabeza y me hizo cosquillas a su vez. Chillé pidiéndole que parara, pero cada vez que me hacía caso, yo susurraba «vainilla» y él arremetía de nuevo. Cuando yo tenía la boca abierta, en medio de un ataque de risa, Noah acercó sus labios a los míos, y la situación cambió al instante. Incliné la cabeza para que nuestras bocas se juntaran mejor, y compartimos un beso prolongado y delicioso. Oí el estallido de un trueno en el cielo, pero apenas reparé en él. Noah se echó hacia atrás y me miró directamente a los ojos. Estaba irresistible con aquellos ojos tan negros, las mejillas encendidas y el cabello aún húmedo que le caía sobre la frente. Destilaba una vulnerabilidad, una franqueza que solo yo tenía el privilegio de ver. Era la intimidad en su expresión más simple.

—Te quiero —dijo—. Te quiero tanto que me parece físicamente imposible.

Alcé la mano y le acaricié los labios con delicadeza.

—Yo también te quiero. No te imaginas cuánto.

Entonces llegó el momento de dejar de hablar y nos recostamos en el sofá.

No oí los coches que se detenían fuera.

El trueno hizo temblar las ventanas del coche. Rain sintió un escalofrío, presa de un miedo primario que le corría por las venas.

—Hemos llegado demasiado tarde —musitó—. Está sucediendo.

Anita estaba pálida, pero su semblante decidido e inexpresivo permanecía inmutable.

—Si fuera demasiado tarde, los dos estaríamos muertos ya.

El jeep y su convoy enfilaron entre chirridos de neumáticos una calle residencial bordeada de setos bien recortados.

—Es aquí —dijo Anita en un tono apremiante—. Pare el coche allí, a la derecha. ¡Deprisa!

El vehículo se detuvo con una sacudida frente a un bloque de apartamentos de aspecto lujoso.

—Bien. Es en el ático. Entren. Ya. Vamos, vamos, vamos.

Los agentes se apearon de un salto y corrieron hacia la puerta, empuñando sus armas.

Rain lanzó una mirada, posiblemente la última, a Anita.

—Vamos allá —dijo ella, esbozando una media sonrisa.

Salieron bajo la lluvia intensa y siguieron a los agentes.

La boca de Noah había pasado de mi cuello a mi pecho. Nuestros cuerpos prácticamente se habían fundido, unidos por los labios que besaban piel, labios que besaban labios, piel que tocaba piel. Llevó el brazo a mi espalda y con mano experta me desabrochó el sujetador pese a que aún llevaba el vestido puesto. Empezó a darme besos en la clavícula. Fue una sensación increíble. Con un suspiro, eché la cabeza hacia atrás. Entonces percibí un temblor y él dejó de besarme.

—¿Qué ha sido eso?

Se produjo otro temblor, esta vez más fuerte. Las paredes del apartamento se estremecieron y las llamas de las velas parpadearon.

—¿Es un terremoto?

La habitación quedó inmóvil de nuevo.

Noah negó con la cabeza.

—Middletown no está precisamente en una falla geológica. Supongo que solo ha sido un camión grande que ha pasado. —Acercó de nuevo la boca a mi cuello y deslizó las manos por la parte interior de mis muslos—. Bien —dijo—. ¿Por dónde íbamos?

En el momento en que llegaron a las escaleras, el suelo empezó a temblar. Al principio no fue un movimiento violento, pero una segunda sacudida recorrió el edificio. Muchos de los agentes se tambalearon y cayeron por los escalones. Tenían los ojos desorbitados a causa del desconcierto y el miedo. Se quedaron en el suelo, observando casi con admiración cómo su universo se convulsionaba en torno a ellos. Anita, agarrándose a las paredes, bramaba órdenes.

—Suban. Suban allí ahora mismo. Suban, suban, SUBAN.

El temblor cesó y Rain dio un traspié mientras corría tras el equipo de operaciones especiales.

—Hemos llegado demasiado tarde. Demasiado tarde. Demasiado tarde.

Rezó una oración rápida por su familia, sus amigos y él mismo.

Tiré de la camiseta de Noah hacia arriba. La prenda se deslizó por encima de su cabeza y cayó al suelo. Exploré su pecho perfecto con los labios. Sus dedos palpaban el contorno de mis braguitas. El placer que me proporcionaba su contacto me resultaba casi insoportable. Solté un gemido bajo y tensé mi cuerpo hacia sus manos. Continuó besándome el cuello mientras me daba tirones en los pantis hasta bajármelos casi a la altura de las rodillas. Entonces se enderezó y se puso a forcejear con la hebilla del cinturón y a despojarse de los vaqueros. El momento casi había llegado. La aprensión me consumía. Todos mis sentidos estaban sobrecargados. Noah fijó una mirada profunda en mis ojos y me empujó con suavidad hacia el sofá. Aguardé esa conexión, la sensación de que los dos nos fusionábamos, de que nos convertíamos en aquello que estábamos destinados a ser: un solo ente. Dos personas imperfectas unidas para formar una pareja perfecta.

Nos interrumpieron unos golpes enérgicos y aterradores en la puerta.

Llegaron a lo alto de las escaleras y avanzaron veloces por el pasillo. Los agentes llamaron a la puerta con fuerza. Rain y Anita pasaron corriendo junto a ellos para reunirse en el umbral con el fornido que iba con ellos en el jeep.

No obtuvieron respuesta.

Anita alargó el brazo y golpeó de nuevo. Sus delicadas muñecas aporrearon la madera con una contundencia sorprendente.

—FBI —gritó—. Abran o echaremos la puerta abajo.

Silencio.

Se apartó a un lado y dio instrucciones a los agentes.

—Procuren no matarlos, pero si hacen el menor intento de seguir tocándose, neutralícenlos de inmediato.

El agente fornido asintió en dirección a sus hombres. Derribaron la puerta con gran estrépito y entraron en tromba.

—¿Qué diablos ha sido eso?

Nos separamos de un salto, con la vista fija en la puerta como si fuera una bomba a punto de estallar.

—No tengo idea —dijo Noah.

—¿Es una broma?

Sonaron más golpes rotundos. Volvimos a acercarnos rápidamente el uno al otro y nos abrazamos, asustados.

Se oyó una voz estridente que me provocó escalofríos.

—¿El FBI? —murmuró Noah—. Deben de estar tomándonos el pelo.

Se me desbocó el corazón mientras mirábamos hacia la puerta.

Y de pronto ya no había puerta. Un grupo de soldados corría hacia nosotros, con armas a los costados. Rompí a gritar y me arrimé a Noah.

«Esto no es real. No es real. No es real».

El tiempo pareció ralentizarse. Un hombre corpulento venía directo hacia nosotros y comprendí que intentaba agarrar a Noah para llevárselo. Grité más fuerte, con la esperanza de que los vecinos llamaran a la policía. Tenía que quedarme junto a Noah. Sin dejar de chillar, lo aferré de la mano y me negué a soltarlo.

—No pueden llevárselo. No pueden llevárselo.

Entonces noté un pinchazo en el abdomen. Bajé la mirada a mi cintura y vi que una pequeña grapa sobresalía de ella.

—No —oí bramar a Noah, pero como si estuviera debajo del agua. Se me nubló la cabeza y de repente me entraron ganas de dormir. Pese a la locura que me rodeaba, me sentía tranquila.

«Solo estás soñando», me dije.

Las expresiones de Noah, el temor en sus ojos, la gran «O» que formaba su boca perfecta daban la impresión de que estaba hecho de plastilina. Los desconocidos estaban apresándolo en su apartamento.

Sonreí.

Entonces el sueño se apoderó de mí y me sumí en la oscuridad.

Al principio, Rain creyó que el sitio estaba en llamas. Había fuego por doquier y hacía un calor sofocante. Entonces se percató de que eran velas. Estaban por todas partes, encima de todas las mesas. El sitio apestaba.

«Vaya. Esto es bastante romántico para tratarse de unos adolescentes», pensó.

La pareja parecía traumatizada y petrificada, lo que era comprensible. La chica no dejaba de desgañitarse. Cuando los agentes intentaron separarlos por la fuerza,

ella se abalanzó hacia su novio y aulló con más ganas.

—No pueden llevárselo. No pueden llevárselo.

Sí que podemos. Lo haremos. Tenemos que hacerlo.

Rain sintió lástima por ella.

Como no se sosegaba, le dispararon un tranquilizante. Al cabo de unos segundos yacía inconsciente, con el cuerpo tendido de costado.

Su novio se puso a gritar y atacó a los agentes con los brazos, pero era demasiado escuálido para hacerles el menor daño.

Los agentes le dispararon un tranquilizante también y se impuso la calma.

Anita entró y miró en torno a sí, fijándose en las velas y los adolescentes desvanecidos en el sofá.

—Vaya, qué romántico —comentó antes de prorrumpir en carcajadas.

Aseguraron la zona. Llamaron a la puerta de varios vecinos y les contaron la mentira de que el muchacho dirigía una operación encubierta de narcotráfico. Ellos asentían, perplejos, intentando asimilarlo con la ilusión de contárselo a sus amigos al día siguiente mientras tomaban un café. Rain extinguió las velas una a una. El aire se impregnó de un olor como el que se percibe cuando alguien apaga de un soplo las velitas de una tarta de cumpleaños, y todos los deseos se alejan flotando con el humo.

Quedaba una vela encendida sobre la mesa de centro que estaba junto a la chica. Rain se agachó para soplar, pero se distrajo al fijarse en su cara. A primera vista parecía dormir plácidamente, incluso con una ligera sonrisa en los labios. Sin embargo, cuando la observó más de cerca, Rain vio el brillo de una lágrima en su mejilla. El alivio que lo había invadido en cuanto había comprendido que su vida no corría peligro cedió el paso a un sentimiento más desagradable.

La culpa.

Se sentó en el suelo y la miró con detenimiento. Era una chica muy guapa. El vestido verde se le había arrugado, y uno de los diminutos tirantes le había resbalado del hombro. Él se lo subió con delicadeza antes de apagar la última vela.

Sintió la presencia de Anita detrás de él.

—Hacen una bonita pareja, ¿no crees? —comentó ella—. ¿Quién iba a imaginar que dos personas tan jóvenes podían causar tantos problemas?

Rain no respondió. El chico también tenía un semblante sereno. Más valía que disfrutara la inconsciencia mientras le durara, pues en adelante no habría más que dolor para él.

—Hemos hecho un buen trabajo —prosiguió Anita—. Hemos estado al borde del desastre, pero asumo la responsabilidad por ello. Fui yo quien dejó que este asunto se prolongara demasiado. —Se arrodilló junto a Rain y examinó el rostro de la chica. Si reparó en la lágrima, no la mencionó—. Nos esperan unos días interesantes. Estoy deseando ver qué podemos obtener de ellos.

A Rain le entraron náuseas. De pronto, no estaba seguro de querer participar en

la siguiente fase. Sobre el papel, tenía sentido, desde un punto de vista científico. En la práctica, ¿no era... en fin... inmoral?

El agente fornido regresó a la habitación. Las tablas del suelo crujían bajo su peso.

—Hemos terminado —avisó, visiblemente satisfecho de sí mismo—. ¿Qué quiere que hagamos con los objetivos?

Anita se enderezó y los señaló con un movimiento de la cabeza.

—Llévenselos a la oficina central. Asegúrense de que viajen en coches separados.

El hombre levantó al chico con un movimiento brusco y se lo echó al hombro como si fuera un muñeco de trapo. Otro agente se inclinó y recogió en brazos a la chica más suavemente. Su cabeza quedó colgando hacia atrás, y Rain advirtió que la lágrima le resbalaba por la mejilla hasta caer con ligereza en el parquet.

—Larguémonos de aquí —dijo Anita.

Se marcharon y cerraron la puerta tras ellos.

Lo peor de un mal sueño es ese momento en que uno despierta y sigue creyendo que es real. Y aquella pesadilla se negaba a desvanecerse.

Yo yacía en una cama incómoda empotrada a la pared. Suspiraba una y otra vez, volviéndome hacia los lados e intentando despertar. Deseaba descubrir que en realidad estaba en casa, en mi cama calentita, acurrucada bajo mi edredón morado, mientras mamá preparaba el desayuno abajo, en la cocina, y un mensaje de texto de Noah diciéndome que me quería en mi móvil, aguardando a que lo leyera.

Pero el sueño se negaba a disiparse. Cada vez que abría los ojos para obligarme a despertar, lo que veía no era mi habitación, sino una especie de celda de detención. Había un lavamanos y un retrete en el rincón, y una ventana minúscula proyectaba un cuadrado diminuto de luz en la pared. Me escocía la cintura. Alcé la camiseta, que no era mía, y descubrí que me estaba saliendo una costra. ¿Cómo me había hecho eso? ¿Había habido una grapa? Recordaba vagamente una grapa. Noté un dolor palpitante y sordo en la cabeza, parecido a una resaca de vino. Sentía la boca como si tuviera el desierto del Sáhara dentro. A mi lado, en el suelo, había una jarra de agua, pero no me atrevía a beber de ella.

Intenté recordar cómo había llegado hasta allí, lo que empeoró mi jaqueca. Había ido al concierto. Luego me había fugado con Noah bajo la lluvia. ¿Cuándo había sido eso? ¿Hacía unas horas? ¿Hacía días? No tenía la menor idea. Me acordé del apartamento, de las velas y del sofá.

¿Y Noah? ¿Dónde estaba?

Entonces todo me vino a la memoria: la puerta derribada, los hombres que lo habían apresado.

Los gritos.

Y después, nada.

El pánico empezó a burbujearme en las entrañas. ¿Adónde se habían llevado a Noah? Paseé la vista en torno a mi reducida habitación, intentando determinar dónde estaba y por qué estaba allí. No encontré pistas. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había permanecido sin conocimiento. El único dato que tenía era el dolor punzante en el estómago, que me indicaba que algo terrible había sucedido. Cerré los ojos y recé a todos los dioses sobre los que me habían hablado en la clase de historia de las religiones para que el sueño se adueñara de mí y me librara de todo aquello.

Desperté de nuevo del penoso estado de inconsciencia en que mi cuerpo me había permitido sumirme. El cuadrado de luz de la pared había desaparecido, única señal de que había anochecido. Tumbada boca arriba, intenté impedir que mi cerebro se dejara llevar por el pánico. Inspiré y espiré, con las manos en el pecho, intentando decidir qué hacer. Diez millones de pensamientos se agolparon en mi mente. ¿Dónde estaba?

¿Qué había sucedido? ¿Corría peligro? ¿Saldría algún día de allí? ¿Me darían algo de comer? ¿Iban a matarme? ¿Volvería a ver a mis padres, a mis amigas, a Noah?

Entonces me invadió esa sensación de asfixia que conocía tan bien. Traté de seguir respirando, pero solo inhalaba oxígeno viciado. Intenté gritar pero solo conseguí soltar un jadeo, lo que me alarmó aún más. No había nadie allí que pudiera ayudarme, ni amigos ni médicos. Inspiré de nuevo, pero fue en vano. Me ardía la garganta y lo veía todo desdibujado.

«Resístete», me dije, pero mi cuerpo había tomado el control. Empezaba a ahogarme. Un dolor abrasador me atenazó el cuello, y unas lágrimas húmedas y cálidas me rodaron por las mejillas. Quise gritar, con la esperanza de que me oyese alguien, quien fuera. El cuerpo me falló y, una vez más, la oscuridad me engulló.

Volví en mí al notar un apretón bajo la axila, pero tenía la vista demasiado borrosa para distinguir nada.

—¿Está bien? —preguntó una voz que no reconocí.

—No estoy seguro. Se dio un golpe bastante fuerte en la cabeza cuando cayó de la cama.

—En teoría debías estar vigilándola.

—¡Estaba dormida! Solo fui a mear. Cuando regresé, le había cogido una especie de ataque.

—Se supone que no debes quitarle ojo. La doctora Beaumont avisó que esto podía pasar. Es el síndrome de abstinencia.

La garganta me ardía de nuevo.

—Ojo, que va a vomitar.

Incliné la cabeza hacia delante, me vino una arcada y vomité sobre el suelo de hormigón. Alguien me acariciaba la espalda, pero no era Lizzie ni mucho menos Noah. Me eché a llorar. Las lágrimas me resbalaban por la cara hasta mezclarse con la porquería que había arrojado al suelo.

—Eh, chica, ¿estás bien?

Seguí llorando, demasiado asustada para responder.

—Creo que ha terminado. Madre mía, qué peste.

—Ve a buscar algo para limpiarlo. Y de paso dile a Rain que venga. Él sabrá qué hacer.

¿Rain? ¿Quién era Rain?

Noté otro tirón y alguien me subió a la cama. Me coloqué en posición fetal, gimoteando, con un sabor repugnante en la boca.

Oía la respiración de la persona que se había quedado. No intentó darme conversación, pero se sentó en el borde de la cama. Me encogí aún más para que nuestros cuerpos no se tocaran.

Pisadas.

Oí que alguien entraba en la habitación.

—¿Ha sufrido un ataque de pánico? —preguntó una voz con acento americano.
¿Cómo lo sabían?

—¿Así que se trataba de eso? —inquirió la persona que estaba sentada en la cama.

—Usted tenía órdenes de permanecer atento a los síntomas. ¿Qué estaba haciendo ella antes? —El americano parecía enfadado. No supe si sentirme reconfortada por ello. Si al hombre le preocupaba mi bienestar, tal vez era porque no planeaban matarme. Pero si no era eso lo que querían, ¿por qué estaba yo allí?

—Nada, se lo aseguro. A ratos dormía, a ratos daba vueltas en la cama.

—Puede irse. Ya me encargo yo.

La persona se levantó de la cama y se marchó. Doblé más las piernas debajo de mí.

—¿Poppy? —El americano sabía cómo me llamaba. Agaché la cabeza entre los brazos, intentando esconder mi rostro—. Poppy, ¿te encuentras bien?

Claro que no me encontraba bien. Alguien me había secuestrado..., seguramente ese estadounidense, fuera quien fuese. ¿Qué sentido tenía raptar a alguien y luego tratarlo con amabilidad? ¿Pretendía inducirme el síndrome de Estocolmo o algo así?

La cama emitió un crujido y deduje que él también se había sentado en ella.

—Poppy, sé que tienes miedo. Solo quiero que sepas que no te haremos daño. Aquí estás a salvo.

Mascullé algo.

—¿Cómo dices?

—Eso es justo lo que diría si tuviera la intención de hacerme daño —aseveré, con los párpados cerrados—. Solo intenta tranquilizarme.

—No es verdad.

No lo creí.

—Poppy, ¿te importaría abrir los ojos? Estoy aquí para ayudarte.

No tenía ganas. Por otro lado, era la única manera de averiguar qué estaba pasando. Los abrí muy despacio y esperé a que enfocaran la imagen de mi extraña prisión. En la punta de la cama había una persona de aspecto raro. Llevaba una bata de laboratorio sobre unos vaqueros y un jersey descuidados. Tenía el pelo lacio y le pendía del cuello uno de esos colgantes con abalorios que se ponen los chicos que fingen ser aficionados al surf.

—Hola, Poppy.

Le lancé una mirada asesina.

—Me llamo Rain —añadió.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde están mis padres? ¿Saben que estoy aquí?

Extendió las manos a los costados.

—No te embales. Esas son muchas preguntas. Apuesto a que tu principal duda es por qué estás aquí.

Aunque supuse que no representaba una amenaza para mí, pugué por incorporarme.

—¿Me lo va a explicar?

Se pasó los dedos por el cabello y suspiró.

—Por desgracia, no. No puedo explicártelo. Pero la doctora Beaumont quiere hablar contigo. Ella te lo aclarará todo.

—¿Van a matarme? —No perdía nada con preguntarlo. Cuanto antes lo supiera, mejor.

Rain pareció horrorizado.

—Dios, no. Claro que no. ¿De verdad creías eso? —Se quedó callado por un instante—. Oye, estás a salvo. Y tu novio está aquí, también a salvo.

¿Noah estaba allí? El corazón empezó a latirme a toda velocidad.

—Déjeme verlo —pedí con voz temblorosa.

Él sacudió la cabeza de nuevo.

—Me temo que ahora mismo eso no es posible.

¡Noah estaba allí! ¿Allí mismo? Tenía que verlo. ¿Qué le estaban haciendo? El pánico implacable se apoderó de mí otra vez. La bilis volvió a subirme a la garganta.

—Deje que lo vea —grité—. Tengo que verlo.

Ahora el hombre estaba visiblemente nervioso.

—Te he dicho que no es posible.

El pánico se convirtió en furia.

—TIENE QUE DEJAR QUE LO VEA.

Me quedé sin aliento y la vista se me enturbió de nuevo. Noah. Lo necesitaba. Él acabaría con aquel horror. Necesitaba abrazarlo, que él me estrechara contra sí, me acariciara el pelo, me tomara la cara entre sus manos y me dijera que todo era un sueño. Entonces despertaría en su dormitorio bañado de luz y me reiría de aquella pesadilla tan absurda.

Por otro lado, cada vez resultaba más evidente que no era una pesadilla.

—Noah —aullé.

—Chss, Poppy. No pierdas la calma.

—Noah. ¿Noah? Noah. Noah. Noah.

El pulso se me aceleró al máximo. Me sentí mareada.

—¿Poppy?

—Noah, Noah, Noah, Noah, Noah.

Una vez más, me precipité en la negrura, esta vez agradecida por ello.

Desperté al oír unos susurros.

—Es peor de lo que jamás habría imaginado. —Era de nuevo la voz de Rain.

—¿A qué te refieres?

—La conexión. Es demasiado fuerte. Deberíamos haber intervenido hace

semanas.

—¿Insinúas que yo estaba equivocada?

Un silencio elocuente.

Mantuve los ojos cerrados y escuché.

—Fíjate en ella. Está hecha polvo. Sufre un ataque tras otro. No deja de gritar su nombre en sueños. En cuanto a él... (¡Noah!), está igual de mal. Se ha encerrado por completo en sí mismo y apenas ha hablado, salvo para preguntar si ella estaba a salvo y si podía verla. Cuando se le ha respondido que no, se ha hecho un ovillo en la cama y no ha vuelto a moverse. ¡Los dos están en un estado lamentable, Anita! ¿Cómo podemos esperar que lleven vidas normales si...?

La otra voz lo interrumpió. No la conocía. Era una voz femenina. No me gustó.

—Pues yo diría que estás dando a entender que me equivoqué.

—En absoluto. Solo estoy preocupado por ellos.

—Tienen que dejar de importarte. ¿Recuerdas la amenaza que pesaba ayer sobre tu vida, o la has olvidado ya?

Silencio.

—No.

—Bien. Ahora es momento de despertar a esta amante desventurada.

Se referían a mí. Fingí que seguía inconsciente.

Noté que ella estaba de pie junto a mi cama.

—Muy bien, Poppy, arriba. Sé que no estás durmiendo de verdad.

Permanecí con los párpados cerrados.

—Hacer teatro no te servirá de nada. Necesito hablar contigo. Podemos hacer esto por las buenas, si colaboras, o por la fuerza. Todo depende de ti, cielo. —Su tono era despreocupado, autoritario pero amable, y, sin embargo, percibí la maldad que subyacía en él.

Abrí los ojos de mala gana y estudié a mi secuestradora.

Al contrario de lo que había imaginado, era bastante guapa. Alta, delgada, con gafas de diseño. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y laboriosamente recogido en un moño apretado.

—Así me gusta. ¿Te vienes a charlar un poco?

Me limité a lanzarle una mirada de conejo atemorizado y a la vez de loca rabiosa.

—Bien. Ahora me temo que tendremos que ponerte unas esposas.

¿Qué?

Se percató de la mezcla de sorpresa e indignación que asomó a mi cara.

—Solo para nuestra seguridad personal. Es una mera formalidad.

¿Para su seguridad? ¿Temían que yo les hiciera daño? Era a mí a quien habían raptado, sedado y encerrado.

Tendí las manos y decidí ponerles las cosas difíciles en cuanto estuviera fuera de esa maldita celda. Rain se sacó unas esposas del bolsillo del abrigo y me sujetó con ellas las muñecas. Me levanté.

—Sígueme entonces.

Tenía las piernas débiles, en parte por el miedo y en parte porque no las había utilizado en Dios sabe cuánto tiempo. La puerta de la celda daba a un pasillo pequeño. Miré alrededor con desesperación en busca de algún rastro de Noah, pero no lo vi por ninguna parte. La señora deslizó un pase por una puerta de seguridad que emitió un pitido y se abrió para revelar un corredor largo. Cruzaron el umbral y los seguí. El sitio parecía una estación espacial internacional. Fuera lo que fuese, había costado dinero. Y estaba equipado con alta tecnología, a juzgar por el escáner de retina que abría las puertas. Me extrañó que no nos cruzáramos con nadie. La ausencia de más gente no parecía natural, sino fruto de una evacuación forzada, como si hubieran desalojado el edificio expresamente por mí.

Nos detuvimos frente a una pequeña puerta blanca.

—Hemos llegado —me informó la mujer.

Me condujeron al otro lado, me quitaron las esposas y me indicaron con un gesto que me sentara. Era una habitación pequeña, sin nada de particular salvo una mesa y tres sillas. Se sentaron enfrente de mí. Sobre la mesa había un plato con sándwiches y un vaso de algo que parecía batido de plátano. Examiné el plato. La comida tenía un aspecto fantástico, pero ¿podía fiarme?

—Deberías comer un poco —dijo la señora—. Son sándwiches con pasta de levadura, y eso es batido de plátano. Tu favorito. —No tenía idea de cómo lo habían averiguado, pero sentí náuseas—. Y no, no están envenenados —agregó, adivinando mis pensamientos—. Tal como te ha dicho mi colega Rain, no estamos aquí para hacerte daño.

Mi estómago emitió un gruñido, como si hubiera percibido la proximidad de los alimentos. Cogí un sándwich con cautela y mordisqueé una esquina. Tragué. No sucedió nada. Tomé otro bocado pequeño. Luego otro. A continuación bebí un sorbo de batido y esperé. Seguía sin pasar nada. Tomé otro trago.

Pronto el plato estaba vacío. La mujer parecía complacida.

—Bien, bien —murmuró.

Clavé la vista en ella.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté. La comida me había ayudado a recuperar el valor.

—¿Por qué no nos presentamos antes de nada? —propuso—. Hola, Poppy, soy la doctora Anita Beaumont, y él es mi ayudante, el señor Rain Hamilton.

—¿Por qué estoy aquí? —repetí sin hacerle caso.

Ella me ignoró a su vez.

—Bien —prosiguió—. Sabemos de ti desde hace mucho tiempo, aunque es posible que tú no sepas nada de nosotros...

—¿POR QUÉ ESTOY AQUÍ? —grité, poniéndome de pie y pateando la silla hacia atrás—. ¿Saben mis padres que estoy aquí? ¿Se encuentran bien? ¿Dónde está Noah? ¿Qué le han hecho? ¿Con qué derecho me retienen aquí? No son de la policía.

Anita entornó los ojos, que quedaron reducidos a rendijas tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Siéntate, Poppy.

No la obedecí.

—Siéntate —espetó en tono más cortante— y responderé a tus preguntas.

Como una adolescente enfurruñada y aburrida en una clase de mates, puse los ojos en blanco y me senté de nuevo, a regañadientes.

—¿Y bien?

Anita apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Las leyes antiterroristas nos autorizan para retenerte aquí. Aunque se ha armado mucho alboroto en tu país al respecto, puedo mantenerte aquí legalmente durante veintiocho días.

La cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Las leyes antiterroristas? —Negué con un gesto—. Debe de tratarse de un error. No soy terrorista. Noah y yo... De verdad..., debe de haberse producido alguna confusión. Yo JAMÁS le haría daño a nadie. No soy peligrosa.

Anita me observó por encima de la montura de sus gafas.

—Todo lo contrario, Poppy: en estos momentos, tú y tu «novio» —pronunció esta palabra casi como escupiendo— estáis considerados las dos personas más peligrosas del planeta.

Tardé unos instantes en asimilar esta información y entonces rompí a reír, sacudiendo la cabeza.

—Está de guasa.

—Puedes estar segura de que no.

Bajé las manos y, aunque no era mi intención, le asesté una palmada a la mesa.

—Esto es de locos. No soy peligrosa. Ni siquiera podría pegarle un puñetazo a alguien sin que me doliera la mano.

—Me llevará un rato explicarte la situación.

Moví la cabeza negativamente.

—¿Es usted quien tiene que explicármela? ¿No se supone que la terrorista soy yo? ¿No debería usted interrogarme para arrancarme información? A todo esto, ¿dónde está esa autorización para retenerme aquí? No veo ninguna orden de detención.

Anita se llevó tranquilamente la mano al bolsillo de la chaqueta y extrajo un papel. Lo desplegó y lo empujó por encima de la mesa. Tenía un sello oficial en la parte superior. Vi mi nombre y el de Noah, además de las palabras «estrictamente confidencial» y «asunto de seguridad nacional».

—¿Qué es esto?

—Es una orden de detención contra vosotros. Y, como puedes comprobar, está firmada por el ministro de Defensa, así como por vuestro primer ministro.

¿Primer ministro? Se me nubló la mente. Dejé el papel boca abajo sobre la mesa.

—¿Poppy?

—Quiero irme a casa.

—Tal vez puedas. No te preocupes por tus padres; ellos están tranquilos. Pero me temo que antes tú y yo tenemos que hablar.

Erguí la cabeza y la miré.

—¿Sobre qué?

—Sobre Noah y tú.

En cuanto oí su nombre, se me pusieron los ojos llorosos.

—No entiendo qué está pasando ni de qué se nos acusa —sollocé—. No somos peligrosos ni hemos hecho nada malo.

Ahora las lágrimas fluían de forma incontenible. Las dejé caer, pues ya no me importaba. Si iban a mantenerme allí durante veintiocho días, tendrían que apechugar con mis lloros.

Anita se volvió hacia Rain.

—¿Te importa dejarnos solas un momento? —le pidió.

Yo no quería que él se marchara. Parecía más simpático que ella. A él tampoco se le veía muy ansioso por marcharse, pero echó la silla hacia atrás y salió de la habitación.

Nos quedamos Anita y yo. Solas.

La miré y ella me devolvió la mirada.

Ya me sentía agotada.

Ella rompió el silencio.

—Señorita Lawson, lo que estoy a punto de contarte es un secreto guardado con tanto celo que seguramente menos de cien personas en todo el planeta lo conocen.

—Entonces, ¿por qué me lo cuenta?

—Porque tienes derecho a saberlo. Te aseguro que sería mejor para ti no saberlo, igual que lo habría sido para mí. No hay vuelta atrás. Tu vida a partir de ahora será muy complicada.

Yo no estaba segura de conservar aún la capacidad de sorprenderme.

—Adelante, pues —dije, pues no acertaba a imaginar cómo podían empeorar las cosas.

—¿Estás enamorada, Poppy Lawson?

La pregunta fue tan directa que en realidad me sorprendió.

Clavé los ojos en ella con rabia.

—No creo que eso sea asunto suyo.

—Oh, créeme, es asunto mío. Bueno, ¿lo estás o no?

Pensé en Noah y una sensación cálida recorrió todo mi cuerpo.

—Sí —respondí con la cabeza gacha.

—Se trata de un fenómeno científico extraño, cielo —dijo—. Hasta la fecha seguimos intentando comprenderlo. Produce toda clase de efectos impredecibles en el organismo. ¿Sabías, por ejemplo, que cuando estás enamorada es menos probable que sientas dolor?

Negué con la cabeza.

—Un estudio fascinante. Se realizaron pruebas a estudiantes enamorados en Estados Unidos, parejas en la primera etapa de su relación romántica, y se descubrió que su umbral del dolor era mucho más elevado. Y todo porque se sentían valorados por una persona que los amaba, porque tenían a alguien a quien mandar mensajes de texto antes de irse a dormir. —Aguardé a que continuara—. El enamoramiento también aumenta tu creatividad, ¿lo sabías?

Sacudí la cabeza otra vez.

—Es cierto. Los impulsos eléctricos que genera el cerebro cuando atraviesas lo que la cultura popular llama «la etapa de luna de miel» son tan intensos que estimulan la vena creativa. —Se quitó las gafas y, para mi asombro, apoyó sus pies enfundados en los zapatos de tacón sobre la mesa—. Además, claro está, el amor contribuye a la salud general. Reduce el riesgo de que contraigas enfermedades. ¿Sabes cuál es mi hallazgo reciente favorito? —El entusiasmo se reflejaba en sus ojos—. Se ha descubierto hace poco que el amor actúa como una droga sobre el organismo. ¿No es increíble? Los escáneres cerebrales muestran que los receptores que se iluminan en el

cerebro cuando una persona está enamorada son EXACTAMENTE los mismos que se iluminan cuando un heroinómano se chuta, o cuando un cocainómano esnifa una raya. Por eso los humanos se vuelven tan... locos, por así decirlo, cuando se enamoran. Es ese sentimiento el que está detrás de las baladas cursis, la poesía sensiblera, las aventuras extraconyugales. Todo eso ocurre porque las personas que se encuentran en los albores vertiginosos del enamoramiento son, a todos los efectos, drogadictos. Esto explica los altibajos inducidos por la dopamina, la inseguridad irracional, la ansiedad y los celos. Los síntomas físicos de abstinencia que te atormentan cuando pasas una semana sin poder ver a tu novio.

A pesar de la ira, el miedo y el disgusto que me embargaban, aquello me resultaba bastante interesante. Me incliné hacia delante para escuchar mejor, comparando sus descripciones con lo que yo sentía por Noah. Todo parecía cuadrar.

Anita exhaló un largo suspiro.

—Naturalmente —sentenció—, todo es una fantasía.

Enarqué una ceja.

—Oh, vamos, cielo. Eres adolescente. ¿No tendrías que ser una cínica a tu edad? El flechazo inicial del amor no tiene nada de romántico, es pura biología. El propósito de nuestra especie, señorita Lawson, es, en esencia, reproducirse. Nos gusta pensar que hay algo más. Escribimos literatura sofisticada, construimos edificios altos y filosofamos sobre el más allá en un intento desesperado de dejar huella en este mundo. Aparentamos que no estamos aquí solamente para engendrar hijos, morir y traspasarles la responsabilidad. Pero ese es el sentido de la vida. Reproducirse y morir. Deprimente, ¿no? No es de extrañar que hayamos ideado esta fantasía del amor para paliar la desilusión. —Bajó los pies y se inclinó por encima de la mesa con aire conspirador—. ¿Quieres saber un secreto?

Aunque supuse que me lo diría de todos modos, asentí. Era evidente que disfrutaba creando suspense.

—El amor no es más que hormonas —susurró.

—¿Hormonas?

—Sí. Millones de hormonas. Nuestra ridícula especie se empeña en creer que es mucho más que eso, que cada uno «elige» a la persona de la que se enamora, que todo está «escrito» y que hay alguien en alguna parte que es nuestra pareja ideal. El amor existe porque facilita el proceso de apareamiento. Cuando una persona se siente atraída por alguien del sexo opuesto, esa atracción se basa exclusivamente en una cosa: ¿el hecho de acostarme con esa persona me proporcionará una descendencia sana?

Extendí los brazos hacia delante.

—Estudié biología el primer año de bachillerato —dije—. Sé lo que intenta explicarme. Está hablando de las feromonas, ¿verdad? El olor que segregamos sin querer y que atrae a otras personas.

Anita dio un ligero respingo.

—Sí, así es. Estoy impresionada. —Esbozó una sonrisa—. Nuestras feromonas son como nuestra marca personal de perfume. Solo que en vez de oler a vainilla, rosas o la nueva fragancia comercializada de Mariah Carey, es más bien como una historia olfativa de tu código genético. A nivel subconsciente, los miembros del sexo opuesto te huelen y perciben si tus genes son compatibles con los suyos.

Me vinieron a la memoria todas las peroratas que yo soltaba contra el romanticismo antes de conocer a Noah.

—Todo eso ya lo sabía.

—Pero lo que encuentro más interesante —prosiguió, ignorando mi comentario— es la negativa humana a aceptar que el asunto es así de clínico. Desean creer en el amor. Necesitan creer. En realidad solo fingen que existe una unión profunda y valiosa para sentirse mejor. Es bastante patético, de hecho.

Yo cada vez era más consciente de que aquella mujer no me caía bien. Por más que tuviera la ciencia de su lado, sus opiniones sobre el amor y las relaciones eran simplemente... rancias.

—Caray —dije—. Aquí hay alguien que claramente está soltera...

A la doctora Beaumont no le hizo gracia el comentario.

—Oh, sí, es cierto —dijo, revolviendo sus papeles—. He leído que eres un poco impertinente. Te crees muy sarcástica, ¿no? —Con un floreo, sacó una hoja tamaño A4 de aspecto oficial—. Aquí está. —Comenzó a leer el documento en voz alta—. «Poppy Lawson es una paciente fascinante y con las ideas muy claras. Es la única que he tenido que busca activamente la discusión en la consulta. Tiene esa costumbre habitual entre los adolescentes de pensar que tiene la razón y suele desechar la información que indica lo contrario».

La miré, escandalizada.

—¿Qué narices es eso?

Ella bajó el papel.

—Un informe redactado para nosotros por tu psiquiatra, el doctor Ashley. Ha estado vigilándote a petición nuestra.

—¿Convencieron a mi comecocos de que me espicara?

Anita sonrió.

—No tenía otra alternativa. Salió con la cantinela de la confidencialidad entre médico y paciente, pero tuvo que ceder ante nuestra autoridad. El caso es que nos proporcionó una perspectiva interesante sobre tu relación con Noah.

Noah.

Su nombre despertó en mí tantos sentimientos que me costaba controlarlos. Recordé mis sesiones con el doctor Ashley y todo empezó a cobrar sentido. Había habido aquella ocasión tan extraña en que me había interrogado acerca de Noah y me había sacado de mis casillas. De hecho, parecía decidido a mencionar a mi novio incluso cuando yo no hablaba de él. De pronto lo comprendí todo, como si hubiera encontrado las piezas de un rompecabezas gigantesco que no había terminado de

armar.

La doctora Anita me contemplaba con una sonrisa arrogante.

—Te has quedado callada.

La fulminé con la mirada más maligna posible.

—No nos desviemos del tema, ¿vale? —dije—. Me estaba explicando que todos los que tienen una relación son unos idiotas que viven engañados.

Su sonrisa se tensó.

—Bueno, el punto más importante de lo que te decía es que para el noventa y nueve por ciento de los humanos, la realidad es que encuentran a alguien genéticamente compatible, se convencen a sí mismos de que están «enamorado», liberan hormonas y permanecen juntos gracias a las experiencias compartidas y los vínculos afectivos. Luego mueren y sus hijos siguen el mismo ciclo.

—Debería escribir novelas románticas —dije con sequedad—. Me imagino que esa versión de *Romeo y Julieta* volaría de las librerías y llegaría a la lista de los más vendidos del *New York Times*.

Anita torció el gesto levemente. Pasó a otra página de su informe y la estudió.

—Lo que nos lleva a Noah y a ti.

Me enderecé en mi silla.

Ella se quitó las gafas, casi relajándose.

—Dime, Poppy, ¿crees en las almas gemelas?

—Estoy bastante segura de que usted no.

Anita se apartó de la cara otro mechón invisible.

—En realidad —dijo—, estamos llegando a la parte verdaderamente interesante. —La manera en que susurró esta última frase hizo que me inclinara hacia delante, sin poder evitarlo—. Como te decía, la vida real y el amor real no son románticos. —La luz que teníamos encima parpadeó—. En cambio, el concepto de alma gemela rebosa romanticismo. A la gente le encanta imaginar que en algún lugar hay una persona ideal para ellos, su pareja perfecta, su media naranja. Es una idea tan seductora que los humanos pasan por alto el hecho de que si de verdad tuviéramos un alma gemela, seguramente nunca llegaríamos a conocerla. Es decir, ¿qué probabilidades hay de que tu alma gemela resulte ser Barry, del trabajo, o esa chica del bar?

Asentí. Estaba de acuerdo con ella. Volvió a ponerse las gafas.

—En fin —dijo en voz más baja, doblándose hacia mí—. Lo que la gente no sabe es que, muy de vez en cuando, sí, nacen en este planeta dos personas que, en esencia, son perfectos el uno para el otro.

Me estremecí.

—¿Perfectos en qué sentido?

—Son muchos los factores en juego, pero el principal reside en que son personas tan opuestas desde un punto de vista genético que sienten una atracción asombrosa. Forman una pareja científicamente perfecta. Hay unos pocos elegidos a los que, desde que nacen, les falta lo que podríamos describir como una pieza de puzle.

Cuando conocen a la persona afín, tienen la sensación de que están completos. —Me percaté de que le brillaban los ojos—. Lo tienen todo en contra, claro está. La probabilidad de que conozcas algún día a tu pareja perfecta es infinitesimal, casi inexistente. Suelen ocurrir cosas como que una niña rica de Nueva York sea la pareja perfecta de un granjero pobre de Filipinas. ¿Cuándo se les presentará la ocasión de conocerse? Estadísticamente es casi imposible que los miembros de estas parejas únicas se conozcan. El mundo es muy grande. Por lo general, viven su vida y se enamoran a nivel hormonal, como el resto de los mortales. A veces incluso se casan y tienen hijos. Sin embargo, muchos de quienes tienen una afinidad perfecta eligen una vida de soledad. No lo hacen conscientemente, sino solo porque ninguna de las personas que conocen les proporciona la satisfacción que anhelan.

Pensé en el expediente que tenía sobre la mesa. Pensé en que el doctor Ashley me había espiado por orden suya. Luego pensé en cómo me había sentido el día que había conocido a Noah.

Me estremecí de nuevo.

—¿Me está diciendo que ustedes los localizan? —inquirí—. ¿Puedo preguntarle por qué?

Anita se retrepó en su asiento.

—Pues sencillamente porque si esas parejas llegaran a conocerse las consecuencias podrían ser catastróficas.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Supone una amenaza mucho mayor de lo que tu cabecita es capaz de imaginar.

Me acordé de lo que ella había dicho antes, respecto a que Noah y yo éramos las dos personas más peligrosas del planeta.

—¿Y Noah y yo somos...? —dije con un hilillo de voz.

Anita me dedicó una sonrisa espantosa.

—En efecto. Noah y tú sois afines. Estáis destinados a ser pareja. Supongo que, si quisieras ponerte romántica, podrías decir que sois almas gemelas.

—¿Almas gemelas?

—Así es.

—¿Noah y yo?

—En efecto.

Me costaba asimilar las enormes implicaciones de sus palabras. Una parte de mi cerebro, la Poppy práctica y cínica, se mofaba y decía «sí, claro», mientras que la otra parte, la nueva Poppy romántica, nacida y desarrollada desde que había conocido a Noah, no mostraba el menor asomo de sorpresa.

Quería más respuestas.

—¿Por qué somos peligrosos?

—Por razones científicas complicadas. Hay algunas que ni yo he entendido todavía.

—Estoy segura de que puedo seguirle el hilo.

La doctora Beaumont se inclinó aún más encima de la mesa.

—Te lo advertí antes —susurró—. Preferiría no habértelo dicho.

Pensé en la horrible celda en la que había dormido.

—Dudo de que nada de lo que me diga empeore las cosas —declaré.

Ella sonrió.

—Eso es lo que crees. Bien —continuó, caminando ahora de un lado a otro—. Ya te he hablado de los efectos profundos que tiene el amor sobre las parejas que solo están juntas por cuestiones hormonales básicas.

Asentí.

—Pues bien, hemos estudiado a esas parejas «normales» en comparación con las parejas de «almas gemelas» y hemos encontrado una diferencia significativa. —Giró sobre los talones y me miró—. ¿Sabes lo que le ocurre al cuerpo de una persona que se enamora?

Negué con la cabeza.

—No sé. ¿Cosas bonitas? —dije con sarcasmo.

Anita arqueó una ceja.

—Muy ingeniosa. En realidad el amor es un proceso basado en gran medida en la química. El enamoramiento es como un arma química detonada en el organismo de la persona. No se puede hacer gran cosa por controlarlo. La dopamina, nuestra hormona de la «alegría», inunda el cuerpo, provocándote, como he dicho antes, un subidón parecido al de las drogas. Después está la norepinefrina —agregó, contando con los dedos—, mejor conocida como adrenalina. Es la hormona que explica el sudor en las manos y el pulso acelerado. Luego, se añade a la mezcla la serotonina, otra hormona de la alegría, responsable de que las personas perdidamente enamoradas se comporten como dementes.

—Debe de ser un cóctel de aúpa.

—Ni te lo imaginas. —Anita abrió la boca para decir algo más, pero en vez de ello la cerró de nuevo. Echó la silla hacia atrás y se sentó, mirándome directamente a los ojos.

»¿Sabes cuánta electricidad y cuánto magnetismo genera un ser humano?

Me encogí de hombros.

—¿Mogollón?

Sonrió al oír mi respuesta.

—Eso no es muy científico, pero sí, mogollón. Más de lo que la gente cree. De hecho, es la electricidad lo que hace funcionar el corazón y permite que bombee sangre hacia todo el cuerpo. Muchos no lo saben. Contamos con nuestro propio generador, justo aquí. —Se dio un toque breve en la parte superior de su seno izquierdo—. Por otro lado, está la hemoglobina de nuestros glóbulos rojos. Está hecha de hierro y posee una fuerza magnética intensa. Es lo que se usa para obtener imágenes por resonancia magnética.

Puse cara de impaciencia.

—Todo esto es muy interesante, pero aún no me ha explicado por qué el caso de Noah y mío es especial. ¿Qué nos convierte en almas gemelas?

Guardó silencio por un momento.

—Bueno, por lo que hemos averiguado, el cóctel químico no afecta tanto a las parejas «normales». Pero con las parejas de «almas gemelas», las cosas son muy, muy distintas.

—¿En qué forma?

—Verás: en un emparejamiento común, las hormonas del amor no alteran el funcionamiento eléctrico o magnético de un cuerpo. Sí, provocan inquietud, nerviosismo y sudores, pero eso es todo. En Noah y en ti, en cambio, esas sustancias químicas del amor se alimentan de la electricidad y el magnetismo de vuestro organismo. Al parecer, cuando las hormonas fluyen por vuestro interior, desencadenan una especie de reacción... El «amor» que compartís empieza a generar una corriente electromagnética muy potente.

Me había perdido.

—¿Eh?

—Es lo que hemos descubierto al estudiar otras parejas como la vuestra. Lo más interesante es que esas corrientes se generan incluso antes de que os conozcáis y os enamoréis. El cerebro y el cuerpo segregan grandes cantidades de sustancias químicas del amor cuando estáis a menos de tres kilómetros de distancia. Apenas empezamos a entenderlo, pero por lo visto la energía liberada funciona como un misil guiado por radar, lo que facilita que os encontréis, como dos imanes que se atraen entre sí desde cierta distancia. Los impulsos eléctricos y magnéticos son tan intensos que se convierten en una fuerza casi imparable. Pero puede ser muy destructiva...

—¿En qué sentido? —la interrumpí.

Extendió los brazos y dio un ligero bostezo antes de tomar un sorbo de su vaso de

agua.

—Dime una cosa, Poppy —pidió en un tono diferente, más suave y menos autoritario—. ¿Cuándo empezaste a sufrir ataques de pánico?

Mi memoria se remontó a aquel terrible día en que me encontraba en clase de geografía.

—Hace dos años.

Anita asintió.

—Interesante. ¿Y la depresión de Noah? ¿Sabes cuándo empezó?

Mi mente retrocedió en el tiempo como un folioscopio y se detuvo en la página en que Noah me había abierto su corazón en su apartamento. Cuando por fin habíamos comenzado a querernos, a confiar el uno en el otro. Tenía la sensación de que había transcurrido toda una vida desde entonces.

—Me parece que dijo que empezó cuando se mudó a Middletown.

Asintió otra vez.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace unos dos años... —Me quedé boquiabierta cuando de pronto até cabos—. Un momento. ¿Me está diciendo que nuestros problemas están relacionados entre sí?

Y, por primera vez desde que nos habíamos conocido, la doctora Beaumont pareció sentir un poco de lástima por mí.

—Bingo.

—Pero ¿cómo es posible? No lo entiendo.

—Os habíais acercado lo suficiente para captar la energía del otro, y las corrientes eléctricas lo trastocaban todo. Tenías a Noah tan cerca que era como si estuvieras atada a una silla eléctrica y alguien la pusiera a potencia máxima.

El folioscopio de mi memoria retrocedió rápidamente a otra página y recordé la noche de la primera actuación, en la que me había acometido aquel terrible ataque de pánico. Unas páginas más adelante, estaban los recuerdos de los primeros encuentros, en los que el corazón me latía tan deprisa como el de una cría de pájaro a punto de ser apresada y devorada, y la respiración se me entrecortaba tanto que sonaba como una pieza de música orquestal experimental.

¿Noah era la causa de todo aquello?

—¿Por eso sufrí un ataque de pánico brutal cuando conocí a Noah?

Esta revelación no pareció sorprender a Anita.

—Sí. Y también explica la depresión repentina que aquejó al señor Roberts cuando se mudó a Middletown, cerca de ti. Cada cuerpo reacciona de un modo diferente a las corrientes. En tu caso, estas tenían un impacto mucho más directo en los mecanismos normales del organismo, como la respiración y el pulso, mientras que la reacción de Noah alteraba sus patrones de disparo neuronal.

Guardé silencio durante un rato. Me alegraba de estar obteniendo respuestas, pero a la vez estas suscitaban muchas más preguntas. Tomé nota para mis adentros de que debía comunicar a mi pobre madre que no tenía la culpa de ninguno de mis

problemas de salud mental. Estaría encantada. Si alguna vez volvía a verla, claro está.

—Continúe —dije—. Estoy preparada. ¿Por qué somos peligrosos? Esa electricidad es solo un fastidio para nosotros, ¿no? Puedo soportar algún que otro ataque de pánico si es el precio que tengo que pagar por quedarme junto a Noah.

La mirada de la doctora se ensombreció, y ella adoptó de nuevo un tono siniestro. La poca compasión que había empezado a mostrar hacia mí se desvaneció.

—La cosa no funciona así, Poppy. Cuando dos personas son afines, esas fuerzas no solo afectan a la pareja. La electricidad de ambos se retroalimenta y crece, produciendo una sobrecarga y generando su propio campo de energía. El cerebro y el cuerpo poseen una potencia enorme. Si el mero hecho de que dos personas normales crean estar enamoradas estimula la creatividad y disminuye el dolor..., imagínate qué ocurre con una pareja de almas gemelas cuyos cerebros y cuerpos están compenetrados entre sí y producen tanta energía como una central eléctrica.

Bebí un trago de agua y advertí que me temblaban las manos.

—Al final, esta energía acaba siendo excesiva. Como no se canaliza, la corriente acaba dispersándose por los alrededores. Estarás pensando: «¿Tantos estragos puede causar eso?» Te sorprenderías. La existencia de nuestro planeta se basa en un equilibrio perfecto pero delicado. Esta armonía se encuentra en todas partes, los polos Norte y Sur, la previsibilidad siempre cambiante de las mareas..., leyes y movimientos que necesitan una estabilidad a largo plazo. Sin embargo, Noah y tú generáis una cantidad astronómica de energía que altera este equilibrio. Puede ocasionar subidas de tensión y cortocircuitos, modificar los patrones meteorológicos e incluso afectar al desplazamiento de las placas tectónicas.

Se me escapó la risa.

—Sí, claro —dije—. Noah y yo no estamos provocando erupciones volcánicas precisamente. No somos personajes de cómic de Marvel.

Mis carcajadas no le sentaron bien a Anita. Me fulminó con la mirada.

—Al menos veinte personas han muerto desde que conoces a Noah —aseveró.

Esto me sacó de mis casillas.

—¿Cómo puede insinuar algo tan terrible? ¡No hemos hecho daño a nadie!

—¿Ah, no? —dijo, ahora con voz sarcástica. Cogió otro expediente y lo hojeó—. A ver... Ah, sí. Causasteis un corte de electricidad en una ciudad entera hace no muchos días, aunque nadie murió como consecuencia de ello. Luego está la tormenta. ¿No arruinó al menos una docena de comercios locales? Y no olvidemos, por supuesto, la ventisca que ocasionasteis. Dio lugar a un accidente múltiple en la autopista que resultó en muchas muertes. —Pasó otra página—. Por otro lado, no sé si eres consciente de que vuestros actos de anoche desencadenaron un terremoto leve. Si no hubiéramos interrumpido el desarrollo de los acontecimientos, por así decirlo, calculo que el número de víctimas de vuestras travesuras sexuales ascendería a centenares.

No soportaba un segundo más sentada frente a aquella mujer tan repulsiva.

—Menudo morro. No tuvimos nada que ver con esas cosas. No fueron más que casualidades. ¿Cómo se atreve a culparnos de esas muertes?

—Si hay una culpable, esa soy yo —repuso Anita—. Vosotros no podíais saber lo que hacíais, y nosotros no llegamos hasta vosotros con la rapidez suficiente. No he terminado mi explicación, Poppy. Es importante que sepas que ciertas actividades... De acuerdo, hablaré en plata: vuestras actividades eróticas provocan una secreción masiva de hormonas excitantes que disparan las corrientes. Tu deseo sexual y el de Noah tienen la intensidad de cincuenta litros de gas líquido arrojados a una hoguera.

Me sonrojé.

Anita esbozó una sonrisa lúgubre al percatarse de ello.

—Haz memoria, Poppy. Mientras todas estas cosas estaban pasando, ¿qué sucedía entre Noah y tú? ¿Os besabais? ¿Os dejabais llevar por vuestros impulsos? No sería justo echaros la culpa. Como ya he dicho, la atracción sexual entre dos afines como vosotros es casi inimaginable. Y cuando una pareja perfecta tiene relaciones sexuales, la energía que libera es enorme y sobrevienen catástrofes.

Me asomaron lágrimas calientes de rabia a los ojos. Había estado a punto de acostarme con Noah. Si lo que aquella desconocida decía era cierto, si hubiéramos llegado hasta el final, ¿qué habría ocurrido?

¿Una catástrofe? Me estremecí.

—Mi trabajo, el motivo por el que estoy aquí —prosiguió, más sosegada—, consiste en localizar a esas parejas y separarlas antes de que puedan practicar sexo. No siempre llego a tiempo, Poppy. La última vez que fracasé fue hace dos años. — Bajó la vista hacia la mesa, dejando entrever el ser humano que había tras esa fachada fría y burocrática. Era un momento de culpa, expresada con ira—. Un tifón. Tantas vidas perdidas. Y todo porque no detuve a una pareja a tiempo.

Sacudí la cabeza enérgicamente.

—No, no, no, no.

—Sí, Poppy. Es cierto.

—No lo es. Es una mera coincidencia. Los accidentes ocurren, a veces pasan cosas malas. Así es la vida. Está mintiendo.

—Te aseguro que no miento. ¿Por qué crees que estás aquí, Poppy? ¿Por qué crees que tengo una autorización firmada por tu primer ministro para mantenerte bajo custodia durante el tiempo que sea necesario? Noah y tú sois peligrosos cuando estáis juntos. Es un hecho científico.

Di rienda suelta al llanto.

—Nunca hemos pretendido hacer daño a nadie —sollocé.

—Lo sé, pero lo cierto es que si seguís juntos, haréis daño a alguien.

Una de sus palabras me causó un dolor lacerante, como si me hubiera zambullido en agua helada. «Si seguís juntos». «Si». Hasta ese día, yo había dado por sentado que Noah formaría parte de mi vida hasta el final. Ahora tal vez no me lo permitirían.

—¿Cómo es que nadie sabe esto? —pregunté entre sollozos guturales—. ¿Por qué

lo guardan todo en secreto? No me parece justo. ¡La gente tiene derecho a enterarse!

Anita pareció enfadarse de nuevo.

—¿Eres tonta de remate o qué? ¿Cómo crees que reaccionaría el mundo a esta información de que cada año nacen personas que podrían provocar el fin del mundo si se conocieran y se acostaran? Eso desataría el pánico generalizado. ¿Y qué pasaría si reconociéramos la existencia de almas gemelas, si confirmáramos que son reales? Eso destruiría la sociedad tal y como la conocemos. Las familias se separarían, las relaciones se romperían. ¡Todo el mundo querría saber si tiene un afín e intentaría encontrarlo! La devastación sería total. —Sacudió la cabeza, intentando desterrar las imágenes apocalípticas de su mente—. No, es mejor así. El mundo necesita nuestra protección, tal y como se la proporcionamos.

—¿Y cuánto tiempo hace que saben todo esto? Me refiero a sus jefes, o como sea que los llamen. ¿Cuánto tiempo? ¿Años? ¿Siglos?

—La empresa se fundó oficialmente hace unos cincuenta años, cuando se logró demostrar lo que se sabía y todo lo que implicaba. Sin embargo, hay indicios de que a lo largo de la historia ha habido personas que intuían que el amor verdadero conducía a la catástrofe. Aunque la ciencia no estaba lo bastante avanzada, muchos grandes pensadores y genios de la literatura expresaron la idea de que el amor de verdad siempre resultaba autodestructivo.

»Piensa, por ejemplo, en Romeo y Julieta, dos amantes desdichados cuya adicción a su amor lo arrasaba todo. La historia de Shakespeare de dos enamorados con un destino trágico es la fuente de prácticamente todos los relatos de amor populares que se han escrito después..., porque tiene sentido. Piensa en Cleopatra y su amor por Marco Antonio. Su atracción magnética causó guerras en las que murieron miles de personas. Luego está Emily Brontë, con su novela sobre Heathcliff y Cathy, cuyo amor los llevó literalmente a la locura. Pero el tema no se limita a la literatura. Contamos con historiadores, geólogos y científicos eminentes que realizan investigaciones altamente secretas para nosotros. Están estudiando las conexiones entre los principales desastres naturales de la historia y las pautas electromagnéticas típicas de ese tipo de parejas. Los resultados son asombrosos.

Una vez más, mi cabeza se esforzó por digerir las extraordinarias implicaciones de sus palabras. Por un lado, todo parecía absolutamente descabellado, pero cuando pensaba en el tiempo que había pasado con Noah, comprendía que no todo podía ser fruto de la casualidad. El apagón que dejó la ciudad a oscuras cuando nos besamos por primera vez, la tormenta que estalló sobre nuestras cabezas mientras nos pegábamos el lote apasionadamente en el prado, la ventisca con que habíamos topado al salir del ballet después de aquel momento de tensión sexual intensa...

Me atraganté con mis lágrimas. No aguantaba más. Necesitaba saber qué iba a pasar conmigo.

—¿O sea que Noah y yo...? —pregunté.

Anita clavó la vista en mí.

—Nunca podréis volver a veros —dijo, y cada palabra me hirió como una bala—. Nos llevaremos a uno de los dos y le daremos una nueva vida. El otro podrá quedarse. No habrá más contacto entre vosotros. Jamás. Lo mejor será que os olvidéis de la existencia del otro.

En aquel momento perdí la noción de todo lo que me rodeaba.

«Nunca podréis volver a veros».

Intenté imaginar por un momento una vida entera sin Noah, sin ver su sonrisa, sin que me colocara un mechón rebelde detrás de la oreja, sin probar su boca.

Entonces noté un dolor desgarrador en el hueco que se me había abierto allí donde debía estar mi corazón y prorrumpí en alaridos. Era un tormento insoportable, como si yo fuera un trapo con el que dos equipos estuvieran jugando al tira y afloja, partiéndome lentamente en dos.

Mi corazón se retorció agonizante en mi caja torácica.

Estaba roto.

Había saltado en mil pedazos que jamás volverían a juntarse.

Había perdido el conocimiento otra vez. Al despertar, volvía a estar en la celda, y el agujero enorme en mi pecho no se había cerrado. Intenté dormirme de nuevo para librarme del dolor.

Sin embargo, una tos me distrajo de este esfuerzo.

Ella estaba allí. La doctora, sentada pacientemente en un rincón de la celda.

—Hola, Poppy —dijo, como si fuera mi madre despertándome para que fuera al colegio—. ¿Te sientes mejor?

Me volví de cara a la pared. Hacía frío. Estaba tiritando bajo la fina manta. A Anita no pareció molestarle que la ignorara.

—Debes de estar un poco somnolienta —le dijo a mi espalda—. No nos dejaste otra alternativa que sedarte.

Deseé que me sedaran de nuevo. Solo quería dormir, a ser posible para siempre. Pensé en Romeo y Julieta, y me dieron envidia. Ojalá hubiera tenido veneno para acabar con aquel dolor insaciable, en vez de seguir viviendo después de que me arrancaran una parte tan grande de mí.

—¿Poppy?

No respondí.

—Hay otra salida, ¿sabes?

Seguí sin responder.

—Antes no me has dejado terminar. Podría haber una solución para que no tengas que dejar de ver a Noah...

El dolor se evaporó de inmediato y me incorporé de golpe en la cama.

—¿Cómo —pregunté, desesperada—. Haré lo que sea. Jamás volveré a tocarlo, lo prometo. Pero, por favor, déjenos seguir juntos.

Mi entusiasmo pareció irritarla.

—Noah y tú habéis mostrado unas características interesantes, cosas que no habíamos visto antes en una pareja. A juzgar por nuestros últimos experimentos, tus ataques de pánico y su depresión deberían haber empeorado cuanto más tiempo pasarais juntos. No obstante... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—, parece ser que os las arreglasteis de alguna manera para desarrollar tolerancia al otro y podéis controlar los impulsos eléctricos que fluyen por vuestros cuerpos.

Recordé lo mal que me sentía al principio en presencia de Noah, el modo en que se me desbocaba el corazón y se me aceleraba la respiración. Más tarde todos esos síntomas habían cesado. Solo reaparecían cuando me imaginaba la vida sin él.

—¿Así que eso no había sucedido antes?

Negó con la cabeza.

—No. Nunca. Reconozco que esa fue una de las razones por las que tardé tanto en intervenir. Las lecturas eran tan inesperadas que dejé que las cosas siguieran su curso. Por lo general separamos a las parejas de afines en cuanto las localizamos.

—¿O sea que permitieron que Noah y yo nos enamoráramos? —inquirí, con la voz llena de ira—. ¿Dejaron que las cosas llegaran a este extremo solo porque convenía a su experimento? —Me eché a temblar de rabia, pero las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo. Siempre lloraba cuando me enfadaba.

—Me temo que sí —admitió la doctora Beaumont sin el menor asomo de remordimiento—. Era lo mejor para la empresa.

—¿Y lo que era mejor para Noah y para mí, qué? Somos dos personas inocentes que ustedes han utilizado y con las que han jugado como si fuéramos unos peleles.

—No me vengas con esas, Poppy. Las dos sabemos que volverías a hacerlo si pudieras.

Sacudí la cabeza.

—No. No sabiendo que ustedes nos lo arrebatarán todo, que tendré que vivir sin él para siempre. Será mucho más difícil de soportar ahora que lo sé... —Entonces me cayeron las lágrimas y me sorbí la nariz, mientras ella me miraba con cara de pocos amigos.

—Si dejas de llorar y me escuchas, te explicaré la otra solución, como ya te he dicho.

—Vale, ¿qué solución? —gimoteé. Soné como una cría consentida, pero me dio igual. No dejaban de asomarme lágrimas nuevas que ocupaban el lugar de las que me resbalaban por las mejillas.

—Nunca podrás tener una relación normal con él, eso ya lo sabes. Es demasiado peligroso. Pero nosotros, es decir, la empresa, podemos aprender de los dos. Vuestra... inmunidad mutua es algo que hay que estudiar a fondo. Si accedes a quedarte a vivir con nosotros, podrás verlo.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros como si la respuesta fuera sencilla.

—Podrás verlo durante los experimentos que llevemos a cabo.

Solté un resoplido.

—¿O sea que seremos como conejillos de Indias a los que pincharán y estudiarán en un laboratorio? ¿A eso se reducirá nuestra relación?

—Bueno, tal vez podamos organizar visitas vigiladas, momentos en que podáis estar juntos y hablar. Siempre habrá alguien con vosotros, naturalmente, por si vuestros impulsos se desbordan y os dejáis llevar por ellos.

Meneé la cabeza, indignada.

—Eso no es una relación.

—Al menos te permitiría verlo.

Posé los ojos en ella y la miré con todo detenimiento. Pese a que tenía la vista borrosa a causa de la sal de las lágrimas, tuve la sensación de que por fin la veía con claridad. Carecía de alma. Le faltaba algo a aquella mujer. Algo importante.

—¿Por qué es tan cruel?

Se enfureció.

—No estamos aquí para hablar de mí. —Se alisó la bata de laboratorio que llevaba.

Sin embargo, su reacción me envalentonó.

—En serio, ¿se comporta de ese modo por alguna experiencia que tuvo? ¡Es una mujer! ¡Se supone que debería ser romántica!

Se levantó.

—He dicho que basta. —Su tono se había tornado áspero.

Una expresión fugaz de dolor le cruzó el rostro. Fue suficiente. Lo comprendí todo.

—Esto le sucedió a usted, ¿verdad? —dije, orgullosa de mí misma por haberlo deducido—. Tiene un alma gemela, ¿a que sí? La separaron de él y por eso es tan mala persona.

Le tembló ligeramente el labio inferior.

—No seas absurda, Poppy.

Había puesto el dedo en la llaga.

—¿Qué se siente al ganarse la vida rompiendo las relaciones de personas enamoradas y felices? —pregunté, embalada, mientras el llanto remitía—. ¿Qué cree que pensaría su pareja perfecta de usted ahora, si supiera que trabaja para la gente que les separó? ¿Cree que seguiría queriéndola? ¿O quedaría tan asqueado que se acabaría la química que había entre ustedes? Porque para usted el amor no es más que eso, ¿no? Química. Ciencia.

—TE HE DICHO QUE BASTA. —Estaba de pie, con la cara enrojecida, furiosa. Sonreí con aire triunfal—. En estos momentos estamos concienciando a tu novio. —Utilizaba la mención de Noah como munición—. Antes de esta noche, los dos debéis tomar una decisión. Solo tenéis dos opciones: colaborar con nosotros o no volver a veros jamás. Que te diviertas decidiendo entre una u otra.

Salió de la celda como un vendaval y ordenó a los guardias que cerraran la puerta.

Me quedé sola durante varias horas.

Una vez que se me pasaron las ganas de llorar y la rabia, me puse a cavilar sobre el amor. Nunca había reflexionado en profundidad acerca de ello antes de conocer a Noah. Obviamente, era algo que siempre había deseado que me ocurriera. Pero ¿por qué? Pensé en las novelas rosas que Amanda devoraba o las comedias románticas con las que Ruth estaba obsesionada. Incluso Lizzie me había confesado que esperaba que llegara el amor. Sin embargo, desde mi punto de vista, era un concepto que nunca cumplía las expectativas. Estábamos condicionados para creer en las relaciones felices para toda la vida, pero ¿de verdad existían? La doctora Beaumont me había dicho explícitamente que, para la mayoría de la gente, el amor no era real. Las parejas se engañaban a sí mismas, inhalando feromonas e intentando llevar una vida basada en las fantasías de Disney. Por otro lado, las personas que supuestamente vivían esa

mentira no eran tan felices después de todo. Mamá y papá eran prácticamente el único matrimonio de nuestra calle que aún no se había divorciado. Era demasiado habitual en estos tiempos que las relaciones se rompieran con la misma facilidad que una fina capa de hielo. Y allí estaba yo, con pruebas científicas de que había encontrado a mi único amor verdadero, pero eso no mejoraba mucho las cosas. El amor verdadero, el amor fingido..., ¿qué más daba? Uno y otro conducían a la infelicidad. Esta realidad era tan difícil de aceptar para toda la humanidad que inventábamos historias con final feliz para amortiguar el golpe.

Medité sobre las palabras de Anita. ¿Volvería a hacerlo? Enamorarme de Noah había creado en mí una dependencia que nunca me habría creído capaz de soportar. Él se había convertido en mi media naranja. E iban a separarnos. Para siempre. Me sentiría incompleta durante el resto de mi vida. Me faltaría una parte de mi ser hasta el día de mi muerte. Sería mi cruz. A pesar de todo, si alguien con una varita mágica se hubiera ofrecido a borrar los últimos meses de modo que yo nunca hubiera llegado a conocerlo, no se lo habría permitido.

Me sentía increíblemente afortunada por haber compartido ese tiempo con él.

Tal vez por eso todos nos aferramos al amor. Porque los breves instantes de amor, ya sea real o imaginario, con o sin una pareja ideal, son los únicos momentos en la vida en que somos felices de verdad, en que toda la mierda nos resulta soportable. Es como si el mundo dejara de dar vueltas durante el tiempo justo para echar un vistazo por tu ventana y fijarse en tu euforia.

Eso hace que el dolor valga la pena. ¿No creéis?

Reflexiones aparte, tenía mucho miedo y Noah no estaba a mi lado para reconfortarme. El cuadrado de luz en el suelo de la celda se desplazaba despacio hacia la pared a medida que el sol descendía en el cielo.

Pronto anochecería.

Tenía que tomar la decisión y no sabía cuál era la respuesta correcta. Me tumbé boca arriba y contemplé el techo. Apoyé las manos en las costillas, que subían y bajaban con mi respiración. Las lágrimas, silenciosas y solemnes, manaban sin cesar de las comisuras de mis ojos y me caían sobre el pelo.

Al poco rato había oscurecido.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta de la celda se abrió. El tal Rain estaba allí. Me saludó moviendo ligeramente la mano, avergonzado.

Como respuesta, le lancé una mirada desafiante.

—¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza.

—Deberías comer algo.

No respondí.

—Como quieras.

Se acercó y se sentó en la silla al estilo masculino, con una pierna a cada lado y el respaldo delante. Me pareció demasiado informal, dadas las circunstancias.

—Tengo entendido que la doctora Beaumont te ha expuesto ya tus opciones — dijo con más suavidad y empatía que su colega.

Se me escapó un bufido.

—Yo no las llamaría opciones precisamente.

Rain me sonrió con tristeza.

—Bueno, ¿qué sugieres?

—¿Que nos dejen libres a los dos y confíen en que no causaremos más problemas?

Rain sacudió la cabeza.

—Sabes que eso no es posible. Lo hemos probado antes, y las consecuencias han sido...

—Sí, lo sé, nefastas, mortales, terribles. No pasaría lo mismo con Noah y conmigo. Somos responsables.

Otra sonrisa triste.

—Es lo que han dicho otros. Sentís una atracción demasiado fuerte. No podéis evitarlo. No es culpa vuestra.

—Entonces, ¿por qué me tenéis encerrada como a una delincuente?

Rain paseó la vista por la que en aquellos momentos era mi habitación.

—Sí, las instalaciones británicas son un poco... carcelarias, supongo.

—Seguro que en Estados Unidos me darían una suite y una plaza de aparcamiento, ¿no?

Rain sonrió de nuevo.

—No exactamente, pero estarías en un sitio un poco más agradable.

Volví a alzar la mirada al techo, preguntándome qué ocurriría a continuación.

—¿Por qué ha venido?

Lo oí murmurar.

—¿Cómo dice?

Tosió.

—He dicho que Anita te ha explicado tus opciones y queríamos saber si ya habías tomado una decisión.

Me reí.

—¿Me toma el pelo? ¿Cómo se supone que debo tomar esa decisión? Es imposible.

—Eso nos imaginábamos —dijo Rain—. De todos modos, si accedes a ayudarnos con nuestros estudios, os necesitaremos a los dos. Tiene que ser una decisión compartida.

—¿Y cómo esperan que nos pongamos de acuerdo, si estamos metidos en celdas separadas?

—Hemos decidido permitir que lo habléis entre vosotros.

Me levanté de la cama de un salto.

—¿O sea que me dejarán ver a Noah? —pregunté con los ojos desorbitados, una

oleada de mariposas en el estómago y una sonrisa de oreja a oreja. Corrí hacia Rain para darle un abrazo de agradecimiento, pero él levantó las manos ante sí.

—Calma, calma.

—¿Cuándo podré verlo?

—¡Tranquilízate! Oye, no podréis acercaros el uno al otro, ¿lo entiendes?

Asentí frenéticamente.

—Y el hecho de que te permitamos verlo no significa que haya cambiado nada.

Asentí de nuevo.

—Y tendrás que extremar las precauciones —añadió, con un ligero temblor de miedo en la voz—. No olvides de qué eres capaz, Poppy. —Su expresión se suavizó—. No querrás hacer daño a más gente.

Asentí una vez más en señal de conformidad y esperé pacientemente a que él volviera a hablar. Como continuó callado, un torrente de palabras brotó de mi boca.

—Entonces, ¿cuándo lo veré? ¿Ahora?

Rain sonrió, creo que a su pesar. Hizo un gesto afirmativo.

Me pasé los dedos por el pelo y salté hacia atrás.

—¡Oh, no! ¡Debo de tener una pinta horrible! ¿Estoy presentable? —Ahora que por fin iba a ver a Noah, estaba hecha un adefesio: no hay rosa sin espinas. Hacía dos días que no me miraba en un espejo. Ni siquiera me había lavado.

La sonrisa de Rain se ensanchó. Llegué a la conclusión de que no era mal tipo.

—Estás preciosa —respondió, como si yo fuera su hija y estuviera a punto de irme al baile de graduación—. Y Noah es tu persona afín, ¿recuerdas? Te encontraría fabulosa aunque fueras vestida con un saco.

Aun así, corrí hasta el pequeño lavamanos y me eché un poco de agua en la cara.

—Bien, ya está. ¿Podemos irnos? —Rezumaba desesperación por todos los poros, hasta tal punto que casi me escocía la piel—. Vamos allá.

Rain me guio por otro intrincado laberinto de pasillos. Yo lo seguía a paso rápido, intentando echar un vistazo a mi imagen reflejada en las ventanas. Finalmente, se detuvo frente a una puerta y la abrió con una llave.

—Noah ya está dentro. —El corazón me dio un vuelco al saber que se encontraba cerca—. Os observaremos a través de un espejo unidireccional. —Abrí la boca para protestar—. No te preocupes. No podremos oíros, pero tenemos que vigilaros. Ahora, escúchame bien: una pantalla de vidrio impedirá que os toquéis, por la seguridad de todos. Sin embargo, habrá un agujero pequeño por el que podréis tomaros de la mano. Si alguno de los dos hace el menor intento de romper el vidrio, os separaremos de inmediato y decidiremos vuestro futuro por vosotros.

Tragué en seco.

—Bien —agregó—. Adelante.

Rain hizo girar la manija y yo pasé junto a él a toda velocidad para entrar. Allí, de pie y con aspecto cohibido, estaba él.

—Noah —grité y corrí hacia él. Una sonrisa deliciosa se le dibujó en el rostro.

—Poppy.

Topé con el vidrio, que me imposibilitaba acercarme más. Estaba tan limpio que apenas resultaba visible, pero formaba un gran muro que se extendía de pared a pared. Le di unos golpecitos con los nudillos, y pude comprobar que era grueso y resistente.

Rompí a llorar en el acto.

—No puedo llegar hasta ti —me lamenté.

—Chsss. Cálmate. No pasa nada. Siéntate a la mesa y podremos darnos la mano.

Había una mesa que sobresalía a ambos lados del vidrio, con una abertura estrecha encima. Me senté y pasé la mano por el hueco. Noah la cogió con fuerza. Su contacto envió descargas por todo mi cuerpo mientras yo sollozaba sin parar.

Las luces del laboratorio parpadearon.

Aún había una media sonrisa en los labios de Noah.

—Cuidado —dijo, alzando la vista hacia las luces—. Procura no hacer saltar en pedazos todo este lugar. Entonces nos convertiríamos de verdad en terroristas.

Me parecía increíble que bromeara en un momento así. Eso hizo que lo amara aún más. Agarré sus dedos y apreté cada uno de ellos con fuerza para asegurarme de que fueran de verdad.

—No llores, Poppy. Todo saldrá bien.

Lloré con más ganas.

—¿Cómo va a salir bien? —grité—. Van a separarnos. ¿No te lo han dicho? Nosotros provocamos el apagón y la tormenta...

Noah puso los ojos en blanco.

—Sí, y la ventisca y el terremoto. Lo sé, lo sé.

Me acarició la parte interior del pulgar con el suyo, lo que me reconfortó. Contemplé sus bonitos ojos oscuros y escudriñé su rostro en busca de respuestas.

—¿Te han explicado tus opciones? —susurré.

Noah hizo un gesto de enfado.

—Yo no las llamaría opciones precisamente.

Le di un apretón en la mano.

—Todavía podemos seguir juntos..., si colaboramos con...

Noah sacudió la cabeza.

—Ni hablar, Poppy. Me niego. Prefiero pasar la vida sin ti a que nuestro amor se convierta en los deberes de ciencias de una aprendiz de Dios.

Solté una risita ante esta descripción de la doctora Beaumont. Saltaba a la vista que tampoco le había causado una gran impresión a Noah.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿Es que no tienes miedo?

Noah se volvió hacia su izquierda. Un espejo ocupaba toda la pared. Me imaginé a la doctora Beaumont sentada detrás, relamiéndose, preguntándose si accederíamos a ser sus conejillos de Indias o si tendría que conformarse con separarnos para divertirse.

—Estoy seguro de que encontraremos alguna solución. —Sacó el labio inferior con expresión obstinada. Hablaba en serio. Tenía un plan. Arqueé una ceja inquisitivamente—. Confía en mí —añadió. Con el ojo izquierdo me hizo un guiño tan rápido y sutil que seguramente fui la única a quien no pasó inadvertido.

Se aclaró la garganta. Habló con una voz distinta, más clara, como si lo hubiese ensayado.

—He estado pensando, y creo que tiene sentido que tú regreses a Middletown y que yo me traslade a otro sitio.

No estaba segura de si esto formaba parte del plan o no. Fuera como fuese, sus palabras me hirieron como cien cuchillas.

—Noah, no seas tonto.

—No lo soy. Es lo más lógico. Tú tienes allí a tu familia, tus amigas, el instituto...

Una nueva oleada de lágrimas afloró.

—¡Pero no te tengo a ti!

—Te acostumbrarás a no tenerme cerca. —La frialdad de su tono avivó mi llanto.

—¿Y qué pasa con tu grupo? —gemí.

Al oír esto, el semblante de Noah se suavizó. Tiró de mis manos por la abertura hasta su lado del vidrio y las besó. Se detuvo de golpe cuando las luces parpadearon de nuevo sobre nuestras cabezas.

—Estoy seguro de que el mundo sobrevivirá sin el talento musical de Angustia Juvenil.

Se me escapó otro sollozo, y él ladeó la cabeza con ademán comprensivo.

—Ven —dijo, haciéndome señas hacia la ventana—. No llores. Ven aquí.

Solté un hipido y acerqué la cara al agujero. Noah sacó la mano a través de él, me sujetó por el mentón y me secó las lágrimas con el pulgar. Me fundí en su mano y cerré los ojos, deseando poder seguir tocándolo para siempre.

El susurro de su aliento me cosquilleó la oreja. Habló en una voz muy débil pero que alcancé a oír.

—Sígueme el juego. Continúa llorando. Te quiero.

Entonces la calidez de su mano se apartó de mí, y mis ojos se abrieron. Noah se había enderezado en su asiento. Su expresión había cambiado. Advertí que también lloraba. No como una chica, con aspavientos dramáticos y la cara enrojecida, pero dos lágrimas brillaban inmóviles en sus mejillas.

Me partieron el corazón.

Se levantó.

—Noah, ¿qué haces?

Sin mirarme, con una mezcla de pena y rabia, se dirigió hacia el espejo y lo aporreó con furia.

—¡Hemos terminado! —gritó—. No queremos ser vuestros conejillos de Indias del amor.

El cristal del espejo quedó intacto. No había manera de saber qué ocurría al otro lado. Noah lo golpeó de nuevo, esta vez con más agresividad.

—¡Digo... que... hemos... terminado! —bramó—. Vamos. ¡Es hora de separarnos como a dos niños traviesos!

Me puse de pie.

—Noah, ¿qué haces? En cuanto nos saquen de aquí, todo habrá acabado. ¿No quieres pasar más tiempo conmigo?

Me miró con mala cara y deseé con toda mi alma que fuera parte del plan, o de lo contrario me pasaría el resto de mis días llorando.

—¿De qué serviría? Más vale que empecemos a acostumbrarnos a la idea cuanto antes.

Me senté en el suelo y prorrumpí en sollozos otra vez mientras Noah continuaba asestando puñetazos al vidrio. La puerta se abrió con brusquedad y la doctora Beaumont irrumpió en la habitación. Rain entró también y se detuvo a su lado, nervioso.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió ella, con los ojos muy abiertos por la ira—. Has estado a punto de dañar las instalaciones.

—Me da igual —repuso Noah—. Ya hemos hablado. No vamos a ayudarte, zorra amargada.

Sus palabras sentaron a Anita como una bofetada. Inspiró, inflando los carrillos, y espiró despacio.

—Si es lo que habéis decidido, está bien. —Solté otro sollozo y ella me miró, asqueada—. ¿Está de acuerdo con esto la señorita Lawson?

Yo simplemente seguí llorando. Noah estaba muy guapo, con los ojos

relampagueando de indignación y la cara empapada en lágrimas brillantes que resaltaban sus pómulos. Yo no sabía qué ocurriría, pero supuse que si jamás volvía a verlo, lo recordaría siempre así: fuerte, combativo, lleno de vida.

—Está de acuerdo.

—¿Habéis decidido cuál de los dos se marchará de Middletown?

—Sí, yo. Llevadme a donde queráis y dejad que me pudra allí. Me es indiferente.

—No es esa nuestra intención. Construiremos una nueva vida para ti.

Noah se encogió de hombros.

—Lo que tú digas.

—Pues no se hable más.

Anita chasqueó los dedos con un gesto afectado, y dos guardias aparecieron tras ella, veloces como bumeranes. Ella nos señaló.

—Llévense a la chica a la celda por el momento —les indicó—. Ya nos encargaremos de su readaptación más tarde. En cuanto al chico, hay un helicóptero esperando en la azotea del edificio. Escoltadlo hasta allí, por favor.

Entonces lo comprendí. Aquello era el fin. Fuera lo que fuese lo que había planeado Noah, no daría resultado. Había guardias, aparentemente armados, y nos encontrábamos en un laberinto de alta seguridad. Me puse a gritar. No fue un acto voluntario. Los alaridos brotaban de mi boca, estridentes y desgarradores. Todos se estremecieron.

—No pueden llevárselo. No pueden. No pueden.

Uno de los guardias había introducido una llave en la cerradura de la puerta de vidrio que comunicaba con el lado de Noah de la habitación. Advertí que le habían caído más lágrimas por la cara. Me moría de ganas de tocarlo. Tenía los ojos fijos en mí, y vi el deseo que irradiaba. Proferí otro grito.

—No, Noah. Te quiero. Te quiero.

Se le escapó un sollozo.

—Yo también te quiero. Muchísimo.

El otro guardia se dirigía hacia mí.

—¡No te me acerques! —exclamé con tal ferocidad que él se paró en seco. El guardia de Noah tenía la mano en la manija y estaba a punto de abrir la puerta. De pronto, Noah lo derribó de un empujón y corrió directo hacia mí.

—¡Detenedle! —gritó Anita.

Todo sucedió como a cámara lenta.

Noah avanzaba a toda velocidad hacia mí, con los brazos extendidos. Su guardia estaba en el suelo, intentando levantarse, y el mío se me acercaba. Me levanté de un salto, sintiéndome ingrávida, y me abalancé hacia Noah. Noté la corriente eléctrica que fluía de mi corazón al suyo, impulsándome hacia él.

—¡Detenedles!

Pero era demasiado tarde. Noah llegó hasta mí y me dejé envolver por sus brazos. Iba a abrazarlo también, pero me lo impidió. Empujó mi barbilla hacia arriba con

brusquedad, bajó la cabeza e introdujo la lengua en mi boca.

Oí un grito lejano. Todo se volvió confuso alrededor.

No podía concentrarme más que en aquella sensación abrasadora en la boca, el delicioso sabor de Noah, la electricidad que fundía nuestros cuerpos en uno. Lo besé con avidez, deslizando también la lengua en su boca, intentando engullirlo para tenerlo siempre conmigo.

Percibimos sonidos y calor.

Nos separamos y vimos que la pantalla de vidrio se rompía en mil pedazos. Se mantuvo erguida en el aire por un instante antes de derrumbarse. Noah sonrió y se inclinó para besarme de nuevo.

Hubo otro estrépito.

Las tapas de vidrio de las lámparas del techo se agrietaron y cayeron en torno a nosotros como copos de nieve peligrosos. Un fragmento grande se clavó en el pecho de mi guardia de seguridad, que se desplomó con un quejido. Se me hizo un nudo en el estómago por el sentimiento de culpa, pero no había tiempo para eso. Teníamos que salir de allí.

Maravillada, vi que las bombillas estallaban en llamas y se producían varias explosiones pequeñas por toda la habitación que prendían fuego a los objetos próximos. Anita chillaba, con las manos sobre la cabeza para protegerse de los restos que caían del techo. Noah me dio un apretón en la mano y supe que había llegado el momento de irse. Un azulejo se desprendió de la pared e impactó a Anita de lleno en la cabeza. Pasamos corriendo junto a ella mientras caía al suelo con un golpe sordo. Rain estaba acuclillado en la puerta, con una mueca de terror absoluto. Nos estaba obstruyendo la salida. Alzó la vista hacia nosotros con los ojos desorbitados, y solo le dije dos palabras.

—Por favor.

Rain desplazó la mirada de Noah a mí y comprendí su conflicto interior. Contuve la respiración.

—Por favor —repitió Noah.

Con un suspiro, Rain rodó hacia un lado, abriéndonos paso.

—Daos prisa —susurró—. No tenéis mucho tiempo.

Pasamos por encima de él y salimos corriendo al laberinto de pasillos de aspecto aséptico, tomados de la mano.

Me sudaban las palmas de las manos mientras recorríamos un pasillo tras otro en busca de una salida.

—¿Adónde vas? —pregunté entre jadeos.

—No lo sé —respondió Noah sin aflojar el paso—. Tenemos que largarnos de aquí.

Las paredes blancas y estériles se sucedían junto a nosotros. Torcimos a la izquierda, luego a la derecha, y otra vez a la derecha, tratando de encontrar una ruta que nos permitiera escapar de aquel laberinto.

Di un traspie.

—Más deprisa, Poppy. La alarma saltará en cualquier momento, y entonces estaremos jodidos.

Mis piernas corrían como si tuvieran alas en los tobillos. Un miedo salvaje y primario me enviaba descargas de adrenalina por todo el cuerpo. El calor de la mano de Noah en la mía me hacía sentir invencible.

Doblamos una esquina y topamos con una puerta robusta y cerrada con llave.

—Mierda. —Noah miró la puerta de arriba abajo. Era de metal macizo y en vez de pomo, tenía un pequeño teclado numérico a un lado y un escáner de retina.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —Oí el pánico en mi propia voz. Tal vez no me sentía tan invencible, después de todo. Anita podía aparecer en cualquier momento y llamar a los guardias para que nos castigaran.

—No lo sé. Déjame pensar. —Noah tenía la cara crispada. Volví la vista hacia el pasillo por donde habíamos venido, imaginando que la doctora Beaumont asomaría por el otro extremo. Cuando miré de nuevo a Noah, estaba sonriendo. Tenía un plan.

—¿Qué ocurre?

—Creo que ya sé cómo abrirla.

—¿Cómo?

—Podría disparar la alarma.

—Bueno, y entonces ¿qué haríamos?

Noah tomó mi rostro entre sus manos, y las luces del techo chisporrotearon. Alcé los ojos hacia ellas, entre admirada y aturdida, antes de que Noah me obligara a devolverle mi atención.

—Escúchame, Poppy. Tienes que hacer lo que te diga. Y mientras estemos en este edificio, quiero que te concentres en cuánto me quieres, en cuánto me deseas. ¿Te acuerdas de la otra noche? ¿Recuerdas qué estaba sucediendo antes de que llegaran, lo fantástico que era? Quiero que pienses en eso todo el rato mientras estemos dentro, ¿de acuerdo?

Asentí, aunque no estaba segura de a qué se refería.

—Pero en cuanto salgamos de aquí..., si es que lo conseguimos..., no te alejes de mí, sígueme, pero destiérrame de tu mente. Imagínate que no existo. Finge que no

estoy y que estás huyendo sola, ¿entendido?

No lo entendía, y él lo supo por mi expresión.

—Tienes que confiar en mí, Poppy. Creo que he descubierto cómo funciona esto, lo nuestro. Te aseguro que seguiré a tu lado, pero cuando ya no estemos aquí dentro, imagina que no estoy. ¿Me lo prometes?

Entonces lo comprendí. Noah no quería que nos localizaran en el caso sumamente improbable de que lográramos escapar. Mientras pensara en él con amor, emitiría algún tipo de corriente detectable. Esperaba que su plan funcionara. No teníamos otro.

—Te lo prometo.

Noah sonrió y, pese a nuestra situación, el estómago me dio un vuelco.

—Bien. Vamos allá.

Noah alargó una mano hacia el teclado y me acarició el mentón con la otra. Incliné el rostro hacia mí. Cuando me besó, mis labios ardieron y la electricidad convulsionó mi cuerpo. Solté un gemido y le agarré la cara para atraerlo hacia mí.

Nos interrumpió un ruido tremendo.

Un timbre estridente me atravesaba los tímpanos como un millar de agujas. Abrí los ojos. El brillo rojo parpadeante de las luces de alarma de todo el edificio inundaba el corredor.

—Poppy, lo hemos conseguido.

Aunque apenas alcanzaba a oír a Noah por encima del jaleo, seguí la dirección del dedo con que apuntaba. La puerta había saltado de sus bisagras. Unos cables colgaban del teclado, emitiendo chispas como pequeños fuegos artificiales. La puerta derribada daba a un pasillo con techo de cristal. Miré hacia arriba y vi el cielo. Se había puesto de color gris oscuro y caía una lluvia intensa que martilleaba el vidrio con fuerza.

Señalé hacia lo alto.

—¿También es culpa nuestra?

Noah sonrió.

—Supongo. —Me tomó de la mano—. Vamos, tenemos que salir de aquí.

Arrancamos a correr otra vez. Me faltaba el aliento, pero el ritmo de las sirenas me animaba a seguir, como un tambor.

—Hay que encontrar una ventana que dé hacia fuera —gritó Noah.

Mis pies se movían a toda velocidad debajo de mí. Estábamos en otro laberinto y pasábamos de un corredor a otro, intentando no perder de vista el cielo. Todos se parecían entre sí, con paredes blancas asépticas bañadas en destellos rojos. Aun así, Noah actuaba como si conociera el camino. Yo lo seguía, como lo seguiría siempre, preguntándome dónde estaban los guardias y por qué no los habíamos visto todavía.

Los pies me pesaban cada vez más y tenía la respiración cada vez más fatigosa cuando doblamos otra esquina. Allí estaba: nuestra salida. Un gran muro de vidrio con una pequeña puerta del mismo material que se abría al exterior, donde rugía la

tormenta. Di un apretón a Noah en la mano y, en ese instante, un rayo hendió el cielo.

—Ya casi llegamos —dijo.

Nos lanzamos a la carrera. La pared de cristal estaba más cerca. Casi podía tocarla si extendía el brazo.

Íbamos a conseguirlo. Unos pocos metros más y...

—QUIETOS.

Giré sobre los talones y solté un grito ahogado.

Los guardias estaban allí.

Había varias filas de ellos de pie, mirándonos. Llevaban porras y toda clase de armas, pero lo que me aterró fue su expresión fría, como si los hubieran despojado de sentimientos para que no tuvieran reparo en emplear la violencia necesaria, por muy repugnante que fuera.

Eran muchos. El más corpulento, situado en medio de la primera fila, desplegó una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes amarillos y torcidos.

—Quedaos donde estáis —dijo—. No queremos que nadie resulte herido.

—¿Noah? —susurré.

—Confía en mí —contestó sin apenas mover los labios.

La sensación de calidez me invadió de nuevo.

Los dos retrocedimos un paso de forma instintiva.

—¡He dicho que no os mováis! —El guardia alzó algo que parecía una pistola. ¿Eléctrica, tal vez?

Noah levantó las manos.

—Eso no hace falta —dijo en tono firme y sereno—. Iremos con ustedes.

El hombre se rio, mostrándonos de nuevo su horrible dentadura.

—Se supone que debo creerte, ¿no? ¿Después de lo que les habéis hecho a nuestros guardias? Por no hablar de la doctora Beaumont.

—Baje la pistola paralizante. —A Noah le temblaban las manos, pero su voz no lo delató.

Otra risotada.

—No eres tú quien está al mando, chaval. No te corresponde a ti dar órdenes.

Noah ladeó la cabeza.

—Está bien. Bueno, si no le importa, le daré a mi novia un beso de despedida y luego... —Me agarró de la mano, y el semblante del guardia se transformó.

—Un momento, no tan deprisa. —Levantó la vista hacia las luces del techo, nervioso, pensando que iban a explotar.

—Quiero que bajen todas las pistolas eléctricas —dijo Noah—. Nos acercaremos sin causar problemas, lo prometo. Son demasiados para huir de ustedes. Lo saben y yo lo sé. Pero no quiero despedirme así de Poppy, mientras nos amenazan con armas. Venga. —Sonaba tan sincero que casi lo creí.

Me sentía extrañamente fuerte. Allí estaba, frente a un montón de guardias armados, pero eran ellos quienes me tenían miedo a mí. El amor entre Noah y yo era

así de poderoso. Me reconfortaba.

El guardia le susurró algo a un hombre que tenía a su derecha y asintió.

—Vale. Las bajaremos y caminaremos despacio hacia vosotros. Dejaréis que os esposemos y os llevemos de vuelta al laboratorio. Si intentáis algo raro, recurriremos a la fuerza. Tenemos autorización para haceros daño, y lo haremos en caso necesario.

—De acuerdo.

Uno por uno, los guardias dejaron sus armas en el suelo y se nos acercaron lentamente. El corazón se me aceleró. ¿Cómo íbamos a escapar?

—Recuerda lo que te he dicho, Poppy —murmuró Noah. Acto seguido, me empujó contra la pared y me besó con todas sus fuerzas. Nos habíamos dado muchos besos cargados de electricidad antes, pero aquel era el más intenso, con diferencia. Rebosaba ansia, pues los dos sabíamos que probablemente sería el último. Su deseo era avasallador. Reaccioné instintivamente a él. El sabor de Noah resultaba embriagador. El calor se extendió entre mis piernas y ascendió hacia el resto de mi cuerpo. Las manos de Noah me acariciaban por debajo de la camiseta. Oí que los guardias gritaban, pero no les hice caso. En realidad, me había olvidado de ellos. La claridad me consumía. Era como si el mundo hubiera dejado de girar. Era como se suponía que debían ser las cosas.

Noah y yo. Yo y Noah. Siempre.

Entonces el suelo comenzó a temblar.

Interrumpimos el beso, bajé la mirada y vi que mis pies se movían de un lado a otro. El hechizo se había roto por unos instantes. Los guardias habían seguido aproximándose, pero ahora estaban paralizados de terror, contemplando también cómo una fuerza invisible sacudía sus cuerpos desde abajo.

Empezaron a caminar hacia atrás, despacio.

—No pares. —Noah me besó el cuello, y la claridad regresó. Me incliné hacia atrás, dejándome llevar por el placer. El suelo retembló más violentamente. Sonó un estampido cuando el cristal estalló detrás de nosotros. Me aferré a Noah, intentando no perder el equilibrio mientras el universo se estremecía. Oí un estruendo ensordecedor. Abrí los párpados a medio beso y volví los ojos hacia los lados. La tierra se había desgarrado. Una grieta enorme se había abierto entre los guardias y nosotros. El agujero era demasiado grande para saltar por encima.

—¡Noah, mira!

Dejó de besarme.

—Sabía que lo conseguiríamos.

El terremoto cesó y volvimos bruscamente a la realidad.

—Vienen a por nosotros otra vez.

Los guardias se abalanzaron sobre sus armas, pidiendo refuerzos a gritos a través de sus walkie-talkies.

—Es hora de irse.

Noah me atrajo hacia sí para estamparme un último beso que hizo rugir un trueno

en lo alto. A continuación, pasamos rápidamente por encima de los vidrios rotos y huimos adentrándonos en la negrura de la tormenta.

En menos de un segundo, quedé empapada.

—¿Recuerdas lo que me has prometido? —gritó Noah.

Lo recordaba.

Descendimos por una pendiente cubierta de hierba, resbalando sobre el suelo mojado y cayendo en el lodo. Yo iba medio corriendo, medio dando tumbos. Respiré hondo y borré a Noah de mi mente. Oía sus jadeos junto a mí, pero desconecté de ellos. Al pie de la colina se alzaba una barrera oscura de árboles. Parecía la orilla de un bosque. Forcé a mi cuerpo dolorido a llegar allí más deprisa, apartando de mi frente el cabello que la lluvia había apelmazado contra mi cara. Aún oía a mi espalda las sirenas del edificio. El miedo me aguijaba, y el bosque estaba cada vez más cerca. Corrí y corrí y corrí, mientras algún que otro rayo iluminaba mi camino. De pronto, parecía que ya no llovía tanto. Había conseguido resguardarme bajo los árboles.

Seguía consciente de la presencia de Noah junto a mí, pero obligué a mi cerebro a ignorarlo. No estaba segura de quién guiaba a quién. Nos dábamos instrucciones en silencio, sin respondernos, como fantasmas jugando al escondite. El temporal amainó mientras nos internábamos en la espesura. En cierto momento, un helicóptero nos sobrevoló, por lo que nos separamos y pasamos media hora con el cuerpo pegado al suelo encharcado. Era prácticamente imposible mantener a Noah alejado de mi pensamiento. Me asustaba que mi cerebro me traicionara y generara algún tipo de campo de energía que pudiera ser localizado.

El helicóptero volvía periódicamente, pero el denso entramado de ramas bajo el que nos ocultábamos amortiguaba su sonido. La capacidad de mi organismo de seguir corriendo me sorprendía. En las clases de educación física, siempre era la última a la que elegían los equipos de baloncesto, y me pasaba todo el partido haraganeando en una postura poco elegante, esquivando la pelota si se acercaba a mi cabeza. No obstante, mi cuerpo había encontrado una fuerza interior. El terror me propulsaba; la desesperación impelía a mis pies a subir y bajar de forma continua. Corrimos durante una hora, tal vez durante varias. Había perdido la noción del tiempo. Al final, aminoramos el paso y dejó de llover. Los primeros rayos del alba proyectaban una luz débil de manera desigual sobre la maleza. Sin decir una palabra, nos detuvimos a la vez.

Eché un vistazo alrededor. No tenía la menor idea de dónde estábamos. Supuse que aún nos hallábamos en Inglaterra, a juzgar por el acento de los guardias del edificio. Pero no había manera de determinar en qué parte de Inglaterra. El bosque se extendía en todas direcciones. Tal vez fuera imposible encontrar ciudades, civilización o, lo que era más importante, ayuda, a menos de un centenar de kilómetros. Recordé la carta oficial firmada que Anita me había enseñado y empezó a dolerme el estómago. ¿Qué ayuda? ¿Quién querría ayudarnos?

Noah, que se había encaramado a una loma, aparentemente había avistado algo.

Subí con paso rápido buscando pistas de nuestra ubicación. La cima de la colina ofrecía una vista un poco mejor de los alrededores, pero solo se divisaba el mar de árboles que nos rodeaba. Se me cayó el alma a los pies. Noah señaló un cúmulo no muy grande de piedras. Parecían la entrada a una cueva pequeña. Allí no encontraríamos ayuda ni comida, pero nos serviría de refugio. Mis piernas se habían convertido en dos barras de plomo, caminaba haciendo eses y sentía que mis pulmones estaban a punto de estallar. Descansar me vendría bien. Luego ya decidiríamos qué hacer.

Entramos a gatas en la cueva y examinamos el interior. Nos serviría. Era más profunda de lo que habíamos supuesto en un principio y se había mantenido seca a lo largo de la tormenta que habíamos ocasionado. Me senté con la espalda contra la pared y dejé que el agotamiento se apoderara de mí. Me dolía todo. Noah se dejó caer también frente a mí. Nos quedamos sentados, mirándonos, recuperando el resuello.

—¿Tenemos permitido hablar entre nosotros? —le pregunté, con los ojos entrecerrados.

Torció el gesto.

—No lo sé. No estoy seguro de cómo funciona esto. Invento las normas sobre la marcha.

Le dediqué una sonrisa de aliento.

—Hasta ahora, tu intuición nos ha ayudado bastante.

Bajó la vista al suelo.

—Seguramente no lo suficiente.

Yo ansiaba acercarme para estrecharlo contra mí, sentir su abrazo y el consuelo de su contacto. Pero sabía que no debía. Incluso pensar en ello podía ser peligroso. Al percibir mi disgusto, Noah forzó una sonrisa.

—No puedo creer que hayamos logrado escapar. ¿De verdad acaba de pasar todo eso?

Asentí.

—Sigo esperando a despertar de esta pesadilla.

Su sonrisa se desvaneció.

—Sabía que lo nuestro era especial —dijo—, pero nunca habría imaginado...

Los ojos se me arrasaron en lágrimas.

—Noah, ¿qué vamos a hacer?

Apoyó la cabeza en la roca y cerró los párpados.

—No lo sé. Solo estaba seguro de una cosa: pasara lo que pasara, necesitaba estar más tiempo contigo. Las cosas entre nosotros no podían terminar así.

Una lágrima rodó por mi mejilla. La ropa mojada se me pegaba al cuerpo. Noah abrió los ojos y vio que yo tiritaba.

—¿Tienes frío?

Asentí.

—Y yo me muero de hambre. Mis planes no iban más allá de huir.

Cuando cerré los ojos, dos vidas se presentaron ante mí.

Por un lado, estaba la vida con Noah. Una vida de fugitivos, siempre cerciorándonos de que no nos siguiera nadie, sin la posibilidad de besarlo o tocarlo siquiera, consciente de que, si cedíamos a nuestros impulsos o nos desconcentrábamos solo un instante, alguien podía salir herido. ¿Sobreviviría nuestro amor a eso? ¿Sería una vida digna de ese nombre? ¿De qué servía tener un alma gemela si no era posible vivir juntos como correspondía a dos amantes, levantándonos tarde los sábados por la mañana, besándolo cuando llegara a casa del trabajo, estremeciéndome de emoción en espera de que me tocara la piel, o simplemente pasando tardes en el sofá sin ver nada especial en la tele, con los cuerpos entrelazados, rezumando placidez y afecto por todos los poros?

Luego estaba la otra vida.

La que llevaría si nos separábamos. El sufrimiento de recordar en todo momento que tenía un alma gemela pero no podía estar con él, intentando hacer que cuajara el amor con una persona que no sería ideal para mí, pensando constantemente en Noah, preguntándome dónde estaría, qué estaría haciendo y si se habría resignado a asumir la modalidad «falsa» y corriente del amor, sintiéndose siempre incompleto y vacío.

¿Qué clase de alternativa era esa?

No lo era. La palabra «alternativa» implicaba la posibilidad de elegir la opción que uno quisiera. Yo no quería elegir ninguna de las dos. Ambas me ocasionarían dolor, tal vez durante todos los días de mi vida.

Incliné la cabeza hacia atrás contra la pared rugosa de nuestra cueva y suspiré.

Noah clavó en mí los ojos llorosos y llenos de cansancio.

—¿Qué piensas? —preguntó, con un deje de preocupación.

Mi voz habló sin que mi conciencia se lo ordenara.

—Nunca podremos estar juntos —dije. En cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que eran las acertadas.

Sin embargo, mi corazón... mi corazón se rompió.

Noah crispó el rostro.

—¡Poppy, no digas eso! Hemos recorrido mucho camino. Podemos aprender a estar juntos de una forma distinta que no haga daño a nadie.

Sacudí la cabeza.

—No podemos. Merecemos más que eso, Noah. Lo sabes.

—¿O sea que vas a renunciar a lo nuestro?

Su pregunta me hirió.

—Sabes que no es eso lo que quiero decir. Piénsalo bien. ¿De verdad podemos pasarnos el resto de la vida sin tomarnos siquiera de la mano? ¿Sin besarnos? ¿Sin hacer el amor? ¿Tendría sentido que nos casáramos? Consumar el matrimonio sería imposible. No podríamos tener hijos. Acabaría por destruirnos, Noah. Lo sabes. Lo nuestro es algo tan especial, que no quiero echarlo a perder. No quiero ver cómo se derrumba nuestra relación. —Advertí que una lágrima brotaba de la comisura del ojo

de Noah, lo que avivó mi llanto—. Tú mismo lo dijiste, aquella noche en el hotel. El amor no debe ser algo prohibido. Se supone que tiene que resultar fácil. No quiero que nuestro amor sea una lucha. Quiero que sea siempre como ahora, aunque solo perviva en mi memoria.

Noah se levantó y se dirigió hacia mi lado de la cueva. Me abrazó y yo escondí la cara contra su hombro.

Él estaba llorando.

—No puedes —protesté—. Si seguimos tocándonos, nos encontrarán.

—Pues que nos encuentren —dijo con la voz tensa—. Tienes razón, Poppy. Es algo que me da mucha rabia y me aterroriza, pero tienes razón. No puedo estar contigo sin estar contigo. Quiero recordar nuestra relación así, perfecta, como es ahora que somos jóvenes y estamos tan enamorados que apenas pensamos con claridad.

A pesar de la llorera, me reí.

—¿Ahora que representamos un peligro terrible para la civilización entera?

Él también se rio.

—¡Por supuesto! Deberían rodar una peli sobre nosotros.

—O escribir un libro.

—A Amanda le encantaría. Le gusta toda esa basura.

—Y Lizzie querría vender nuestra historia a la prensa nacional.

—Desde luego.

—¿Los Romeo y Julieta modernos?

Noah dejó de reír y me agarró las manos con expresión desesperada.

—¿Me prometes, Poppy, que no acabaremos como ellos?

—¿Cómo quiénes?

—Como los putos Romeo y Julieta. No estropees tu vida ni te la quites solo porque estemos separados. Vívela. No podemos estar juntos, pero vívela por mí. Sácale todo el partido que puedas. Y yo viviré la mía por ti. Intentaré alegrarme por ti, y tú debes intentar alegrarte por mí. Así, en cierto modo, siempre estaremos juntos. Viviremos el uno por el otro de la única manera posible.

Asentí, soltando otro sollozo.

—Te lo prometo.

Noah iba a besarme pero se lo impedí.

—No podemos. ¿Y si hacemos daño a alguien?

—No hay nadie en muchos kilómetros a la redonda, estoy seguro de ello. Por favor, estemos juntos por última vez. Creemos un recuerdo al que podamos aferrarnos cuando seamos viejos. Una sensación a la que podamos acceder en cualquier momento para evocar lo que significa ser amado de verdad y estar de verdad unido a alguien.

No hubo más palabras, solo sentimientos.

Cuando Noah y yo nos besamos, los cielos no se abrieron para descargar una

tormenta sobre nosotros, la tierra no tembló, no se desató una ventisca. Por el contrario, el sol brilló un poco más hacia el interior de nuestra cueva y nos hizo entrar en calor. El cielo se puso más azul de lo que jamás lo había visto. Nos besamos durante una eternidad, o tal vez durante unos minutos, no lo recuerdo. Pero sí que recuerdo que sonreí. Fue una de aquellas sonrisas que nacen de una felicidad tan profunda que produce dolor de estómago. La sonrisa que solo puede dibujarse en tu cara cuando estás real y absolutamente enamorada.

Nos acurrucamos juntos en el suelo de la cueva. Noah estaba detrás de mí, apretando todo su cuerpo contra mi espalda, acariciándome el pelo. El sol se colaba por las brechas en la roca, bañando el mundo en un resplandor como el de la aureola de un ángel.

Cerramos los ojos y dormimos juntos.

Cuando oímos el helicóptero, mantuvimos los párpados cerrados. Noah me dio un apretón en la mano y supe que era su forma de decirme que me quería.

Le devolví el apretón y los dos nos quedamos acostados, sin movernos.

Cuando llegaron a buscarnos, los dos seguíamos sonriendo.

FIN

El día empezó como cualquier otro, con la salida del sol.

La luz penetró entre las cortinas, tiñendo mi habitación en la residencia estudiantil de un amarillo vivo. Cerré los ojos y sentí el calor del sol en los párpados. No iba a dormirme de nuevo. Lo notaba.

Contemplé la luz que ascendía despacio por la pared conforme avanzaba la mañana. Pensándolo bien, era increíble que el mundo pudiera seguir adelante, como siempre, sin el menor indicio de que hoy no sería un día como los demás. De que sería un día muy jodido. Me quité el edredón de encima, y el aire frío me golpeó. Faltaba poco para la Navidad, por supuesto.

Hacía exactamente dos años que se lo habían llevado.

Yo ya había enviado mensajes de texto a mis amigos de la carrera para avisar que faltaría a la primera clase. Supuse que, con las notas que había estado sacando, podía permitírmelo. Me salté el desayuno y guardé mi trabajo de clase terminado —y esperaba que digno de un sobresaliente— en mi bolso. Tras ponerme la bufanda con varias vueltas, me preparé para la fría caminata hacia el campus.

Los aniversarios son una cosa extraña. Un hito en el tiempo que cae en una fecha particular, un cuadrado pequeño en el calendario que nos permite contar los días que faltan con angustia o ilusión. Por lo general, la vida es una sucesión de preguntas como «y ahora, ¿qué?», «y ahora, ¿quién?», «¿adónde diablos voy, por favor?». En cambio, en los aniversarios, uno se toma su tiempo para mirar atrás como si una obra de teatro basada en su pasado se representara en su memoria.

Justo hacía dos años, a la misma hora, Noah y yo debíamos de estar entregando nuestras cartas. Las cartas que, apiadándose de nosotros, nos habían dejado escribir, para que pudiéramos estar siempre allí, juntos, de un modo modesto, como cuando marcamos las casillas del calendario, una a una, en nuestra carrera precipitada y confusa hacia lo que sea que venga a continuación.

Había muy poca gente sentada en los jardines; hacía demasiado frío, lo que fue un alivio para mí. En primer lugar, porque necesitaba hacer esto sola, y estar sola es algo que no resulta nada fácil en una universidad. En segundo lugar, porque el batido de plátano es una bebida incluso menos guay entre los estudiantes universitarios.

Me senté en un banco de picnic helado y volví la cara hacia el débil sol invernal. Cogí mi vaso y lo alcé hacia el cielo.

—Por ti, Noah —susurré al firmamento—. Y por nosotros.

Cerré los ojos, deseando, esperando...

Y, justo cuando empezaba a temer que lo sucedido el año anterior, en ese terrible primer aniversario, no era más que un producto de mi imaginación, ocurrió de nuevo. Empezó a soplar una brisa que agitó los árboles, hizo ondear mi cabello y me puso la carne de gallina. El aire olía a manzana. Percibí su presencia alrededor, en todas partes.

—Te quiero —dije, y de pronto el sol brilló con más intensidad, iluminando todas las ramas desnudas y cubriéndolo todo de una pátina plateada amarillenta. Aquello era obra de los dos, juntos. No me cabía la menor duda. Y es que, estuviera donde estuviese él en aquel preciso momento, yo sabía que estaba mirando el mismo sol y pensando lo mismo.

Esto es lo que aprendí desde aquel espantoso día: lo que debería pasar no es siempre lo que pasa, sobre todo en lo que respecta al amor. Los finales felices solo existen en las secciones de ficción de las librerías. En el mundo real, la gente no persigue a sus amantes por los aeropuertos para impedir que suban a un avión. El chico más popular del instituto no se enamora de la cerebrita de la clase. Los amigos no descubren de pronto su adoración mutua y eterna unos segundos antes de las doce en Nochevieja, en lo alto del Empire State, bajo la lluvia.

Noah y yo nunca correríamos de la mano hacia el ocaso.

El amor verdadero no lo arregla todo. El amor verdadero no supera todos los obstáculos. Y, lo que es más importante, el amor verdadero no exige un final feliz. Esta no es su razón de ser. Lo que sí que hace el amor verdadero es transformarnos, moldearnos, reducirnos el corazón a rescoldos calcinados que vuelven a arder, como un ave fénix, más abrasadores y resplandecientes que nunca.

Tomé otro sorbo de mi batido y sonreí. Estaba muy orgullosa de mí misma, por haber llegado tan lejos después de aquella época nefasta tras la separación, en que pensaba que jamás volvería a respirar. El auténtico reto de la vida no reside en cómo nos las arreglamos cuando todo juega a nuestro favor, sino en cómo afrontamos las cosas que pueden destrozarnos si no lo evitamos. Metí la mano en mi bolso, saqué mi libreta especial, y la carta cayó de entre las páginas. Me entraron ganas de llorar solo de ver su letra. Deslicé el dedo por la marca que su bolígrafo había dejado en el papel, tragué para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta, la desplegué y la leí de nuevo, pese a que me sabía las palabras de memoria.

Poppy:

Tengo muchas cosas que decirte, muchas que seguramente omitiré por descuido y me odiaré para siempre por haber desperdiciado la oportunidad.

Sin embargo, si esta carta es lo único que te queda de mí, solo tengo una cosa que decirte: te quiero, Poppy. Nunca se me presentará la ocasión de volver a decírtelo, pero debes saber que, cada vez que leas esto, te lo estaré diciendo de nuevo, esté donde esté.

Siempre te querré, toda la vida, con cada milímetro de mi alma. Cada vez que sienta el calor del sol en la cara, pensaré en ti y en los últimos momentos que compartimos. Estoy muy agradecido por haber podido crear ese recuerdo. Me ayudará a seguir adelante día tras día.

Pero la vida es larga, Poppy. No rompas la promesa que nos hicimos. No sacrifiques tu vida en aras de lo nuestro. Sé tú misma, vive feliz. Busca la felicidad en todo lo que hagas. Solo te pido una cosa: cada año, en esta fecha, levantemos la vista hacia el sol y alcemos nuestra copa para brindar el uno por el otro. Tomémonos un momento para rendir homenaje a esa pareja joven y bonita que formábamos. De ese modo, siempre estaremos juntos.

Eres perfecta y seré tuyo para siempre.

NOAH

Es lo que tiene el amor. Da igual cómo nos vayan las cosas: nunca desaparece. Una vez que deja huella en nosotros, esta dura toda la vida. Quedamos marcados para siempre por su fulgor. La existencia resulta mucho más agradable con esa maravillosa certeza...

«Alguien me amó una vez, y fue algo hermoso».

Nadie puede arrebatártelo.

Y hay ocasiones en que es necesario recordarlo, reconocer lo afortunados que somos por haberlo tenido alguna vez.

Y también hay ocasiones en que lo único sensato es dejar de llorar, dejarlo correr, con luz y amor en el corazón, y seguir viviendo tu vida lo mejor posible.

Agradecimientos

¡Todavía no me puedo creer que esté escribiendo la página de agradecimientos de mi primera novela! Perdonadme, pero es que he fantaseado con ello desde el día en que descubrí qué eran los libros.

En primer lugar, quiero agradecerle de corazón a Maddy, el haber hecho posible que ese sueño se hiciera realidad. Gracias no solo por ser una agente estupenda, sino porque eres una de las personas más encantadoras que he conocido. Tu apoyo y tu dedicación hacia *Dos almas* literalmente cambiaron mi vida. Nunca encontraré las palabras adecuadas para expresar mi gratitud.

Muchas gracias también a Usborne, el hogar perfecto para Poppy. Creo que hicisteis todo cuanto podía hacerse por este libro, y me siento muy feliz por ello. Os agradezco las muchas horas de duro trabajo en las que disteis lo mejor de vosotros.

(Aquí se oyen violines).

Escribir *Dos almas* me llevó mucho tiempo, por lo que tengo una deuda de gratitud con quienes me apoyaron a lo largo de todo el proceso.

A *mister* Dundas, por ayudarme a creer que yo podía escribir cuando era una adolescente gruñona convencida de que cuanto hacía apestaba. Y a Jonathan Foster, brillante profesor, que me enseñó a ser la escritora que hoy soy. Tener un profesor que te inspira y moldea es un auténtico regalo del cielo. Yo he tenido la inmensa suerte de contar con dos.

A Rich, por estar ahí desde el comienzo y ayudarme hasta el final. Cualquier palabra me suena tonta cuando se trata de darte las gracias.

A Lisa, mi infatigable animadora. Gracias por leer el horrible primer borrador y alentarme desde el comienzo. Tu apoyo ha sido maravilloso y constante, y te pagué plagiando descaradamente pequeños episodios de tu vida. Te agradezco: *a)* el que no te importase, y *b)* continuar siendo una compañera fantástica.

Estoy en deuda también con mis colegas de *TheSite.org*, por su increíble aliento a lo largo de todo el proceso. Especialmente con Emma y con Nic por aguantar mis altibajos emocionales ocho horas por día, cinco días a la semana. Me siento muy orgullosa de trabajar con vosotros, chicos, y de participar en el gran trabajo que hacéis para echar una mano a los jóvenes.

Quiero dar las gracias a mis maravillosas hermanas, por aguantarme. Eryn, solo deseo que tu Poppy sea menos dramática que la mía. Y a ti, Willow, te agradezco tu paciencia cada vez que he intentado entrar en tu joven cerebro.

A Owen... por todo. Por estar junto a mí durante todo el proceso, especialmente cuando he tomado decisiones que no sabía si serían las correctas. Gracias por ver la luz cuando yo no podía. Gracias por leer el confuso manuscrito de ciento cuarenta mil palabras sobre dos adolescentes locamente enamorados, y doblemente gracias por cogerle cariño. Sin ti no habría podido hacerlo...

Y, finalmente, con quienes más me siento en deuda, mis padres, Larz y Olivia.

Gracias por absolutamente todo. No sabéis lo feliz que me siento de teneros. Todo lo que hago es para que os sintáis orgullosos de mí.